



LA
SONRISA
DEL LOBO

TIM LEACH

Grijalbo



LA
SONRISA
DEL LOBO
TIM LEACH

Grijalbo

TIM LEACH

La sonrisa del lobo

Traducción de
Gabriel Dols Gallardo

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para Caroline

Al final del libro el lector encontrará un breve glosario de términos escandinavos. (*N. del E.*)

El pleito empezó en invierno, cuando un muerto se levantó de la sepultura.

En las lejanas tierras donde los hombres adoran al Cristo Blanco, tengo entendido que un espíritu no es algo tan peligroso. Son criaturas sin sustancia, que tal vez lloran o aúllan, pero no pueden hacer daño a nadie. Pero en mi tierra somos guerreros incluso después de la muerte. Nuestros fantasmas no están hechos de sombras y aire, sino de carne que camina. Blanden sus armas con la misma fuerza con que lo hacían en vida, y con mayor arrojo, pues ya nada tienen que temer. Y así, desde que se supo que Hrapp Osmundsson había salido a rastras de su tumba y merodeaba por sus tierras de noche, ningún habitante del valle del Río del Salmón salía de casa después de ponerse el sol sin una buena arma al costado y un escudo en el brazo.

En vida, Hrapp había sido el terror de sus vecinos, pues siempre había codiciado sus tierras, sus mujeres y su sangre. Cuando contrajo la fiebre invernal y supo que le quedaba poco de vida, ordenó a su mujer que lo enterrase de pie bajo el umbral de la casa, para poder vigilar sus tierras incluso después de muerto.

Al cabo de poco tiempo, empezaron a correr rumores por el valle. Thord el Taimado había salido una noche a ver cómo estaban sus ovejas y lo había atacado un muerto con un hacha. Erik Haraldsson, que era más valiente que Thord, forcejeó con la criatura cuando esta se le echó encima, pero tuvo que huir a la carrera para salvar la vida, seguido de cerca por las pesadas zancadas del fantasma.

Nadie quiso comprar la granja a la viuda de Hrapp. Al contrario, los vecinos

hablaban de vender sus tierras y mudarse a otro lugar, aunque en toda Islandia había pocas tierras de labranza tan preciadas como las del valle del Río del Salmón.

Por mucho que se hablara del fantasma, al principio yo no me lo acababa de creer. Pensaba que era mera cháchara de invierno, una de esas historias sin pies ni cabeza que se cuentan para pasar los largos y fríos meses de noche casi permanente, cuando los hombres hacen poca cosa más aparte de acurrucarse junto al fuego, beber hidromiel, cantar canciones, narrar cuentos y esperar a que vuelva el sol. Yo colecciono esa clase de historias, pero solo cuento las que sé que son verídicas, o por lo menos medio ciertas. Aquella de fantasmas me interesaba más bien poco.

Pero entonces, una noche, cuando estaba de visita en la granja de Olaf el Pavo Real para cambiar leche por cerveza, le oí hablar de ello; Olaf era un hombre honorable, un jefe respetado que jamás mentiría. Dijo que había visto los moratones en los brazos de Erik y que él mismo había salido en busca del fantasma. Lo encontró deambulando por los campos de Hrapp, con la antigua hacha de este en la mano. Olaf le tiró una lanza y el fantasma huyó de él.

Ojalá no me lo hubiera contado. Porque fue entonces cuando me creí la historia y empecé a contarla yo mismo.

Soy Kiarán; muchos me llaman Kiarán Sin Tierra, aunque algunos de los más mordaces me conocen como Kiarán el Desafortunado porque creen que un hombre sin tierras es el peor de los destinos.

Es verdad, no poseo propiedades o riquezas. Mi padre era esclavo; le dieron la libertad y nada más, de modo que poco pudo dejar a sus hijos. Pero tengo la voz dulce y buena memoria, y siempre he cambiado historias por comida y canciones por un techo. No soy uno de los escaldos verdaderamente grandes de este país, como Kormákur Ögmundarson o Hallfréd el Poeta Molesto, pero no temía apoyar a un amigo en un pleito cuando llevaba las de perder, nunca abusé de la

hospitalidad de nadie ni tampoco perseguí a la mujer de otro (cualidades infrecuentes en un poeta, lo sé), así que me labré una buena reputación entre los habitantes de esta isla. Había cumplido veinticuatro inviernos el año en que empezó el pleito.

Había pasado aquel invierno con el hombre al que más tarde apodaron Gunnar el Ejecutor pero cuando lo conocí solo era Gunnar Karlsson, un granjero con un poco de tierra y un buen rebaño. También había pasado el verano con él, cazando focas por toda la costa y ayudándole a cuidar de sus ovejas, pues un humilde escaldo se gana el sustento con el sudor de su frente tanto o más que con la fuerza de su voz. Pero en invierno eran las historias lo que cambiaba por techo y comida. Y cuando le conté a Gunnar el cuento del fantasma, una noche de finales de invierno, él me dijo lo siguiente:

—Bien. ¿El fantasma le tiene miedo a una lanza?

No lo dijo con tono de burla o de duda. Simplemente pensaba en voz alta, centrándose en el detalle que le había parecido más importante. Que el fantasma temía el hierro y a un hombre lo bastante valiente para plantarle cara.

No dijo nada más durante un rato. Estábamos sentados ante los rescoldos de la hoguera, con su esposa dormida a sus pies y uno de sus hijos dormido a los míos. Había sido su invitado a lo largo de los muchos meses de invierno y habíamos pasado así un sinfín de veladas. Esas noches saben a agua gélida y pescado en salazón, suenan al crepitar del fuego y el silbido del viento, huelen a humo, sudor, ceniza y tierra. Casi había llegado la primavera y pronto yo partiría de allí. La temporada de contar historias ya casi había terminado; pronto sería el tiempo de la acción.

Tal vez Gunnar estuviera pensando lo mismo, porque fue entonces, después del largo silencio, cuando dijo:

—Cazaré a ese fantasma.

No debería haberme sorprendido. De joven Gunnar había sido vikingo, uno de esos hombres inquietos que tomaban cuanto se les antojaba de las tierras de los sajones, los escotos y los irlandeses. Pero se había cansado del derramamiento de

sangre, de modo que había navegado hasta estas tierras y había desarmado su barco para tener madera y con ella había construido una casa. Se había convertido en granjero y la quilla de su nave había varado para siempre en las vigas del techo que teníamos encima, embarrancada y volcada para nunca más zarpar. Los días de guerrero de Gunnar habían quedado atrás, pero matar es como cualquier otro arte: una vez aprendido, no puede desaprenderse. Una vez dominado, se anhela practicarlo.

—¿Crees la historia que te ha contado Erik? —preguntó—. Nunca me ha parecido un hombre de fiar.

—No. Pero Olaf el Pavo Real no me mentiría.

Asintió.

—¿Me acompañarás?

—¿Por qué no? En el peor de los casos, será una buena historia para el invierno que viene. A lo mejor hasta una canción.

Gunnar me sonrió.

—Sí que lo será.

Muchos hombres habían salido a cazar fantasmas en el pasado, y nunca habían atrapado ninguno, porque los muertos solo se ceban en los desprevenidos y huyen de los valientes. Pero en la granja había poco que hacer. Sería una buena excusa para salir a caminar juntos de noche, pues había llegado a apreciar mucho la compañía de Gunnar. Nunca sabe mejor el hidromiel ni caliente más el fuego que después de una caminata invernal. Nos demostraríamos a nosotros mismos que éramos hombres valientes que no temían a los muertos y yo compondría una canción a partir de ello. Ahí quedaría todo.

Al final, conseguí mi canción. Además, fue una de las buenas, aunque no valía el precio que pagué por ella. Pero, eso sí, conseguí mi canción.

La soledad de la noche islandesa; ¿cómo describirla a alguien que no sea de nuestro pueblo?

No hay lugar más inanimado, más aislado, que nuestra isla en lo más oscuro de una noche de invierno. Las casas dispersas, con sus paredes de tierra y hierba, prácticamente se confunden con el suelo y se parecen más a un promontorio o un túmulo funerario que a una morada para los vivos. Nada se mueve en los campos. Los rebaños están muertos, sacrificados y en salazón para aguantar el invierno, y los escasos animales supervivientes se acurrucan en la oscuridad de los establos. Fuera, en plena noche, Gunnar y yo podríamos haber sido los únicos seres vivos en una isla vacía. No era una fantasía tan descabellada. En este lugar viven hombres y mujeres desde hace poco más de cien años y, cuando oscurece, casi puede sentirse que la tierra añora su desolación. Aquí los muertos encajan más que los vivos.

Habíamos partido aprovechando la media luz de finales de invierno, un amanecer de dos horas que se convierte en un ocaso de otras dos, sin que el sol llegue apenas a asomar por encima del horizonte. Pues ya lo dice la antigua canción: «Quien quiera cobrarse una vida, debe madrugar». Nos habíamos abierto paso entre la nieve de buen humor, con unas gruesas capas cubriéndonos la espalda y armas en las manos, cantando a coro para ahuyentar el frío. Aun así, el breve día casi moría para cuando llegamos a las tierras de Hrapp, donde el viento nos azotó y mordió como un espíritu invisible; cuando bordeamos aquel lugar, lo hicimos en silencio. Ya no estábamos de humor para canciones.

Pronto la casa de Hrapp apareció ante nosotros, acechante en la penumbra. Las paredes de tierra y hierba se encontraban en mal estado después de pasar un invierno desatendidas, pero aún salía humo de la chimenea. La esposa de Hrapp, Vigdis, vivía sola ahora en la granja. Sola, a excepción quizá de una esclava, una criada o la compañía del fantasma.

—A lo mejor todavía le prepara la cena por la noche —dijo Gunnar, mirando el humo.

—¿Crees que el fantasma puede tener hambre?

—Vamos a averiguarlo.

Empecé a reír, pero el sonido se me atragantó y murió en mi boca, porque en

ese momento lo vi.

A unos cuatrocientos pasos de distancia, de espaldas a nosotros, con un andar pesado y como si sintiera el frío, un muerto caminaba por la nieve. Era imposible confundirlo con cualquier otra cosa. No era un granjero persiguiendo a un animal huido ni un amante que volviera a escondidas tras un escarceo a medianoche en el valle vecino. Llevaba un casco en la cabeza, un escudo en el brazo y un hacha, la vieja hacha de Hrapp, en la mano. Vagaba por sus antiguas tierras, en busca de hombres a los que matar.

—¿Lo ves? —preguntó Gunnar.

Al principio no respondí. No quería creerlo.

Gunnar volvió a hablar, con un tono apenas más alto que un susurro.

—¿Estoy loco? ¿Lo ves?

—Sí —contesté—. Lo veo. ¿Qué hacemos?

Gunnar no respondió con palabras. Golpeó su escudo con la espada; un sonido hueco que retumbó, como si una mano llamase a la puerta de una tumba. Entonces el fantasma se volvió hacia nosotros, aunque en la oscuridad no le distinguíamos la cara, y Gunnar lanzó su grito de guerra.

No arrancamos a correr, como tal vez hayas oído que cuentan las viejas historias. Un guerrero no malgasta sus fuerzas ni se arriesga a dar un paso en falso en la oscuridad. Avanzamos poco a poco, siempre con el pie izquierdo por delante y el escudo en posición, con los movimientos acompasados como si fuéramos un muro de dos paneles.

Un aullido desgarró la noche, el chillido del muerto que respondía a nuestro grito de guerra. Era un sonido que no se parecía a nada que yo hubiera oído nunca, pero no flaqueamos. Entonces el fantasma retrocedió unos pasos, sin duda en busca de una posición más estable, aunque daba toda la impresión de que se disponía a salir corriendo.

Ya estábamos cerca, lo bastante para ver el centelleo de sus ojos pálidos a través de la abertura del casco y el vaho de su aliento en el aire, porque al parecer los fantasmas seguían respirando como lo hacemos los vivos. El muerto

nos dedicó un saludo de guerrero, al que Gunnar, tras un gruñido de sorpresa, respondió. Al ver que intercambiaban esa señal —un desafío lanzado y, luego, aceptado— dejé que Gunnar avanzase solo. Hasta un fantasma merecía ser tratado con honor.

No emitieron ningún sonido más mientras acortaban la distancia entre ellos, porque los hombres luchan como los perros: cuando juegan todo son gritos y aullidos, pero al pelear por su vida lo hacen en silencio. Tan solo se oían unas respiraciones profundas y serenas y el crujido de las botas sobre la nieve. Después, el choque del acero contra la madera.

El fantasma luchaba con una furia temeraria, y al principio obligó a Gunnar a retroceder, levantando polvo de nieve con cada paso atrás. Me recorrió un escalofrío de miedo al verlo tan apurado.

Pero había sido un necio al preocuparme. Todavía se seguirán contando historias de Gunnar dentro de cien años, porque mi amigo era un guerrero paciente que conocía su oficio. No luchaba contra el hombre, sino contra el escudo; atajaba con el umbo del suyo los ataques que recibía y contraatacaba con golpes a la madera del otro. Siempre en el mismo lado, el izquierdo, como un leñador va dando hachazos en su marca. Arrancó crujidos y chirridos del escudo del fantasma hasta que, con un fuerte revés de la espada, lo partió por la mitad.

Había llegado el momento de Gunnar. Con cada paso se desplazaba hacia la derecha, hacia la parte rota del escudo, para ensanchar la guardia del muerto. El fantasma se defendió lo mejor que pudo, pero es agotador pelear con medio escudo y tener que doblar todos los movimientos. Oía sus gemidos cada vez que rechazaba un golpe, vi que se enlentecían sus movimientos.

Entonces llegó el momento de matar: Gunnar fintó otro paso a la derecha y el escudo del muerto le siguió. Pero mi amigo quebró a la izquierda, puso horizontal la espada y lanzó una estocada por el hueco abierto en la guardia.

—¡Espera! —dijo el fantasma, y se me paró el corazón al oír su voz, una voz que conocía.

Pero ya era demasiado tarde. La espada lo había atravesado antes de que

hubiera terminado de pronunciar la palabra, la nieve ya se oscurecía a sus pies.
Y fue entonces, a lo lejos, cuando oímos que una mujer empezaba a gritar.

El asentamiento

La voz parecía provenir de todas direcciones en aquella oscuridad, como si todas las mujeres que hubieran visto matar a uno de sus parientes trataran de ahogarnos con sus gritos. Tardé un momento en divisarla: otra figura en la oscuridad, que corría hacia nosotros desde la casa de Hrapp.

La luz de la luna alumbró su cara cuando se acercó a nosotros y pude reconocerla. La que gritaba era Vigdis, la mujer de Hrapp. Y otra cosa vi bajo esa luz: que lo que había en el suelo a nuestros pies no era ningún fantasma. Lo que yacía allí era un hombre vivo con la respiración gorgoteante y entrecortada, un moribundo que se ahogaba en sangre en tierra firme.

Gunnar y yo nos quedamos inmóviles, estupefactos, mientras ella se lanzaba sobre el caído. Le quitó el casco y se colocó su cabeza sobre el regazo. El hombre llevaba la túnica de Hrapp y la cara embadurnada de blanco con leche cuajada, pero era imposible no reconocerle una vez disipada la fiebre de la batalla. Se trataba de un vecino nuestro: Erik Haraldsson, uno de los primeros que había contado historias sobre el muerto andante.

—Erik —dije.

El moribundo alzó la cabeza al oír su nombre. Intentó hablar y en sus labios se formaron burbujas de sangre, negras a la luz de la luna.

Fue tan rápida que ni siquiera la vi moverse. En un abrir y cerrar de ojos, Vigdis se había abalanzado sobre Gunnar y le agarraba la mano derecha con ambas suyas, intentando arrebatarse la espada. Y cuando él intentó apartarla con la mano libre, Vigdis le mordió entre el pulgar y el índice.

Gunnar gritó de dolor y le pegó. Ella salió despedida hacia atrás, sangrando

profusamente por la nariz y con las piernas temblorosas, pero, aun así, tan combativa como cualquier joven guerrero. Sus ojos fueron a dar con el hacha que había en el suelo, y tal vez la habría recogido y luchado como una doncella escudera de las crónicas de antaño, si hubiera tenido frente a ella a uno de nosotros, en vez de a dos. Dada la situación, nos observó en silencio, mostrándonos los dientes y los ojos negros.

Me arrodillé junto a Erik. Le enseñé el cuchillo; él sollozó y arañó la nieve roja con las manos. Después asintió. Miró cómo se acercaba el cuchillo, pero en el último momento cerró los ojos y apartó la cabeza. No pudo soportar verlo.

La sangre humeó al tocar la nieve; sonó como el agua del río cuando alguien rompe el hielo en la primavera. Y aunque pensé que pelearía, se revolvería, patearía y aullaría, Vigdis renunció a cualquier resistencia en el momento en que vio clavarse el cuchillo. Se quedó quieta y callada y observó cómo el hombre moría.

Me limpié las manos frotándomelas con nieve, me puse de pie y la miré.

—¿Qué tienes tú que ver con todo esto? —le pregunté.

—Aquí fuera hace frío —dijo ella—. Acompañadme. Os lo contaré todo.

—Tenemos que enterrarle y marcar de algún modo la sepultura. Hay que contarle a su familia lo que ha sucedido.

Vigdis miró hacia las estrellas para juzgar el color del cielo y el tiempo que nos quedaba hasta que amaneciera sobre aquella escena de muerte.

—Hace frío —repitió—. Eso puede esperar.

Entonces nos dio la espalda y arrancó a caminar con cuidado por la nieve, en dirección a la casa achaparrada que se veía a lo lejos. Y nosotros fuimos tan necios que la seguimos.

Son oscuras como tumbas, las casas de los islandeses. En otras tierras es posible que se cuele algo de luz a través de la paja del techo o por algún resquicio en las paredes. Pero nuestros hogares carecen de ventanas y tienen los muros de tierra.

Nos aíslan del frío invernal, pero también del sol, la luna y las estrellas. La única luz es la del fuego para cocinar, que hacia finales del invierno es poco más que unas brasas.

Vigdis nos dio pan y ese hidromiel aguado de finales de invierno que yo había llegado a odiar. Se movía de un lado a otro de la estrecha construcción, y vi que era una mujer hermosa, esbelta y con el cabello muy rubio. Más bella que a la luz del día, como descubriría más tarde, porque al sol se le veían los ojos: «ojos de ladrón», como los llama mi gente. Pero a la media luz de aquel fuego, empecé a entender qué podía llevar a los hombres a luchar y matar por ella.

Nos sentamos juntos en aquel túmulo habitado y no dijimos nada durante un rato. Si hubiera entrado algún caminante perdido, le habríamos parecido un grupo de gente como en cualquier otra casa. Familia y amigos, anfitrión e invitados. Y no lo que éramos: gente que mata.

Al final habló Gunnar. Había estado cavilando en la penumbra pero, aun así, dijo:

—No lo entiendo.

—Tu amigo, sí —replicó Vigdis, mirándome—. ¿O no?

—Sí, lo entiendo —respondí mientras alargaba las manos sobre las ascuas de la hoguera—. ¿Quién querría unas tierras por las que deambulan los muertos? ¿Quién querría de vecino a un fantasma?

—Eres listo —dijo ella—. Eso fue lo que pensamos.

—Un truco. Un truco para conseguir tierras ajenas. —Eché otro trago de hidromiel—. ¿Era tu amante antes de que muriese Hrapp?

—¿Erik?

—Sí.

—No, no lo era.

—Pero después Erik acudió a ti.

—Sí. Me sentía sola. Fue bueno conmigo.

—¿Y el plan fue idea tuya?

Vigdis negó con la cabeza.

—Era de Erik. Me dio miedo decir que no.

—No me lo creo —dijo Gunnar—. Fue un truco femenino. A Erik no se le hubiera ocurrido.

—Cree lo que quieras —le espetó ella.

Gunnar se puso de pie y levantó la mano como si fuera a pegarle otra vez. Vigdis no se asustó ni se encogió, sino que le aguantó la mirada, impertérrita, lista para encajar el golpe. Todavía tenía sangre seca en el labio y la barbilla, fruto de la bofetada anterior. Como era consciente de la clase de hombre que era Hrapp, supuse que ella sabía lo que era recibir una paliza y que ya no lo temía.

—Gunnar —dije, con un toque de advertencia en la voz.

Sonó un siseo cuando mi amigo escupió en el fuego.

—Ya basta. ¿Qué necesidad hay de hablar? Tenemos testigos de la muerte y podemos decir que ha sido un combate justo. Mañana iremos a ver a su familia, pagaremos el *wergild* y dejaremos asentado el asunto.

—¿Por qué vas a pagar por matar a un hombre deshonesto?

—Tiene hermanos, tíos, amigos. Les pagaré. Y lo haré generosamente. Así quedará zanjada la cuestión.

—No. —La palabra atravesó la oscuridad, pero no fui yo quien la pronunció. Vigdis esperó a que los dos nos volviéramos hacia ella para agachar la cabeza y hablar de nuevo—: Pensad en la vergüenza que me supondrá.

—¿Qué nos importa a nosotros tu vergüenza? —preguntó Gunnar.

—La mía no. La de Erik —replicó ella, y fue esa idea la que nos hizo pararnos a pensar.

Nuestras vidas son cortas en esta tierra fría y todos anhelamos dejar algo a nuestro paso. Un poco de oro para nuestros hijos e hijas pero, por encima de eso, un recuerdo honroso, que hablen de nosotros como hombres buenos. Y allí estaba Erik, haciéndose pasar por un muerto, un truco de cobarde para quedarse con las tierras de sus vecinos mediante malas artes.

—Y entonces ¿qué quieres que hagamos? —pregunté.

—Nada —dijo ella.

Vi que Gunnar se estremecía. Vi el roce del miedo en él, un hombre al que nadie llamaría cobarde. Pues un hombre puede matar y, siempre que lo diga abiertamente, siempre que pague el precio de sangre a la familia, eso no le supondrá ninguna deshonra. Pero matar y ocultarlo... nuestras leyes no contemplaban un crimen peor.

Me lo pensé, es verdad. Y también pensé en las magras posesiones de Gunnar y el precio que tendría que pagar por el hombre al que había matado. Había trabajado duro muchos años para reunir algo que dejar a sus hijos. Un pequeño pedazo de tierra, un rebaño decente, unas pocas onzas de oro y una buena espada. No era el tesoro de un rey, pero sí algo de lo que un padre podía enorgullecerse. Ahora se lo iban a arrebatar.

Pensé en lo infrecuente que era que un pleito se asentara de mutuo acuerdo con plata, por mucho que las leyes estipularan esta posibilidad, y en que los hermanos del muerto vendrían por nosotros, si dábamos a conocer las circunstancias de su muerte.

Entonces Gunnar me miró y en sus ojos vi que me pedía que decidiera.

No nos atrevimos a correr el riesgo de encender una antorcha por miedo a quién podría vernos. Y así, cavamos en la nieve y perforamos el suelo helado en la oscuridad, un trabajo esforzado y penoso que nos llevó el resto de la noche. Siempre cuesta más enterrar a un hombre que matarlo.

Cuando hubimos tapado la sepultura sin marcarla, Vigdis se acercó a nosotros con un odre de agua.

—Gracias —dijo, y nos besó las manos, nuestras manos de asesinos—. ¿No hablaréis de esto con nadie? —preguntó, y nosotros juramos que no.

Eso no le bastó, de modo que nos estrechó la mano, primero a uno y luego al otro, como si fuéramos mercaderes que hubiésemos concluido un negocio. Cuando asió la mano de Gunnar, vi que él tiraba de ella para acercarla y le

susurraba una pregunta. Pero no oí ni lo que él decía ni cuál fue la respuesta de Vigdis.

Caminamos en silencio durante un rato y pensé en el hombre al que habíamos matado. Había cantado en su pequeña granja hacía dos otoños, pero no había querido pasar el invierno con él. Era un hombre bromista, y amable también, pero el suyo era un hogar sin mujer ni hijos, de modo que él siempre irradiaba cierta tristeza. Recordé una noche en la que habíamos bebido demasiado y demasiado deprisa, y le oí sollozar cuando él pensaba que yo estaba dormido. Se sentía solo, creo, y los solitarios siempre me han dado miedo.

—Esto no acabará bien —dijo Gunnar.

—Tal vez —repliqué yo. Y aunque intentamos entablar conversación muchas veces durante aquella larga caminata de vuelta, no encontramos otra cosa que decir.

Espera. Algo va mal.

El fuego mengua y no debemos permitir que se apague. Fuera está oscuro y sé que te vence el cansancio. Deberíamos dejar que el fuego se redujera a brasas, deberíamos tumbarnos a dormir. Pero no lo haremos. Me queda mucho por contarte esta noche. No quiero ofrecerte esta historia a trozos, como una anciana hambrienta que escatima los víveres de su mezquina despensa. Esta noche nos daremos un banquete con esta historia. Te la contaré entera.

Así pues, echa al fuego las ramas buenas. No, no las de ese montón; usa la mejor leña que tengas, no hace falta que la reserves. ¿Por qué? Ya te lo contaré, pronto lo sabrás. Pero aún no.

Eso está mejor. Ahora te veo con claridad. Me alegro de ver tu cara con esta luz. También me apena, por supuesto. Porque en una época hablé y canté en las casas de los grandes jefes, cien almas en una sala en silencio, pendientes solo de mis palabras. Nunca canté para la corte de un rey, como hacen los poetas realmente grandiosos, pero sí que se concedieron ciertos honores a mi voz. Ahora canto solo para ti.

El fuego brilla más. Y ahora te contaré otra historia. Deja que te narre cómo llegó nuestro pueblo a esta isla.

Ah, sí; pon cara de aburrimiento si quieres. Me dirás que ya la has oído muchas veces. Es verdad. Pero la escucharás otra vez, pues es una historia que nunca está de más recordar. Ninguna otra historia importa, si esta se olvida.

Ante ellos había una tierra vacía y, pisándoles los talones, un tirano; así

llegaron a esta isla los primeros hombres. Así se asienta la gente en todos los nuevos países.

Cuando se reunieron en las orillas de la vieja patria, quemaron todo aquello que no pudieron cargar en los drakkares. No pensaban dejar nada al rey que los expulsaba de Noruega, el hombre al que llamaban Harald Cabellera Hermosa. Besaron la tierra y la arena, y lloraron por los hogares que no volverían a ver. La gran flota de exiliados zarpó para surcar el mar oscuro, rumbo a un lugar que solo conocían por rumores y leyendas.

No todos sobrevivieron para ver la nueva tierra. Las tormentas y los bloques de hielo a la deriva destrozaron varias naves y enviaron a muchos a alimentar a los espíritus malignos que cazan en aquellas aguas negras. Otros se perdieron en las tormentas y recalaron en países hostiles, donde les esperaba una bienvenida de hierro y un hogar a poca profundidad bajo tierra. Pero los supervivientes siguieron adelante, navegaron y dejaron atrás las costas de Escocia y las islas Orcadas y Feroe. Al final arribaron a su nuevo hogar. Tu familia y la mía.

Era una gran isla en mitad del mar frío, una tierra de orillas verdes con el corazón de hielo. Un país deshabitado, de nombre largo y difícil, pero eso fue lo que atrajo a los que iban. Era su protección vivir en una tierra que nadie más quería; un lugar que parecía inhóspito. Con un poco de habilidad, y de fortuna por parte de los dioses, sabían que allí se podía vivir. No como reyes, eso era cierto. Nunca serían hombres ricos o poderosos, sino una simple nación de granjeros que arañaban una tierra casi infértil y luchaban por mantener vivos a sus rebaños durante la larga oscuridad. Se dijeron a sí mismos que no ansiaban riqueza ni poder. Quizá algunos hasta se lo acabaron creyendo.

Cuando estuvieron cerca de la orilla, el capitán de cada nave alzó de la cubierta un objeto largo y estrecho. Lo hicieron con cuidado, como si sostuvieran en brazos a un chiquillo, mientras retiraban la manta de piel de foca para revelar el tesoro que llevaban envuelto. No era oro ni un arma, sino un simple trozo de madera. Parte de una puerta o tejado, o la columna de un sitial,

algún fragmento del hogar que habían dejado atrás. Y algunos desarrollaron un ataúd, donde reposaba un pariente que había iniciado la travesía pero no había vivido lo suficiente para ver su final.

Cada hombre lanzó su recuerdo a las olas embravecidas y lo siguió con la mirada. Algunos de los fragmentos de madera fueron derechos a la orilla, mientras que otros, arrastrados por los remolinos, fueron a parar a calas cerradas y fiordos, y aun otros encontraron una corriente que los transportó hasta alguna parte lejana de la costa. Allá donde viajaba cada una de esas varas, una nave la seguía. Allá donde alcanzaban la orilla, se instalaba una familia que levantaba una nueva casa con maderos de la antigua.

Vinieron para construir un país sin reyes ni ciudades. Un lugar donde todos los hombres fueran iguales y todos tuviesen tierra. Un lugar sin otro gobernante que el honor y la ley.

Y, por lo menos durante un tiempo, así fue.

Durante el largo invierno, hasta el más rico de los islandeses maldice el día en que sus antepasados llegaron a esta tierra. Olvidan el sueño del pueblo, ese sueño de un mundo sin reyes, y solo saben que viven en un lugar oscuro y solitario. Pero cuando el sol empieza a ascender en el cielo y la nieve empieza a calentarse y fundirse, es una tierra fácil de amar. El sueño cobra fuerza una vez más, porque somos un pueblo obstinado.

Los hombres y las mujeres salen de sus casas como los osos de las cuevas donde han hibernado, y sienten la punzada del sol en los ojos como la de una espada contra la piel. Rompen el hielo de los ríos, empiezan a sembrar las primeras cosechas, sueltan a su ganado para que vaya a pastar a las altas montañas, salen a comerciar para obtener suministros y provisiones, y visitan a amigos lejanos. Y cuando viajan, las historias lo hacen con ellos.

Nadie había vuelto a ver al fantasma de Hrapp. Corrió el rumor de que lo había matado Olaf, dado que había sido el último en verlo y luchar con él. Él lo negó, pues era un hombre honorable, pero la gente tomó su sinceridad por modestia, y la historia se extendió.

En cuanto a Erik, sobre él también corrieron historias. Algunos creían que había caído al río a través del hielo, mientras que otros afirmaban que había salido en busca de unas ovejas extraviadas y se había perdido hasta sucumbir al frío. Hubo muchos que dijeron que la locura invernal se había adueñado de él, como les sucede a tantos, que se había tirado por un acantilado o se había tumbado en la nieve a esperar la muerte. Sabían que estaba solo, tal como lo había visto yo, y sabían que a un hombre se le hacía difícil aguantar el invierno

sin compañía. Esperé a ver si alguien establecía una conexión entre las dos historias, entre Erik y el fantasma, pero nadieató cabos. Hace falta una mujer para pensar así.

Un montón de armas romas a mis costados y la amoladera a mis pies; eso es lo que significa para mí el primer día de primavera. Pronto volveríamos a salir de caza y, por lo tanto, mientras Gunnar se ocupaba del rebaño, yo llevé las armas de la casa junto a la piedra de afilar.

Estaba trabajando en mi arma favorita, mi lanza, disfrutando de la sensación del sol en la cara, cuando oí que la puerta de la casa se abría de par en par. Escuché: ¿serían los pasos susurrantes de Freydis, la hija de Gunnar? ¿Los pisotones de Kari, el niño que quería que lo vieran como a un hombre y por eso imitaba los pasos pesados de sus mayores, aunque no tuviera su corpulencia? A los niños les gustaba jugar conmigo; les fascinaba mi pelo rojo y estaban convencidos de que era producto de algún truco o ilusión. Cuando las tareas diarias estaban terminadas, los perseguía a cuatro patas por toda la casa o les contaba las historias que me relataba mi padre, los viejos cuentos irlandeses de la Rama Roja y los Fianna, mientras Gunnar nos miraba, sonreía y negaba con la cabeza, y me decía que mi auténtica vocación era la de aya. A lo mejor aquel día salían a incordiar-me antes de lo habitual.

No fueron los niños quienes salieron. Oí el paso firme de Dalla, la mujer de Gunnar; asomó por la esquina de la pared de tierra y me miró.

Podría haber sido una belleza sin par, morena y de piel pálida, de no haber sido por su nariz de guerrera, rota y recompuesta hacía mucho, de tal manera que le había quedado casi aplanada contra la cara; un regalo de despedida de su padre, o eso me dijo Gunnar. A decir verdad, esa nariz partida casaba con ella, porque era una mujer dura, como hecha aposta para estas tierras. Sin mediar palabra, metió un cuerno vacío en el cubo de leche que transportaba y me lo ofreció.

—Gracias —dije mientras me la bebía toda, aún tibia y espesa.

—Trabajo duro —comentó ella.

—Lo es. Cuesta más afilar una lanza que usarla, es más fácil matar una bestia que desollarla... —Dejé la frase en el aire. El proverbio tenía un final que no me apetecía pronunciar.

—Es más fácil matar a un hombre que enterrarlo —concluyó ella.

La noche en la que volvimos de cazar el fantasma, la encontramos despierta, pues regresamos al rayar el alba, dando trompicones por el cansancio y cubiertos de la suciedad de la batalla y el enterramiento. La mirada implacable de Dalla planteó la pregunta, y tal vez la habrían seguido unas palabras, pero Gunnar había estirado los brazos y la había cogido de las manos. Cerró los ojos y por un momento pensé que se deshonraría llorando, pero cuando volvió a abrirlos estaban secos. Besó a su mujer en la frente y dijo:

—Por favor, no me hagas preguntas. Todo va bien, pero no preguntes.

Ella había mirado la marca del mordisco en la mano de Gunnar, el filo embotado de su espada y las marcas en su escudo. Leyó una historia en nuestros ojos, que eran los de unos hombres extenuados tras matar a alguien, y dio la impresión de que no deseaba oírlos en palabras. Dejó que nos fuéramos a dormir, envueltos en pieles sobre el suelo y, cuando despertamos, no hizo preguntas. Por su manera de actuar, hubiésemos podido fingir que lo habíamos soñado todo, que había sido una pesadilla de sangre, nieve y un malhadado pacto.

Bajé la vista y probé el filo de la lanza con el pulgar. Ya estaba bastante afilada. Levanté la siguiente arma del montón y dije:

—Me alegro de que haya acabado el invierno.

—Yo también. Pero supongo que pronto nos dejarás.

—Así es —dije. Porque pronto sería el Día del Traslado, cuando un vagabundo como yo debía encontrar un nuevo sitio al que llamar hogar.

Dalla dejó el cubo y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la casa.

—Ojalá no te fueras —dijo.

Le sonreí y le canté un viejo cuarteto:

*El invitado parte y no alarga su estancia
por siempre en el mismo sitio:
hasta al más amado lo detestan si se demora
en el salón de otro hombre.*

Después añadí:

—Da mala suerte pasar el invierno dos veces en el mismo lugar. Un invierno hace de un hombre un invitado; dos, un ladrón. Nunca he visto que saliera bien.

Dalla no respondió. En lugar de eso, bajó la mirada a las armas que yo tenía a los pies y, en concreto, a la que estaba encima del montón. La espada de Gunnar, una hoja de acero de Ulfberht que valía más que su granja, con el filo todavía mellado y embotado a causa del invierno. La levanté y empecé a afilarla contra la piedra, con el mismo cuidado con el que podría haber afinado un arpa única o sostenido en brazos a un niño.

—¿Por qué quieres que me quede? —pregunté.

Ella no apartó los ojos del filo de la espada.

—Tengo miedo.

—No hay nada que temer.

—¿De verdad?

—De verdad.

Dalla asintió poco a poco.

—Te tomo la palabra —dijo, y apreció cierta dureza en su voz, como la que se nota en las palabras de un jefe o el capitán de una partida de guerreros. Porque esa casa era su dominio y la llave de las despensas colgaba de su cintura, no de la de Gunnar. Ella no me acogería en su hogar contra su voluntad, por mucho que su marido insistiera en ello.

—Tu marido no ha hecho nada de lo que puedas avergonzarte —afirmé—. Es un hombre honorable.

—Como lo eres tú.

Negué con la cabeza.

—No. El honor es un lujo para ricos y valientes. Yo no soy ninguna de las dos cosas; no puedo permitírmelo. Me conformo con la astucia y la lealtad. Pero Gunnar es un hombre honorable.

Y como si mis palabras lo hubieran invocado, le vi coronar la pendiente de la colina, con una oveja sujeta bajo el brazo como un fardo, el animal perdido que había salido a buscar. Incluso a esa distancia distinguí su sonrisa cuando nos saludó con la mano; le devolví el saludo y levanté una brazada de lanzas del suelo. Una vez más, había llegado el momento de que saliéramos de caza.

—¿Por qué hablabas con mi mujer?

Una pregunta peligrosa, la que me hizo Gunnar mientras caminábamos hacia el mar. Muchos la han respondido de forma no satisfactoria y lo han acabado pagando con su vida. Pero Gunnar me la planteó con una sonrisa en los labios, de modo que respondí con el mismo tono.

—Cosas de amor, por supuesto. No es tarea fácil mantener un amorío en invierno. Este tiempo primaveral me sienta mucho mejor. —Alcé un dedo hacia él y canté:

*Pues si el varón solo vela por las ovejas,
incluso un lobo requebrará a la hembra.*

Entonces Gunnar lanzó un rugido, aunque era mitad carcajada, y en un visto y no visto estábamos luchando en el suelo, alternando risas y maldiciones mientras buscábamos la presa que inmovilizase la cabeza o el brazo y nos diera la victoria. Con una espada yo no le habría durado ni un instante, pero en la lucha cuerpo a cuerpo su alta y delgada constitución obraba en su contra, por lo que estábamos igualados. Quizá podría haberlo derrotado si lo hubiera intentado con todas mis fuerzas, pero al cabo de un rato tuve la precaución de ofrecerle un

brazo izquierdo que pudiera apresar con facilidad. Puede que fuéramos amigos, pero nunca es una buena idea poner en evidencia al anfitrión.

Cuando nos levantamos del suelo, sacudiéndonos la tierra de la ropa, me pasó la lanza que yo había soltado al caer y me dio una palmada en la espalda.

—Tendríamos que encontrarte esposa —dijo—. Así dejarías de perseguir a la mía.

—Un hombre sin propiedades no sueña con semejante cosa. Ni tampoco la quiere un vagabundo.

—Llegaré un momento en el que te canses de ir de un lado a otro, Kiarán.

—Lo dudo.

—¿Adónde irás esta vez? ¿A casa de Olaf?

—¿El Pavo Real? Es posible. Nunca me han gustado mucho las casas de los jefes. Demasiada gente.

Mordisqueó la punta de su bigote, como tenía por costumbre cuando pensaba en lo que iba a decir. Lo había visto hacerlo a menudo, porque las palabras no eran su fuerte.

—Me gustaría que te quedases.

—*El invitado parte y no alarga su estancia...*

—Sí —dijo—. Conozco esa canción; la has cantado muchas veces. Pero ojalá no fuera así.

Mientras pronunciaba esas palabras llegamos a la cima de un promontorio y lo que oí me hizo callar de golpe. Por primera vez en muchos meses oía el mar.

Somos un pueblo que llegó del mar, y creo que son pocos los islandeses que pueden contemplar las aguas abiertas sin sentir cierta melancolía cariñosa. Habíamos renunciado al mar, habíamos convertido nuestros barcos en madera y habíamos trocado la vida del vikingo por la del granjero; habíamos escogido la paz. Y aun así, nos sigue llamando y nos llena ese anhelo de navegar por él, de escuchar cómo habla. El mar es un gran profeta; basta con sentarse un rato a su orilla para saber que el cántico de las olas contiene la respuesta a todos los misterios. Pero llevamos tanto tiempo viviendo separados del mar que ya no

hablamos su lengua. Y así, lo miramos como los sordos observan al cantor, tratando de entender lo que se ha perdido para nosotros.

Vamos a cazar a sus orillas, porque cualquier hombre puede reclamar lo que encuentra en la costa, territorio de todos. Madera que llega a la deriva desde tierras lejanas, árboles enteros blanqueados por su largo periplo y con un valor incalculable en un país donde ya no crecen árboles altos. Focas, perdidas y enfermas, que van a morir a la orilla del mar. Madera y carne; con un poco de suerte, un hombre puede ganar una fortuna con ambas gracias a la generosidad de las olas.

En nuestra salida de aquella mañana nos guiaban más las ganas de disfrutar de la libertad que la esperanza de encontrar un botín de esa clase. Pisar hierba en vez de nieve, sentir el frágil calor del sol en la espalda y escuchar el mar una vez más; eso era todo lo que esperábamos. Los témpanos de hielo apenas habían empezado a desaparecer, de modo que el dios del mar tenía poco que ofrecer.

Entonces una curva de la costa, una cala oculta. En ella, ante nosotros, una gran forma negra, tan enorme y extraña que al principio no supe ponerle nombre, extendida sobre la arena e inmóvil a pesar de la marea, que no podía con su peso. Solo el hedor pútrido —lejano pero, aun así, intenso— me hizo comprender de qué se trataba. Una ballena varada. Muerta desde hacía mucho y en parte podrida, y pese a todo, una fortuna en aceite, carne y piel para cualquier granjero.

Sin embargo, apenas la había visto cuando distinguí otra cosa más allá: tres puntos negros en la lejanía que avanzaban a gran velocidad. Una partida de caza rival en los terrenos comunales, y ellos también habían visto la ballena. Lo siguiente que oí fue el viento en los oídos y el crujido de las piedrecillas bajo mis botas cuando Gunnar y yo arrancamos a correr.

Era una carrera, pues la costa era una tierra que nadie podía reclamar salvo por el derecho más antiguo de todos, que era el de llegar antes. Gunnar me adelantó, poniéndose su saco a un lado para correr mejor pero sin soltar la lanza

de caza, porque llegar a la ballena con las manos vacías no significaría nada; muerta como estaba, solo podíamos reclamarla haciéndole la primera marca.

Nuestra carrera era una causa perdida. El otro grupo había empezado a correr desde más cerca y, además, contaba con un corredor más rápido, un hombre más bajo que se adelantó a sus compañeros. Llegaríamos en segundo lugar sin demasiada diferencia, pero no vi ninguna manera de compensar la ventaja que nos llevaban. Aun así, corrimos tanto como nos dieron las piernas, pues ¿qué íbamos a hacer si no? Hacer cualquier otra cosa hubiera supuesto una deshonra.

Algo cambió en la manera de correr de Gunnar. Al principio pensé que había tropezado o se había hecho daño en el pie, porque se puso a avanzar de lado, apoyándose en la pierna izquierda durante un par de pasos. Luego vi que arqueaba y retorció el cuerpo y oí un fuerte grito cuando echó su lanza a volar.

Me detuve para observar la trayectoria, mientras la punta giraba perezosamente por los aires. Oí un grito procedente del otro grupo y vi que el rival que iba en cabeza arrojaba su lanza a imitación de Gunnar pero, aunque era un buen corredor, su brazo era débil, y su lanzamiento se quedó muy corto. Un chasquido de hierro contra la piel resonó en toda la playa: la lanza de Gunnar había dado en el blanco y conseguido su marca.

Tras lanzar un grito victorioso, Gunnar y yo empezamos a caminar, sonriendo como niños que hubieran ganado una carrera en el campo. Ofreceríamos al otro grupo una porción de la ballena como premio a sus esfuerzos, porque había visto empezar pleitos por asuntos semejantes. No se sentirían afrentados y todos podríamos volver a casa con una recompensa.

Pero cuando llegamos a la ballena y vimos a los otros hombres, reparé en que a Gunnar se le borraba la sonrisa del rostro. Observé al trío que se nos acercaba; no conocía sus nombres y, aun así, me daba la impresión de que conocía demasiado bien algunos de sus rasgos. La nariz ganchuda de la de uno, el marcado mentón de otro, el vello negro y duro que recubría los nudillos del tercero; todo me resultaba familiar, como si hubieran dividido a un hombre al que conocía entre esos tres desconocidos.

Entonces caí en la cuenta y entendí por qué Gunnar no sonreía.

—Un buen lanzamiento —comentó Snorri, el hombre menudo y rápido que casi nos había ganado la carrera hasta la ballena.

Gunnar se relamió los labios secos.

—Gracias.

—Tu escaldo debería componer una canción para celebrarlo —dijo Haakon, el mayor—. La saga de la Ballena Podrida.

Se rieron. Nosotros no. El hombre más corpulento —recordé que se llamaba Bjorn— advirtió nuestro silencio y unió sus pobladas cejas negras en un ceño.

Snorri, Bjorn y Haakon. Los hijos de Harald el Navegante. Los hermanos del hombre al que habíamos matado.

Tenía entendido que habían pasado el invierno yendo de casa en casa, en busca de noticias de su hermano. No habían visitado la granja de Gunnar, porque estábamos demasiado lejos de la casa de Erik para que las sospechas recayeran sobre nosotros. Pero habían interrogado a muchos otros el primer mes después de la desaparición de su hermano, que había dejado atrás solo una granja vacía. No había mediado pleito, nadie se beneficiaba de su muerte, nadie había podido darles ninguna pista sobre lo que le había acaecido a Erik. Solo les quedaba ese no saber, ese vacío dentro que deja una desaparición inexplicada.

—Me he enterado de lo de vuestro hermano —dijo Gunnar.

—¿Qué sabes de ello? —preguntó Haakon.

—Lo mismo que todo el mundo.

—Nadie parece saber nada en absoluto —dijo Bjorn.

—A lo mejor lo mató un proscrito.

—¿Por qué lo dices?

—Me parece lo más probable.

—No nos corresponde a nosotros hacer conjeturas, Gunnar —dije. Miré a Haakon—. Si oigo algo más que meros rumores, os lo comunicaré.

—Te lo agradezco, Kiarán. —Me dio una palmada en el hombro—. Me alegro de hablar contigo otra vez. Sería mejor incluso oírte cantar de nuevo. Mi esposa

todavía habla de tu última estancia, tienes que volver a visitarnos. Gunnar no puede acapararte durante dos inviernos, ¿verdad? ¿Te plantearás pasar el invierno con mi familia este año?

—Me lo pensaré. Me gustaría.

—Siempre eres bienvenido en mi casa. —Dio un palmetazo en el costado de la ballena, cuya carne ondeó bajo el impacto—. Un generoso botín. ¿Qué haréis con él?

Gunnar no dijo nada. Los hermanos se miraron entre sí. Fue Bjorn quien habló y exigió con descaro:

—¿Qué parte de la ballena nos darás?

—Bjorn —dijo Snorri, con tono de advertencia. Se volvió hacia nosotros, sonriendo—. Pero estoy seguro de que un hombre tan honorable como Gunnar no nos escatimará alguna porción de este hallazgo. Al fin y al cabo, lo hemos visto primero.

Gunnar seguía sin decir nada; su rostro carecía de expresión y tenía la mirada perdida, como un vidente en pleno trance. Vi que los hermanos empezaban a ponerse nerviosos e iban adoptando un conato de posición de combate, a la vez que sus manos se desplazaban inquietas hacia las armas.

—Gunnar —dije, con la esperanza de que mi voz lo arrancara de aquel mutismo.

Y al final habló: escogió las peores palabras que podría haber pronunciado.

—Quedáosla toda.

Bjorn retrocedió como si le hubieran abofeteado.

—Nos insultas —dijo—. No pienso quedar en deuda contigo. ¿Nos tomas por mendigos?

—La has ganado de manera justa —añadió Haakon—. No voy a quitarte tu presa. Venga, danos una décima parte, o un tercio, si tan generoso te sientes. No hay necesidad de esto.

Pero Gunnar se quedó plantado donde estaba, con la mirada fija en el suelo y

negando con la cabeza, formando la palabra «no» una y otra vez con la boca, y no quiso decir nada más.

—Dadle nuestra parte a los dioses —expliqué—. Eso es lo que Gunnar quiere decir.

—No os tenía por hombres tan píos —comentó Haakon.

—Esta ballena es un regalo de Ægir —repliqué—. Necesitamos su benevolencia más que la carne. Coged cuanto queráis y quemad el resto para el dios.

Y dicho esto, le puse la mano en la espalda a Gunnar y me lo llevé de allí como si fuera un niño agotado. Mientras caminábamos por la playa, oí que Bjorn mascullaba algo, y apreté el paso para ser más rápido que las palabras. Si oíamos el insulto, tendríamos que pelear contra ellos.

—No imaginé que la vergüenza sería tan grande. ¿Cómo mientes con tanta facilidad?

Estábamos ya lejos de la playa cuando me habló. Lejos de la playa, y de casa, sentados a la orilla del río, tratando de hallar las palabras que dieran sentido a todo aquello.

Me lavé la cara en el agua y sentí su frío intenso contra mis ojos.

—Porque no me queda más remedio —dije—. Ahora no podemos desentendernos de ella. Tenemos que luchar por esta mentira como si fuera nuestro rey. Nos mantiene a salvo.

—No pienso luchar por ningún rey. Ni por una mentira. Yo lucho por mi familia; lucho por ti.

—Entonces miente por nosotros.

—No puedo.

No dije nada más y dejé que se impusiera el silencio.

No debería ser tan difícil mantener un secreto en un país como el nuestro. La vida es solitaria, la familia es el único mundo de la gente y pueden pasar meses

antes de que un hombre tenga ante sí alguien que no sea su mujer o sus hijos. Las granjas están tan dispersas como las estrellas en el firmamento, diferentes y separadas. Un islandés con un secreto no tiene ningún sacerdote que ruegue por su alma ni tampoco un rey que amenace su cuerpo y, aun así, siente la necesidad de confesar.

En el camino de vuelta a la granja, Gunnar caminaba poco a poco, como si le pesara su secreto. Pensé en el verano que se acercaba, cuando les dejaría atrás a él y a su familia para seguir mi camino y encontrar un nuevo hogar para el invierno. Hubo un tiempo en el que me decía que si vivía como un vagabundo era por necesidad, porque el hijo de un esclavo no tenía esperanzas de convertirse en un hombre con tierras. Después, durante muchos años, lo vi como una bendición: podía recorrer la tierra libre y sin ataduras. De pronto ahora me preguntaba si no sería un anhelo de cobarde: mantenerme en movimiento, un paso por delante de los pleitos que llegan de forma tan inevitable como el hielo con el invierno.

—Mi hogar —dijo Gunnar cuando avistamos la granja una vez más, con un quedo tono de alivio en la voz.

De vuelta a la oscuridad, como una fiera que regresa a sus cuevas y túneles. Supongo que resulta más fácil ser un asesino entre tinieblas que proclamarse como tal a la luz del día.

Gunnar dio una palmadita al mascarón de proa que colgaba sobre su puerta, la cabeza de dragón tallada que otrora formaba parte de su barco, y yo también la toqué, ya que andaba necesitado de un poco de suerte. Los dos debimos de actuar llevados por alguna clase de premonición, pues al entrar distinguimos una sombra poco familiar en la oscuridad. Vi las pequeñas formas de los dos hijos de Gunnar, el perfil de nariz achatada de Dalla y otra persona a la que no reconocí al principio. Sin embargo, solo tardé un momento en saber de quién se trataba, porque en los meses transcurridos había visto esa silueta muchas veces en mis recuerdos, y también en mis sueños.

Era Vigdis, la mujer del fantasma.

—Bienvenida a mi casa —saludó Gunnar, tras un instante de silencio.

—Es el primer día de primavera —replicó Vigdis—. Buena fecha para visitar a los vecinos.

—Sí que lo es —dijo mi amigo, que se sentó y me pasó un poco de pan. Tomé asiento junto a él, sin apartar la mirada de Vigdis.

—Da gusto volver a disfrutar de la compañía de una mujer —comentó Dalla—. Hay demasiados hombres en esta casa. —Al oír eso, su hija protestó y le dio un manotazo en broma. Dalla se rio—. Y tú también, por supuesto, cariño.

Todavía ultrajada, la niña cruzó al trote la habitación, se sentó entre las rodillas de Vigdis y miró a su madre con un mohín. Vigdis rodeó el cuello de Freydis con las manos, luego las echó un poco hacia atrás y se puso a trenzarle el pelo.

—Espero que todo vaya bien en tu casa —dijo Dalla.

—Todo lo bien que cabría esperar. Olaf Hoskuldsson me enviará pronto unas sirvientas para que me ayuden a llevarla.

La boca de Gunnar se tensó al oír el nombre de nuestro jefe.

—Es un hombre generoso —señaló Dalla—. Debes de sentirte sola en la granja sin compañía.

—No siempre estoy tan sola —replicó Vigdis, y miró en dirección a Gunnar.

Este le sostuvo la mirada sin decir nada. Se hizo un silencio que recordaba a esa calma peculiar que precede a los duelos. Dalla los observó a los dos —a la invitada y a su marido— y vi cómo en su cabeza empezaban las elucubraciones.

Quién, qué, cuándo. Me alegré de que no me mirase, porque no sé si podría haberle sostenido la mirada.

Los niños empezaron a inquietarse. Siempre son los que más notan la discordia, como esos pájaros que echan a volar en bandadas horas antes de un terremoto, expulsados de sus nidos por unos temblores demasiado suaves para nosotros. Me subí a Kari al regazo, le agarré las manos e intenté que luchara conmigo. Era un niño fuerte y le encantaba pelear, pero esa vez no quiso. Por mucho que intenté azuzarle, lo único que hacía era volver la cabeza para mirar a su madre.

Gunnar metió una vez más su vaso en el barril del agua.

—Y bien. ¿Has pensado en mi propuesta? —dijo.

—Sí —respondió ella.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Digo que no.

—Ya veo. —Gunnar torció el gesto como si hubiera mordido carne podrida—. Entonces no hay más que hablar.

—¿Qué propuesta es esa? —preguntó Dalla. Gunnar no contestó y entonces ella repitió la pregunta, esta vez dirigida a mí.

—No sé nada de esto —repliqué.

Vigdis ladeó la cabeza, como una madre que hablase con un niño perezoso.

—Dalla, tu marido pretendía casarme con su amigo.

—No digas más —la atajó Gunnar—. El tema está zanjado.

—Pretendías entregarme a él, como si le regalaras un caballo para montar o un cuchillo para destripar pescado. ¿Creías que me casaría con un hombre que no posee siquiera una pieza de plata?

—No creo que vayan a llegarte mejores ofertas. Para irse a vivir a la casa de tu fantasma.

—Y, sin embargo, el fantasma ya no camina.

—Gunnar —dije yo—, no tendrías que haberlo hecho. Deberías habérmelo consultado. Esto no es lo que quiero.

Él tiró al suelo el vaso de agua.

—Siento que te conformes con vivir como un mendigo, cambiando tus canciones por sobras. Es deshonoroso. Y tú —añadió, señalando a Vigdis—, ahora puedes marcharte. Ya has causado bastantes problemas.

—No hemos acabado con este asunto.

—¿No?

—No. No quiero casarme con tu amigo. —Acarició el pelo de la niña que estaba sentada entre sus pies. Después añadió—: Quiero casarme contigo, Gunnar.

En mi regazo, Kari se quedó inmóvil. Dejó de retorcerse para mirar a su madre o de revolverse para soltarse de mi presa. Se quedó totalmente quieto durante un instante y después se inclinó hacia delante, me rodeó con los brazos y hundió la cara en mi hombro.

—¿Qué has dicho? —preguntó Gunnar.

—Para eso he venido. Para decirte que te divorcies de tu mujer y te cases conmigo.

—Estás loca —dijo Dalla, sin levantar la voz.

—No te deseo ningún mal, Dalla, pero no pienso casarme con un mendigo. Y tu marido está atado a mí de maneras que no te ha contado.

—Fuera —ordenó mi amigo.

—¿Quieres ponerme a prueba, Gunnar? ¿Se lo cuento?

El susurro de las ascuas, la luz tenue y titilante. La boca tensa de ira de Dalla, y Vigdis en el centro de todo, con las manos unidas sobre el regazo y observándonos con sus ojos muertos sin parpadear.

—Saca a los niños de aquí, Dalla —dije.

—No. No pienso irme. No quiero más secretos.

Gunnar se inclinó hacia delante y, a la luz del fuego, vi el odio en sus ojos cuando se dirigió a Vigdis.

—Di lo que quieras. Haz lo que te plazca. Pero no dejaré por ti a mi mujer. Porque eres una ramera. O una bruja. O ambas cosas.

—Como desees. —Vigdis se puso en pie y se alisó el vestido—. Pero no contaré tus secretos por ti. Eso tendrás que hacerlo solito. —Entró un chorro de luz por un instante cuando ella abrió la puerta, brusca e inmisericorde. Después se fue, y regresó la oscuridad.

Di gracias por ello, porque no creo que hubiese podido mirar a la cara a ninguno de los demás. Alcé la vista e incluso a la tenue luz pude ver los maderos del techo, picados de sal y deformados por el agua que había surcado en su vida previa como parte del casco de un *drakkar*. A Gunnar siempre le había gustado contemplar ese techo, recordar el hombre que había sido, un gran guerrero del mar. Pero yo siempre había sentido inquietud al mirar ese esqueleto invertido de un barco. El único hombre que veía una embarcación desde abajo era el que se estaba ahogando.

Recayó en mí romper el silencio.

—Kari, Freydis; venid conmigo.

El niño negó con la cabeza.

—Quiero quedarme.

—Ve con él —ordenó Dalla—. Id con Kiarán.

Kari se dispuso a replicar, pero una mirada de Gunnar le silenció. Me pregunto si había visto antes alguna vez aquella mirada en los ojos de su padre. Los ojos de un ejecutor.

Cogí de la mano a los dos niños y los saqué de allí, hacia la luz, el agua y el aire. No fui lo bastante rápido porque, antes de abandonar aquel lugar, todos oímos algo que no debíamos haber escuchado.

A mi espalda, oí que Dalla hablaba, tranquila e insistente, aunque en voz demasiado baja para que distinguiera las palabras. Y oí sollozar a Gunnar.

En cuanto estuvimos al aire libre, Kari se zafó de mí y se alejó con paso decidido. Recogió del montón de leña un palo del tamaño de una espada y, cualquier otro día, se lo habría arrebatado de la mano. La madera es un bien

preciado en la isla, no un juguete para los niños. Aquel día, dejé que se lo quedara.

Kari golpeó el aire con el palo, pero no eran los movimientos al azar de un niño enfadado. Lo sostenía con mano de guerrero, como le había enseñado su padre, y cada una de sus acometidas llevaba el eco de un propósito letal. El revés que parte una cabeza desde el ojo hasta la oreja, la rápida estocada de lado que pasa por detrás del escudo, el tajo a baja altura que destroza una rodilla. Solo tenía diez años, pero ya conocía todos los movimientos.

Dejé que abriera él la marcha mientras lo seguía guiando los pasos de su hermana, que se conformaba con caminar callada y con los ojos enrojecidos mientras se chupaba el pulgar en silencio. Traspasamos las lindes de la granja en dirección al oeste, siguiendo el fiordo. Me pregunté si el chico llegaría hasta el mar, en caso de que yo se lo permitiera, para luchar contra las olas como el Cúchulainn de los antiguos relatos.

Freydis miró nerviosa por encima de su hombro, en dirección a la granja, que se veía reducida al tamaño de una mano a nuestra espalda.

—Ya basta, Kari —dije, pero él no me hizo caso. Solté la mano de Freydis y corrí detrás del niño—. Basta. Para. Es peligroso. —Y él giró en redondo y me lanzó un golpe con el palo.

Sin duda un guerrero mejor habría esquivado el ataque y habría movido el hombro para que el arma pasara de largo. Pero nunca he sido hábil o rápido con la espada. Lo que yo apporto a la lucha es cierta brutalidad directa y la disposición a aguantar el dolor. Así, en vez de esquivar el palo lo que hice fue salirle al paso con el antebrazo, con la piel y los huesos como único escudo.

El dolor fue tan intenso que mi vista se nubló durante un momento y, al oír que la madera se partía, al principio pensé que me había roto el brazo. Pero el dolor fue útil, porque me enfureció. Antes de que pudiera echar el brazo atrás para asestarme otro golpe, se lo agarré con las dos manos y le retorcí la muñeca hasta que chilló y tuvo que soltar el palo. Le di dos bofetadas, lo levanté por la garganta y lo tiré al suelo.

Se quedó totalmente inmóvil, con la respiración cortada y dando boqueadas en busca de aire. Miré a Freydis para ver cómo reaccionaba, si corría, peleaba o lloraba; pero no hizo ninguna de las tres cosas, sino que se limitó a observar lo que iba a pasar a continuación. Debió de ser toda una experiencia presenciar que trataban a su hermano como a un hombre.

—Tendrás que guardarte ese truco para cuando seas mayor —dije— o tengas una espada en la mano. Hasta entonces, harás lo que yo te diga.

Le tendí la mano, que él aceptó, y tiré para levantarlo. Se le doblaron las rodillas y arqueó la espalda mientras seguía esforzándose por respirar, pero se negó a caer al suelo otra vez.

—Siéntate. No tiene nada de deshonroso.

Cuando pudo respirar bien, me preguntó:

—¿Te he hecho daño? —Lo dijo sin tono de disculpa; lo contrario me habría decepcionado. Sacudí el brazo para intentar devolverle algo de sensibilidad, porque seguía medio entumecido.

—Sí que me lo has hecho. Ha sido un buen golpe. Si hubieras tenido un año más, a lo mejor me habrías roto el brazo.

Él sonrió y volvió la mirada hacia su hermana, que aguardaba detrás de mí con cara de incertidumbre. Kari le indicó que se acercara y le cogió la mano, como si fuera uno de los poetas guerreros de los antiguos relatos que hubiera ganado a una mujer en un duelo. Freydis se sentó a su lado y apoyó la cabeza en el hombro de su hermano.

Sentado ante ellos con las piernas cruzadas, poeta con la misión de entretener a esa corte de críos, dije:

—¿Queréis una canción? ¿Una *drápa* o un *flokkr*?

—No.

—Pues un cuento. De dioses y héroes.

—¡No! —Kari me miró como si tuviera delante a un necio, y quizá fuera así, porque entonces comprendí lo que querían oír. ¿Qué otra cosa iba a querer escuchar un niño en un momento así?

—No os preocupéis por lo que habéis oído hoy —dije—. Todo irá bien.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Freydis con voz queda.

—Manteneos alejados de Vigdis. Es una mentirosa y una ladrona.

—No me ha parecido que hoy estuviera mintiendo —replicó Kari. Maldije la astucia de los niños.

—¿Nos dejará nuestro padre? —preguntó Freydis—. ¿Para irse con ella?

—Pues claro que no. ¿Sabéis lo bien que habla de todos vosotros? Solo me habla de su familia. Lo sois todo para él.

—Pero ¿esa mujer nos causará problemas? —preguntó el niño.

—Ninguno que tu padre no pueda solucionar.

Estuvieron callados durante un rato. Kari fue el primero en hablar de nuevo:

—Una vez me contaste la historia de Wulf, que quería rescatar a su amada de las garras de Eadwacer. Intentó conseguir que sus amigos le ayudaran, y ellos no quisieron. Al final tuvo que luchar solo y lo mataron.

—¿Te quedarás con nosotros? —preguntó Freydis—. Tengo miedo.

No respondí enseguida y Kari repitió la pregunta de su hermana:

—¿Te quedarás?

—No sé si puedo —respondí.

Entonces miraron a mi espalda y volví la cabeza para seguir sus ojos. Gunnar y Dalla caminaban hacia nosotros, ella por delante y sin que ninguno de los dos hablara. Me senté con las piernas cruzadas en el suelo y entre los niños, como si yo también fuera un crío grande.

Cuando llegaron a donde estábamos, no dijeron nada. Observé a Dalla para formarme una idea de lo que sabía, de lo que pensaba.

—Ojalá no me hubieras mentido, Kiarán —dijo ella—, cuando me respondiste que no tenía nada que temer.

—En su momento pensé que era cierto.

Dalla asintió, pero no supe interpretar el gesto. He visto a guerreros dedicar esa inclinación de cabeza a un adversario digno, pero también a padres haciéndosela a unos hijos a los que no deseaban ver nunca más.

Después extendió los brazos hacia sus hijos, que fueron con ella. Luego emprendieron el regreso a la granja sin pronunciar una sola palabra más.

—Entonces —dije yo, mirando a mi amigo— ¿ese era tu plan?

Gunnar asintió.

—No era un plan muy bueno —añadí.

Casi se rio; abrió la boca y movió los labios un poco para formar una sonrisa, pero el sonido no quiso salir.

—No soy tan listo como tú —dijo—. O esa zorra de Vigdis. —Se calló y empezó a hurgarse bajo las uñas; allí tenía sangre o tierra, no supe distinguir cuál de las dos cosas—. No tendría que haber venido nunca a este lugar —se lamentó, al cabo de unos instantes—. Entiendo la espada y el mar. Y a mi esposa. Por lo menos a ratos. Pero soy un hombre sencillo. Esta parece una isla de intrigantes. Mujeres que incitan a los hombres para ponerlos a sus órdenes, hombres que intimidan y engañan a otros para conseguir tierras, jefes que engordan y se enriquecen gracias a todas las riñas.

—Yo tengo astucia suficiente para los dos, Gunnar, y tú eres rival para un par de guerreros con una espada en la mano. Juntos no tenemos nada que temer.

—No sé qué problemas nos causará esta mujer.

—No soy de los que rehúyen una pelea.

—No quiero que salgas malparado de esta.

—Eso lo decidiré yo, ¿no crees? —Me puse en pie y me sacudí la tierra de la camisa—. ¿Has hablado con Dalla?

—Se lo he contado todo.

—¿Qué...? —No acabé la frase. Su mirada me acalló.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—No podemos hacer otra cosa que esperar.

—¿Ese es tu plan? No parece mucho mejor que el mío.

—Una mujer no puede presentar cargos contra nosotros. No puede actuar de testigo. No tiene poder según la ley. Lo único que puede difundir son rumores vacíos.

—¿Y qué pasa con los hermanos? Hay gente que ha matado por un rumor.

—La hay. Tenemos que confiar en que ellos no sean de esos. —Vacilé, y luego dije—: ¿Me respondes a una pregunta, Gunnar?

Él apretó el mentón.

—Pregunta.

—Querías que me casara con ella. Para que me asentara y fuese tu vecino.

—Así es.

—¿Por qué tenías tantas ganas de que me quedase?

Gunnar no dijo nada durante un rato. Contempló el terreno despejado, las granjas dispersas que había a lo lejos, la roca negra de las montañas y el verde intenso del valle.

—Creo que me sentiré solo si te vas —respondió por fin—. Nunca he conocido a nadie a quien apreciara tanto como a ti. —Y, como si hubiera dicho algo atroz y vergonzoso, se puso en pie de un salto y se alejó dando grandes zancadas. Vi cómo se marchaba y no dije nada para que regresara.

Alcé la vista hacia el sol y supe que no tenía mucho tiempo. Los días son muy cortos cuando el año es tan joven. Me orienté mediante las colinas y el agua y eché a andar por el valle, alejándome de la granja de Gunnar.

La casa de un jefe no se parece a ninguna otra. No es un lugar donde reinen la oscuridad y el silencio, sino el ruido, el calor y la luz. Dondequiera que se mire, hay criados pisando a los perros, guerreros fanfarroneando o luchando entre sí, y niños correteando en manada. Siempre he odiado esa clase de sitios y, aun así, fue allí adonde me dirigí, tomando el camino más largo, que bordeaba la casa de Vigdis, pues Hjardaholt, el hogar de mi jefe, quedaba justo al otro lado de esas lindes, que yo no quería volver a traspasar en mi vida.

El sol estaba bajo para cuando llegué ante los imponentes muros de Hjardaholt. Las paredes de tierra de la casa de Gunnar podrían haberse tomado por una ondulación del terreno o una pequeña loma, pero esta resultaba inconfundible. Era más grande que un *drakkar* y salía humo de un par de chimeneas a todas horas del día y de la noche. En nuestra isla no tenemos castillos o grandes salones, pero Hjardaholt no tenía nada que envidiar en majestuosidad a la mejor casa que un islandés pudiera aspirar a contemplar alguna vez.

Sentado a la entrada había un *thingman*, Ketil Haakonsson, un alegre centinela que me ofreció un odre de vino cuando me acerqué.

—¡Kiarán! Me alegro de contar con tu compañía. Seguro que Olaf también.

—¿Está dentro el Pavo Real?

—Allí está. Hace mucho tiempo que no hay ningún escaldo en el salón. Espero que vengas para quedarte.

—A lo mejor.

Apenas había puesto un pie en el interior cuando sentí el abrazo de mi anfitrión. Tal era siempre el talante del hombre al que llamaban Olaf el Pavo Real, que acogía a cada viajero que entraba en su casa como a un amigo al que no había visto desde hacía mucho tiempo. También es cierto que un hombre de su riqueza y prestigio podía permitirse esa generosidad.

—No deberías viajar a estas horas —dijo mientras me acompañaba a mi sitio a la mesa—. Debes de llevar horas caminando a oscuras. Fantasmas, trolls... Quién sabe qué otros seres podrían infestar las colinas.

—Me alegro de volver a verte, Olaf.

—¿Qué te trae por aquí? Sospecho que no solo mi buena compañía. Pero ya hablaremos de eso a su debido tiempo. Pasa y ponte cómodo. A lo mejor puedes regalarnos una canción si no estás demasiado cansado.

—Lo que sea para complacer al Pavo Real.

Se rio al oír su apodo. Se lo había ganado gracias al torque de bronce que llevaba al cuello, los anillos de buena factura que adornaban sus dedos, los aros de oro que rodeaban sus brazos y las refinadas prendas rojas que vestía, pues no era hombre que temiera hacer gala de las riquezas que había amasado en sus aventuras en otras tierras. Era algo digno de ver y había quienes murmuraban sobre su afeminamiento, pero aunque siempre hubiera oro en sus brazos y una sonrisa en sus labios, en sus ojos había hierro y su mano sostenía la espada con temple y fuerza. Muchos habían subestimado al Pavo Real. Algunos habían pagado el precio de cruzarse en su camino con honor y plata; otros, con la vida.

—Y bien —dijo Olaf en cuanto estuvimos sentados—, Gunnar por fin te ha dejado marchar, ¿eh? Pensaba que iba a acapararte para él solo durante muchos veranos más.

—Un viajero como yo debe trabajar duro en verano para ganarse su hogar del invierno.

—¿No vas a quedarte otro invierno con Gunnar?

—No, traería mala suerte.

—Bueno, aquí tienes sitio, si quieres. Aunque he oído que quizá Haakon Haraldsson venga a cortejarte. Está construyendo una casa poderosa.

—¿Tanto como para rivalizar con la tuya?

—Ni por asomo. Aunque me romperías el corazón si prefirieses su hospitalidad a la mía.

—Ay, Olaf, pero es que los escaldos somos así, siempre dejamos insatisfechos a nuestros jefes. Vuestras lágrimas dan para unas canciones estupendas.

El jefe sonrió.

—Ja, si hubieras nacido esclavo, mi vida habría sido más sencilla. ¡Comprar y vender poetas a mi antojo, en vez de tener que ganarme su estima! Sería un mundo más fácil.

—Estoy seguro.

Olaf cogió un trozo de pan, lo partió por la mitad y me pasó el pedazo más grande.

—Cuando te he visto entrar, he tenido la esperanza de que Gunnar te acompañase.

—Está ocupado con su granja.

—Parece que lo está muy a menudo. A un jefe le pone nervioso ver tan poco a un hombre. Sobre todo a uno como Gunnar.

—No es por falta de respeto.

—No me malinterpretes, no soy un rey avaro en busca de tributo. Tiene derecho a no venir si no le apetece, pero es un poco misterioso, y a la gente no le gustan los misterios. Hay quien le llamaría «distante».

Antes de que acertase a replicar algo, uno de los guerreros del salón llamó a Olaf para pedirle que dirimiese una apuesta de borrachos o algo por el estilo. Él alzó las manos en ademán de disculpa y se levantó de la mesa, algo inestable. Me quedé donde estaba y miré cómo hablaba, mientras me preguntaba si de verdad estaba tan ebrio como aparentaba.

Dejé el vaso en la mesa y, con el rabillo del ojo, vi que me lo rellenaban en el acto. La criada no se fue después de cumplir su tarea y, cuando la miré intrigado,

me sostuvo la mirada con total desparpajo. Era una mujer bella, calculé que debía de tener unos diecisiete años; su pelo era muy rubio y sus ojos parecían cambiar de color mientras los miraba.

—¿Nos conocemos? —le pregunté.

—Te he oído cantar. El invierno pasado, cuando viniste a comerciar.

—Ah, lamento haberte lastimado los oídos. No estaba acostumbrado a tocar para semejante público.

—No seas modesto. Estuvo bastante bien, por si quieres saberlo.

—¿Solo bastante bien?

Ella se rio.

—¿Te quitas importancia, y esperas que te aplaudan como a un maestro?

—Es el juego del poeta. Nos insultamos con la esperanza de que nos alaben. Lo último que queremos es una respuesta sincera.

—Lo recordaré y mentiré mejor en un futuro.

La llamó una voz de hombre desde el otro lado del salón. La seguí con la mirada y sentí la mano de Olaf en el hombro.

—Veo que has conocido a Sigrid. Una princesa entre los criados, o eso diría cualquiera que viese cómo se comporta.

—No tiene pelos en la lengua, ¿eh?

—No sé cómo se las apaña, hablando con tanta franqueza. Espero que no te haya ofendido.

—Al contrario. La belleza hace perdonar muchas cosas.

—Ah, creo que ya veo por qué has cambiado la casa de Gunnar por la mía. Allí no hay otra mujer que mirar que no sea su esposa, y Gunnar es un hombre al que es mejor no buscarle las cosquillas.

—Es cierto que vengo con un propósito distinto.

—¿Distinto a beber mi vino y comerte a mis criadas con los ojos?

—Distinto.

Bajó un poco la voz.

—¿Es un asunto que conviene tratar a solas?

—No hace falta que dé detalles.

—Entonces cuéntamelo aquí. —Alzó una ceja—. Sin detalles, si es preciso.

Eché un vistazo al salón, a los grupos de guerreros que bebían y reían juntos. Nos rodeaba toda la vida, todo el poder de la casa de un gran jefe. Se hacía difícil pensar allí en el peligro.

—¿Respaldarías a Gunnar —pregunté— si se metiera en un pleito?

—Eso dependería del pleito.

—Una respuesta prudente.

—Soy un hombre prudente.

—No hay pleito. Todavía no. Pero hay algunos que lo envidian y están dispuestos a contar mentiras sobre él. Gunnar luchará contra ellos, si hace falta. Quiero saber si dejarás que luche solo.

Clavó en mí una mirada inquisitiva y por un momento desapareció de sus facciones toda ligereza.

—Solo te pido que estés preparado —añadí—, por si surgen problemas.

—No me sorprende que le busquen los problemas. Es la clase de hombre que inspira envidia.

—Supongo que sí.

—No por el oro o las riquezas, ojo. —Olaf sonrió para sí y bajó la vista mientras removía los posos del fondo de su vaso—. Es la clase de hombre que le gustaría ser a todos los islandeses. —Apuró el resto y dejó el vaso con delicadeza—. Estaré del lado de tu amigo, si llega el caso.

—Gracias, Olaf.

—Pero eso tiene un precio. No en oro, sino en lealtad.

—Será un *thingman* leal contigo.

—No hablo de su lealtad, sino de la tuya. Tienes que hacer algo por mí.

—No estoy seguro de a qué te refieres.

Guardó silencio durante un largo rato mientras hacía bailar sus dedos a través de la llama de la vela que tenía delante.

—¿Crees en las visiones enviadas por los dioses, Kiarán?

—Por supuesto.

—Entonces cree lo siguiente: cuando pienso en ti y Gunnar juntos, veo la muerte. De uno o del otro, y también de muchos más. Como pareja traéis mala suerte. Tienes que mantenerte alejado de él.

Reflexioné sobre eso durante un rato bajo la mirada imperturbable de Olaf.

—Si eso es lo que pides, vendré a vivir contigo después del Althing.

—Bien, bien —dijo con aire casi ausente, como si deseara olvidar lo que había pedido—. Puedes quedarte tanto como desees. Pasa el invierno aquí, incluso, si te apetece.

Contemplé la casa que Olaf había construido, el hogar de un orgulloso jefe. Crucé la mirada con la sirvienta que estaba al otro lado de la sala y vi de nuevo esos extraños ojos cambiantes, como si fuera un truco de brujas. Y supe que no me quedaría mucho tiempo.

Ya era noche cerrada cuando volví a casa de Gunnar. El fuego se había reducido a unas ascuas dispersas, pero incluso con aquella tenue luz pude distinguir el blanco de unos ojos que me miraban.

—¿Dónde has estado? —susurró Gunnar.

—No debería contártelo.

Una exclamación ahogada, casi una queja de dolor.

—Pensaba que no querías más secretos. —Una pausa en la oscuridad—. ¿Te quedarás? ¿Te quedarás otro año?

—Me quedaré hasta el Althing.

—De modo que ahí es donde has estado. Buscando otro agujero al que arrastrarte.

—Gunnar.

—Basta. Basta de palabras. Ya has dicho todo lo que tenías que decir.

Aquellos ojos blancos se cerraron y no se abrieron. Esperé un rato, para ver si despertaba y hablaba otra vez, pero no lo hizo.

En todas las ocasiones anteriores, siempre había viajado al Althing con muchas ganas, con un calorcillo en el pecho que se parecía bastante al amor. Ese año, a lomos de un caballo prestado, no sentía nada en absoluto. Ni alegría ni miedo, solo un hueco ausente en el corazón.

Gunnar cabalgaba a mi lado, aunque en todos los días que pasamos viajando apenas cruzamos una palabra; había sido así desde aquella conversación a la luz de las brasas.

Habíamos pasado el mes como extraños, yo trabajando en los campos con los sirvientes contratados por Gunnar, mientras él cazaba, pescaba o cuidaba del ganado. Cuando se ponía el sol, le veía volver a casa con una red cargada de pescado y entonces le echaba a su hijo una carrera hasta la casa que perdía a propósito, mientras Dalla asomaba medio cuerpo por la puerta y extendía la mano con la palma hacia arriba para calibrar el peso de la lluvia.

Conté los días hasta que llegó el apogeo del verano. Entonces, sin pronunciar una palabra, Gunnar me indicó que lo acompañase al establo y escogió un caballo para mí. Subimos a nuestras monturas y emprendimos la travesía hacia el oeste. Él sabía que dejaría su compañía en el Althing, aunque desconocía adónde iría y con quién. Y tampoco lo preguntó.

Mantuve el silencio durante los días en que avanzamos cruzando por pasos de montaña y recorriendo las llanuras negras en dirección al centro del país. No hizo ningún ademán de reconciliarse conmigo, aunque tampoco intentó alejarse de mí o adelantarse para ir por su cuenta. Parecía que esperaba algo de mí y, por lo tanto, yo cantaba ante el fuego por las noches, aunque él se tumbara de

espaldas a mí. Tal vez, en algún lugar de alguna vieja canción, estarían las palabras que él necesitaba oír, pero no supe encontrarlas. Y ya no quedaba tiempo.

El sonido del Althing flotaba en el aire; primero como un susurro, luego como una voz y, por último, como un rugido. Pues se oye antes de verse: el rumor grave de miles de voces charlando a la vez, un sonido tan extraño en Islandia como lo es el silencio en una ciudad. Los niños que no lo han oído antes lo confunden con el ruido del mar o el gruñido de un monstruo espantoso. Se agarran a sus padres, lloran de miedo y sufren las burlas de los mayores.

Tras superar los riscos negros, la llanura se extendía por debajo de nosotros. Labrada en lo más hondo del valle, como si la hubiese creado un dios usando una mano a modo de pala, y flanqueada por el majestuoso lago Thingvallavatn, de aguas quietas e insondables. Y adondequiera de la llanura que mirásemos, había alguien.

No hay ciudades en nuestra isla. No hay pueblos, grandes ni pequeños. Es una isla de familias, una única aldea repartida y dispersa por todo el paisaje. Es posible que un hombre tenga una granja en el rincón más profundo de un valle y que, al alzar la vista, no vea a otro vecino y se sienta como si fuese el único habitante de Islandia.

Allá donde hay una ciudad, el matón local se convierte en tirano y el tirano, en rey. La banda deviene en partida guerrera y luego en ejército de conquista. Las personas que llegaron a esta isla, exiliados, soñadores e insensatos, se establecieron en ella porque se habían cansado de esa clase de cosas. Era nuestro aislamiento lo que nos mantenía a salvo, o eso creíamos. No dejábamos nada que un rey pudiera gobernar.

Aun así, en aquel momento veíamos a los millares que se habían reunido allí, ante el gran lago que era primo del mar y espejo del cielo. El Althing, la gran reunión del Pueblo. Aquí es donde comerciamos y cantamos, donde vemos a los amigos que creíamos perdidos desde hacía mucho. Es aquí donde habla la ley y

se hace justicia. Allí se juntaban todas las cosas que un hombre podía soñar; solo teníamos que encontrarlas y escogerlas entre todas ellas.

—¿Qué piensas hacer?

Había pasado tanto tiempo que su voz se me hizo extraña. Miré fijamente a Gunnar para asegurarme de que había sido él quien había hablado, y no eran solo imaginaciones mías. Me hizo un gesto con la mano, impaciente.

—Iré a ver a los poetas. Debo aprender algunas canciones. Y tengo que cantarles una nueva. ¿Y tú?

—Voy a comprarle un caballo a mi hijo. Le prometí un castrado negro —dijo, y espoleó su montura para avanzar.

Quizá fuera tan sencillo como eso: me debía la cortesía de acompañarme, un honor que ya daba por cumplido. Aun así, cuando estaba a punto de creerlo, se volvió en su silla de montar y me habló una vez más:

—Te veré con los poetas. Oiré esa nueva canción que traes.

Ataron a mi caballo con todos los demás en un cañón y me ligué el hacha al cinturón con unos cordeles blancos, porque nadie puede asistir al Althing con un arma a punto para ser usada. Entonces me zambullí en aquel mar de personas como un nadador en el agua, abriéndome paso entre el gentío separando espaldas con las manos. En vez del batir de las olas, llenaban mis oídos los gritos de los viejos compañeros que se reunían, las hijas que volvían a ver a sus padres. Olía la sal del sudor, no la del mar.

No dirigí mis pasos hacia las imponentes cabañas de los jefes, donde se reunían los Treinta y Nueve bajo los altos riscos negros para departir sobre las grandes hazañas de su pueblo y deliberar sobre la voluntad de los dioses. Tampoco acudí a la gran zona de mercado, donde hombres y mujeres se reunían para contemplar los tesoros traídos de tierras lejanas —joyas con filigrana de plata, prendas teñidas con ricos tintes, acero sueco de calidad—, que pocos podían permitirse, pero todos podían mirar y anhelar. No fui al río Oxara, para

ver la islita donde se habían librado incontables duelos de honor, donde habían muerto hombres por un insulto, una palabra, una sola mirada fuera de lugar. En vez de eso me encaminé hacia una elevación del terreno situada al oeste. Fui a donde cantaban los poetas.

A veces me pregunto cómo hablarán de los escandinavos las gentes de otras tierras, los sajones y pictos que han sufrido nuestras frecuentes incursiones. A lo mejor nos respetan por ser guerreros más valientes que ellos, por enseñarles cómo se lucha y cómo se muere. Lo más probable es que nos consideren unos monstruos y unos asesinos. Pero eso es porque nunca nos han oído cantar.

Es posible que nos encante observar un arma bien forjada, el centelleo de la plata en un pecho, la joyería bien trabajada o un paño teñido de un escarlata intenso, pero solo hay un arte de verdad que importe a los escandinavos, y ese es la poesía.

Porque es posible que pasemos buena parte de nuestra vida acurrucados juntos en la oscuridad, esperando a que salga el sol. Quienes no sucumben a la enfermedad, el hambre o un pleito pasan el resto de su vida sin descansar, arando los campos y criando un ganado enfermizo. Hasta nuestros dioses saben que la suya es una batalla perdida, que están condenados a morir en el Ragnarok. Y, aun así, sabemos lo que es la belleza, y eso es la voz que nos canta en mitad de la noche. Pues cuando el escudo se parta y la espada se melle, cuando todos los amigos se hayan distanciado y se enfríen los amores, no estaremos solos. El poeta nos hará compañía.

Aquella era mi gente, y no éramos demasiados. Muchos habían viajado a otras tierras para encontrar un hogar en las cortes de los reyes, pues es sabido que los islandeses cantamos con más verdad y dulzura que ningún otro pueblo. Pocos pueden resistir esa llamada de la gloria, las cortes de los reyes; solo aquellos de nosotros que estamos atados por la pobreza, un pleito o la falta de talento permanecemos en la isla.

Los conocía a todos. Hallfréd, que era poco más que un niño por entonces, pero de quien ya veíamos que llegaría a ser más grande que cualquiera de

nosotros. Kormákur, con sus ojos enloquecidos por el amor y la poesía y su cara marcada por las cicatrices de los numerosos duelos que había disputado por asuntos de mujeres. A cierta distancia, distinguí la imponente figura de Egil Skallagrímsson; ya era un anciano, pero parecía por lo menos medio gigante, y aún irradiaba tal ferocidad que hombres que tenían la mitad de sus años procuraban no acercársele demasiado. Era el mayor de los poetas guerreros, que había conseguido aplazar una ejecución con un solo poema y terminar un pleito con una canción. Y había más poetas también, otros a los que no nombraré.

Entonces me saludaron, pues aunque fuera el más humilde de entre ellos, tenía oficio suficiente para merecer mi sitio. Ningún gran rey me invitaría nunca a su corte; nadie cantaría sobre mí de aquí a cien años. Pero, aun así, había bebido, como ellos, el hidromiel de la poesía, ese regalo de los dioses que a pocos les es dado conocer. Me miraron y esperaron a que cantase.

Se congregó una multitud a mi alrededor; no tan grande como la que rodeaba a los jefes o los comerciantes, pero sí lo bastante para que se me acelerase el pulso y notase un sabor a hierro en la lengua. Pero no escudriñaría a la multitud en busca de rostros conocidos. Mis palabras no iban dedicadas a ellos.

Cerré los ojos y acompasé mi respiración. Empecé a cantar. Canté sobre un hombre que había luchado contra un fantasma en la nieve.

Una canción cautelosa: no dejé pistas para los curiosos ni la oportunidad de que adivinasen el significado que se ocultaba tras las palabras. Aun así, canté sobre la batalla en la nieve y acerca de un gran guerrero que nunca recibiría reconocimiento. Un hombre orgulloso que no necesitaba el aplauso de sus vecinos o su jefe. Para ese hombre, el olvido era la mayor de las alabanzas; él luchaba solo por sí mismo.

Si había perdido su amistad, las palabras por lo menos perdurarían. Al igual que algunos cantan sobre los amores que han perdido, así lo hice yo sobre mi amigo.

Veo en tus ojos que quieres oírlo. De todas las canciones que te he dado, quizá desees esta más que ninguna otra. Pero no la tendrás, y pronto sabrás por qué.

Entonces los vi. Al terminar mi canción, cuando me llovían las primeras alabanzas, miré entre el gentío y vi a las dos personas que más esperaba encontrar.

Primero a Gunnar, de pie en la primera fila, con la boca algo abierta y sus ojos de guerrero tan inescrutables como siempre. Y a Sigrid, algo más atrás, casi perdida entre la gente. No le veía la cara.

Cayeron sobre mí las palabras de los demás poetas: elogios comedidos, preguntas sobre el origen, un par de comentarios hirientes. No les respondí, sino que me adentré entre la multitud. Pero Gunnar ya se había marchado; tras dedicarme un leve asentimiento de cabeza que podría haber significado cualquier cosa, se había dejado arrastrar por una de las caprichosas corrientes que recorrían aquel mar de personas.

Sigrid se había quedado; dio unos pasos al frente con una leve sonrisa en los labios. Antes la había visto cortante, haciendo gala de una calculada indiferencia, tal como un guerrero mantiene la guardia en alto. Pero entonces, al menos por un momento, la frialdad la había abandonado.

Paseaba la mirada entre el gentío y se sobresaltaba un poco ante los gritos y chillidos, como un caballo salvaje antes de que lo domen.

—No habías estado nunca en un Althing, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Mi padre no me dejaba.

—¿Y ahora te lo permite?

—Está muerto. Él... —Enmudeció, y le cogí la mano.

—Ven. Deja que te lo enseñe.

Aquel primer día, el nuevo mundo todavía estaba en construcción. Pasamos por delante de esos jefes, mercaderes y sacerdotes que siempre asistían al Althing y que andaban trabajando en las cabañas que ocupaban todos los años, reemplazando tejados que se había llevado una tormenta y reparando paredes

perforadas por vagabundos y proscritos. Parecían hombres que reconstruyesen una ciudad perdida a partir de sus ruinas, de un recuerdo. En otras zonas, los que eran demasiado pobres para tener un sitio fijo discutían entre sí, luchando por el mejor enclave entre los lugares que quedaban libres. Los comerciantes más vivos esperaban a que estallase una discusión y se colaban discretamente en el hueco en disputa. Si alguna vez te has fijado en las focas de las islas cuando se disputan los lugares de cría, un combate de voces y cuerpos, de gruñidos, rugidos y enfrentamientos, puedes imaginarte esa misma escena o una muy parecida.

En el Althing se presencian grandes acontecimientos, hay lugares donde los discursos de hombres célebres remodelan nuestro pequeño mundo, con palabras que caen sobre el resto de nosotros como el martillo sobre el hierro al rojo. Podría haberla llevado a ver a los sacerdotes que debatían sobre la llegada de la nueva religión que algunos islandeses practicaban en secreto, difundida por los seguidores del Cristo Blanco. O a donde los grandes jefes hablarían para sus seguidores, o al lugar en que los viajeros a tierras lejanas compartirían, con un público de melancólicos vikingos sin barco, historias sobre las incursiones en las que habían luchado. Quizá allí sería donde Gunnar estaba en ese momento, perdido en el recuerdo del hombre que había sido y entregado al sueño imposible de arrancar de su casa los huesos de su nave para zarpar una vez más.

Pero no la llevé a ninguno de esos lugares.

En vez de eso, la acompañé hasta donde Thord el Taimado vendía sus hachas a quienes no le conocían y le expliqué que, por las motas de la hoja, podía verse que había escatimado el hierro. Eran hojas de hacha quebradizas que se harían pedazos tanto contra los escudos como contra los cráneos o los bloques de leña. Le conté que, cuando era joven e ignorante, había comprado una de sus hachas y había recuperado mi plata en un desafío.

—Me planté allí, con un escudo en la mano —rememoré—, y le dije que podía darme todos los golpes que quisiera con una de sus hachas. Si se rompía antes que mi escudo, me pagaría el doble de su valor. Si el escudo se rompía antes, yo le pagaría el doble del precio. Y no dio ni un solo golpe. Se limitó a

sonreír a quienes nos rodeaban, me llamó necio por no saber apreciar la buena calidad cuando la tenía delante y me devolvió mi plata.

—¿Y por qué sigue habiendo gente que le compra?

—Tiene labia. Los hombres quieren creerle.

Fuimos a ver una pelea de caballos organizada por el Viejo Tuerto y le conté cómo distinguir a un ganador: casi siempre el que tenía pinta de cobarde, el que ponía los ojos en blanco y se alejaba caracoleando de su dueño era el que luchaba con más saña cuando no le quedaba más remedio. Los cobardes tienen más miedo a la muerte que los valientes, por eso son más peligrosos cuando se ven acorralados. Le enseñé las yeguas que había atadas detrás de cada semental, cuyo propósito era hacer que estos lucharan con más entrega.

—Ah —dijo ella—. Entonces ¿matan por amor?

—Sí.

—¿Matan los hombres por amor alguna vez?

—En pocas ocasiones. La mayoría mata por honor o en un arrebató de furia.

—O sea que solo los caballos matan por amor.

—Solo los caballos. Y los poetas, a veces.

Eso hizo que se riera de mí.

—Venga, enséñame algo más.

No le llevé al sector de los poetas, donde unos escaldos mejores que yo estarían recitando sus canciones más famosas, con el fin de fijarlas en la voluble memoria de quienes se paraban a curiosear. En lugar de eso, la acompañé hasta la pequeña hondonada junto al lago en la que, todos los años, el mismo anciano contaba la misma triste historia. Lo había visto allí en todos los Althing que había visitado. Su relato no era el de una vida gloriosa dedicada a combatir en incursiones o pleitos, sino una historia lenta y calmada de pérdida e infortunio. Una esposa que se divorció de él cuando vinieron mal dadas, hijos perdidos por culpa de enfermedades y naufragios, una granja arruinada. Al anciano le traía sin cuidado si alguien acudía a escucharle, lo que de por sí ya era bastante raro.

Estaba ciego y no esperaba nada de su público. Parecía conformarse con narrar la historia.

Le enseñé solo esas partes de la asamblea, el Althing que yo conocía, con la esperanza de que así pudiera conocerme a mí. Un vendedor de hachas sin escrúpulos, un duelo de caballos y un hombre contando historias al aire. Un mundo transitorio. Era lo más parecido a una ciudad que veríamos ninguno de los dos en nuestras vidas.

Al fin llegamos al corazón del Althing. Un sencillo campo junto a las rocas peladas, al que no acudimos para escuchar las palabras de dioses o héroes, jefes o poetas. Es a donde vamos a escuchar la Ley.

Llegamos temprano: aún no había mucha gente; solo un puñado de hombres que deambulaban inquietos de un lado a otro. Todos ellos tenían agravios que plantear ante el tribunal y caminaban en círculo mascullando para sí, repitiendo los detalles de su demanda una y otra vez. Éramos los únicos, al parecer, que estábamos allí sin un caso que preparar. Nos sentamos a esperar sobre la hierba cálida.

—Vale —dije—, ya has visto el Althing. Me gustaría saber qué te ha parecido.

—Es tan maravilloso. Tan maravilloso como me esperaba. —Me miró, como si viera de nuevo por primera vez—. Pero me parece que a ti no te complace tanto.

—No me desagrada. Pero prefiero el silencio.

—Un poeta del silencio. Me parece que te impones a ti mismo muchas dificultades.

—No lo sabes bien —dije, y le sostuve la mirada hasta que la apartó.

—¿Por qué has venido entonces? —preguntó.

—Para cumplir mi deber con un amigo.

—¿Y ya lo has hecho?

—Sí. —Pero no añadí nada más.

La observé durante un rato: sus manos ásperas, de criada, unidas sobre el

regazo; la danza de la sangre bajo la piel del cuello, rápida y lenta al compás del pecho y la respiración; sus labios, finos y siempre un poco separados, parecería que siempre a punto para una respuesta pronta. Me pregunté cómo sería besar esos labios.

Quizá ella me viera esos pensamientos escritos en la cara.

—La tolerancia de Olaf tiene sus límites, debo irme —dijo—. Pero ven a buscarme más tarde. Tendríamos que hablar más.

No pude evitar reírme.

—Me pregunto de dónde viene tu valentía. ¿Algún antepasado famoso?

—No. Quizá mi valor sea el mismo que el tuyo.

—¿Crees que tengo valor?

—Sí.

—¿Y de dónde viene?

—De alguien que tiene poco que perder. —Se puso de pie y, como sin querer, dejó que el canto de su mano me acariciase la cara. Piel fresca, el filo de una uña arañándome la mejilla por un momento. Después se alejó y empezó a mezclarse con la multitud.

Le lancé a voces una última pregunta.

—¿Sabes cantar, Sigrid?

—Mejor que tú. —Y desapareció.

Me tumbé en la hierba, observé el baile de las nubes que surcaban el firmamento y me entregué a fantasear sobre el futuro. Pensé en el tacto de esa piel contra la mía, en lo que sería compartir calor en la oscuridad. El brillo de plata que, por la noche, adquieren los ojos de una mujer a la luz de las velas. Después no pensé en nada.

No había pasado mucho tiempo cuando oí unos pasos, suaves sobre la hierba. Una sombra en la trayectoria del sol y luego una presencia en el suelo a mi lado. Supe quién era antes de incorporarme, y compartimos el silencio durante un rato.

Entonces Gunnar dijo:

—Perdóname.

—No hay nada que perdonar.

Eché la vista hacia atrás en dirección al punto por donde se había ido Sigrid.

—Una chica muy hermosa. ¿Te casarás con ella?

—Quizá.

Asintió, casi para sí. Se llevó la mano al antebrazo, el lugar donde los hombres de Islandia guardan su riqueza en forma de aros de oro, plata y bronce. Hay hombres, como Olaf, cuyos brazos centellean como la luz del alba en el agua, y que además atesoran mucho más a buen recaudo en sus casas. Otros, como Gunnar, llevan en los brazos todas las riquezas que poseen en el mundo. Cuando se desprenden de una pieza, todo el mundo sabe con exactitud lo que dan y lo que les queda.

Se quitó un brazalete de plata y me lo ofreció, sujeto entre el índice y el pulgar.

—Es un regalo demasiado espléndido —protesté.

—No, no es suficiente. Pero no puedo permitirme más. Vamos, acéptalo. No me deshonres. Con esto podrías comprarte un pedazo de tierra.

Examiné el brazalete e intenté que la duda no trasluciera a mi rostro. Pero no lo logré, porque Gunnar se rio de mí y dijo:

—No sería un pedazo muy grande, lo reconozco. Pero sería algo.

—No necesitaría demasiado. —Miré a mi alrededor a la gente que se iba congregando. Se acercaba la hora de que hablara la Ley—. Nunca me he visto renunciando a la vida de vagabundo. Supongo que tenías razón tú. Al pensar que debía casarme y sentar la cabeza.

—No; me equivoqué, ¿no es así? Por lo menos en la mujer que elegí para ti. A lo mejor no tengo ese don.

—En tu caso escogiste de maravilla.

—Sí, es verdad. —Y, aun así, noté algo extraño en su voz; algo que se parecía un poco a los remordimientos.

Ojalá hubiéramos hablado más en aquel momento, de mujeres y del futuro. Me habría dejado un buen recuerdo. Pero no nos quedaba tiempo.

Un silencio expectante se extendía por la planicie, a pesar de que ya la abarrotaban miles de personas. Muchos estaban ahí por obligación, pues acudían para apoyar a un primo, un hermano o un amigo implicados en una disputa. Raro era que un hombre asistiera al Althing sin que tuviera relación con uno u otro caso, pues todos estábamos ligados por lazos de sangre y deber. Quienes gozaban del raro privilegio de verse al margen de los cambiantes pleitos acudían de todas formas para observarlos y escucharlos. Pues somos un pueblo que ama batallar, que vive para la guerra. Y ahora nuestras guerras han terminado y los días de nuestras incursiones costeras quedaron muy atrás. Lo único que tenemos son los duelos judiciales de los interminables casos que se dirimen en los tribunales y la violencia repentina y secreta del pleito.

Nos sentamos juntos, en silencio, y esperamos a que hablara la Ley.

Hay una roca en los riscos que rodean la llanura. Nadie conoce su historia ni sabe por qué contiene tanta magia para nuestro pueblo. Tal vez se celebrase allí un juicio en los años de los primeros colonos. Marcada con unas manchas rojas, pudo haber servido de tajo para un verdugo, aunque es irregular y habría resultado difícil conseguir un corte limpio sobre ella. O tal vez, en un enfrentamiento entre familias rivales, con las espadas desenvainadas y la sangre a punto de correr sobre la nieve, alguien se encaramó encima de ella y gritó pidiendo paz. No conocemos la verdadera historia de esa piedra, y tampoco importa. Ahora es el lugar donde habla la Ley, mediante cánticos y plegarias.

La palabra es la Ley, la Ley que hemos acordado todos. Puede que otras tierras inscriban sus juicios y leyes en pergaminos y tablillas, pero nosotros no hacemos nada semejante. Las palabras escritas son creaciones inertes, que a mi pueblo no le sirven de nada. Nuestra ley vive en la palabra y el recuerdo. Nuestros jefes no nos mandan, nos piden. Nuestras leyes no son cadenas para atarnos ni látigos para azotarnos. No pagamos diezmos ni derechos, tampoco reclutamos ejércitos. Solo existe la Ley que acordamos en conjunto y el honor que nos sujeta a ella.

No hay que pensar que esa clase de ley no escrita es algo sencillo. En cada Althing, la Voz de la Ley se levanta y habla durante una hora, y aun entonces solo habrá pronunciado un tercio de las leyes que acatamos. La Voz de la Ley habla tres veces, en tres Althings diferentes, y una vez que ha pronunciado todas y cada una de nuestras leyes, se le libera de su cargo y se nombra a otra persona, como si la Ley fuera una especie de maldición de la que solo fuese posible

desprenderse recitándola en su totalidad. Nos sentamos a observar cómo la Voz de la Ley, Thorkell Thorsteinsson, ocupaba su lugar sobre la piedra, por encima de nosotros, y empezaba a hablarnos.

Aquel día, por supuesto, habló de asesinato.

Si hubiéramos matado a Erik un año antes, o un año después, no habríamos tenido que escuchar algo así. Habríamos aguantado un repaso de los edictos sobre el robo de ganado, el arbitraje de las disputas sobre lindes, los derechos de los hombres en la costa comunal y las condiciones del divorcio. Pero ese año, la Voz de la Ley habló de asesinato.

No siempre que se da muerte se comete un asesinato. ¿Qué ley prohibiría por completo cualquier derramamiento de sangre? Solo la del cobarde. El duelista que siega la vida de su oponente en el *holmgang* o el guerrero que responde a un insulto de palabra con una réplica de frío acero son hombres que merecen escaso castigo. Cuentan lo que han hecho a la primera persona con la que se encuentran, pues no tienen nada de lo que avergonzarse. Plantean sus motivos ante el tribunal, pagan en plata un precio de sangre a los parientes del difunto y esperan a ver si el pleito se entierra o sigue adelante. Pero un asesinato mantenido en secreto era harina de otro costal. Matar y no reconocerlo era el acto de un hombre deshonesto. Y así, Gunnar y yo escuchamos cómo la Voz de la Ley hablaba del crimen que habíamos cometido.

Me resistí al impulso de mirar a Gunnar durante todo el tiempo que fui capaz, porque temía lo que podría ver en sus ojos pero, cuando al fin me volví hacia él, vi que no mostraba ninguna culpa o vergüenza. En lugar de eso, tenía la cara inexpresiva, casi aburrida, que le había visto poner mientras luchaba por su vida en el campo de batalla. Era una imagen más terrible para un guerrero que la de un *berserker* mordiendo su propio escudo o la de un rostro cargado de furia y de odio. Era la expresión de un hombre que no necesitaba la cólera para matar, ni tampoco un gran esfuerzo de fortaleza o voluntad. La cara de un hombre para el que matar a alguien no significaba nada.

Por fin, la Ley terminó. Un leve suspiro recorrió a la muchedumbre, pues esta

Ley nuestra reviste una gran importancia para nosotros. Somos un pueblo naufragado y sin líder, y este es un sueño conjunto, un sueño frágil que mantiene la paz.

Cuando la Voz de la Ley hubo terminado, Olaf fue el primero en ponerse en pie.

—Soy Olaf Hoskuldsson —anunció, aunque hubiera pocos que no supieran su nombre—. Algunos de vosotros me conocéis. Muchos más conocisteis a mi padre. —Un murmullo de condolencia por parte de la multitud—. Hay poco que decir. Era un buen hombre y un gran jefe. Dejó una tierra en paz. Espero que mis hijos también puedan crecer rodeados de paz. —Alzó la cabeza y oteó la gran planicie, y una inmovilidad gélida se adueñó de mi piel—. Con ese fin —prosiguió—, os pregunto ahora: ¿hay algún hombre en el valle del Río del Salmón que sufra un agravio no resuelto? Solucionémoslo ahora, delante de todos. Con palabras y no con sangre.

Un silencio, y luego un movimiento entre el gentío cuando una gran figura se adelantó. Era Bjorn Haraldsson; el hermano del hombre al que habíamos matado.

Vi que su hermano Haakon posaba una mano apaciguadora en su hombro, con la intención de hacerle retroceder de vuelta a la multitud, para que deliberaran un poco más. Bjorn se la sacudió de encima con un movimiento del hombro.

—Deseo hablar.

—¿Cuál es tu queja?

—Soy Bjorn; Bjorn Haraldsson. Algunos me conoceréis.

Hizo una pausa demasiado larga, y el público se agitó inquieto. Era la vacilación propia de un hombre que no estaba acostumbrado a sentirse intimidado. Tenía mal genio y era lo bastante alto para mirar desde arriba a cualquiera que no fuese un gigante, de modo que sin duda estaba habituado a que los hombres se acobardasen y plegaran ante sus deseos. Pero allí, con los ojos de media nación puestos en él, creo que tenía miedo.

Gunnar se inclinó hacia mí.

—No creo que tenga un gran futuro como escaldo.

—No tenía pensado tomarlo como aprendiz.

Olaf interrumpió el silencio.

—¿Y qué tienes que decir?

—Perdimos a mi hermano Erik el invierno pasado.

—Eso ya lo sé.

—Pero es posible que otros no.

—Habla entonces.

—Partió una noche de finales de invierno. Su criada dice que le oyó salir por la noche. Que a menudo paseaba a esas horas y que nunca explicó por qué. Y que esa noche no volvió.

Entonces se calló, y un temblor de impaciencia recorrió a la muchedumbre. Pero Bjorn, como cualquier orador poco avezado, no pareció advertir el estado de ánimo de su público. Se quedó a la expectativa, impasible, esperando a que algún otro le respondiera.

Olaf no era ajeno al desprecio de la multitud.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —preguntó.

—Sí.

—¿No has visto un cuerpo? ¿No tienes testigos de que se haya cometido una fechoría? ¿No tienes una acusación que plantear ante nosotros?

—No, pero...

—Este no es un lugar para conjeturas. No tenemos tiempo para esto.

Al oírlo planteado de esa manera, olvidando lo que yo sabía, podía comprender que Olaf se desentendiera del problema. En invierno moría gente. La locura, la enfermedad, el frío... Todos recogían su cosecha. Erik no tenía ningún pleito pendiente o deuda impagada que pudiera impulsar a un hombre a cometer un asesinato. La verdad que yo sabía era algo que no se le podía ocurrir a nadie. A mi lado, vi que Gunnar asentía para sí mismo, como si quisiera animar a Olaf mientras este se burlaba del hombre que había intervenido. Era el gesto con el que algunos espolean sin palabras a un caballo o un perro mientras

pelean, temerosos de que si hablan, tal vez hagan más mal que bien, porque un animal leal podría volverse hacia la voz de su amo y acabar con la garganta desgarrada en el suelo.

—¿Desea algún hombre hablar sobre esto? —preguntó Olaf.

Un momento de silencio, de perfecto silencio. Después un grito a nuestra espalda, un chillido de horror.

Una vez vi cómo una madre sacaba de un río a su niño muerto. La criatura había caído a través del hielo un mes antes y había quedado sepultada allí, como una sombra bajo el agua helada. La mujer acudía allí todos los días, para asomarse a las profundidades y contemplar a su hijo. Cualquiera hubiera pensado que su dolor, su pena, se habrían embotado con el tiempo, al verlo muerto un día tras otro. Y, aun así, cuando por fin el río se desheló y ella sostuvo en sus brazos la carne rígida, fue como si su hijo hubiera muerto hacía un instante. El chillido que emitió fue el mismo que oí aquel día en el Althing. El chillido de alguien que contempla a su muerto por vez primera.

Se le sumaron otros, y una onda de movimiento se extendió por la multitud, parecida al momento en que un muro de escudos se descompone y un ejército echa a correr. Vi muchas manos que se desplazaban por instinto hacia unas armas que estaban atadas con firmeza, pues pensaban que solo un ataque repentino podía provocar semejantes gritos de terror.

La muchedumbre se separó y vi que por entre ella avanzaba una sola figura. Se trataba de una mujer, a la que olí antes de verla: era el olor caliente de la podredumbre, el hedor de un campo de batalla un mes después de la matanza.

Llevaba algo en las manos. Algo que le había abierto camino entre el gentío y que había provocado los gritos de todos los hombres y mujeres que lo veían. Y aunque yo sabía qué era y podía apreciarlo con el rabillo del ojo, no fue lo que me llamó la atención en primer lugar.

Cuando los héroes de las viejas historias encuentran la muerte, en esos momentos postreros no ven los rostros de los hombres que vienen a matarles, sino que se concentran en algún detalle irrelevante. El rocío sobre la hierba, el

reflejo del sol en el filo de una espada, una espiral en un escudo roto, un cuervo que observa desde lo alto. Siempre me había parecido una de esas mentiras que son tan caras a los poetas, pero en la llanura del Althing descubrí que era así. Lo primero que vi no fue su cara o lo que traía, sino la pronunciada curva de su barriga, su avanzado embarazo.

Fue después cuando reparé en el objeto hediondo que colgaba oscilante en sus manos y en la cara que me era conocida. Supe quién era esa mujer y qué era lo que cargaba.

Era Vigdis, la esposa del fantasma, y traía la cabeza del hombre al que habíamos matado.

El pleito

Hay algo que he olvidado decir. Hay algo que siempre he temido hablar contigo. Pero ahora debo decirlo.

¿Nos queda hidromiel? ¿Solo un poco? Bueno, da lo mismo. Tómatelo tú. Venga, echa un buen trago, puedes hacer algo más que mojarte los labios. Hoy es un día especial para los dos, ¿o no? Y yo también debo beber, porque te he contado muchas historias y cantado muchas canciones, pero ninguna tan larga como esta. Y me queda mucho por contar.

Eso es. Mucho mejor. Ahora estoy listo. Ahora puedo hablarte de venganza.

No creas que es algo intangible. Se puede agarrar, sentir, tocar. Pasa de padres a hijos, de un hermano a otro, de marido a mujer. Pues si bien es cierto que un hombre puede heredar muchas cosas de sus parientes —tierras, ganado, un brazalete de plata, un escudo favorito, una buena espada—, también recibe algo mucho más valioso: el deber de la venganza.

Porque cuando uno tiene parientes que yacen en la tierra sin vengar, estos no descansan en paz. Los muertos hablan, y solo lo hacen de venganza. A veces son blandos y te susurran al oído mientras le haces el amor a tu mujer. Otras te gritan por la noche hasta despertarte. No, los muertos nunca callan.

Quienes oyen esas voces siempre tienen el mismo aspecto. La cabeza algo ladeada, inclinada hacia una voz que solo ellos pueden oír; la mirada perdida, contemplando un futuro que solo ellos pueden ver. Cuando intentas hablarles, al principio no te prestan atención. Tienes que hacerlo en voz más alta, repetir todo lo que dices. Tienes que luchar para hacerte oír, porque hay una voz que no captas y que ahoga hasta la última palabra que pronuncias.

Te parecerá una locura, hasta que oigas esa voz con tus propios oídos. Entonces harás cualquier cosa con tal de acallarla.

Pero tardarás años. Pasarás largos inviernos esperando breves veranos y breves veranos esperando una oportunidad para matar. Años que se pasan observando y esperando, mientras la voz susurrante habla más alto, cada vez más y más alto en tu oído, hasta hacerte desear que lleguen la locura o la sordera. Pero ninguna de las dos serviría de nada. Los sordos siguen oyendo las palabras en su cabeza y no tienen otros sonidos que las amortigüen. Y los locos... Los locos oyen a los muertos más que cualquier otro. Oyen no solo una voz, sino la interminable cacofonía de todos los muertos sin vengar, cada uno de los cuales pugna por hacerse oír por encima de su rival.

Si tienes suerte, el momento acabará por llegar. Tu presa se aventurará sola en territorio comunal y algún pastor lenguaraz te lo hará saber. Y cuando por fin asestes el golpe mortal a un enemigo, cuando enmudezcan los gritos de guerra y se rompa el último escudo, te pararás a escuchar y no oirás nada. Los locuaces muertos callan al fin. No hay nada más dulce que ese silencio. No hay nada más bello que la venganza.

Veo que no me crees. Tal vez creas en otro falso dios. El amor o la canción. La amistad, quizá, el honor o el júbilo de la batalla.

No importa. Descubrirás la verdad a su debido tiempo.

Al principio no hubo nada salvo sonido. Chillidos de mujer, gritos de hombre. El martilleo de centenares de pies contra la tierra, cuando algunos se agolparon en las primeras filas para ver y oír mejor y otros se alejaron corriendo de la planicie para reunir a sus parientes como testigos. Yo tenía los ojos abiertos, pero parecía incapaz de ver nada. Notaba cómo la multitud se cerraba a mi alrededor y me ponía las manos encima. Alguien me sujetó los brazos, pero sentí que aflojaba su presa al cabo de un momento, golpeado por la incertidumbre, sin saber qué era lo que debía hacer.

Cerré los ojos, un instinto que había aprendido de pequeño para despertar de los terrores nocturnos. Si cerraba los ojos durante el sueño, cuando los volviera a abrir ya estaría en el mundo de la vigilia y mi pesadilla se disolvería en la oscuridad. Cuando los abrí en esa ocasión, mi visión regresó para encontrar un millar de ojos que me contemplaban en silencio.

Estábamos rodeados por un círculo. Si hubiera tenido una espada a mano, no podría haberla blandido sin golpear a media docena de hombres. Al principio estábamos solos Gunnar y yo, pero la muchedumbre se separó un momento y más gente se unió a nosotros. Entonces los vi. A los tres hermanos: Haakon, Bjorn, Snorri. Y entonces se nos unió también su hermano perdido, sin ojos ni labios, todo piel gris y hueso blanco, colgando de las manos de Vigdis.

No sé qué aspecto presentaba yo en aquel momento, pero vi que Gunnar no tenía cara de culpable, sino de hombre traicionado.

Fue Haakon quien habló primero.

—Gunnar —dijo—, ¿qué hicisteis?

Gunnar no respondió. No apartaba los ojos de Vigdis.

—¿Lo reconocerás ahora, Gunnar? —preguntó esta—. ¿O sigues siendo un cobarde, además de un asesino?

Gunnar profirió un grito inarticulado, un rugido como una gran ola que rompiese contra un acantilado. Después al fin encontró palabras:

—Le di una muerte de guerrero. ¿Y tú me llamas cobarde?

—Entonces ¿es cierto? —preguntó Haakon.

Un estremecimiento recorrió la multitud al oír esas palabras. Observé las caras de quienes nos rodeaban y vi que una frialdad homicida se iba adueñando de sus miradas. Íbamos a morir allí, pensé, y mi único deseo era que mi arma no hubiese estado atada para poder llevarme conmigo una buena compañía a la oscuridad. Miré a los hombres que tenía más cerca y traté de pensar cuál de ellos vendría el primero a por mí. En cómo le clavaría el pulgar en el ojo, le desgarraría la mejilla con los dientes o le hundiría el gáznate con la palma de la mano. Con suerte, podría llevarme a alguno de ellos por delante.

—¡Basta! —Se oyó una nueva voz, la de Olaf el Pavo Real, que se abría paso a empellones entre el gentío con una docena de sus *thingmen*. Nos rodearon en cuestión de un momento y, aunque eran pocos contra muchos, la muchedumbre retrocedió—. ¡No digas nada más, insensato! —le gritó a Gunnar, blanco de ira. Me señaló—. Hasta el poeta sabe que es mejor refrenar la lengua.

Entonces Bjorn se dirigió a Olaf, embistiendo hacia delante contra los esfuerzos de quienes intentaban sujetarle.

—¿Pretendes proteger a un asesino?

—¿Pretendes matar a un hombre en el llano de la Ley y que esa vergüenza te acompañe de por vida? Obtendrás justicia, pero de acuerdo con la Ley, y no aquí. —Nos miró—. Acompañadme. Ahora mismo.

—¡No pienso huir de unos hombres como estos! —Gunnar escupió en el suelo—. No pienso huir de esta mujer.

Posé las manos en los hombros de Gunnar.

—Vamos —dije—. Tenemos que irnos. —Él negó con la cabeza, de modo

que hablé de nuevo y pronuncié las palabras que sabía que escucharía—. Venganza, Gunnar. Piensa en la venganza. No podremos cobrárnosla si morimos aquí.

Y entonces me sonrió; una sonrisa de monstruo, dientes bajo unos ojos muertos.

—Sí —dijo—. Venganza. Me la cobraré. —Y se puso a caminar, despacio y con orgullo, sin ningún miedo.

Nos alejamos juntos, rodeados por los hombres de Olaf. Pero estos no se nos acercaban demasiado; sabían que estábamos malditos.

En la oscuridad se encuentra consuelo. Eso lo sabe cualquier islandés, o debe aprenderlo para sobrevivir al largo invierno sin que la locura reclame su mente. Sentarse inmóvil y ser invisible, vivir casi en exclusiva por el oído y el tacto... Puede ser un placer, para quien sepa apreciarlo. Sentados juntos en la cabaña de Olaf en el llano, sumidos en una penumbra casi total aunque se colara un poco de sol a través del cañizo, nunca le he estado tan agradecido a la oscuridad. Tal vez estuviéramos muertos antes de que acabara el día, pero me sentía en calma. Allí, en aquel momento, solo estábamos Olaf, Gunnar y yo. El resto del mundo, al menos por el momento, no existía.

Olaf se inclinó hacia nosotros, con las palmas unidas del modo en que yo había oído que usaban los cristianos para rezar. Gunnar estaba en un rincón, encorvado contra la pared, pero aquella era una postura de descanso, no de derrota. El hábito que tiene el guerrero de hacer acopio de fuerzas a la menor oportunidad, pues nunca sabe cuándo se verá obligado a luchar.

Olaf rompió el silencio.

—Contadme lo que habéis hecho.

Gunnar le miró con desdén y negó con la cabeza.

—Ese parece decidido a morir en silencio —me dijo Olaf—. ¿Y tú?

—Yo hablaré —respondí. Gunnar alzó una mano, no supe distinguir si en

ademán de súplica o de cólera—. Gunnar, debo hablar. Si no por nosotros, al menos por tu familia. —Al oír eso, volvió a apoyar la espalda contra la pared.

—Date prisa —me conminó Olaf.

Entonces le conté la historia. Del fantasma en la noche, de la canción del acero contra el acero. De nuestro pacto con Vigdis para guardar silencio y ahorrarle la vergüenza al difunto. Del precio que le había pedido a Gunnar y de la negativa de este.

—No lo creería de labios de ningún otro hombre —dijo Olaf cuando terminé. Se recostó y se puso a jugar con un brazalete de plata, dándole vueltas sin parar. Escuché los sonidos que llegaban del exterior, pues la muchedumbre empezaba a congregarse una vez más, aunque al parecer mantenía una distancia prudencial, por el respeto que todavía le tenía a nuestro jefe. Solo una o dos veces oí gritar a los hombres de Olaf para ahuyentar a las jaurías de niños curiosos que acudían para ver a un asesino.

—Os diré lo que haremos —dictaminó Olaf, que esperó un momento para ver si Gunnar ofrecía alguna respuesta o interponía alguna objeción a sus palabras—. Hablaremos en privado con los hermanos. Les explicaremos lo que me has contado. Se enterarán de que su hermano se comportó de modo deshonesto y usó un truco mujeril. Aceptarán una compensación menor. No reclamarán vuestra muerte.

—¿Piensas que nos creerán? —pregunté.

—Es una historia demasiado extraña para ser inventada.

Gunnar negó con la cabeza.

—No —dijo—. No diremos nada. La Ley dice que una mujer no puede ser testigo.

—¡Lo has confesado tú mismo! —exclamó Olaf mientras se ponía en pie, al fin enfadado—. Has proclamado tu culpabilidad delante de un millar de hombres.

—Como ella quería —dije.

—Como ella quería —repitió Olaf—. Has sucumbido al engaño de una mujer.

¿Pagarás ahora el precio por ello?

Gunnar volvió el rostro hacia la pared. Ya no quería mirarnos a ninguno de los dos.

—¿Qué debo pagar? —preguntó.

—Dales tu granja, Gunnar —dijo Olaf—. Y también tu rebaño. Y esa espada de la que estás tan orgulloso. Quizá baste con eso. Puedes venir a mi casa y convertirte en uno de mis *thingmen*. —Se volvió hacia mí—. Te debo tu promesa y he sido fiel a mi palabra. Aunque deberías avergonzarte de tu artimaña.

—Me avergüenzo. Y cuentas con mi gratitud.

—Queda mucho pendiente entre nosotros —replicó Olaf—. No estoy contento con tu engaño. Creo que esto no acabará como a ti te gustaría.

—¿Otra vez tu don para la profecía, Olaf?

—No se necesita la clarividencia para saber cómo hallará la muerte un hombre como tú.

En su rincón, Gunnar por fin se revolvió.

—¿De qué promesa habláis?

Vacilé, pensando que tal vez encontraría las palabras correctas, pero Olaf se me adelantó antes de poder hacerlo:

—Eres un hombre sin suerte, pero puedes considerarte afortunado de tener un amigo como este. Vino a mí suplicando un favor. Suplicando que os protegiese en un pleito que no quiso detallar. Ahora veo por qué acudió a mí. Porque tú eres demasiado orgulloso para suplicar.

Al oír eso, Gunnar sonrió.

—No renunciaré a mi tierra —dijo—. No aceptaré que me castiguen por matar a un hombre en un combate justo.

—Es eso o aceptar que te conviertan en proscrito.

—Así sea.

—No durarás un solo invierno —advirtió Olaf.

—Prefiero vivir y morir ese único invierno en mi casa que suplicar tu caridad.

—Entonces muere, Gunnar. Me da lo mismo. He ofrecido mi ayuda y doy por pagada mi deuda.

Luego Olaf nos dio la espalda y levantó las manos, y Gunnar sonrió una vez más. La sonrisa del guerrero que afronta aliviado un combate que no tiene esperanzas de ganar. Entonces me di cuenta de que era verdad que prefería morir antes que aceptar la ayuda de Olaf. Y supe lo que yo tenía que hacer.

—Quiero hablar contigo, Olaf —dije.

—Nadie te lo impide —observó Gunnar.

—No. Tengo que hablar con Olaf a solas.

Pensé que tendría que luchar con denuedo para obtener lo que quería, pero Gunnar se levantó de inmediato y nos miró a los dos con desdén.

—Más trucos —dijo—. Más palabrería. No servirán de nada. Pero haced lo que queráis. Veo que me consideráis demasiado necio para comprenderlo, pero lo entiendo. Lo sé. —Y salió con paso firme de la cabaña, para vérselas con los aullidos de la multitud.

—No puedo hacer nada más por ti —me aseguró Olaf—. Tendrás que convencerle de que haga lo que propongo, o moriréis los dos.

—No —repliqué—. Hay otra manera. Esto es lo que haremos.

Después de que habláramos, esperé allí a solas. Olaf se había ido con la gente, para trabajar en lo que habíamos acordado. Del paradero de Gunnar, no tenía ni idea. Cabalgando de vuelta a casa con una partida de guerra pisándole los talones, sentado solo en la hierba, pidiendo venganza con una espada en la mano... ninguna de estas opciones me habría sorprendido.

Una sombra cruzó el umbral. Pensé que sería Olaf, que llegaba para anunciarme si habíamos tenido éxito o fracasado. O Gunnar, que venía a exigirme una respuesta que yo no podía darle, o uno de los hermanos, en busca de una compensación en forma de sangre. Sin embargo, cuando alcé la vista,

encontré una silueta femenina. No le veía la cara, pero no me hacía falta. La habría reconocido en cualquier clase de oscuridad.

—¿Es verdad? —preguntó Sigrid, mientras se sentaba a mi lado—. ¿Es verdad lo que dice la gente?

—En gran medida, lo es.

—¿Gunnar mató a ese hombre?

—Ambos lo matamos.

Se inclinó hacia delante y su melena suelta se derramó en la misma dirección hasta taparle la cara.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó.

—Olaf ofrecerá una compensación a los hermanos.

—¿Y si la rechazan?

—Se celebrará un juicio. Nos declararán proscritos a los dos.

Al principio no respondió. Proscritos. La palabra flotaba en el aire.

Desde que el hombre es hombre nos hemos preguntado qué hacer con el ladrón, el asesino, el blasfemo. Sé que hay muchos países donde la sentencia consiste en torturar o asesinar al criminal. Pero qué acto tan cobarde es atar a un hombre desarmado y rebanarle el cuello con una hoja, o colgarlo de una soga o quemarlo en una pira. Deshonra al verdugo mucho más que a su víctima, con independencia del crimen que haya cometido esta.

Mi pueblo no hace nada parecido; no se me ocurre ningún crimen merecedor de semejante deshonra. A los peores de los hombres simplemente se les declara fuera de la ley. No son hombres, sino carne. Cualquiera puede matar a un proscrito sin tener que pagar precio de sangre a su familia ni que se busque venganza en un largo pleito. Su vida no vale nada.

—Entonces moriréis. —No era una pregunta.

—No tenemos plata suficiente para emigrar. Ni parientes que nos defiendan de la sentencia. —Pues el hombre rico puede huir de su condena, y el poderoso puede convertir su casa en una fortaleza y reunir a su gente para que le proteja. Pero nosotros no éramos ninguna de las dos cosas—. He oído historias de

proscritos que sobrevivieron —añadí—. Aquellos que eran demasiado pobres u orgullosos para huir, aquellos que eran los más temerarios y astutos, que intentaron salir adelante en las montañas del oeste, donde nada puede vivir.

—¿Crees esas historias?

—No. Los proscritos siempre huyen, siempre son perseguidos y siempre mueren. Pero mueren de pie, con un arma en la mano. —Intenté sonreír—. Que no se diga que somos un pueblo que no conoce la misericordia.

Me miré las manos y me pasé los pulgares por las palmas para sentir las marcas, las cicatrices. No eran señales de armas, sino de herramientas de granja. ¿Quién las habría tomado por las manos de un asesino? ¿Quién hubiera pensado que mis labios de poeta pertenecían a un homicida?

Entonces Sigrid apartó la mirada, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, con los brazos a los costados. ¿Cuántos caminos distintos la esperaban fuera, en aquel llano? ¿Cuántos mejores que el que le quedaba allí en la oscuridad, conmigo?

Y regresó a la luz, a los vivos.

Cerré los ojos en la penumbra e intenté dormir, como un guerrero antes de la batalla. Pronto iba a necesitar todas mis fuerzas.

—Asesino.

Fue Bjorn quien pronunció la palabra y no pude contener un respingo al oírla. Gunnar no reaccionó con ningún movimiento parecido; quizá un temblor, como el de un guerrero que restase importancia a una herida encogiéndose de hombros, pero nada más.

Estábamos apretujados en la cabaña de Olaf. Gunnar, los hermanos, Olaf y yo. Oía el sudor de los hermanos y oía su respiración, pues nuestras rodillas casi se tocaban. Bastaría el menor movimiento para rodear la garganta de uno de ellos con las manos o coger una piedra del suelo y golpearle en la cabeza. Solo el respeto que le debíamos a Olaf impedía que corriera la sangre.

El hermano mayor, Haakon, miró a Olaf en aquel momento.

—De acuerdo, Pavo Real. Aquí estamos, como nos has pedido. Habla y escucharemos.

Olaf no respondió de buen principio. Levantó la tira de tela que cubría la entrada y, por un momento, dejó entrar un chorro de luz. Fuera, bajo el sol y el cielo despejado, nos esperaba el tribunal. Un círculo de piedras donde todos oirían el crimen y los jueces dictarían sentencia. Imaginé a la muchedumbre que se congregaría allí, a los padres que nos señalarían mientras les decían a sus hijos: «Mira a ese hombre y recuerda su cara. Ese es el aspecto que tiene un cobarde».

Olaf dio una palmada para reclamar silencio, y lo obtuvo.

—Han matado a un hombre —dijo—. Ha sido un asesinato secreto y, por lo

tanto, un acto deshonesto. Es el peor de los crímenes, y se acusa de él a estos hombres. Y yo vengo a hablar, a ofrecer...

—¿Y por qué debemos aceptar tu juicio en este caso? —Fue Bjorn quien interrumpió al jefe. Nos señaló—. Son tus hombres. ¿Cómo podemos fiarnos de ti?

—No impongo una sentencia vinculante —aclaró Olaf, mientras alzaba una mano como si fuera una espada para parar un golpe—. Lo que ofrezco es un acuerdo. Podéis aceptarlo o rechazarlo según os parezca mejor, o buscar otro jefe ante el que presentar vuestra reclamación. Pero creo que quedaréis satisfechos. He hablado con estos hombres; me han dicho la verdad.

—Adelante, pues —dijo Haakon, antes de que su hermano pudiera plantear más objeciones—. Escuchemos lo que tienes que decir.

—Se encontraron con Erik en invierno. Discutieron y lucharon. Y no informaron de lo que habían hecho. —Entonces Olaf se volvió y extendió la mano hacia mí, mientras añadía—: Pero fue este hombre quien asestó el golpe mortal.

Eso provocó un silencio casi total. El murmullo de la gente en el exterior, el gemido del viento contra las paredes y ningún otro acompañamiento para la demolición de mi vida. Aun así, sentía una extraña alegría en el corazón, tan intensa que tenía que esforzarme por no sonreír. Cuando ha sucedido lo peor, cuando tu vida se ha desmoronado y, aun así, sigues indemne, ¿qué queda sino la sonrisa o la carcajada?

—Esa es la verdad, ¿no? —dijo Olaf.

—Sí, es la verdad —respondí.

Olaf hizo una pausa, como si esperara que Gunnar fuera a decir algo, pero este no objetó nada. Su cara permaneció impassible, la misma máscara vacía que adoptaba al combatir. Sus ojos eran otro asunto y no me inspiraba confianza lo que vi en ellos. Pero su silencio aguantaría, por lo menos durante algún tiempo.

—¿Qué participación tuvo Gunnar en esto? —preguntó Olaf.

—Le hice jurar como amigo que no diría nada.

—¿Por qué lo hiciste?

—Soy pobre. ¿Qué compensación puedo ofrecer a modo de precio de sangre? Sabía que respondería con la vida.

—¿Y qué provocó la pelea?

—Un insulto que no repetiré aquí.

—¿Por qué no?

—Porque deshonraría al hombre al que he matado. —Busqué la mirada de Haakon y se la sostuve—. Pero estoy dispuesto a decírselo a los hermanos, si me lo piden. Y ellos entenderán por qué actué como lo hice.

Haakon hizo la única pregunta que importaba.

—¿Murió bien?

—Fue un combate justo. Peleó bien. Murió sin miedo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Olaf, dirigiéndose a Gunnar.

Mi amigo vaciló y me miró, sopesando sus opciones. Pero lo teníamos todo planeado: yo le había asegurado a Olaf que Gunnar no mentiría, o que, si se producía el caso, no sabría hacerlo lo bastante bien. Solo debíamos plantearle preguntas que pudiera responder con la verdad. Y eso fue lo que hizo.

—Sí —dijo—. Fue un combate justo. Uno contra uno.

—He oído el motivo por el que pelearon —explicó Olaf—. Y juro, por mi honor, que dicen la verdad. Hubo una buena causa para la pelea y mi única queja es que no contaran nada de inmediato. Aun así, no puede permitirse que alguien que mata en secreto quede sin castigo. Y este es el acuerdo que ofrezco: Gunnar pagará un cuarto de su ganado y su plata a los hermanos Haraldsson por su participación en el crimen. Y Kiarán... —Entonces hizo una pausa, sin que yo supiera por qué—. Kiarán quedará fuera de la ley durante tres años. Se le concederá un mes antes de que entre en vigor la sentencia. Después de ese tiempo, la ley dejará de ampararle. —Volvió a mirar a los tres hermanos, y abrió los brazos—. ¿Lo aceptáis? ¿O compareceremos ante el tribunal?

Sangre y plata, y ambas en cantidades respetables. Así se saldan todas las deudas en Islandia.

—Aceptamos —dijo Haakon—. Es una propuesta justa.

Le creí cuando lo dijo; creí que era sincero y un hombre de palabra. Y a la vez supe que nada de eso importaba.

Pues Bjorn me miró con odio homicida. Nunca dejaría de darme caza, con independencia de si habían pasado tres años o de si contaba con el apoyo de la ley. Pero de eso ya me ocuparía en otro momento.

Antes tendría que atraparme.

Los hermanos se fueron y nos quedamos solos Olaf, Gunnar y yo. Mi amigo y yo nos sentamos en el suelo y Olaf permaneció de pie ante nosotros como un padre ante unos hijos díscolos, mientras esperaba a que uno de los dos dijera algo.

Al final, Gunnar levantó la cabeza.

—Déjanos, Olaf —dijo—. No tenemos nada que decirte.

—¿Me ordenas que salga de mi propiedad?

—Te lo pido. No sé qué quieres de mí, si gratitud, vergüenza u otra cosa, pero no lo obtendrás.

Olaf escupió en el suelo y se dirigió a mí.

—Mi deuda está pagada. No me pidas más favores. No vuelvas a hablarme de esto nunca.

Se fue y noté que se apoderaba de mí un cansancio que no había sentido nunca, ni siquiera después de la batalla o de hacer el amor. Esperaba que Gunnar dijera algo más; había tantas cosas que podría haberme preguntado, tantas respuestas que yo deseaba dar... Pero no hablé, y recayó en mí romper el silencio.

—¿Quieres saber por qué? —pregunté.

—Creo que no quiero saberlo. Creo que me avergonzaría.

—Como deseas.

—¿Adónde irás?

—Olaf conoce a un capitán mercante, Ragnar el Vagabundo de las Olas. Zarpa dentro de un mes. Puede que vaya a Irlanda. Hablo un poco su lengua. Me enseñó mi padre.

Asintió con aire ausente.

—No creo que yo pudiese dejar nunca Islandia. Me parece que moriría antes de consentir que eso ocurriera.

—Tres años no son tanto tiempo.

—Entonces ¿luego volverás?

Pensé en Bjorn, que me esperaba con el asesinato en la mirada.

—Sí —aseguré—. Volveré.

Poco a poco, como un árbol talado que cae por su propio peso, Gunnar se dobló hacia delante y hundió la cabeza en sus manos. Aparté la vista e intenté no ver ni escuchar. Dejé que mi mirada vagase hacia el recuerdo y mi pensamiento flotara hacia la canción, para concederle la ausencia que necesitaba.

Al cabo de un rato habló de nuevo.

—¿Te quedarás conmigo? ¿Antes de irte?

—Sí —dije—. Lo haré.

Y dicho eso, ambos guardamos silencio. No había nada más que decir.

No pensaba que fuera a volver a ver a Sigrid. Mientras deambulaba por el Althing, me crucé con hombres a los que conocía desde hacía diez años y mujeres que habían jugado conmigo de pequeño y reído conmigo de mayor que pasaban a mi lado sin mirarme, como si fuera un desconocido. No era un proscrito, todavía no, pero ya me veían como a un hombre muerto. ¿Por qué Sigrid iba a ser distinta?

Aun así, no llevaba mucho tiempo vagando por el llano —un paseo de despedida, sin meta ni esperanza— cuando la vi acercarse hacia mí. Me desvié un poco del camino y encontré una roca algo separada de la gente para sentarnos; su superficie pulida daba fe de los centenares de personas que la

habían usado de asiento. Ancianos contemplando su último Althing, jóvenes cavilando sobre sus pleitos. Y también amantes, tal vez.

Sigrid se sentó y me atravesó con los ojos, que no parpadeaban ni presentaban rastro de lágrimas. Los ojos de un guerrero.

—¿Por qué has mentido por él? —preguntó.

—Entonces ¿ya has oído la sentencia?

—Todo el mundo la ha oído. —Vaciló, mientras juntaba y separaba las manos como si pretendiera romper unas ataduras imaginarias—. ¿Por qué has mentido por él?

—Solo ha sido una mentira a medias. Yo le rajé la garganta a aquel hombre.

—Pero ¿por qué lo has hecho?

Bajé la mirada al suelo.

—Gunnar tiene mujer. Hijos. Tierra.

—Crees que su vida vale más que la tuya.

—Sé que es así. Y en todos los sentidos.

—¿Y qué hay de mí? ¿Has pensado en mí?

Para eso no tenía respuesta.

Sigrid torció la boca apenada y habló de nuevo:

—Eres un necio. Mira que pesar tu vida en tierra, familia y ganado. Siempre son los hombres como tú los que mueren primero. Y los bardos nunca cantáis esas historias.

—No lo entiendo.

—Claro, sobre esos granjeros ricos o esos poderosos jefes sí que cantarás. De lo valerosas o trágicas que fueron sus muertes. Pero siempre empieza así: algún pobre esclavo o criado que se ofrece como sacrificio, que se envía a la muerte por orden de su amo. Siempre son los primeros en morir, pero nunca se componen canciones sobre ellos.

—Ese fue el destino de tu padre, ¿verdad? Murió en el pleito de su señor.

Al oír eso, se encogió y ya no pudo sostenerme la mirada. Al parecer había dado en el clavo.

—Para esos hombres eres un trozo de carne —dijo, con la voz quebrada—. Pueden cortarte, venderte o destruirte. No les debes nada. Y ahora vas a morir por uno de ellos.

—Antes tendrán que atraparme. —Esperé un momento, para dejarle pensar en eso. Después le cogí las manos—. Estaré fuera tres años y este pleito caerá en el olvido. Luego volveré. —Levanté el brazo para que viese el aro que llevaba—. Esta es toda la plata que tengo en el mundo. Podría ser un principio para nosotros. Algo de tierra, un rebaño pequeño. Nada más que eso, pero tal vez sea suficiente.

Ella ladeó la cabeza y me miró con unos ojos que seguían siendo tan duros como cuentas de cristal.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Sí. ¿Me esperarás?

Guardó silencio durante mucho rato.

—Esperaré —dijo por fin, cansada, derrotada. Porque es una locura que corre por la sangre, ese amor con el corazón morbosos. No es ninguna bendición. Pero es inalterable.

La locura también me poseía a mí, y no sé qué habríamos hecho si nos hubieran dado un momento más, juntos en aquellas llanuras. Pero no quedaba tiempo. Unos pasos se acercaban a nosotros, una figura cruzaba la planicie a la carrera.

Ragnar el Navegante, un hombre al que conocía de pasada, el capitán de barco que me llevaría al exilio al cabo de un mes. Al principio pensé que venía a hablar de la travesía, a darme un precio. Pero un vistazo a su cara me reveló que otro asunto le conducía hasta mí.

Tenía la respiración demasiado entrecortada para pronunciar más de una palabra, pero eso era todo lo que necesitaba.

—Gunnar —dijo, y señaló en la dirección de la que provenía, hacia el corazón del Althing.

Me llevé la mano de Sigrid a los labios y la solté, y vi que ella cerraba los ojos

y que le recorría un estremecimiento. Luego eché a correr.

Sangre derramada en el Althing: esa fue mi primera conjetura sobre lo que debía de haber sucedido. Que Gunnar o Bjorn habían roto la tregua, habían acudido armados al campo y uno había matado al otro, un crimen que podía hacer que el Pueblo olvidara sus mandamientos en contra de las ejecuciones y asesinara en el lugar al culpable. No sabía cómo prefería ver a Gunnar: si muerto en el suelo, asesinado por un blasfemo, o con una espada ensangrentada en la mano, a punto de sufrir una muerte deshonrosa.

Gunnar y Bjorn; vi que estaban muy juntos, con la cabeza inclinada hacia delante como toros antes de embestir. Pronto llegarían los gritos que van más allá de las palabras, tras los cuales mana la sangre, tan inevitable como las crecidas del otoño. Pero todavía no; aún no habíamos pasado de las palabras. Seguían existiendo esperanzas de que la contienda no llegara a estallar.

Me interpuse entre los dos, agarré la cabeza de Gunnar con las manos y apreté la frente contra la suya.

—Háblame —le dije—. Cuéntame qué ha pasado. El pleito ha quedado asentado con nuestro acuerdo, ¿o no?

Me sonrió, con los ojos luminosos de honor y locura. Extendió un dedo, recto, por encima de mi hombro y dijo:

—El caballo.

Lo miré: un bello castrado negro que sacudió la testa y me devolvió la mirada, orgulloso como un príncipe. Era el caballo que Gunnar quería comprar, pero no me reí. Había visto matar a hombres por mucho menos.

—Tiene que ser un caballo negro —explicó mi amigo— para Kari. Se lo prometí. Y se me prometió a mí.

Miré al vendedor, un hombre al que no conocía, delgado y encorvado, que se removía en su sitio con nerviosismo.

—Me han hecho una oferta mejor —dijo este—. No podéis echármelo en cara.

Vendo al mejor postor, nada más.

—Ya, no te culpo —aclaró Gunnar—. Le culpo a él.

Bjorn habló con parsimonia, como si sopesara todas y cada una de sus palabras antes de pronunciarlas.

—No sabía que querías este caballo. No es culpa mía que no tengas plata suficiente para superar mi oferta.

—Acero tengo tanto como tú. ¿Bastará con eso?

—Gunnar, calla —le dije, pero no me hizo caso.

—En tu familia sois todos unos ladrones —prosiguió, y esas palabras provocaron algo a caballo entre el suspiro y el gemido en la multitud. Sabían lo que debía seguir a esa palabra.

Vi cómo Bjorn palidecía antes de replicar:

—Ese insulto tendrá una respuesta.

—Espera —supliqué—. Gunnar, deja que se quede el caballo.

—Que muera por él, si tanto lo quiere. Yo se lo voy a llevar a mi hijo.

Notaba en él aquella hambre que había intentado olvidar al llegar a Islandia y que ahora regresaba con la misma fuerza de antaño. La sed de sangre que sienten todos los auténticos guerreros. El ansia que no conoce fin.

Volví a acercarme y susurré para que solo me oyera él.

—¿Esto es lo que quieres, Gunnar? ¿De verdad?

—Quieren asesinarte con la ley en la mano, ¿no es así? ¿Por qué no debería hacer yo lo mismo?

—El pleito puede terminar conmigo, Gunnar...

Pero él habló por encima de mi hombro, gritando hacia los hermanos.

—Lo digo otra vez: sois una familia de cobardes. ¿Y quién responderá a eso?

—¡Tendrás tu respuesta! ¡Bastardo! ¡Asesino!

Y ya no hubo más palabras. Hice un esfuerzo por contener a Gunnar, y varios hombres a los que no conocía sujetaron a Bjorn.

Había sido un necio al creer que aquello podía terminar de otra manera. Para nuestro pueblo, que prefiere verse destripado y con las entrañas humeando sobre

la nieve que con el honor mancillado, palabra y espada son la misma cosa. Si un hombre te atacaba con un cuchillo, no descansabas hasta verlo muerto. ¿Por qué iba a ser diferente un insulto?

Y así, Gunnar miró a un hermano y luego a otro, con esa sonrisa desquiciada en el rostro, y dijo:

—¿Quién de vosotros luchará contra mí? ¿Serás tú, Bjorn? Creo que sería lo correcto.

—No —replicó Haakon—. Has insultado a una familia, no a un hombre. Yo soy el mayor. —Miró a Gunnar por un momento, quizá esperando lo imposible, que retirase su desafío. Después añadió—: Será conmigo con quien luches en el *holmgang*.

En pleno verano, el sol apenas se pone. Toca el horizonte dos veces al día, como quien hace una reverencia ante un rey. Tal y como nuestro invierno es una época de una noche casi interminable, el verano es un día permanente.

De manera que cuando digo que nos fuimos del mercado y luego nos levantamos al amanecer del día siguiente, no hay que imaginarlo como una suerte de despertar a oscuras, donde una figura en sombras despierta a otra con un zarandeo y luego emprenden la marcha bajo una luz tenue. No dormimos, sino que nos limitamos a esperar sentados a que el sol diera un tímido beso al extremo del mundo, sin que en el cielo dejara de brillar en todo momento una luz imposible. Después recogimos nuestras armas, un poco de agua y comida y caminamos hasta el río.

Allí nos estaban esperando. Haakon, Bjorn, Snorri, Vigdis y otros parientes cuyos nombres y padres no conocía. Estaban Ragnar, Sigrid, Olaf y varios de sus hombres, y algo apartado de los demás se veía al desdichado tratante de caballos, con el castrado negro a su lado. Era el trofeo para el ganador, un burlón recordatorio de lo mezquino que era el asunto.

Caminábamos con el sol y el río a la derecha y la pared baja del valle a la izquierda. Sin duda, antaño el caudal de agua llenaba el desfiladero, en los albores del tiempo, cuando los hombres vivían centenares de años y se erguían altos como gigantes. El río es ahora tan débil como nosotros, una corriente baja e irregular de agua que con el tiempo ha perdido su fuerza.

Viajábamos como una sola comitiva, pues entre nosotros reinaba una extraña cortesía. Vi que Gunnar, en un acto reflejo, le tendía una mano a Haakon cuando

este tropezó con una piedra saliente, y cuando el sol empezó a apretar, me descubrí ofreciéndole el odre de agua a la persona que tenía al lado, solo para descubrir que era Vigdis quien lo aceptaba. Pronto, dos de nosotros estarían luchando por su vida; tal vez fuera esa certeza la que mantenía la paz. Cuando uno sabe que pronto va a derramarse sangre, no hace falta buscar pelea ni hay necesidad de precipitarla. Reina la paz y un sentimiento que es casi de felicidad. Cualquiera que viese nuestra compañía, ignorante de la disputa, podría tomarnos por una familia que viajara hacia un gran banquete o por una comitiva piadosa en ruta hacia alguno de los lugares sagrados de la isla, donde el mundo de los dioses y del Pueblo Oculto se cruzaba con el nuestro. Y en cierto sentido estábamos haciendo ambas cosas. Para los hombres como nosotros, que consideran la danza del acero su arte máspreciado, el *holmgang* es una festividad. La isla hacia la que nos dirigíamos también era sagrada a su manera; sobre ella se había sacrificado no poca sangre.

En puridad no podía recibir el nombre de isla, pues era más bien un pequeño banco de tierra húmeda en el centro del río, separado de la orilla por unos pies escasos de agua poco profunda. Aun así, se consideraba distancia suficiente de la tierra firme, porque el *holmgang* debe librarse en un mundo diferente al nuestro.

Hay muchos lugares parecidos, en los que se puede dar el salto desde Islandia hasta el país secreto de los duelistas. El saliente de roca escarpada en la costa de Borg, que apesta por culpa de las focas que lo habitan. La isla de tierra empapada que hay en medio del Hitarvartan, donde algunos duelistas han luchado hundidos hasta las rodillas en el barro negro. Y he oído decir que en las montañas del este hay una isla en el centro de un lago de aguas tan serenas y cristalinas que parece que combatieran cuatro hombres, dos arriba y dos debajo del agua. Pero nuestra isla, al estar tan cerca del Althing, ha visto más batallas que cualquier otra. Cualquiera que la pise podrá ver el suelo gastado y las esquirlas de hierro, las astillas de madera que han dejado los duelos celebrados con anterioridad. Décadas de pleitos iniciados y zanjados en aquel lugar.

Nos reunimos a la orilla del agua y hablé con Sigrid.

—Pase lo que pase —dije—, no hagas ni digas nada.

—Tú no eres el duelista.

—No sería la primera vez que matan a un escudero. No sé qué es lo que va a pasar en esa isla.

Ella asintió y, cuando estuvo bien segura de que nadie la observaba, se llevó los dedos a los labios y luego los puso en mi mano. Mantuve el contacto durante un breve momento antes de alejarme. Espero que ella entendiera por qué.

Noté el frío del agua en los muslos al meterme en el río, cargado con el peso de los tres escudos que sostenía en alto sobre la cabeza. Un escudo mojado puede romperse un golpe antes de tiempo, y yo no pensaba dejar nada al azar. Los otros cruzaban detrás de mí, entre ellos Haakon y Bjorn, que en un visto y no visto podrían haberme rajado la garganta y dejarme allí tirado, ahogándome en sangre y agua a partes iguales. En cualquier otro momento no se me habría ocurrido darles la espalda, pero en aquellas circunstancias sabía que estaba por completo a salvo: hasta un hombre como Bjorn respetaba la ley del duelo.

En la isla, cada uno fue a lo suyo. Haakon y Gunnar se dirigieron a rincones opuestos, con el arma en la mano; Gunnar, con su preciosa espada, y Haakon, con un hacha sencilla y de buena factura, mientras que ambos tenían al lado una segunda arma por si la primera les fallaba. Haakon se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se puso a arrancar briznas de hierba, a la vez que Gunnar paseaba inquieto de un lado a otro, lanzando pequeños tajos al aire mientras se movía.

El resto de nosotros tenía que ocuparse de la tarea de preparar el terreno. Snorri y Rolf, que habían llevado consigo el cuero —un sencillo pellejo marrón de buey—, lo tendieron en el suelo como si fuera una capa recamada con bordados o hilo de oro. La alisaron, para que no quedara ningún pliegue que pudiera adulterar el duelo, y después entre todos la clavamos con estacas y marcamos los límites. Allí era donde lucharían, pues no basta con combatir en el escaso terreno de la isla, sin esperanza de retirada. Incluso un sitio así debe reducirse otra vez, y solo cuando un hombre esté dispuesto a plantarse en un

espacio que ha sido cuarteado, y luego vuelto a cuartear, se habrá ganado el derecho a luchar en el *holmgang*.

Hubo un tiempo en que el duelo solo podía saldarse con una muerte, pero ya no es así. Si un hombre saca un pie de ese cuero, aunque solo sea un dedo, o si cae sobre este una sola gota de sangre, el *holmgang* se da por terminado. He visto concluir duelos de esa clase por culpa de cortes sin importancia: una astilla que sale volando de un escudo roto y le hace un arañazo a un hombre en la cara, una esquirla de hierro de una espada que causa una herida minúscula entre el índice y el pulgar. Me han hablado de un *holmgang* que acabó nada más empezar, cuando el frenesí de un *berserker* le provocó una hemorragia nasal y unas cuantas gotas mancharon el cuero que tenía bajo los pies. He visto duelos resueltos con una gota de sangre o con toda la de un hombre. No se sabe qué clase de *holmgang* se presenciará hasta que no se rompe el último escudo.

Me arrodillé para examinar los tres que debía sostener yo, buscando cualquier defecto en la madera que necesitase corregir. Oí pasos a mi espalda y supuse que sería Gunnar. Yo nunca había actuado de escudero y pensé que tendría algún último consejo que darme, porque en el duelo hay muchos trucos que conviene conocer, muchas trampas que no debían cogerme desprevenido.

Sin embargo, cuando me puse en pie y me di la vuelta, me encontré cara a cara con Haakon. Llevaba el hacha en la mano, pero no me transmitió ninguna sensación de peligro.

—Imagino que preferirías luchar contra mí —dije.

—No tengo el menor deseo de luchar contra ninguno de los dos. —Se arrodilló a mi lado, clavó el filo del hacha en el suelo y se apoyó en ella—. Pero si lo tuviera, sería con Gunnar. Porque no fuiste tú quien mató a Erik, ¿verdad?

No dije nada.

—Lo entiendo —prosiguió él—. Me importa poco, Kiarán. Sé que ambos sois hombres honorables, aunque no sé cómo pudisteis dejaros engañar por esa bruja para cometer esta cobardía. —Miró hacia el cielo, como si creyera que en él iba

a encontrar sus respuestas—. Me avergüenzo de lo que hizo Erik. Me avergüenzo de lo que hicisteis vosotros dos.

—Yo también.

—He visto demasiados pleitos en mi vida. Inviernos que se pasan deseando que no llegue la primavera, a los que siguen veranos de matanzas. Esperar y matar, matar y esperar. —Vi la pincelada de plata de sus sienes, casi blanca bajo aquel sol tan intenso. Me pregunté cuántos años de su vida habría pasado entregado a uno u otro pleito.

—Yo también he visto pleitos de sobras. Preferiría no vivir ninguno más.

—Ojalá dependiera de nosotros. Esperemos que todo acabe con este duelo. Gunnar quiere sacarme algo de sangre, eso es todo. Me dejará una buena cicatriz para satisfacer su honor. Pero no creo que me mate. —Esbozó un leve atisbo de sonrisa—. Espero que no. No deseo morir hoy.

—Puede que venzas tú.

—¿Vencer a Gunnar? No creo que los dioses se sientan hoy tan caprichosos. No puedo superar al hombre ni tampoco a su espada. —Debió de vislumbrar algo en mi cara, porque al cabo de un momento añadió algo—: Pero si gano, no le mataré. Te lo prometo.

—Gracias. Que luches bien, Haakon.

—Lo haré. No hay honor en esto.

—No. Pero qué se le va a hacer.

Asintió, arrancó el hacha del suelo y la limpió de tierra con los pantalones. No había necesidad de esperar más. No quedaba nada que decir, de modo que Haakon pisó el cuero y le dijo a Gunnar:

—Veamos si eres tan bueno como dicen.

Gunnar se adelantó sin pronunciar palabra y se colocó en posición. Yo me situé a su izquierda, deslumbrado por el sol hasta que levanté el escudo. Bjorn, que sostenía el de su hermano, me miró y dijo:

—Es una vergüenza dejar tu escudo en manos de un proscrito.

—Todavía no es ningún proscrito —replicó Gunnar, mientras miraba a

Vigdis, pues ella estaba allí, silenciosa y atenta, al borde del cuero de buey—. Es una vergüenza traer aquí a esa mujer.

—Ahora pertenece a nuestra familia.

—Ya lo veo. Ten cuidado, Bjorn. Ya ha enterrado a dos maridos. Si puede llamarse así a Erik.

Bjorn se adelantó con una mueca de rabia, enseñando los dientes y soltando espumarajos como un perro de pelea, solo para que Haakon lo refrenase una vez más.

—¡Ya basta, hermano! Soy yo quien va a luchar hoy. —Levantó el hacha, y luego volvió a bajarla. Se secó la boca con el dorso de la mano y miró a Gunnar—. ¿Mentiste en el juicio?

—¿Mentir sobre qué?

—¿De verdad luchó bien? —aclaró Haakon.

—¿Qué?

—Mi hermano. ¿Luchó bien?

Gunnar vaciló.

—Sí. Peleó con valentía. Murió bien.

—Me alegro. Venga, empecemos.

Gunnar golpeó con la espada contra el escudo que yo sostenía, y Haakon hizo lo propio. Y entonces cantó el acero.

Solo capté un instante de movimiento gris y luego la cara interior del escudo de madera saltó contra mi cara como un perro. Un sonido metálico cercano, como una campanada, y luego el escudo se estremeció una vez más. Eso fue todo en aquellos primeros golpes, pues no tuve tiempo de pensar o ver, sino solo de oír y sentir. Las boqueadas roncadas que emitía Haakon al acometer, las suaves espiraciones de Gunnar, un combate en casi completo silencio. El cuero se me clavaba en la mano, la madera me presionaba el brazo. Y dolor.

Solo empecé a ver después de que cinco golpes alcanzasen mi escudo, y aun entonces lo único que distinguía eran las armas, y no a los hombres que las empuñaban. El hacha que se alzaba y caía del mismo modo cada vez contra mi

brazo, un torpe golpe de arriba abajo más apropiado para partir leña. La espada que cortaba desde un ángulo distinto cada vez, como una serpiente lanzando mordiscos a un hombre. Haakon acometía para romper el escudo, para obligarnos a rendirnos. Gunnar se afanaba en sortear el escudo. Luchaba para matar.

No intentábamos movernos. El juego de pies no vale para nada en el *holmgang*, donde los trucos que tienen que ver con el peso y el equilibrio se vuelven inútiles. Solo importan la fuerza, el destino y el coraje para aguantar a pie firme el intercambio de golpes.

Entonces el sol me alcanzó en los ojos, repentino y cegador, cuando la mitad de mi escudo se partió y desprendió del resto. Los golpes dejaron de caer, mientras Haakon esperaba a que recogiese el segundo de los tres escudos y sacudía su brazo cansado para desentumecerlo. Su primer escudo, lleno de muescas y rajaduras, todavía aguantaba en posición, pero él ya estaba cansado, pues jadeaba y se apoyaba en su arma. Gunnar respiraba con calma, paciente como un poeta con medio centenar de versos aún por cantar. Pronto se volcaría de lleno en la canción. Esbozó su sonrisa de asesino y dijo:

—Es pronto para estar tan cansado.

—Ya veremos.

Se oyó un golpe de espada contra el escudo, y reanudamos el duelo.

Pero no durante mucho tiempo. El escudo de Haakon se rompió en cuestión de un momento y Gunnar lanzó un tajo al aire, impaciente, mientras Bjorn levantaba la siguiente rodela, que pareció escurrírsele de los dedos y cayó al suelo. Cuando vi que la recogía y volvía a caerle, comprendí lo que estaba haciendo.

—Eres tan lento como estúpido —le soltó Gunnar.

—No es necesario —le dijo Haakon a Bjorn, porque debía de avergonzarse de lo que su hermano estaba haciendo. Volvió a mirarnos, con una sombra de sonrisa en la cara—. Me alegro de ver que has decidido luchar como es debido. Viendo cómo golpeabas antes, pensaba que tu reputación era inmerecida.

Gunnar asintió, del mismo modo en que podría reconocer un buen movimiento en el tablero de ajedrez o un buen golpeo de la bola en un partido sobre el hielo. El traqueteo de los escudos y, una vez más, el tañido del acero contra la madera.

Pero algo había cambiado. Antes, los golpes caían sobre mi escudo con la fuerza suficiente para hacer que los dientes me castañetearan y se me entumeciese el brazo. Ahora era como si el hacha la blandiera un niño que perdía empuje con cada golpe.

Se oyó un chasquido de madera cuando se rompió el segundo escudo de Haakon, y esta vez no hubo palabras. Esperó de pie, sin más, bañado en un sudor gris y con los ojos apagados de agotamiento. Gunnar también empezaba a cansarse, pero era como si se comparara el agotamiento del lobo con el del ciervo al que acosa. Con lo débiles que estaban ambos hombres, tardarían mucho en romper el siguiente escudo. Mas los dos sabían ya cómo debía acabar aquello.

Haakon gimió de esfuerzo al blandir el hacha y pareció encontrar un último retazo de energía. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganar el duelo. Perder por un solo escudo era la única ambición que le quedaba, y me pareció que Gunnar, aunque estuviera entregado a su furia fría, aflojaba un poco sus acometidas. Es inevitable admirar la valentía cuando no la acompaña ninguna esperanza de vencer.

Sin embargo, aunque el hombre tal vez sintiera piedad, aquella immaculada espada suya no la conocía. El último escudo cayó hecho añicos y Bjorn se quedó allí plantado, mirando sin comprender nada el trozo de madera rota que colgaba de su brazo. Haakon lanzó un último tajo desesperado contra mi escudo, pero no consiguió nada. Había llegado el momento de que diera un paso atrás para indicar que se retiraba y poner fin al combate, para comprar con plata la restitución de su vida y su honor. Pero no lo hizo. Bajó el hacha y abandonó su posición de combate, colocando las piernas en paralelo. Esperó.

Gunnar frenó el golpe que estaba a punto de asestar.

—Sal de aquí —dijo—. Un pie fuera del cuero bastará. No quiero atacar a un

hombre indefenso.

—No —replicó Haakon con voz pausada, respirando a boqueadas como si estuviera ahogándose—. No pienso rendirme. Cóbrate el precio de sangre que creas que se te debe. Una gota o toda la que tengo.

Gunnar no golpeó. Entendía lo que debía hacerse en el *holmgang* si un hombre huía o si peleaba. No sabía qué hacer si se quedaba quieto y hablaba.

—O si no quieres —añadió Haakon—, quizá haya otra manera.

Bjorn susurró algo a su hermano, pero yo solo capté una palabra de las que pronunciaba: «Vergonzoso». Al oírla, Haakon levantó el mentón con orgullo, negó con la cabeza y habló de nuevo a Gunnar.

—No hay nada vergonzoso en esto. Depongamos juntos las armas. Nos daremos la mano y nos juraremos hermandad. Nos has arrebatado un hermano; sustitúyelo tú. ¿Y qué necesidad habrá entonces de convertir a tu amigo en proscrito? —Esperó un momento, durante el cual solo se oyó el eco del viento al cruzar la llanura. Se pasó el hacha a la mano izquierda y le tendió la derecha, abierta, a Gunnar. Entonces dijo—: ¿No sería hermoso?

Y allí estaba, algo que pocos hombres viven para ver. El final de un pleito, tan próximo y poderoso que parece un ser vivo, algo tan infrecuente como avistar una bestia legendaria. Durante mucho tiempo el pleito parecerá tan inalterable como el destino, tan inevitable como la salida y la puesta del sol. Y aun así, tras meses o años de sangre y odio, durante los cuales los nudos de la disputa se estrechan cada vez más, como el lazo de una trampa, se ofrece una mano, oro, una mujer, el perdón, una promesa o un vaso de hidromiel y un sitio junto al fuego. Si se aceptan, es el fin de la matanza.

—No quiero tu sangre —dijo Gunnar. Enarboló la espada una vez más y apuntó con ella hacia Vigdis—. Habría luchado contra ella, de haber podido. Pero no puedo. —Poco a poco, la punta de su espada descendió hacia el suelo.

Vigdis contempló a los dos hermanos, Bjorn y Haakon, escudo y espada. Y pronunció una sola palabra.

—Cobardes.

El primero en moverse fue Bjorn, que tiró al suelo el escudo roto y agarró el hacha. Y Gunnar no levantó la espada; un veterano de tantas batallas, y por una vez lo pillaron indefenso, y yo no alcé el escudo a tiempo. Pero vi que Haakon se movía, que dejaba caer su hacha al suelo y levantaba los brazos para frenar a su hermano. Y entonces, como si despertara de sopetón, Gunnar golpeó.

Se produjo un movimiento fugaz tan rápido que no vi nada salvo el reflejo del sol en una hoja de hierro. Y una lluvia roja que caía al suelo.

Nunca he visto un movimiento de espada más rápido.

He oído a algunos bardos describir a los muertos como si durmieran. Quietos, en paz, de camino a reunirse con los dioses. Tal vez en el pasado fuera así, porque yo no lo he visto nunca. Ancianos deformados por la enfermedad, mujeres muertas en el parto entre un mar de sangre, bebés resacos que pesan menos que una hogaza de pan, hombres desgarrados por hachas y dagas... Los muertos que he visto siempre se asemejaban más a monstruos que a hombres.

Haakon no fue una excepción. Los ojos en blanco a excepción de una fina medialuna negra en la parte superior, la boca abierta con una anchura imposible y los dientes a la vista en un grito interminable. Y una segunda boca en la garganta, donde la blancura intensa del hueso ofrecía una segunda dentadura, la sonrisa de las vértebras a través del cuello.

Noté el sabor de su sangre en mi boca, la sentí gotear de mi cara. Me mojaba los pies, me calentaba la ropa.

Bjorn estaba de rodillas ante nosotros, con una mano en la frente de su hermano, como si buscara sentir con ella el calor de la fiebre. Como si aquello fuera una enfermedad que pudiera curarse.

Durante un rato, pareció olvidar que estábamos allí. Se quedó de rodillas, sin más, mientras sentía cómo se enfriaba la piel de su hermano bajo su palma, moviendo los labios en silencio, con la cara de quien intenta resolver un acertijo.

—Querías darme a mí, ¿verdad? —dijo por fin—. No a él.

—Sí —respondió Gunnar—. Mi golpe iba dirigido a ti.

Bjorn bajó la cabeza y devolvió la mirada a su hermano.

—¿Me matarás? No puedo vivir con esta vergüenza.

Gunnar desvió la mirada.

—¿Iría contra la ley que lo matara? —preguntó con tono indiferente, como podría haberse interesado por el ritmo de las mareas o las lindes de un pasto. Al principio pensé que hablaba conmigo, pero miraba más allá, hacia Olaf, que observaba desde el borde del cuero con la boca algo abierta.

El jefe vaciló antes de responder.

—¿Estás herido? —preguntó.

—No.

—Entonces sí que violarías la ley —dijo Olaf—. A lo mejor cuando tenía un arma en la mano, pero ahora...

—Pues está decidido —concluyó Gunnar, sin esperar a que el jefe concluyese—. No quebrantaré la ley por ti, Bjorn. —Limpió con esmero la sangre de su espada—. Todos aprendemos a vivir con la vergüenza.

—Se acabó —sentenció Olaf—. Seamos todos testigos. No es ningún crimen matar a un hombre en el *holmgang*.

—¿Y qué pasa con él? —pregunté yo, refiriéndome a Bjorn—. Ha quebrantado el código del duelo.

—Ha perdido a otro hermano. ¿No te parece pago suficiente?

—¿Y ella? —añadió Gunnar—. ¿Qué será de Vigdis?

—Las palabras de una mujer no significan nada para la ley. No es ningún crimen que haya dicho esas palabras.

—Hoy la ley se ha dado un festín —dijo Gunnar, con la boca torcida en una expresión asqueada.

Salió al fin del cuero, con la sangre que le cubría aún húmeda, y vi que todos los presentes retrocedían un poco a su paso, como si fuera un monstruo de la antigüedad. Me pregunté si sería así como hablarían de él las historias en los siglos venideros, en el caso de que lo hicieran.

Los demás se apartaron para abrirle camino, y él llegó hasta la orilla de la isla, con la espada todavía en la mano. Antes de meterse en el río, se volvió y apuntó con la hoja al vientre hinchado de Vigdis.

—No puedo matarte —dijo—. Pero rezo por que tengas un hijo. Quizá entonces saldré mi deuda.

—Eres un asesino —le espetó ella.

—Yo no asesino a hombres —le corrigió él—. Solo ejecuto lo que mejor sé hacer: los mato.

Y así fue como se ganó su apodo. Así es como le conocerán siempre: Gunnar el Ejecutor.

Los demás partieron rumbo al sur, de vuelta al llano que ocupaba el centro del Althing, cargados con el cuerpo y las noticias. Solo Gunnar y yo nos quedamos atrás, a la vista de la isla que tantas muertes había presenciado.

Nos lavamos la sangre lo mejor que pudimos, viéndola enrojecer las aguas por un momento antes de seguir el curso del río trazando líneas y remolinos, pero nuestros esfuerzos obtuvieron poco fruto. Pasaría meses encontrando fragmentos negros bajo las uñas y preguntándome si no serían gotas de sangre seca de aquel día. Vería una mancha oscura en mi túnica y me preguntaría si provenía de la tierra o de un hombre.

Gunnar y yo guardamos silencio durante largo rato. Desnudos, nos frotamos con arena para limpiar la sangre y raspamos nuestra ropa empapada con piedras para eliminar las manchas rojas. Después nos vestimos y nos tumbamos sobre las piedras a esperar que nos secara el calor del sol. Todo eso lo hicimos callados, con el único sonido del agua corriente y algún que otro resoplido y relincho del caballo negro que había sido la causa de aquel duelo. Nuestro trofeo ensangrentado.

Al final Gunnar habló:

—Una vez más, he matado al hombre equivocado.

Se echó a temblar y, al principio, pensé que tiritaba de frío, porque su ropa aún estaba mojada. Cuando los temblores aumentaron, creí que tal vez le hubiera dado un ataque de parálisis, una maldición de los dioses por la sangre que había

derramado. Tardé más de lo que hubiera debido en comprender que había empezado a sollozar.

Entonces lo abracé, como podría haber hecho con un niño. Su reacción era vergonzosa, pero supongo que se había ganado el derecho a esa tristeza. Intenté perdonarle las lágrimas.

—Podrías haber matado al correcto —observé—. Te lo ha pedido.

—Bjorn sabía que no lo haría, pero quería que le vieran pedirlo. —Me apartó y se puso en pie—. Ojalá no hubiera matado a su hermano. Ha sido innecesario.

—El duelo lo provocaste tú.

—Lo sé. Y al principio quería matarlo. Pero cuando ha hablado... —Me miró y vaciló—. ¿Tú has matado alguna vez a un hombre?

—Maté a Erik.

Desechó ese caso con un gesto de la mano.

—Antes de él.

—No —dije, y me miró con incredulidad, como si le hubiera contado que nunca me había acostado con una mujer—. ¿Quién fue el primer hombre al que mataste? —le pregunté.

—No me acuerdo —respondió.

Había matado desde que le alcanzaba la memoria, era incapaz de recordar un tiempo en el que no fuese un segador de vidas. Traté de imaginar cómo debía de ser Gunnar entonces: un niño que había mentido sobre su edad para colarse en el *drakkar* de uno u otro capitán. Temblando y vomitando en su primer viaje a poniente, abochornado por las risas y burlas de los otros hombres. En su primera batalla debieron de dejarlo en la retaguardia, detrás de los guerreros con más habilidad, experiencia o ganas de morir, incapaz de ver la batalla, únicamente escuchándola.

Su primera muerte debió de consistir en rematar a un herido, algún guerrero sajón caído en el suelo y enmarañado con sus propias tripas, cuya última imagen del mundo fue el rostro pálido de un niño que se arrodillaba a su lado con un cuchillo en la mano. O tal vez se tratase de un cura indefenso postrado ante

Gunnar durante el saqueo, suplicando una clemencia que no se le concedería. Tal vez por eso había olvidado aquella muerte. Tal vez había sido un acto deshonesto.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

Se volvió hacia el oeste, donde el sol incesante marcaba un camino a través del país.

—Volvamos a casa —dijo.

Insistió en que yo montase el caballo. Ignoró mis protestas, pues, habiendo matado por él, casi parecía que le diera miedo tocarlo.

Sin duda tendría que haber sido una travesía lúgubre y sin duda ambos tendríamos que haberla recorrido contemplando la ruina que eran ahora nuestras vidas. Yo pronto me convertiría en un proscrito, un fuera de la ley, exiliado de mi hogar, quizá para siempre. Él estaba atrapado sin remedio en el pleito; durante el resto de su vida tendría que permanecer atento por si alguien se le acercaba en busca de venganza.

Aun así, recuerdo varias jornadas entonando canciones mientras caminábamos y cabalgábamos, en las que evitábamos cualquier granja que veíamos y solo parábamos a comerciar para obtener pan e hidromiel cuando lo necesitábamos. Fue uno de esos veranos benditos, sin lluvias ni nubes, que parece que no pueden terminar nunca.

Ojalá no lo hubiera hecho. Cuando llegamos por fin a la colina que dominaba la granja de Gunnar, supimos que volvíamos al mundo del pleito.

—¿Crees que lo saben? —le pregunté.

Observó el humo que salía de la casa.

—Ella sí —dijo—. A lo mejor no se lo ha dicho a los niños. Pero pronto ellos también lo sabrán.

—¿Quieres esperar? Podemos quedarnos aquí el tiempo que desees.

—No. —Negó con la cabeza—. Vamos ya. No queda otra.

Pensaba que a nuestro regreso nos esperaría la cólera o las lágrimas. Tal vez Gunnar también lo previera, porque caminó hasta la puerta de entrada con el cuidado con el que alguien se acerca a un territorio de bandidos. Pero cuando cruzamos el umbral y nos sumimos en aquella acogedora penumbra, Dalla se levantó, le puso una mano firme en el hombro, le dio un vaso de hidromiel y habló como si fuera un jefe dando órdenes:

—Siéntate y descansa —dijo—. Pronto tendremos mucho que hacer. Te vendrá bien el reposo.

Y así, nos sentamos sin pronunciar una palabra, y a pesar de todo vi que a los labios de Gunnar asomaba una sonrisa. No tendría que habernos sorprendido: Dalla era una mujer de pleitos, la esposa de un vikingo, y su respuesta era la vigilancia de un guerrero antes de la batalla.

Eran los niños los que estaban cambiados. Sin duda su madre había intentado hablarles del pleito y, sin duda, ellos no podían entenderlo. Al principio se adelantaron, casi a punto de abrazarnos, y luego se alejaron de nosotros y se acurrucaron en la oscuridad.

Es doloroso ver que unos niños te rehúyen.

Dejé mi banco, me arrodillé en el suelo y le tendí una mano a Kari.

—Tengo una buena historia que contarte. De duelos y traiciones; de exilio y venganza. Hasta ahora siempre te han gustado esas historias. ¿Por qué iba a ser esta distinta?

Miró a su padre con gesto dubitativo.

—Se acercan problemas, hijo mío —dijo Gunnar.

—¿Habrá muertos?

—Espero que no, pero es posible que no quede más remedio. —Gunnar alzó el mentón y miró desde arriba a su hijo con expresión inquisitiva—. ¿Lucharás a nuestro lado, si llega ese momento?

Entonces Kari sonrió y asintió.

—El cachorro tiene colmillos —señaló Dalla.

—Bien. Los necesitará. —Gunnar se levantó.

El chico se volvió hacia mí.

—¿Tú lucharás a nuestro lado, Kiarán?

—No puedo quedarme.

Dalla, que había ido a vigilar el fuego, se quedó inmóvil. Apoyó la mano en la madera de la casa y recorrió con los dedos las vetas de los tablones. Vi que sus ojos centelleaban en la oscuridad cuando me miró.

—¿Y adónde vas?

—Voy a ser un proscrito. Ragnar me sacará de la isla.

Dalla movió la cabeza hacia Gunnar y después volvió a dirigir la mirada hacia mí.

—Te echas al hombro una pesada carga, Kiarán. No lo olvidaré.

Un momento de silencio, y no encontré palabras para romperlo. Luego Gunnar dio una palmada.

—Ven, Kari —dijo—. Te he traído un regalo. Venid conmigo, todos.

Al salir otra vez a la luz y contemplar las tierras de Gunnar, casi me olvidé del pleito. ¿Cómo podía un hombre llegar a un sitio como ese y pensar en derramar sangre? Una sencilla granja, una cosecha arrancada con gran esfuerzo a una tierra testaruda. El único sonido de una corriente de agua y algún que otro crujido leve procedente de los escasos árboles mecidos por el viento.

Aun así, solo tenía que mirar un poco más allá para ver el pleito con mis propios ojos. El pliegue del terreno que señalizaba las lindes de la casa de Vigdis. La lejana espiral de humo que se elevaba desde la casa de Bjorn. Estábamos todos tan cerca; nos separaban tan solo unas horas a pie. Pues cuando el valle está en paz, uno lo recorre con la mirada y ve a todos los amigos que tiene en el mundo. En tiempos de pleito, un hombre tiene que ver la casa de quien ha matado a su hermano todos los días, mientras trabaja en sus campos y pastorea su rebaño. Se le recuerda a diario su vergüenza, su deshonra. ¿Cómo puede haber paz en una tierra así? ¿Qué cantidad de plata, pagada para asentar un pleito y zanjarlo para siempre, puede aspirar a comprar esa vergüenza?

El caballo, recién llegado a ese lugar, solo parecía corroborar y fijar esa

imagen. Atado a uno de los cobertizos, alto, negro y brillante, con el sol en los costados. No era una bestia de carga, pero tampoco, sin duda, una de guerra. Un tesoro en forma de carne, un regalo cargado de amor, cuya visión hizo que Kari olvidase fingir que era un hombre. Volvía a ser un niño, que estiró la mano con timidez para aferrar la de su padre en ademán de agradecimiento, de amor. Entonces habló su hermana.

—¡Un caballo rojo, un caballo rojo!

Sentí el tacto frío de un dios en el hombro.

—El caballo es negro, pequeña.

—¿Estás tonta? —le espetó Gunnar.

La niña balbució.

—Yo lo veo rojo —dijo, pues todavía no era lo bastante sabia para mentir.

No dijimos nada durante un rato.

—Un efecto de la luz —señalé al fin, cuando vi que nadie más iba a romper el silencio.

—Sí —corroboró Dalla—. Un efecto de la luz. —Pero lo dijo con la voz hueca y noté que sus ojos se enturbiaban. A lo mejor sabía lo que su hija estaba viendo. A lo mejor ella también lo veía—. ¿Y qué hacemos ahora? —le preguntó a Gunnar.

Este no apartó la vista del caballo.

—Celebraremos un banquete —dijo—. Por las Noches de Invierno. Para despedirnos de nuestro amigo y ver quién no tiene miedo de ponerse de nuestro lado.

—Hay mucho que pensar.

—Sí. Pero antes tenemos que hacer otra cosa. Ven conmigo, Kiarán.

—¿Adónde vamos?

En vez de responder, Gunnar se limitó a señalar los salientes de roca que había encima, el terreno elevado por donde habíamos llegado. Entonces supe lo que se proponía.

—¿Por dónde crees que llegarán? —pregunté, cuando hubimos recuperado el aliento.

Gunnar pasó la mirada por el contorno del terreno, examinándolo con sus ojos de guerrero acostumbrado a mil incursiones, en busca de puntos débiles.

—No vendrán por las colinas. Quedarían a la vista al acercarse y su retirada sería más lenta.

—Llegarán cruzando el arroyo, entonces. El rumor del agua camuflará sus pisadas, y el terreno bajo los mantendrá escondidos.

—Tienes buen ojo. Pero disponen de una opción mejor, con la que además mantendrán los pies secos. —Extendió un brazo e imitó el perfil del terreno con la palma de la mano—. Será desde la parte que queda al este del río.

Miré hacia el lugar que indicaba y entonces lo vi, con la claridad de una visión enviada por los dioses: el futuro o, por lo menos, la posibilidad de un futuro. Un grupo de hombres armados, moviéndose en la oscuridad, sin luna en el cielo sobre sus cabezas. Agazapados por el terreno ondulado que había al este del río, usando los desniveles para esconderse. Cada uno con una mano en el hombro del guerrero de delante para seguir el mismo camino, como si fueran una partida de depredadores ciegos que cazaran guiándose por el oído y el olfato. Llegarían atravesando los escasos árboles y caerían sobre la casa desde el sur. Un chispazo, una antorcha que se enciende. Y luego el fuego. Tras el fuego, la matanza.

—Y pueden retirarse siguiendo el lecho del río —dije—. Después.

—Exacto. —Hizo una mueca rápida con los labios; estaba orgulloso de mí, tal vez, por haber aprendido de él.

—¿Cuándo vendrán?

—Es posible que hagan un reconocimiento dentro de poco, pero todavía no vendrán a matar. Necesitan tiempo para reunir a los suficientes hombres. Un tiempo que nosotros, yo, usaré para reunir a mi propio grupo.

—Es posible que no vengan nunca.

—¿De verdad lo crees?

—¿Cuánta gente se pondrá de tu lado en el pleito?

—No la suficiente.

No respondí y contemplé de nuevo el terreno bajo. Mis ojos recayeron una vez más en aquellos árboles dispersos, que a duras penas podían calificarse de arboleda y, mucho menos, de bosque. Antaño esta tierra estaba poblada por grandes espesuras, pero casi todas habían desaparecido para entonces, taladas y quemadas, y ya no volverían a crecer. Aquel puñado de delgados arbolillos eran una fortuna en madera para un islandés. Yo había visto a Gunnar sentado junto al fuego, por la noche, escuchando el crujido del viento contra la madera y sonriendo como un hombre rico que contemplase una montaña de oro acumulado.

—Los talaremos —dije—. Para que no los oculten cuando vengan.

—Será una pena perder los árboles. Mi esperanza era que aquí llegara a haber un bosque algún día, cuando tuviera la barba gris. —Suspiró—. Pero tienes razón.

—El bosque no habría vuelto a crecer nunca.

—¿No?

—No ha pasado con ninguno.

Un movimiento me llamó la atención. Eran Kari y el caballo, al que el chico llevaba sujeto por la brida, pues aún no se atrevía a montarlo, dando vueltas y más vueltas a la casa. De vez en cuando hacía una pausa y acariciaba el hocico del animal o se ensortijaba los dedos con su crin, mostrando ese amor paciente que solo tienen los niños.

Gunnar se rascó la barba para ocultar una sonrisa, pero yo sabía que estaba allí.

—Le he dicho que no llevara el caballo más allá del cobertizo de las ovejas —dijo—, pero veo que ha encontrado una manera de sortear mi orden. Imagino que se pasará todo el día ahí fuera.

—Puede que me maten como proscrito y que este pleito acabe contigo dentro

de un año, pero no podemos cambiar lo que está hecho. Y, ahora mismo, tu hijo tiene un caballo y sonrío.

Gunnar ladeó la cabeza, perplejo.

—Palabras de poeta —dije—. Disculpa.

—No te entiendo cuando hablas de esta manera. —Me tocó el hombro durante un instante—. Pero, aun así, me gusta escucharte.

—Supongo que te conviene hacerlo mientras puedas. Pronto te librarás de mí.

—¿Cuándo partes?

—En quince días; puede que un poco más, si estoy dispuesto a correr algún riesgo con las mareas. Pero sería una muerte lamentable, ¿no te parece? Aguardando en el puerto, fuera de la ley, mientras espero a que cambie el viento.

—Yo me enfrentaría a ellos, si llegáramos a eso.

—¿Lucharías contra la isla entera? Porque a eso se llegaría.

—Lo intentaría.

Aparté la vista, porque en sus ojos había algo que no me gustaba mirar. Una especie de locura para la cual no tenía nombre.

—Vamos. Tenemos que bajar otra vez. Hay mucho que hacer. Te ayudaré en todo lo que pueda, pero no tenemos mucho tiempo.

—No; no lo tenemos. —Desvió la mirada en dirección al mar. Lo veíamos, pero no se oía desde aquella distancia. Si tenía algunas sabias palabras que susurrarnos, no podían alcanzarnos—. Y hay otra cosa que debemos planear antes de que te vayas.

—¿A qué te refieres?

Me miró una vez más, con una sonrisa tan repentina y radiante como el amanecer sobre el agua.

—Una fiesta, por supuesto.

Aquel año tuvimos una cosecha temprana. Una cosecha de madera, armas y promesas. Para quienes andan metidos en un pleito, los largos días de pleno verano son los más duros, los más peligrosos. Es la temporada de matar hombres y no ofrece cuartel.

Trabajábamos durante todas las horas que nos daba el día: talamos árboles, raspamos la corteza de la madera y reunimos piedras para construir una empalizada en torno a la granja. La mayoría de las jornadas las pasé trabajando codo con codo con Dalla, que, arremangada y con los faldones recogidos, era tan fuerte como cualquier hombre. Los niños ayudaban en todo lo posible, y también Gunnar, pero él tenía otros asuntos de los que ocuparse. Viajar de una granja a otra, llevando madera, cerveza, carne y plata; ofrecer regalos, prometer una fiesta, pedir a cambio el juramento de que acudirían en su ayuda cuando llegara la hora. Y por la noche hacíamos preparativos para el banquete.

Charlamos sobre a quién invitaríamos, haciendo memoria a través de los años para intentar recordar a todos los hombres que pudieran debernos su amistad. Porque Gunnar tenía poca familia en la isla, y yo ninguna. Pensamos en hombres con los que hubiéramos comerciado o intercambiado historias en años pasados, en aquellos que me hubieran cobijado en inviernos anteriores y que me parecieran aficionados a combatir. Recopilábamos los nombres de noche y los repetíamos una y otra vez como una plegaria, y de día Gunnar iba a verlos para pedirles ayuda.

A veces regresaba con promesas y a veces incluso con compañía, hombres que acudían a echar un vistazo a la granja y jurar lealtad ante la familia de

Gunnar. Pero no hubo muchos: un par de hermanos a los que Gunnar les había hecho un regalo, un viejo pescador al que le gustaba oírme cantar, el hermano de Dalla, llegado del norte. Y demasiados de aquellos que vinieron lucían una expresión de duda tal que no podía confiar en ellos. Comían su carne y bebían su cerveza, prometían volver para el banquete y se jactaban de las ganas que tenían de que empezara el combate, pero yo soy poeta y reconozco a un mal actor nada más verlo.

Una vez, mientras charlábamos sobre a quién más podíamos invitar a nuestro banquete de la cosecha, me atreví a pronunciar un nombre más conocido.

—Tienes que invitar a Olaf —dije.

—¿El Pavo Real? No vendrá. No quiere saber nada más de nosotros.

—Pero tienes que invitarle. Es un hombre orgulloso. No lo necesitas a tu lado, pero no debe ponerse en tu contra. Invítale y deja que diga que no.

Reflexionó sobre eso durante un rato y se frotó los nudillos de una mano con la palma sucia de la otra.

—No hay mucha gente que vaya a ponerse de nuestro lado, ¿verdad?

—No. Y ellos cuentan con su jefe, Hallstein.

—El padre de Vigdis. —Negó con la cabeza—. Qué asco me da. Suplicar favores a primos y cobardes. Y al final se trata de eso, ¿no? Ellos tienen a un amigo poderoso y yo no. Bjorn, Snorri, ninguno de ellos podría plantarme cara en el *holmgang*.

—Pero no puedes luchar contra todos. —Hice una pausa, antes de añadir—: Yo iré a ver a Olaf. Puede que me favorezca un poco más a mí que a ti.

—Lo dudo. —Capté el blanco de los dientes de Gunnar a la luz del fuego—. Pero creo que hay alguien más a quien deseas ver.

—Por supuesto.

Al oír eso, Dalla preguntó:

—¿De quién habláis?

—Una mujer —respondió Gunnar—. Una criada de Olaf.

—¿Una amante? —dijo ella, con tono escrupulosamente neutro—. ¿Irás

mañana?

—Sí.

—No sé qué regalos tenemos...

—No ofreceremos nada —la atajé yo—. No hay nada que pudiéramos entregar a Olaf sin insultarle.

—Muy bien.

Dalla se puso en pie, se sacudió el polvo del vestido y fue a cuidar del fuego. Cuando estuvo en la otra punta de la casa, con los niños a su lado, Gunnar se inclinó hacia delante y me susurró:

—Ten cuidado durante el viaje.

—¿Te han estado vigilando?

—No puedo estar seguro, pero creo que sí.

—¿Cuántos?

—Solo uno o dos en cada ocasión. Y podrían ser granjeros de otro valle, pero no me lo parecen.

—¿Crees que pretenden atacarnos este verano?

—No, de momento solo quieren vigilarnos. Pero si se les presenta la oportunidad...

Levanté una mano para acallarlo.

—Entonces no les daré esa oportunidad.

Viajé todo el tiempo por terrenos elevados, siguiendo las crestas y manteniéndome alejado de los estrechos desfiladeros de abajo. Si uno lo conoce bien, el nuestro no es un país propicio para ladrones y asesinos, aparte del laberinto de valles que hay más al norte. A la luz del día, desde lo alto de las colinas, podía avistar a cualquier grupo de hombres mucho antes de tenerlos encima. Lástima que el sol se pusiera, pues cuando llega la oscuridad, fantasmas y asesinos pueden caminar a sus anchas por igual.

No tardé en tener delante la gran casa, el humo dulce de sus fuegos para

cocinar, los criados que trabajaban en sus campos, las rollizas ovejas que deambulaban satisfechas. La clase de hogar con el que soñaban todos los que llegaban a Islandia, el que se les había prometido y que aun así muy pocos llegarían a tener nunca.

Me tomé un momento para medir la altura del sol en el cielo y el tiempo del que disponía antes de que la oscuridad homicida cayera sobre la tierra. Suficiente. Cogí aire, puse una mano sobre el hacha que llevaba al costado y entré.

Me recibió el silencio. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad y, entretanto, no se pronunció ni una sola palabra. Esperé, ciego y mudo. Cuando al fin fui capaz de ver, todos los hombres tenían la mirada puesta en mí.

Había quienes me observaban como si ya fuera un proscrito, con expresiones ansiosas, asesinas. No debían de llevar la cuenta de los días y no sabían que aún me quedaba un poco de tiempo. Vi que un hombre llevaba la mano a su arma y se medio levantaba, pero entonces echó un vistazo a sus compañeros inmóviles y cayó en la cuenta de su error. Todavía no era un fuera de la ley.

Había otros que me miraban con una especie de piedad, la misma que usarían con un moribundo. Otros expresaban pura curiosidad y alegría por el entretenimiento que podría ofrecerles, porque es entretenido presenciar los pleitos cuando uno no está involucrado. Pero solo una persona me observaba con odio. Una mirada de mujer, pues Vigdis estaba sentada a la mesa junto a Olaf, con la panza muy hinchada por el embarazo.

Se puso de pie y, mientras yo la miraba, un par de hombres a los que no conocía se levantaron con ella. Parientes de ella, o de Bjorn, tal vez. Pasó por delante de mí, con la cabeza alta. Y el silencio se prolongó tras su partida, hasta que Olaf lo interrumpió.

—¿Qué es esto? —les dijo a sus hombres—. ¿Sois unas bestias mudas? ¡Hablad! ¡Cantad! Y saludad a nuestro invitado. —Se adelantó y me agarró el brazo—. Pues aquí todo el mundo es bienvenido —añadió, mientras los hombres que nos rodeaban empezaban a hablar otra vez.

—Gracias, Olaf.

—¿Te quedas a comer?

—Tengo que volver antes de que oscurezca.

—Por supuesto —dijo mientras me acompañaba a un asiento—. Entonces ¿qué te trae a verme?

—Gunnar organiza un banquete dentro de una semana, para celebrar la llegada de la cosecha. Te invita a acompañarle.

Olaf no dijo nada durante un rato. Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Os agradezco la cortesía —dijo—, pero no abusaré de la paciencia de Gunnar. El hombre no me tiene en mucha estima.

—¿Qué importa su estima? Le harías un gran honor si asistieras.

—No me preocupa su honor.

—Pero ¿el de Vigdis sí?

Me miró sin perder la compostura y no respondió.

—¿Te pondrás del lado de ellos, Olaf?

—No me pondré de su lado. Ni del vuestro. No apoyo a nadie en este pleito miserable.

—Entonces ¿qué hace ella aquí?

—Asuntos de negocios. Quiere venderme su granja.

—¿Y qué le has dicho?

—¿A ti qué te importa?

—Deseo saber lo mismo que ella.

—No es de tu incumbencia. Vuestro pleito es con los hermanos, no con ella.

—No eres ningún tonto, Olaf. No hables como si lo fueras.

Un guerrero cercano se puso en pie con una mano sobre el arma, pero Olaf le indicó con un gesto que se sentase.

—Siéntate —le dijo—, y no prestes tanta atención a las conversaciones ajenas. —Se volvió de nuevo hacia mí—. Tienes razón. Pero debes olvidarla; no podéis hacer nada contra Vigdis.

—Y ella lo sabe, ¿verdad? Eso es lo que la vuelve tan peligrosa.

Olaf asintió.

—Mi hermana, Hallgerd... ha descubierto lo mismo. Dos maridos muertos y no hay hombre que vaya a levantar una mano contra ella. Con una mujer así solo puede hacerse una cosa.

—¿Qué?

—No dejarle ningún arma que pueda usar contra ti. Matar a todos los hombres de su vida —respondió, sin andarse por las ramas, y luego dio un sorbo a su hidromiel.

Yo también bebí, y no hablamos durante un rato. No sé en qué estaría pensando Olaf.

—¿Ese banquete será tu despedida? —preguntó, al cabo de un rato.

—En efecto.

—Tendrías que haber empezado por ahí. Me tienta más honrarte a ti que a Gunnar.

—Pero aun así no asistirás.

—No. Y creo que no es conmigo con quien has venido a hablar en realidad.

Supe que ella estaba allí, pero no la busqué de inmediato. Quería saborear la sensación de su mirada. Cuando me volví hacia Sigrid, me miró a los ojos sin disimulo, echó un vistazo a Olaf de reojo y volvió a su trabajo.

Cuando devolví mi atención al jefe, en su cara aprecié una tristeza cansada.

—¿La dejarás libre? —dijo—. Es una mujer hermosa. Hay muchos que podrían querer casarse con ella.

—¿Hombres mejores?

—Hombres más ricos. Hombres que no sean proscritos.

—Esa decisión no está en mi mano.

—Podrías dejarla libre si quisieras. Alejarla de ti. Algunos lo llamarían piedad.

—Volveré a por ella. Seremos pobres, y felices. No espero que lo entiendas.

—No volverás.

—¿Otra de tus profecías?

—No hace falta tener ese don para adivinarlo.

—Volveré. Me casaré con ella. Juro las dos cosas.

—Creo que con el tiempo lamentarás ese juramento. Pero como quieras. —
Me dio una palmada en la mano—. Ahora vete. Ojalá las cosas hubieran seguido otro derrotero.

Me levanté, pero no partí de inmediato. Permanecí un rato más en el salón del gran jefe, pensando que podía ser la última vez que estaba en un sitio así. Por primera vez desde donde me alcanzaba la memoria, deseé haber sido un jefe como Olaf.

No era por las montañas de comida que se apilaban sobre las mesas, las prendas escarlatas de Olaf, las tierras de cultivo que se extendían fuera o la gran reserva de oro y plata que tenía a buen recaudo en arcones de madera. Tampoco era por la fama o el prestigio. Era por los hombres que se congregaban allí; los guerreros que le apoyarían en cualquier pleito.

Si a Gunnar y a mí nos hubiesen jurado lealtad aunque fueran la mitad de esos guerreros, no habríamos tenido nada que temer. Cuando se ve a un hombre luciendo anillos de oro y ropa escarlata, ¿qué importa eso, mientras uno ande caliente? ¿Por qué envidiar al granjero que tiene trescientas cabezas de ganado si uno tiene comida suficiente, o a quien es dueño de medio valle si uno tiene su propia granjita? Pero al fin entendí, demasiado tarde, por qué cualquiera ansía riqueza y poder. Pues en el pleito, lo son todo.

Cuando Sigrid salió de la casa, llevaba un cubo en las manos; una mera excusa, sin duda, pues nada más cruzar el umbral lo tiró al suelo.

—No hace falta fingir —le expliqué—. Olaf lo sabe y no se interpondrá entre nosotros.

—Oh, eso lo sé perfectamente.

Me dispuse a hablar, pero descubrí que no podía.

Ella ladeó la cabeza y dijo:

—¿Qué es lo que ves cuando me miras?

—Tus ojos. No me había fijado antes. —Pues había un círculo verde dentro del azul de sus iris en el que no había reparado previamente. Era demasiado tenue para haberlo apreciado en la penumbra del interior, mientras que en nuestros encuentros diurnos no me había atrevido a mirarlos tan de cerca, porque no parecía correcto. Sin embargo, dado que íbamos a casarnos, ya podía mirarla como deseara.

—Dicen que tengo un toque de hada —explicó.

—Me lo creo.

—No tendrías que haber venido —dijo—. Se enfada cuando te ve. O se pone triste, no sé bien cuál de las dos cosas.

—Me da igual lo que piense o sienta Olaf. He venido a verte a ti.

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que cambies de opinión.

Se rio.

—No tienes nada que temer. ¿Tú cumplirás tu promesa?

—Cumpliré mi promesa; volveré.

—Entonces no tienes nada que temer. —Debió de apreciar una sombra de duda o miedo en mi rostro, porque me dedicó una sonrisa tolerante—. Soy una mujer de palabra —añadió—. No lo dudes.

—¿Me esperarás?

—Sí. Esperaré.

Y se puso de puntillas y me pasó los brazos por el cuello. Tenía fuerza, como si fuese una guerrera, y me paró la respiración con un beso paciente tras otro.

Sabía que no había otra como ella. Si la perdía, no encontraría otra mujer que ocupara su lugar.

Esa es la clase de pensamientos que los jóvenes expresan y los viejos critican. Pero yo mismo, en el momento de contar esta historia, soy ya un anciano y

puedo decir que son los viejos quienes se engañan. Se han forzado a olvidar lo que es el amor, han encontrado una manera de mentirse a sí mismos y conformarse con cualquier matrimonio de conveniencia o una lujuria que no tarda en perder fuelle.

Pero yo no pienso mentirme. Y tampoco te mentiré a ti. Existe el amor y son pocos quienes lo prueban de verdad. Se derrama una vez y luego se pierde para siempre.

Había visto otros pleitos antes de aquel: asuntos de poca monta, disputas por ganado, una pelea de caballos o una apuesta. Pero nunca había estado en pleno corazón de uno. En alguna ocasión había apoyado a un hombre al que daban caza, pero nunca había conocido qué era ser una presa. Descubrí esa sensación en aquel momento, cuando volvía de casa de Olaf, con el sabor de una mujer todavía en los labios.

Al desandar mis pasos por el camino elevado, distinguí el rastro de otro hombre. Una rama doblada más allá de lo que justificaba la fuerza del viento, el agujero poco profundo en el lecho del arroyo que indicaba que una bota acababa de pisarlo.

Al principio, traté de convencerme de que algún animal perdido había alterado el terreno, de que eran imaginaciones mías o de que un espíritu errante del Pueblo Oculto me estaba jugando una mala pasada. Hubiese preferido que el responsable fuera un duende, y no un hombre, pues temía a la carne y el hierro más que a la magia. Pero sabía que no era cierto. Los hombres y los animales se parecen por lo menos en una cosa: los dos saben cuándo los están cazando.

No tardé mucho en avistar a los hombres que me seguían. Unas sombras móviles en las colinas circundantes que se quedaban quietas en cuanto miraba hacia ellas. Además les oía, porque el viento me traía los susurros y las voces de unos hombres que no sabían que alguien podía captar su voz.

Miré al sol y vi que me quedaba menos tiempo de lo que pensaba. Aun así, no podía apresurarme ni ser temerario. Nunca he prestado tanta atención a cada paso que daba, pues hubiera hecho falta muy poco para dejarme cojo. Una

rodilla torcida por un resbalón en un tramo de barro y tierra, un tobillo roto por un traspie con una roca suelta. Me verían caer, y tendría que esperar a que llegasen hasta mí como un animal atrapado en un foso que oye las pisadas rotundas del granjero que viene a acabar con él.

De vez en cuando me detenía y miraba de nuevo hacia atrás, en dirección a aquellas sombras en la lejanía, pero en ningún momento se acercaron más. Se quedaban inmóviles en cuanto las miraba. Tal vez no fueran conscientes de mi buena vista y pensasen que surgiría alguna oportunidad de sorprenderme, pero creo que la clave es que no tenían ninguna prisa. Yo sería un proscrito al cabo de unas pocas semanas, y podrían cazarme a sus anchas sin temor a las consecuencias.

De momento se conformaban con observar.

Gunnar debía de andar ocupado con una u otra tarea —cuidar del rebaño, construir muros, afilar armas, con sus hijos a su lado y el sol a la espalda—, porque no estaba dentro de la casa. Me alegré de no encontrarlo allí y de que no me preguntase qué había visto. Solo estaba Dalla, que cuidaba de la lumbre.

Si confiaba en guardar mis secretos para mí solo, aquella fue una esperanza vana a la que pronto tuve que renunciar. Debía de traer la historia escrita en la cara porque, al mirarme, la sonrisa de Dalla asomó por un instante y se esfumó. Me indicó que me sentara con un leve ademán de las manos y compartimos el silencio durante un rato.

—Entonces Gunnar tenía razón —dijo—. Están ahí fuera, observando.

—Sí.

—¿Han intentado atraparte?

—No. Solo vigilaban. —Me observé las manos—. Y Vigdis estaba allí. En casa de Olaf.

—Ya veo. ¿Con qué motivo?

—Él dice que quiere venderle la granja.

—¿Tú le crees?

—Le creo. Aun así, es mala señal.

Dalla volvió la cabeza despacio, contempló su casa, descansó la palma de la mano en la pared y se apoyó levemente en ella.

—Siempre supe que moriría en este lugar —dijo—, pero creía que tendría más tiempo.

—No llegaremos a eso.

—Tal vez. —Se puso a hacer cosas por la casa y por mi parte me serví un cuerno de agua y me lavé el polvo de las manos y la cara. Fui con cuidado de no frotarme los labios, para no perder ningún vestigio del beso que Sigrid me había dado. Me pregunté cuántos años de exilio duraría ese recuerdo, ese sabor. Cuánto pasaría antes de que lo olvidara.

—¿Me harás un favor, Kiarán?

Sus palabras me sobresaltaron un poco.

—Lo que quieras.

—¿Puedes llevarme a ver a Vigdis mañana?

No respondí durante un rato. La miré fijamente, esperando a que retirase la petición, a que dijera que se había equivocado de nombre. Pero ella me sostuvo la mirada y no pronunció una sola palabra. Tenía más coraje que yo.

—Gunnar no estaría de acuerdo —señalé.

—Gunnar no lo sabrá. —Se inclinó hacia delante y añadió—: Sé que no quieres ocultarle nada, pero hay una posibilidad de que yo pueda ponerle fin a este pleito.

—¿Cómo?

—Las palabras de una mujer pueden importar más que las de un hombre. ¿Acaso no lo ha demostrado este pleito hasta ahora? Ella es el meollo del asunto, ¿o no?

—Sí.

—Vosotros no podéis matarla. Yo puedo hablar con ella.

—No servirá de nada.

—Es posible. Pero piensa en Olaf. ¿No tenías que invitarle, aunque supieras que lo rechazaría? Es lo mismo.

Abrí la boca para decir algo más, para encontrar un nuevo argumento que rebatiese su sugerencia, pero no se me ocurrió nada, pues no había más objeción que una: me daba miedo volver a aquel lugar. Me daba miedo Vigdis.

—Lo haré —dije—. ¿Cuándo vamos?

—Mañana. Después de mediodía. Gunnar y los niños estarán fuera, con el rebaño. Tendremos tiempo de sobra.

Volvió el silencio, y escuchamos juntos el crepitar de la madera, el viento contra las paredes, el burbujeo del guiso en el puchero. Esperamos juntos, y me permití albergar un atisbo de esperanza.

La niebla llegó del mar como un ejército invasor que avanzara implacable en formación cerrada, cubriendo el terreno en todas las direcciones. Y así, cuando Dalla y yo emprendimos la marcha, no teníamos puntos de referencia con los que orientarnos. Viajamos confiados a nuestro instinto, la suerte y mis recuerdos del camino.

—Un mal presagio —le dije nada más partir.

—Quizá —replicó ella, aunque no parecía muy preocupada por la niebla—. O protección contra quienes quieran cazarnos.

Sentí el escalofrío que podría notar cualquier hombre ante un posible acto de brujería.

—¿Esto es obra tuya?

Se rio de mí.

—No. No poseo el arte.

—No me sorprendería que Vigdis lo tuviera, con todos los problemas que ha causado.

—No. Si lo tuviese no necesitaría hombres que cumplieran su voluntad,

¿verdad? Bastarían sus maldiciones. —La sonrisa desapareció de su cara—. Vamos. Tenemos que darnos prisa.

El batir del viento y el repiqueteo de la lluvia fueron los sonidos que nos acompañaron en nuestro viaje. Cuando emprendimos la marcha, tenía mis dudas sobre si encontraría el camino; tal vez esperaba no ser capaz. Quizá esperaba que nos perdiéramos con la niebla hasta que llegara el momento de volver a casa.

Pero aunque no había ido hasta allí desde la noche en que matamos a Erik, el camino parecía grabado en mi cabeza con claridad, como si hubiéramos dejado un rastro tras nosotros que solo yo podía distinguir. Recordaba la pequeña pirámide de piedras que Gunnar y yo nos habíamos encontrado a la luz de la luna, mientras reíamos y cantábamos juntos al principio del viaje. Recordaba la ondulada ladera en la que habíamos esperado a que las nubes escamparan para que la luna volviera a iluminar nuestros pasos. Y recordaba el pequeño lago montañoso de aguas calmadas en el que nos habíamos lavado las manos de sangre y de tierra después del combate. Al cabo de poco, distinguimos una sombra en la niebla ante nosotros, una forma negra y amenazante, como una ballena que nadase bajo las olas.

—¿Es aquí? —preguntó Dalla.

—Sí —respondí. Vi palpar la sangre bajo la piel de su cuello, vi que su blanca tez palidecía hasta adquirir el color del hueso—. Todavía estamos a tiempo de volver, si lo deseas.

—Tengo miedo —reconoció ella con voz queda—, pero no. No podemos volver. Digamos lo que digamos, promete que no hablarás. Gunnar y tú ya habéis hecho bastante. Ahora tenéis que dejar que lo intente yo.

—Como deseas.

Una granja en paz presenta un desorden acogedor: cubos y herramientas desperdigados por el campo, animales que deambulan a sus anchas, puertas que se dejan abiertas o no se cierran con pasador. Cuando hay un pleito, nada se deja al azar. Se atan los animales, se guardan las herramientas, las vallas no tienen huecos y los caballos en el campo no se conocen entre sí, resoplan y se mueven

en círculos uno alrededor de otro como hombres enzarzados en una pelea a puñetazos. Allí también, a través de la niebla, entreví a un hombre que montaba guardia a la puerta de la casa, aburrido e inquieto.

Quiso el azar, o el destino, que fuese un hombre al que había visto de centinela para Olaf, Ketil Haakonsson. Durante un momento pareció confundirme con otra persona y empezó a esbozar una sonrisa de bienvenida, dominado aún por los hábitos de los tiempos de paz. Luego me reconoció.

Levanté las manos y dije:

—Espera. Venimos a hablar, no a combatir.

—Podría ser un truco —replicó, mientras desenganchaba a medias el hacha de su cinto y se pasaba la lengua por unos labios que de pronto habían quedado secos de miedo.

«Las historias que le habrán contado de mí», pensé. Que era un asesino que atacaba de noche; un vagabundo sin tierra que llevaba la sangre y el caos dondequiera que fuese; el hombre que sostenía el escudo de Gunnar el Ejecutor. Una especie de monstruo que ahora él tenía cara a cara.

Entonces habló Dalla:

—No vendría con una mujer a su lado, ¿o sí?

Se sobresaltó y la miró como si la viera por primera vez.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Dalla Egilsdottir. La esposa de Gunnar. Y vengo a hablar con Vigdis.

—Muy bien —dijo él—. Ahora le pregunto. —Sus ojos bailaron hasta la espada que yo llevaba sobre la cadera—. ¿Accederás a dejar tu arma aquí fuera si dice que sí?

—No tengo nada en contra de ti, amigo, pero no pienso entrar en esa casa sin un arma. Estoy seguro de que ahí dentro sois muchos hombres. Si pretendéis asesinarme, no os lo puedo impedir, pero moriré con una espada en la mano. Y habrá sangre en su hoja, antes del final.

El centinela se estremeció un poco, y no pude evitar compadecerlo. No pintaba nada en aquel pleito. Esperaba no tener que luchar nunca contra él.

—Pero escucha —añadí—: te juro por mi honor que no seré el primero en desenvainar el acero, si llega el momento. Hemos venido a hablar, no a morir.

Tragó saliva, asintió y entró. Esperamos.

—Te doy las gracias, Kiarán —dijo Dalla.

—¿Por qué?

—Ahora comprendo el riesgo que has corrido viniendo aquí.

La puerta se abrió una vez más y el joven guerrero reapareció ante nosotros. Parecía más asustado que antes. Intentó hablar pero no pudo, de modo que se limitó a indicarnos por señas que entráramos.

Me tapé un ojo con una mano antes de entrar, para darle la oportunidad de acostumbrarse a la oscuridad. Con ese ojo conté a los hombres de dentro y tomé nota del lugar que ocupaban. Cinco, y a ninguno lo conocía bien, pero en todo caso eso hizo que recelara más que antes. Si hubieran sido diez, se habrían confiado gracias a su superioridad numérica, pues no habrían tenido nada que temer de mí. Cinco eran demasiados para combatir contra ellos, pero demasiado pocos para confiarse.

Vigdis estaba sentada en la silla alta, monarca de su pequeño reino, con un heredero bien visible en el vientre. Nos mantuvo esperando un rato con regio desdén, mientras los hombres nos observaban temerosos, perdidos en aquel silencio.

Tal vez Vigdis pensara que acabaríamos recurriendo a la violencia por falta de otra cosa que hacer; de haber estado yo solo, quizá hubiera estado en lo cierto, pues los hombres temen el silencio. Pero Dalla no tenía nada que envidiarle en cuanto a paciencia. Se mantuvo de pie, con el peso bien equilibrado entre ambas piernas y las manos unidas por delante del cuerpo, y esperó a que hablase su anfitriona.

—Dalla —dijo esta por fin—. ¿O te llaman la Chata? ¿Por qué has venido a insultarme?

—No he venido a insultarte.

—Vienes con un asesino a tu costado.

—Él conocía el camino. Habría venido sola.

—Tu marido conoce el camino. ¿Por qué no lo has traído a él?

—Creo que es mejor que no esté aquí. ¿Tú no?

—Supongo que es cierto. Muy bien, te concedo mi hospitalidad.

El fuego bajo nos siseó; noté en mis labios el aguamiel fuerte y caliente. Oí que los hombres se movían detrás de mí y me resistí al impulso de darme la vuelta para ver qué hacían. Uno me rozó la espalda, con la esperanza quizá de que hiciera alguna estupidez que justificara mi muerte. Mantuve la mirada al frente, puesta en Vigdis, y observé que sus manos inquietas volvían una y otra vez a su barriga.

—¿Nunca habías estado embarazada? —preguntó Dalla.

—Será el primero —respondió Vigdis.

—Es algo maravilloso.

—Es lo más grandioso. ¿No estás de acuerdo?

—No. Hay otras cosas que me hacen más feliz. Pero mis hijos son una alegría.

—¿Qué puede ser mejor que un hijo?

Dalla se mordió el labio y miró hacia la mesa.

—¿Por qué has venido? —preguntó Vigdis.

—Vengo a buscar la paz entre nuestras familias.

—Se ha derramado sangre dos veces en nuestro bando. Erik y Haakon. Y vosotros no habéis sufrido nada. —Me señaló—. Este hijo de esclavo será un proscrito durante tres años; ¿a eso lo llamas justicia?

—Lo llama justicia la Ley. —Dalla bebió y dejó el vaso en la mesa con un movimiento parsimonioso—. Pero no, yo no estoy de acuerdo en llamarlo justicia.

—Entonces ¿qué puedes ofrecerme?

Dalla me miró, pero solo por un instante. Entonces lo comprendí.

Pretendía entregarme a ellos. Por eso me había llevado hasta allí. Me

entregaría para salvar a su familia. Dejé que mi mano fuera descendiendo, despacio, muy despacio, hacia el arma que llevaba al costado. Mataría a uno, por lo menos, cuando planteara su oferta.

—Una vez me pediste algo —señaló Dalla—. O, mejor dicho, a mi marido. Querías que me repudiase y se casara contigo.

Vigdisladeó la cabeza.

—Sí —dijo—. Lo recuerdo.

Dalla vaciló durante un momento. Incapaz de sostener la mirada de la otra, bajó la vista al suelo.

—Si sigues queriendo eso, puedes quedártelo.

Tampoco podía mirarme a mí, pero debió de notar que me movía porque, sin mirar, levantó una mano, con la palma vuelta hacia mí, para indicarme que esperase.

Vigdis se quedó inmóvil por completo, como si estuviera tallada en piedra.

—¿Harías eso? —preguntó.

—Si así se acabara el pleito, sí.

—¿Gunnar lo aceptaría?

Dalla alzó la cabeza una vez más y habló con orgullo en la voz.

—Si yo se lo pidiera, sí.

Vigdis guardó silencio durante un buen rato, reflexionando sobre lo que había oído. El rumor grave de la charla de los otros hombres había cesado por completo; guerreros y criados por igual, solo tenían oídos y ojos para nuestra conversación, que presenciaban con rostro de incompreensión, porque directamente podríamos haber estado hablando otro idioma: aquel extraño duelo verbal entre mujeres no era algo que pudiesen entender.

—Ese momento ha pasado —dijo Vigdis—. Eso ya no es lo que deseo.

—Entonces ¿qué es lo que quieres de mí?

—Quiero que mueras.

Dalla no respondió nada; no movió ni un músculo, ni siquiera parpadeó. Eso, al principio. Pero luego bajó un poco la cabeza y alzó un tanto los hombros,

como si le hubieran colgado del cuello un peso de hierro. Aun así, no cambió de expresión, ni siquiera al plantear su sencilla pregunta:

—¿Por qué?

—Él dijo que mataría a mi hijo, si pudiera. ¿Qué perdón puede haber para eso?

—Un hombre puede decir muchas cosas cuando le hierve la sangre.

—No, él hablaba en serio. Se lo vi en los ojos. No habrá acuerdo, ni trueque de sangre por plata. Solo sangre por sangre.

—Podrías terminar esto cuando quisieras.

—Podría, pero no quiero.

He visto a hombres a punto de morir en una batalla. Llenos de heridas y cortes, con el escudo roto y ningún aliado que les ayudara. Siempre dan un paso al frente y lanzan un último ataque. Aunque sepan que no servirá de nada, pues no les queda otra salida. Muchos lo hacen sonriendo, pensando en la gloria que les espera en el otro mundo. Otros se van con una seriedad estudiada, centrados solo en ese momento, ese último momento, sin pensar en nada más. Y así fue como Dalla levantó la cabeza y dijo:

—Tu primer marido, Hrapp. Debió de ser tan malvado como dicen para insuflarte tanto odio.

—No —dijo Vigdis—. Creo que fui yo quien lo volvió así.

No hablamos durante un rato, después de salir de la casa. Caminamos deprisa hasta llegar a un terreno elevado donde fuera más difícil pillarnos por sorpresa. Antes no se me habría pasado por la cabeza que nos atacasen, que estuvieran dispuestos a deshonorarse asesinando a una mujer. Tras oír hablar a Vigdis, ya no sabía lo que creía.

Apretamos el paso, con los pulmones ardiendo y las piernas pesadas, hasta que llegamos al lago. Allí descansamos, bebimos y empapamos de agua unos trapos que luego nos pasamos por la piel.

Había motivos de sobra para apresurarse y ninguno para esperar. Aun así, cuando hubimos acabado, descubrí que no tenía ganas de partir. Al parecer Dalla sentía lo mismo, porque no nos pusimos en marcha. Esperé a que hablase ella.

Pensé en el invierno anterior, en todas las noches que, desvelado en mi cama, había escuchado a Gunnar y Dalla, les había escuchado haciendo el amor.

Porque no existe intimidad en un lugar así, más allá de la que ofrece la oscuridad. En un hogar como ese, sobre todo en invierno, no hay nada que uno no sepa sobre el otro.

Habría a quien le fascine escuchar las prácticas de un marido y su mujer, u hombres solitarios que tal vez alimenten sus celos y su rencor como quien afila una lanza. Para mí, no significaba nada.

Pero recuerdo una vez en la que deseé mirarles, como esos héroes de las historias antiguas que anhelan contemplar lo que está prohibido, y no pueden evitar echar un vistazo. Y recuerdo que vi que ella me devolvía la mirada. Solo el blanco de sus ojos, como un brillo de plata en la noche. E intercambiamos algo tácito, aunque no sabría decir el qué.

—No te habrá resultado fácil llevarme allí —dijo Dalla.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo has sentido?

—No lo entiendo.

—No fue un fantasma lo que mataste aquella noche —explicó—, pero esa casa está llena de ellos. ¿De verdad que no lo has sentido?

—No.

—Pensaba que un poeta lo vería incluso mejor que yo. Da lo mismo. A lo mejor hace falta ser mujer para notarlo.

—¿Notar el qué?

Negó con la cabeza.

—No quiero pensar en lo que ha sucedido en ese lugar. Lo que se ha dicho, y hecho, allí. Es un sitio plagado de horrores. —Unió las manos, como si fuese a rezar—. ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

No respondí de inmediato. Luego dije:

—Pensaba que te disponías a entregarme a ellos. Que pretendías comprar la vida de Gunnar con la mía.

—Lo habría hecho si creyese que serviría de algo. ¿Eso te sorprende?

—No. No te culparía por ello. Los dos haríamos cualquier cosa por Gunnar.

Asintió.

—Sí. Tenemos eso en común. —Pasó una mano por las aguas del lago y vio cómo se extendían las ondas—. ¿Puedo contarte algo?

—Por supuesto.

—Conocí a Gunnar cuando acababa de llegar a esta tierra —dijo—. Un vikingo que traía una pequeña provisión de oro y plata y buscaba un hogar. Llegó al salón de mi padre, pues deseaba el favor de un hombre rico. Vio mi nariz rota y preguntó quién había sido, para poder vengar la afrenta. Mi padre respondió que me la había roto él, y Gunnar le dijo que o bien se casaría con su hija, o bien lo mataría a él en el *holmgang*. Y así fue como nos casamos.

—Nunca me ha contado esa historia.

—Más tarde, me explicó que no había sido mi nariz rota lo que le había llevado a elegirme, sino las heridas de mis manos.

Levantó las manos con el dorso hacia arriba y vi el círculo rojizo de piel que rodeaba cada nudillo. Cicatrices de alguien que pelea con los puños, tal y como el que lucha con el cuchillo está señalado con viejas heridas en el antebrazo, el arquero experto tiene un brazo un poco más corto que el otro y el guerrero luce abundantes callos en una mano. Pues cada arma deja su marca en quien la blande.

—La vez que mi padre me rompió la nariz, luché contra él —prosiguió Dalla—. Y no se atrevió a pegarme otra vez. Sabía que encontraría una manera de matarlo.

—Gunnar y tú hacéis buena pareja.

—Es verdad. Pero le habría entregado a Gunnar a esa mujer para salvarlo. Y

para salvar a nuestros hijos. —Hundió la cara marcada en las manos marcadas, pero no lloró.

—Debiste de amarle desde el principio —dije.

—No. —Negó con la cabeza—. Quería salir de casa de mi padre. Me habría casado con cualquier hombre dispuesto a aceptar a una chica chata. Tardé muchos años en quererle. Fue un arte que me enseñé a mí misma. —Cogió unas briznas de hierba que tenía cerca—. Cuéntame cómo lo conociste tú.

—Fue en el salón de Olaf, hace dos inviernos. Gunnar fue a visitar a su jefe. Le llevaba un escaso puñado de regalos que entregó a regañadientes y apenas dijo una palabra a ninguno de los presentes. Lo tomé por un arrogante alborotador cualquiera. Un matón armado con una bella espada. Aun así, cuando canté, le vi sonreír. Se sentó en el suelo y no abrió la boca hasta estar seguro de que había terminado.

—¿Y creíste que él era realmente así?

—Por supuesto. Si las canciones tienen algo de mágico, es eso. Cuando les canto, veo quiénes son los hombres en realidad. También las mujeres.

—Recuerdo el día en que volvió del salón de Olaf y me habló de ti. Aún sonreía y tenía los ojos iluminados. Cualquiera diría que eras una mujer de la que se había enamorado. —Vaciló—. Ojalá no te hubiera conocido. Todo podría haber sido muy diferente.

—Creo que me odias.

—No te odio. Veo que llevas contigo mi muerte. Cuesta no odiar a un hombre así. Pero lo intento.

No se me ocurría nada que replicar a eso. Ella lo notó y sonrió.

—Un poeta enmudecido. Por lo menos he vivido para ver eso. —Se puso en pie—. Venga, volvamos. Gunnar regresará pronto, y no deseo responder a sus preguntas. —Hizo una pausa y luego añadió—: Quiero olvidar que alguna vez he hablado con esa mujer.

—Lucharemos.

—Me prepararé para luchar. Tú debes estar listo para huir.

Entonces sonrió, con ese mismo rictus terrible y desesperanzado con los dientes a la vista que le había visto esbozar a Gunnar en el Althing. Una sonrisa de guerrero. ¿La había aprendido de él, o él de ella?

—Pero antes —dijo— celebraremos nuestro banquete. Eso no nos lo arrebatarán.

Estamos en lo más negro de la noche, ¿verdad?

Hoy no hay luna y las nubes forman una malla prieta como las anillas de una cota. El aire negro nos rodea. Deberíamos estar durmiendo hace rato, pero me queda mucho por contar. Esta noche no habrá sueño para ninguno de los dos. En vez de eso tendremos que soñar despiertos.

Y así ahora, en esta oscuridad, cuando podemos ver tan poco de nuestro propio país, deja que te habla de otras tierras.

Pues tú nunca has salido de Islandia, ¿verdad? No has conocido otro lugar. Me dices que no quieres dejarlo nunca. Pero eres joven, y llegará el momento en que te canses de esta isla, en que sueñes con otro lugar que pueda ofrecerte un hogar mejor. Un lugar donde puedas renacer.

Quizá viajes a Noruega o Dinamarca, los antiguos reinos de tus antepasados. Verás grandes ciudades y conocerás el aspecto que tiene el verdadero poder en este mundo. Alguien como tú llamaría la atención del rey y sé que allí recibirías un buen trato. Oro, mujeres, guerra... todo cuanto los hombres desean sería tuyo.

Pero allá adonde fueras, sentirías en el hombro la mano fría del rey. Las alhajas de oro que llevases llegarían a antojársete un yugo, cadenas. Y soñarías con Islandia, donde no hay rey que te exija que te arrodilles ante él. Solo hombres valientes, que te exigen que luches a su lado o contra ellos.

Quizá no llegues tan lejos. Viajarás un poco más al sur, a las Orcadas o Escocia. Un poco más allá, a la tierra de los irlandeses o a Inglaterra. Puede

que allí hagas fortuna, con mañas de mercader o por la fuerza de tu espada. Pero no son tu gente. Los clanes y las tribus no están emparentados contigo, y allí nadie te dará la bienvenida. Te ofrecerán tolerancia, sí, si les traes oro y hierro, pero no amistad. Te establecerás allí, con la esperanza de que las cosas serán distintas. No cambiarán nunca. Y morirás allí, solo, soñando con Islandia.

O tal vez viajes más lejos todavía, a las ruinas de viejos imperios en tierras lejanas, a países que arden bajo el sol, malditos por los dioses. Allí no hallarás cuartel, solo desolación y traiciones.

Pues no hay tierra más bella que esta; debes saberlo. Vinimos a crear un mundo nuevo donde enmendar todos los errores. Fracasamos, porque somos débiles, necios y crueles, pero todavía pervive parte de aquel sueño, parte del poder de aquel hechizo. Y no puede encontrarse ni rastro de él en el resto del mundo.

Prométeme una cosa: que si decides que debes marcharte, no navegarás al sur o al este. Pues allí no hay nada para ti, ningún país a la altura de tu hogar. Prométeme que en lugar de eso zarparás rumbo al oeste.

No digas nada, ya conozco tu respuesta. Me dirás que allí no hay nada salvo un océano interminable donde los barcos se pierden y las tripulaciones mueren de hambre. Quizá sea cierto, y sería una muerte heroica, no temas por eso. La valentía del marinero que surca aguas ignotas es mayor que la del guerrero en el campo de batalla. Pero además allí podría haber otra tierra, y si la hay, será un país que los hombres no habrán tocado.

Pues tal es el único país que podría ser mejor que nuestra tierra sin reyes. Un país sin hombres; una tierra vacía que espere un nuevo comienzo.

Si es necesario que partas, debes ir al oeste. Para morir en el mar vacío, como un guerrero frente a un enemigo imbatible, o para encontrar un nuevo país que puedas llamar tuyo.

La noche del banquete. El aire inmóvil, el firmamento despejado. La familia de Gunnar esperaba en fila, lavados y ungidos como las víctimas sacrificiales del viejo país. Kari sostenía las riendas del caballo negro, que ya era como su hermano. Estábamos todos juntos, mirando hacia las colinas.

Era el primer momento de todo aquel día que pasábamos quietos y esperando. El fuego de la cocina había estado encendido toda la jornada, y dentro de la casa había tanto humo que había que reptar por el suelo para poder respirar. Gunnar y yo habíamos acabado pareciendo criaturas hechas de sangre, después de sacrificar a un animal del rebaño tras otro, sin pausa, hasta cubrirnos de rojo la cara y los brazos. Y siempre mirando de reojo el sol poniente, preocupados de que no tuviéramos tiempo suficiente.

Después bajamos juntos al río, para frotarnos la piel con arena y grava. En la orilla, mientras nos secábamos al sol, tampoco dejamos de trabajar, remendando nuestras raídas prendas y trenzándonos el cabello y la barba. Hasta que el sol no hubiese descendido y se hubieran encendido las hogueras y el reclamo silencioso de las antorchas en la noche, no podríamos descansar. Entonces podríamos aguardar y albergar esperanzas.

¿Vendría alguien? Más de una docena habían hecho promesas, algunas fuertes, otras débiles. Pero no confiaba en ninguno de forma incuestionable. Podíamos pasarnos toda la noche allí plantados, con suficiente carne cocinada para dar de comer a veinte familias, sin ver a un solo visitante. Sin duda no estaríamos con ánimos para probar bocado esa noche si no llegaba nadie. Una

parte de la comida la salaríamos para conservarla, y el resto la tiraríamos para que se pudriese, carroña abandonada como los muertos de un ejército derrotado.

Pasó una hora y noté que Gunnar me agarraba la mano con un poco más de fuerza, como si fuera el mango de un hacha y él se enfrentara a una cantidad abrumadora de enemigos en el campo de batalla. Parecía que nuestras peores pesadillas iban a hacerse realidad, que todos sus viajes sin descanso habían sido en vano y que todos los votos de lealtad habían sido vacuos.

Pero entonces oímos que un tambor empezaba a sonar.

Lejano, continuo, inconfundible y acercándose a nosotros. Me recorrió un estremecimiento de júbilo al oír que a ese tambor se le sumaba otro, y luego otro. Y había fuego en el horizonte. Las antorchas y la música se aproximaban.

No teníamos otro instrumento aparte de nuestras voces para responderles. Aullamos como lobos, rebuznando a la luna, llamándoles para que se reunieran con nosotros. Y llegaron, diez familias del otro lado del valle del Río del Salmón, hombres, mujeres y niños, todos juntos, borrachos y entre risas, que venían a acompañarnos en el banquete.

¿Qué clase de hombres eran? Los había como Narfi Thorkelsson, al que le traían sin cuidado el honor o el parentesco, pues solo ansiaba la gloria de una batalla contra un enemigo más numeroso. Los había desesperados como Odd el Zorro, hombres que no tenían ninguna esperanza de granjearse el favor de un jefe y estaban dispuestos a volcar su lealtad en un guerrero como Gunnar. Los había reacios como Kormák Bersisson, obligado por las deudas de sangre a unirse a nosotros contra su voluntad. Estos eran los hombres que nos apoyarían en el pleito.

Desde la muerte de Erik, había olvidado lo que era sentir afinidad hacia otro hombre que no fuese Gunnar. Aquella noche sentí la fuerza que solo insufla una reunión de guerreros. Ya puedo verme superado en número y abocado a morir, que si tengo buenos hombres luchando a mis costados, sé que no sentiré miedo alguno. Aceptaré de buen grado mi destino. Pues la gente de mi país no tememos a la muerte. Solo tememos morir solos.

Recuerdo muchas cosas de aquella noche. A Narfi y Gunnar charlando y más tarde forcejeando con furia, para después hacer una pausa y hablar con calma durante un momento y luego ponerse a pelear otra vez, mientras los demás mirábamos y reíamos. A los niños corriendo como locos a nuestro alrededor, agrupándose y disgregándose como bandadas de pájaros en el cielo. A las mujeres hablando entre ellas, pues algunas no charlaban desde hacía años a pesar de vivir a poca distancia, perdidas en los laberintos de sus casas. Aunque miré una y otra vez, con esperanzas renacidas en cada momento, no distinguí a Sigríð entre ellas.

Hablamos durante horas, de todos los temas del mundo salvo el pleito. Cantamos hasta quedarnos afónicos, yo declamé mis poemas y reímos y maldecimos juntos. Pero en mi recuerdo fue como si hubiéramos pasado toda la noche en silencio, como una plegaria muda. No recuerdo ni una palabra de las que se pronunciaron.

Recuerdo sentirme lleno de una súbita energía, un desasosiego, y ver a Kari de pie, vacilante, al borde del círculo, con aquel caballo negro todavía a su lado. Me puse a perseguirle, cojeando tras él, con el hombro torcido para simular una joroba y con una mueca horrenda en la cara. Él escapó corriendo y riendo, acariciando y calmando en todo momento al caballo que trotaba a su costado, y oí que los demás me abucheaban y se reían de mí a partes iguales.

A lo mejor les parecía algo vergonzoso dedicarse a juegos de niños cuando se era un hombre, pero a lo mejor también ellos querían olvidar, como yo; vivir por completo en el juego o la canción, aunque solo fuera por un momento. Si la nuestra fuese tan solo una isla de niños, tal vez conoceríamos la paz. Porque los niños tienen sus pleitos, claro que sí, y se pelean con más ganas que cualquier guerrero; pero saben perdonar. Y parece que, a medida que nos hacemos mayores y aprendemos sobre el honor, es esa cualidad la que perdemos.

Más tarde, los que vivían cerca empezaron a partir con paso tambaleante, sin

dejar de reír y cantar. Otros se metieron en la casa a dormir en cualquier rincón que encontrasen en el suelo, con sus hijos tumbados fuera, amontonados como animales durmientes, inmunes al ruido y el relente. Los tapamos con unas mantas y los dejamos en paz.

Salí a tomar el fresco y vi que Dalla se despedía de Kormák Bersisson y sus parientes.

—Pensaba que no te vería aquí, Kormák —le dijo.

—Y yo no pensaba venir. —Kormák se rascó la coronilla y bajó la vista al niño que tenía a su lado—. Pero tu marido es un hombre valiente, aunque tenga mala suerte. A lo mejor el futuro os depara mejor fortuna.

—Confiemos en eso.

Y entonces Kormák se marchó hacia la oscuridad. Solo quedamos Dalla y yo.

—No pensaba que fuese a venir nadie —reconoció ella, con los ojos brillantes.

—Tenéis más amigos de lo que creíais.

—No tenemos nada que ofrecerles.

—Solo honor, la promesa de sangre. Algunos se conforman con eso.

—Cierto —dijo ella. Arrastró un pie por el suelo—. ¿Partirás mañana?

—Sí.

—Me alegro de que hayas visto esto. Un poco de esperanza, antes de que te vayas.

—Aquí hay mucha esperanza. Si los hombres se mantienen leales, tenéis poco que temer.

—Siguen siendo más que nosotros.

—Pero lucharán en vuestro terreno. Os basta con observar y esperar.

—¿Esperar a qué? ¿A que Bjorn y Vigdis envejecan y mueran?

—Esperar a que yo vuelva. A que se aburran y se atonten. Yo regresaré y resolveré este pleito.

—Lo resolveremos juntos —dijo ella.

—Eso. Lo resolveremos juntos.

Sonrió al oírlo, y no con la espantosa sonrisa de guerrero que le había visto antes, la que saluda a la muerte como compañera de nacimiento. Por un instante, creo que olvidó por completo los pensamientos aciagos.

Entonces escudriñó la oscuridad y la sonrisa se heló en su cara.

—¿Qué ves?

—Hay alguien ahí fuera —dijo ella, con la voz átona y el cuerpo inmóvil.

Seguí su mirada, pero no distinguí nada en la tiniebla.

—¿Dónde? No veo.

—No te muevas. No podemos dejar que se den cuenta.

—¿Son Bjorn y los demás?

—No los distingo. Espera.

Perforó la oscuridad con la mirada y movió una mano hacia el cuchillo que llevaba en el costado. Esperé: a que me diera la orden de huir o luchar, o a que salieran una flecha o una jabalina de la negrura.

Entonces dijo:

—No tenemos nada que temer.

—¿Quién es?

Dalla se rio.

—¿Todavía no lo ves?

—No —respondí, porque ella pasaba la mayor parte de su vida en la oscuridad de la casa y por la noche veía mejor que yo. Pero entonces lo distinguí: un movimiento fugaz, una tela gris que reflejaba la luz de la media luna. Entonces me di cuenta de lo que había ahí fuera y salí detrás sin mediar palabra, seguido en la noche por las risas de Dalla.

Mi padre me contaba historias sobre el Pueblo Oculto. Mujeres a las que se puede ver pero no tocar, bellas y terribles, que conducían a los hombres a la oscuridad, al mar o a despeñaderos. Y hubo momentos, en aquella noche del

banquete, en que me pareció que podría estar persiguiendo a una de esas criaturas.

Aquel invierno había dado caza a un fantasma en la noche, solo para descubrir que era un hombre. En esa ocasión perseguía a una mujer; ¿sería esta vez un fantasma de verdad?

Muchas veces estuve a punto de atraparla, pero era rápida y veía mejor en la oscuridad que yo. Muchas veces pensé que la había perdido, solo para oír el eco de una risa plateada y arrancar de nuevo en pos de él, a través de los campos, los ríos y los vestigios de bosque.

No supe apreciar un patrón en la dirección en la que me llevaba, aunque nunca nos alejamos tanto que no se dejara de ver la granja o las hogueras del banquete. No parecía estar conduciéndome a ningún lugar en concreto, pues volví a pasar muchas veces por los mismos lugares durante mi persecución; atravesamos una y otra vez los restos talados de la arboleda de Gunnar, las aguas poco profundas del río y las piedras rotas de las alturas que marcaban las lindes del terreno de Gunnar.

No entendí las reglas del juego hasta que me quedé quieto un momento para recobrar el aliento y vi que ella se detenía a cierta distancia para esperarme.

Le di la espalda y caminé de vuelta hacia un meandro del río, donde las colinas que se alzaban a cada lado podían concedernos un poco de intimidad. Puse la mano en el suelo: la hierba estaba mojada, y tendí encima mi capa. Me senté y esperé.

La vi en la cima de la colina, pero no bajó hacia mí de inmediato. Empezó a caminar poco a poco, haciendo pausas de vez en cuando para ver si perdía la paciencia y me ponía a perseguirla otra vez. Me estaba poniendo a prueba, pero me mantuve inmóvil. Sabía que eso era lo que ella quería.

No quería que la atrapasen. Quería atraparme ella a mí.

Caminó río arriba hasta mí y se arrodilló sobre la capa. Nos miramos, y estaba tan cerca que, incluso en la penumbra, distinguí la marca de las hadas en sus

ojos. Aún no me creía del todo que fuese ella. Estiré la mano, para asegurarme, y al cabo de un momento sentí sus labios en mi palma.

Nos pusimos de pie y escuchamos el susurro del río. Vi que ella temblaba un poco; un estremecimiento de los hombros, un temblor de la mano. Pero sus ojos estaban despejados, y en sus labios danzaba una sonrisa.

—No podía esperar —dijo Sigrid.

Y allí, en la oscuridad, nos encontramos el uno con el otro.

Más tarde se tumbó de lado, dándome la espalda, y observé cómo metía una mano en el río y la dejaba flotar en la corriente.

—No podía asistir al banquete —dijo.

—Olaf te lo prohibió —repliqué yo, mientras ensortijaba un mechón de su pelo en torno a mi dedo.

—Por supuesto.

—Pero has venido esta noche.

—Por supuesto.

Saqué el brazo de la capa para buscar mi cinturón en el suelo. Saqué el cuchillo y le corté el mechón. Entonces ella rodó para situarse de cara a mí y, en la oscuridad, vi que ponía los ojos en blanco.

—Claro, muy propio de un poeta.

La besé.

—Tienes que volver. No queda mucha noche. Olaf se enfadará si descubre que no estás. Yo debo partir mañana, pero tendré esto para recordarte.

—¿Y qué tendré yo? No quiero ninguna de tus prendas. Te quiero a ti entero, o nada. —Se puso de pie encima de la capa, desnuda pero no avergonzada. Se lavó en el río y se vistió, y cuando estuvimos juntos de pie otra vez, tocó los dos brazaletes de plata que adornaban mi brazo—. Uno de estos te compra un pasaje en un barco. El otro nos compra una granja, cuando vuelvas.

—Así es.

—¿Volverás?

—Sí. Volveré.

Bajó la cabeza, de modo que, si había lágrimas, no pude verlas. Era tan orgullosa como cualquier guerrero y no quería que la viera llorar.

—Muy bien —dijo, porque no había nada más que decir.

La seguí con la mirada mientras se alejaba, una sombra en la oscuridad, e intenté grabármela en la memoria: cada palabra, cada caricia que me había regalado. Serían mi única compañía en el exilio. Dentro de mí, la esperanza angustiada de que me aguardase.

Volví hacia la granja con paso despreocupado, ajeno a cualquier otra cosa. Porque era joven, insensato y estaba enamorado. Aun así, no duró mucho. La palpitación de quinientos latidos, tal vez. Lo que le llevó a la luna descender un trecho minúsculo en el firmamento. Lo que tardé yo en poner la vista en la granja y descubrir que las antorchas estaban apagadas.

A lo mejor, pensé, se habían consumido sin más ellas solas; quizá eso fuera todo. Aun así, mi instinto me hizo avanzar con todo el sigilo posible, esperando al viento antes de moverme, observando y escuchando como si fuera un cazador cercano al lobo y no un hombre que regresaba a casa. De aquel lugar emanaba algo anómalo, aunque yo no supiera apreciar el qué.

Me acerqué un poco más y vi que la puerta estaba abierta, pues batía y chirriaba suavemente impulsada por el viento. No había ninguna luz dentro. «Han apagado la hoguera», pensé, y sentí que me invadía el frío.

La casa parecía abandonada, como una de esas granjas vaciadas por la enfermedad y frecuentadas por los espectros. Como si una extraña brujería se hubiera abatido sobre el valle, y Sigrid y yo hubiéramos yacido juntos durante medio centenar de años, en lugar de un breve tiempo. Pero entonces sopló una fuerte ráfaga de viento que movió la puerta, y la habría cerrado de golpe si una mano pálida no hubiera surgido de la oscuridad para mantenerla abierta. Aún había alguien dentro.

Saqué el hacha del cinturón y me pegué a la pared. La tanteé con el brazo libre, buscando apoyos para mis manos y pies. Intenté recordar el momento en que había ayudado a construir ese muro, las piedras que había escogido y en qué

orden las había colocado. Mi memoria de poeta me vino bien: había colocado los mampuestos un caluroso día tres semanas atrás. Mi poco oficio fue mi perdición, pues al bajar por el otro lado aflojé con el pie una piedra mal sujeta, que cayó rodando por la pared, emitiendo un suave castañeteo de alarma.

Me agaché, esperando que no me hubiera oído nadie. Me llegó un silbido desde el umbral: la melodía de una canción que yo había cantado esa noche, que trataba de Odín y el hidromiel del poeta. Repliqué silbando el mismo conjunto de notas.

—¿Kiarán? —Era la voz de Gunnar, que llegaba desde el umbral.

—Sí.

—Entra, rápido.

Crucé a la carrera el terreno despejado, esperando oír en cualquier momento el tañido de una cuerda de arco o el silbido de una lanza volando. Pero logré cruzar la puerta y noté la mano de Gunnar en la espalda.

—¿Qué...? —empecé a preguntar, pero Gunnar me agarró el brazo y me puso un dedo sobre los labios. Esperé en silencio a que mis ojos se acostumbrasen a la oscuridad.

Cuando empecé a ver, me pregunté si Gunnar habría sucumbido a alguna suerte de locura, pues no aprecié nada fuera de lo normal. Los invitados dormían, tumbados en el suelo a lo largo de toda la sala. Habían entrado a los niños, pero ellos también dormían, agotados y satisfechos. No vi que nadie acusara señales de heridas; no quedaba nadie despierto, salvo Gunnar y su familia.

Pero Freydis lloraba, sentada en el regazo de su madre y sollozando contra su pecho, mientras Dalla la hacía rebotar sobre sus rodillas. Y Kari no lloraba del todo, pero estaba parpadeando para contener las lágrimas, con la boca abierta.

—Pensaba que a lo mejor te habían tendido una emboscada —dijo Gunnar—. Habría salido, pero no podía dejarlos solos.

—No lo entiendo —confesé—. ¿Qué ha pasado?

Gunnar, en vez de responder, señaló hacia fuera y me volví para mirar.

Al principio no vi nada. Los restos del banquete, el suelo hollado por muchos pies. El granero, los postes para atar los caballos, la valla: todo estaba en su sitio. Entonces se levantó el viento una vez más y vi un trozo de cuerda bailando en el aire. Un extremo estaba atado a un poste, mientras que el otro se mecía suelto.

—El caballo no está —observé.

—Me ha despertado Kari. Dice que ha oído hablar a unos hombres y el relincho del caballo. Cuando ha salido, ya no estaba.

—A lo mejor ha roto la cuerda.

Gunnar soltó un resoplido de desdén.

—¿De verdad crees eso?

—Tenemos que salir para comprobarlo con nuestros propios ojos.

—Yo os acompaño —dijo Kari.

—No.

—¡Voy a ir!

Gunnar le pegó; un revés calculado.

—Te he dicho que no. No me hagas repetirlo.

Dalla atrajo al chico hacia sí, y también a su hija. No me vi capaz de mirarla a los ojos, de modo que cogí un escudo y miré a Gunnar. Él asintió y salimos a la oscuridad, con los escudos en alto.

Ahí fuera, en aquella noche de verano, la tierra parecía un hervidero de movimiento. Mis ojos lo convertían todo en una pesadilla. Un pájaro asustado que emprendió el vuelo desde los matorrales se transformó en una flecha que volaba hacia nosotros. Una apacible oveja se convirtió por un momento en un hombre agazapado que caminaba a gatas. Nos movíamos entre monstruos y hombres cobijados en la oscuridad.

—Ojalá fuese invierno —dije.

—Ojalá no —replicó Gunnar—. Siempre he querido morir en verano.

Me agaché junto al atadero y, bajo la penumbra azulada, intenté desentrañar la historia que contaba el suelo. Había tantas pisadas de hombres y caballos que parecía una tarea imposible, pero estudié los rastros como un sacerdote interpreta

un presagio, tratando de oír una voz de los dioses que pudiera guiar nuestros pasos.

—¿Qué opinas? —pregunté.

Gunnar pasó un dedo por el corte limpio de la cuerda.

—El caballo no rompió sus ataduras.

—¿Crees que siguen por aquí?

Me miró.

—De eso estoy seguro. Pero, aun así, debemos ir a buscarlos. No pienso esconderme en mi casa como un cobarde.

—No creo que quieran combatir con nosotros. Si quisieran matarme, solo tendrían que esperar un par de días. Lo que quieren es asustarnos.

—Entonces no nos asustaremos. Pero mantén el escudo en alto. Es posible que consigo haya un arquero. —Negó con la cabeza—. Ojalá lleváramos armadura.

—Nunca he llevado cota. Me movería como un viejo gordinflón.

Se rio, y me consolé como pude con ese sonido. Aunque hubiésemos tenido luz diurna y un caballo para ocuparnos de la búsqueda, habríamos tenido pocas oportunidades de hallar a un animal huido, y ninguna en absoluto si lo habían robado. Pero teníamos que intentarlo; deambular a oscuras, tropezando con piedras y matas, con el peso del escudo quemándome el brazo y la boca seca como una piedra. Meternos de cabeza en cualquier trampa que nos hubieran tendido, en aras del honor y nada más.

Bordeamos la granja, manteniéndola a la vista siempre a nuestra izquierda. Gunnar insistió en ocupar el lado de fuera, lo que dejaba su costado no protegido expuesto ante quienquiera que pudiese estar acechando en el campo. Agucé el oído, por si oía el susurro de unos pasos en la oscuridad, el chirrido de una lanza inexperta, el golpe accidental de una espada contra un escudo.

—Espera.

Ante la advertencia de Gunnar, levanté el escudo y apoyé mi espalda contra la suya.

—He oído algo —explicó.

Nos quedamos quietos, escuchando. No oí nada más salvo el viento en los árboles lejanos y la respiración regular de Gunnar. Aun así, sentía contra los hombros la humedad de su túnica empapada en sudor; al parecer, a fin de cuentas, era capaz de sentir miedo.

—¿Qué has oído? —pregunté.

—Una risa.

Esperamos con la oreja parada durante no sé cuánto tiempo, aguardando que se oyera lo mismo otra vez. Pero el sonido no se repitió, de modo que retomamos nuestro lento circuito.

Llegamos de vuelta adonde habíamos empezado sin haber visto rastro de hombres o del caballo desaparecido. No habíamos encontrado ninguna huella en el suelo que yo supiera leer. La criatura se había esfumado.

—¿Ha quedado satisfecho tu honor? —pregunté.

Gunnar asintió, exhausto.

—Sí. La luz del día revelará lo demás.

Imagina a un guerrero que espera la batalla, sabedor de que la mañana traerá su muerte. Sin embargo, sale el sol y, mientras está preparando sus armas, le dicen que se ha acordado una tregua y que no habrá batalla ese día. O a un condenado a muerte por orden de algún tirano extranjero que se apresta para subir al tajo del verdugo y sufrir una muerte de cobarde, solo para descubrirse indultado en el último momento. Así me sentía yo mientras volvíamos a casa.

Tal vez hubiese afrontado bien mi muerte tras haber conocido aquella noche a la mujer que amaba. He oído que eso es lo que pasa y he cantado muchas historias en las que grandes héroes morían felices tras una noche con su amada. Pero en aquel momento supe que aquello no podía ser cierto; no me sentía ni en paz ni preparado para morir. Porque el mío era un amor codicioso.

Cruzamos el umbral y volvimos a la acogedora oscuridad. Y en cuanto entramos, supe que mi alivio era prematuro. Pues Dalla se adelantó, con los ojos desorbitados como los de un caballo espantado y agarró a su marido por los hombros.

—¿Dónde está Kari? —susurró—. ¿Viene con vosotros?

—¿Por qué iba a estar con nosotros? —preguntó Gunnar.

Dalla abrió la boca, transida de dolor, y no replicó nada. No hacía falta; lo supimos en el acto sin que se pronunciara una sola palabra más, por mucho que buscáramos con la mirada a un niño que no estaba ahí.

Kari se había ido.

La explicación estaba detrás de los tablones de su cama. La encontré pasando la mano por la madera, cuando sentí el viento en mi piel. Di unos golpecitos a la pared, que sonaba a hueco, y levanté el tablón suelto. Y, tras él, un túnel excavado en el muro de tierra, con la anchura justa para que un niño lo atravesara a rastras.

—Me ha dicho que quería dormir —explicó Dalla—. Se ha acostado. Cuando he vuelto a mirar, ya no estaba.

Entonces lo vi claro: un niño aburrido, atrapado en casa por el largo invierno, que se autoimpone un proyecto: convertir su casa en un sitio que explorar, un mundo de tierra y madera que cobra vida merced a la imaginación. Un secreto infantil; una travesura inocente para la que de pronto había encontrado otra utilidad.

—Siempre me había parecido que en esta casa hacía demasiado frío en invierno —dijo Gunnar. Escupió sobre las ascuas y oí un chisporroteo.

—¿Cómo hemos podido no verlo?

—Ha seguido el curso del río, corriente arriba o abajo. Era la única manera de escapar sin que le viéramos.

—Tenemos que salir otra vez.

—Os acompaño —dijo Dalla—. Si esos rondan por ahí fuera, no le harán daño a una mujer.

—No sabemos qué están dispuestos a hacer —señaló Gunnar—. Además, tienes que quedarte aquí para defender nuestra casa.

Dalla miró a su hija, que dormía con sueño intranquilo junto al fuego, y torció la boca con rabia; una expresión homicida cruzó su rostro. Después cogió un hacha y se arrodilló junto a la niña. Con una mano le acariciaba la melena dorada, mientras con la otra sujetaba el mango del arma, como si fuese una especie de verdugo enamorado.

Así la dejamos, y volvimos al aire azul de la noche veraniega, siguiendo el sonido del agua hasta llegar al arroyo.

—Yo iré río arriba —dije—. Tú ve hacia abajo. Al rayar el alba, volvemos a la granja.

Gunnar echó un vistazo corriente arriba y negó con la cabeza.

—La granja de Bjorn está por ahí.

—Y Vigdis vive río abajo. Podrían estar esperándonos en cualquiera de las dos direcciones. O en ambas.

—El peligro es el mismo; muy bien. —Hizo una pausa—. Que tengas suerte, Kiarán.

—Sería un buen momento para que empezara.

Asintió.

—Da una voz si los ves. Iré a ayudarte.

—¿Qué señal debo esperar de ti si necesitas mi ayuda?

Dio un golpe con la espada al umbo de su escudo.

—Oirás esto, y a gente muriendo.

Dicho eso, se puso en marcha con paso rápido y sigiloso a pesar de la oscuridad, bailando de roca en roca mientras seguía el curso de ese río poco profundo. Le vi alejarse y me di la vuelta para emprender mi propio camino.

Ya solo, avancé por la orilla del arroyo, sintiendo en los pies la tierra mojada a través de los puntos donde mis botas estaban más desgastadas. Tendría que haberme sentido más asustado, pero no lo estaba. Mi vida estaba en mis manos, pero solo la mía. No cargaba con la de Gunnar o la de su familia y, por lo tanto, era un hombre sonriente y ligero el que corría en la oscuridad, escudriñando el monte en busca de la silueta de un niño. No podía arriesgarme a gritar su

nombre, pero escuchaba atento por si oía su voz. Pues no imaginaba que el valor fuese a durarle mucho, solo como estaba.

Pero no oí nada. El viento, los árboles, el río, y nada más que eso. Estaba llegando a las lindes de las tierras de Gunnar y no había encontrado ningún rastro de la presencia del muchacho. Me dije que debía de haberse dirigido corriente abajo en busca del caballo, que tal vez Gunnar ya lo había encontrado.

Di media vuelta, ahora apresurado y algo más temeroso, porque el peligro parecía haber pasado y ningún hombre desea que lo maten cuando se atisba el final de la batalla. Un poquito más, unos pocos centenares de pasos, y me reencontraría con el calor y la seguridad.

Pero algo iba mal. Me daba cuenta, y a la vez no. Era como si mi cabeza intentase gritarme una advertencia, pero en una lengua desconocida. Nada había cambiado: la noche seguía en calma y no se veía ni oía nada fuera de lo normal. Me detuve y agucé el oído, tratando de entender, pero no aprecié nada que no fuese el viento y los chirridos de los árboles.

Entonces supe de qué se trataba. El fantasma de un sonido, un recuerdo de la primavera. Porque habíamos talado aquella arboleda que se alzaba en las tierras de Gunnar. No quedaban árboles. No sabía qué era aquel chirrido, pero no lo causaban unas ramas mecidas por la brisa. Era un rechinar de madera lento y sordo, que iba y venía con las ráfagas de viento.

Me puse a gatas, cerré los ojos y escuché otra vez.

Al oeste. En una hondonada del valle, que quedaba oculta a la vista. De allí provenía el sonido.

Me dirigí hacia ese lugar. Poco a poco, con la lentitud del hielo que se extiende sobre el agua; poniendo cada pie donde me pareciese que fuera a hacer menos ruido. No quería dejar nada al azar, porque no hay mayor paciencia que la del hombre cazado por sus congéneres.

El ruido parecía cambiar por momentos. Sonó como el graznido de un cuervo, luego como el gemido de un árbol y después como el giro de una rueda de carro

vieja. Ni siquiera al llegar casi a la hondonada, tumbado en la hierba de la colina con el sonido justo debajo de mí, fui capaz de identificar lo que era.

Esperé allí durante un rato. Siempre había pensado que, en una tesitura como esa, sentiría el toque de un dios en el hombro y sabría que había llegado el momento de luchar o morir. Pero no sentí ninguna señal, así que conté diez respiraciones y me levanté de un salto, con el escudo por delante y el hacha en alto y más atrás.

Un monstruo. Eso era lo que se erguía ante mí. Una forma más alta que un hombre, una cabeza hinchada que sonreía obscena con la boca abierta y la lengua colgando; unos dientes que brillaban en la oscuridad.

Eso fue lo que vi durante un latido del corazón, dos, tres. Luego mi cabeza desentrañó lo que veían mis ojos. Reparé en el poste de madera clavado en el suelo, negro de sangre. Vi la cabeza de caballo clavada en él, zarandeándose y chirriando con el viento. Y vi las runas grabadas en carne y madera. Una maldición; una advertencia; una promesa de las muertes que se avecinaban.

Me volví, esperando encontrarme al responsable de aquello a mi espalda, pero no había nadie. Debían de haberse ido hacía mucho, de vuelta a sus hogares tras dejar atrás su maldición. Allí estaba su mensaje, escrito en el cuerpo, montado en el poste: no habría perdón ni final para el pleito. Lo mismo que le habían hecho a aquel caballo se lo harían a los hombres.

El viento amainó y oí otro sonido. Un sollozo. Y entonces vi otra forma en la oscuridad, arrodillada a los pies del poste, un fiel postrado ante un dios odioso. Era el niño.

—Me ha parecido que era él —dijo—. Lo he visto. Pensaba que le oía llamarme.

—Lo sé. —Me senté a su lado y le pasé un brazo por encima de los hombros—. No es nada. Solo es un poste de agravio; una herramienta de cobardes.

—¿Nos maldecirá?

—No. Su intención es insultarnos y asustarnos. Pero somos demasiado valientes e inteligentes para eso, ¿o no?

—¿Le contarás a Gunnar que he llorado?

—Eso no es lo que he visto. Estabas vigilando con valentía por si regresaban, ¿verdad?

Asintió aturdido.

—Venga, volvamos a casa.

Se puso en pie y arrancó a caminar por delante de mí, tambaleante como una criatura con la mitad de años. Lo seguí, pero al hacerlo eché un último vistazo al poste de agravio y contemplé la cara de aquel caballo. Parecía que se estuviera riendo de mí.

Casi lo oía, y me pregunté si ellos también estarían ahí fuera, observando y mofándose. Entonces sentí que se alzaba en mí el anhelo de matar, como nunca lo había notado antes. Había estado junto a Gunnar en el *holmgang*, había mirado a los ojos de quienes me querían muerto y no había sentido despertar la violencia. Aun así, pensar en aquel escarnio, en que alguien jugaba con nosotros por diversión... eso fue lo que incitó en mí la furia del asesino. Mi único deseo era recorrer esos montes y matarlos a todos y cada uno de ellos.

Pero no tenía suficiente tiempo. Al día siguiente ya habría zarpado.

—**F**ue uno de ellos, ¿no es así?

—¿Qué?

—Uno de nuestros invitados, en el banquete. El que se llevó el caballo.

No respondí. No había necesidad.

Gunnar y yo estábamos sentados en el terreno que se elevaba por encima de la granja. Contemplábamos las ovejas que pacían por los campos y el trigo alto, casi listo para la cosecha. Contemplábamos el lugar que no vería más durante muchos años, pues aquel día debía partir.

Los invitados habían vuelto a casa con las primeras luces del alba. Gunnar había sonreído y había actuado como un anfitrión feliz. Nadie había preguntado por qué los niños estaban sentados con la mirada apagada en una esquina de la casa y se negaban a hablar, ni por qué nosotros teníamos la tez gris por haber pasado la noche en vela. Habían partido y quedábamos nosotros. Para hablar y despedirnos.

Habíamos salido una vez más la noche anterior, para retirar el poste de agravio y quemarlo. El cuerpo no lo encontramos. Tal vez lo hubieran descuartizado para obtener carne y dividírsela entre ellos, a modo de sangrienta recompensa por el duro trabajo de la noche. O se la habían dejado a los carroñeros.

Al fin, Gunnar habló de nuevo.

—Por lo menos ahora sé que no puedo fiarme de ellos. Mejor tenerlo en cuenta de antemano.

—Descubrirás quién ha sido enseguida. Aquí no hay secretos.

—Como ambos hemos descubierto. —Volvió a mirar hacia el valle y el punto donde habían erigido el poste de agravio con la cabeza—. ¿Crees que es cierto lo que dicen? ¿Que es la peor de las maldiciones?

—No lo sé.

Asintió con aire ausente.

—¿Y con quién dices que zarpas?

—Con Ragnar Ragnarsson. Ese al que llaman el Vagabundo de las Olas.

—Así le llaman sus parientes. He oído a otros que le apodan el Cobarde.

—Así le llaman la mayoría de los hombres, sí.

—No parece muy fiable para capitanear un barco.

—Bah, es posible que tiemble en la orilla ante el primer indicio de que va a correr sangre, pero no hay hombre más sereno en un mar agitado. O eso me han contado.

—¿Y adónde irás?

—No lo sé. Quizá a Dublín. Siempre he querido ver Irlanda. A lo mejor allí encuentro parientes. O a Jorvik.

—Creo que Dublín te gustará. —Y tras decir eso, desenvainó su espada y la sostuvo plana con ambas manos, con la hoja sobre las palmas como quien reza a su dios. Después se volvió y me la tendió. Sin palabras, tal vez porque no confiaba en su voz, me indicó por señas que la cogiese.

—Es un regalo demasiado espléndido —protesté—. No lo necesito.

—Lo necesitas más que nadie.

—Podrían confundirme con un gran guerrero. No tengo la habilidad suficiente para combatir contra quienes estarían dispuestos a plantar cara a esta espada.

—La aceptas o la tiro al mar. Tú eliges.

Levanté la espada y la sostuve en horizontal, colocando una palma bajo la punta. Recorrí la hoja con la vista y vi grabado el nombre de algún artesano cuya historia se había olvidado hacía mucho. Pasé un dedo por el centro, por el surco labrado para que el arma fuese más ligera y la sangre fluyese sin impedimentos por la hoja, y pensé en cuánta debía de haber corrido por aquella ranura. Aunque

no diera para llenar un gran río, tal vez en algún lugar de Islandia había un arroyuelo que bañaba el suelo con tanta agua como sangre había visto aquella espada.

Era bella, en la medida en que puede serlo matar.

—¿Qué he hecho para merecer esto? —pregunté.

Gunnar se lo pensó durante un buen rato.

—Eres amable —dijo por fin—. Tal vez sea tan sencillo como eso. La mayoría de las personas amables son cobardes; quieren comprar con palabras lo que no pueden ganarse a fuerza de valor. Pero tú no eres así. Creo que eres el único hombre que conozco que posee esa cualidad.

—Ya tengo otro apodo. Kiarán el Amable. Si titulara así una canción, nadie querría escucharla.

—No puedo aprenderla de ti, aunque me gustaría. Pero no soy más que alguien que mata. Los hombres me aman por ello, pero es algo que no vale nada. Estoy harto.

—Los hombres no te aman por eso, Gunnar.

—¿Por qué si no?

—Porque no te da miedo morir.

Me miró con cara de incredulidad.

—¿Y eso te parece tan precioso? —preguntó.

Qué cantidad de cosas descubrimos de las personas cuando estamos a punto de separarnos de ellas. Qué truco tan cruel del destino.

Le habría pedido que se explicase mejor, pero entonces los vi acercarse desde Hjardarholt. Olaf y sus hombres, una caravana de guerreros y caballos. Mi escolta a otro mundo. Olaf tenía cosas que hacer en Borg, parientes a los que visitar, y se había ofrecido a escoltarme hasta la costa. Un último favor. Sin duda sería una deshonra para él que me asesinaran por el camino. Se aseguraría de dejarme sano y salvo a bordo del barco y daría por acabada su participación en el pleito.

—¿Te embarcas aquí?

—No. En el sur, en Borg. Ragnar tiene allí un carpintero de barcos en el que confía.

—¿Te despedirás? ¿De Dalla y de mis hijos?

—Es mejor que no. —Aparté la vista—. Podrías acompañarme —añadí.

—¿Qué?

—Vende tu tierra. Olaf te pagaría bien con tal de librarse de ti y del pleito. Llévate a tu familia y encuentra un nuevo hogar. Tienes plata suficiente y ningún pariente te retiene aquí. No sé por qué te quedas.

Le observé mientras se lo pensaba. No es cierto lo que dicen: los poetas no ven el interior de los corazones. El mundo sería un lugar más sencillo si pudiéramos. No habría ni un pleito más ni un amor verdadero que se quedase sin expresar. No puedo ver el interior de los corazones de los hombres, pero creo que en ese momento vi que Gunnar se sentía tentado.

Al final habló:

—¿Sabes por cuántos sitios he pasado antes de instalarme aquí?

—No. Nunca me hablas de aquellos años.

—He estado en tierras al este donde hay desiertos más grandes que toda esta isla. He estado en cortes de reyes donde hasta las putas llevan oro. He visto maravillas que no podrías ni imaginar, incluso tú que eres poeta. —Volvió una palma hacia el cielo y estiró el brazo hacia el valle como si brindara con él con una copa de vino—. Pero esta es la mejor tierra de todas. Jamás abandonaría este lugar. Amo a mis hijos y a mi esposa. Y... —Guardó silencio por un momento. Y entonces dijo—: Pero amo este país más que ninguna otra cosa.

—Entonces ¿deseas que me quede?

—No. Quiero que te vayas; quedarte significa morir. Pero ojalá pudieras. —Se puso en pie y me tendió la mano—. Nos vemos dentro de tres años. Prométemelo.

—Te doy mi palabra. —Posé los dedos en la espada—. Te la devolveré.

—Si sigo aquí.

—Es a mí a quien quieren. A tu familia la dejarán en paz —dije.

Y Gunnar sonrió de una manera que dejaba claro que sabía que estaba mintiendo, pero que quería creer la mentira.

Me dispuse a envainar la espada, pero un presagio incierto me detuvo. Llevé hasta la hoja mi mano libre y sentí en la palma el filo aguzado. Lo agarré con fuerza hasta que sentí manar la sangre. Luego tendí hacia delante la espada y la palma ensangrentada de mi mano.

—¿Quieres ser mi hermano? —dije—. Haz conmigo un juramento de sangre.

Siempre se ha hecho entre mi pueblo. Cuando un hombre encuentra a un hermano de batalla, no por parentesco, y sella el lazo con sangre. No se me ocurría por qué no lo habíamos hecho antes.

Gunnar no había dado muestra alguna de miedo la noche en que salió a cazar al fantasma, ni cuando nos acusaron en el llano ni tampoco cuando luchó en el *holmgang*, pero creo que, por un momento, lo vi asustado, aunque no entendiese de qué.

—No —respondió, con tono frío—. No quiero.

Había algo más que decir, pero no encontré palabras para expresarlo. Oí que los caballos se acercaban a nuestra posición y que Olaf me llamaba.

Así fue como dejé a Gunnar. Con palabras pendientes de pronunciar y una deuda sin pagar. La peor de las despedidas entre amigos.

Quedaban dos días. Durante ese tiempo sería un hombre del pueblo, protegido por las leyes orales que nos unían a todos. Una vez vencido el plazo, sería un animal al que podría cazarse por diversión o por venganza. Pero si Olaf o sus hombres me veían con otros ojos, no dieron muestras de ello. No viajaba separado de ellos, sino como un miembro más de la comitiva. Tal vez incluso mientras se agotaban los últimos instantes, seguirían riéndose conmigo, me instarían a entonar otra canción, me pasarían un último vaso de cerveza. Y luego, cuando el sol tocara el horizonte, alzarían sus armas y me ejecutarían sin

pensárselo dos veces. Tal era el poder de la ley que nos unía. Y tal era el destino del proscrito.

Atravesamos el valle rumbo al sur, pasando ante montañas que conservaban sus nieves incluso en pleno verano, escuchando la llamada de las cascadas. Llegamos a las llanuras abiertas, que mostraban las cicatrices y las marcas de la roca negra allá donde la tierra se había agrietado y sangrado muchos años atrás.

Fue entonces cuando los vi. Siempre detrás de nosotros, otro grupo de jinetes. Mi segunda escolta, que nos seguía como los lobos van detrás de un ciervo abandonado por su manada. Esperando a que se detenga, esperando a que se tumbe y muera.

Se mantenían a una respetuosa distancia, sin acercarse nunca lo bastante para ser una amenaza, pero siempre lo suficientemente cerca para no perdernos de vista. No hacían intento alguno de ocultarse, porque no estaban haciendo nada malo. Eran un grupo de hombres que viajaban hacia el mar. Bjorn, Snorri y el resto de su familia. Me pregunté si Vigdis cabalgaría con ellos. Hubiera sido una vergüenza permitir que una mujer acompañase a una partida de guerra, pero nadie era capaz de decirle a ella qué podía o no hacer.

Su intención era ver cómo dejaba el país, para que no hiciese ningún truco de magia. Y si algún imprevisto nos retrasaba —si una tormenta repentina nos atrapaba en tierra firme o las mareas se volvían en nuestra contra— aprovecharían la oportunidad para vengarse.

Ni un solo hombre de los que me acompañaban habló sobre la gente que nos seguía, pero unas cuantas veces, cuando creían que no estaba atento, les vi retorcerse en la silla para echar un vistazo atrás. Tal vez calculasen la distancia para cerciorarse de que los otros no se acercaban. Tal vez contaran hombres, para ver qué bando tendría ventaja si llegaba la hora de combatir. Tal vez desearan formar parte de ese segundo grupo, cabalgar con los cazadores de hombres. No me cabía ninguna duda de que, si me quedaba en Islandia como proscrito, sobrarían candidatos entre los hombres de Olaf para ir a por mí.

Dejamos atrás la llanura y ante nosotros se extendió el fiordo, el puerto, el mar

abierto. El lugar al que llamaban Borg.

Un ataúd arrojado a mar abierto había guiado hasta allí a los primeros colonos y los muertos habían elegido bien. Era un puerto natural, con tierras de labranza que se extendían hacia el interior durante un buen trecho. Llegamos hasta aquella primera granja, donde ahora vivía Egil Skallagrímsson, y fue allí donde Olaf se separó de nosotros. Se pavoneó y se acicaló para hacer reír a sus hombres, mientras se preparaba para encontrarse con el más temible de los poetas guerreros como si fuese a cortejar a una zagala a la que amase. Sus ojos solo perdieron el brillo cuando se posaron en mí por un momento.

Sus hombres no tardaron en dispersarse para ocuparse cada uno de sus asuntos: visitar a los comerciantes del puerto, interesarse por los viejos amigos o visitar a nuevos amores. Ragnar y yo nos dirigimos solos a los muelles.

En tierra se le veía nervioso y dubitativo, tropezando y correteando como un niño torpe mientras descendía por el sendero rocoso que llevaba al mar. Sin embargo, nada más posar la mano en el casco del barco, sonrió como un amante tímido y pareció recomponerse; clavó los pies y se irguió en toda su estatura, porque era un hombre nacido para estar en el agua.

No hay duda de que su vida habría terminado mucho antes en una disputa u otra si no hubiera hecho gala de tanto valor en el mar. Porque no hay nada que el pueblo de Islandia odie más que a un cobarde, ni nada que tema más que a una tormenta en alta mar. Hacia Ragnar, que era un hombre del revés, sentían una especie de respeto receloso. Pues yo mismo había oído las historias sobre olas que parecían cordilleras, relámpagos que bailaban de punta a punta del cielo y truenos ensordecedores; sobre cómo los guerreros más valerosos se dejaban avergonzar por el miedo, mientras que allí estaba Ragnar al timón, impertérito, guiando a su barco sin perder el rumbo a través de la peor de las tormentas.

—¿Cómo lo ves? —le pregunté—. No sé nada de barcos.

—Mi carpintero se ha ocupado bien de él —respondió—. Deberíamos zarpar esta noche.

Vacilé.

—Pensaba que partiríamos por la mañana.

No se volvió a mirarme.

—¿Por qué esperar? La marea estará de nuestro lado y el viento también.

—¿Adónde nos dirigiremos?

Me miró con una sonrisa en los labios.

—¿Adónde quieres ir?

—Elegir es un privilegio demasiado grande para mí. Soy un mero pasajero.

—A mí me importa poco. Hay comercio dondequiera que se vaya.

No respondí durante un rato.

—No quiero elegirlo yo —dije.

—¿Por qué no?

—Si te preguntase si prefieres que te corte las manos o te saque los ojos, ¿cuál sería tu respuesta?

Mis palabras le hicieron palidecer.

—Lo siento —dijo—. Una cosa es emprender un viaje por voluntad propia y otra, hacerlo obligado. —Pasó las manos por el casco otra vez.

—Siempre he vagado por la tierra. A lo mejor tú puedes enseñarme lo que es vagar por el mar.

—A mí la tierra nunca me ha atraído. Es posible que los hombres me toleren, pero sé lo que piensan de mí. Y ninguna mujer tomaría a un cobarde por marido. Para mí es un lugar solitario. Y cuando estoy en el agua, no estoy solo. No soy un cobarde.

—Tu cuerpo es cobarde; tu cabeza, no. Sé eso de ti y ni siquiera te he visto en el mar.

—Gracias, son unas palabras amables. Muy amables. —Parpadeó y apartó la mirada—. Iré a buscarte cuando llegue el momento de zarpar. Tendrías que despedirte.

—¿Despedirme? ¿De quién?

—De la isla, por supuesto.

Deambulé a solas, siguiendo los senderos rocosos y escuchando los graznidos de las gaviotas, hasta que llegué donde acababa la tierra. Parecía un lugar apropiado para despedirse.

El mar que tenía enfrente no estaba vacío, ni siquiera allí. Había un islote, del que las leyendas locales decían que era un peñasco arrojado contra una bruja. Me senté y me envolví por completo con la capa, porque del mar llegaba un viento frío y cortante. Miré hacia el otro lado del océano abierto, hacia el oeste.

Corrían historias sobre las tierras vírgenes que se hallaban allí. No sabía si creérmelas. Por lo que yo conocía, el océano que veía era un lugar vacío, tal vez incluso infinito. A menos que las canciones fueran ciertas y a lo lejos, en alguna parte, estuviera la sierpe que rodeaba el mundo. Contemplé el océano y descubrí que me daba miedo.

No, lo que temía no era el mar, sino lo que significaba; lo que había en él y más allá de él. Los países que no eran este, los pueblos que no eran el mío. Perder mi hogar. El exilio.

Traté de pensar en todas las maravillas que podría ver. Grandes ciudades, la corte de reyes poderosos; los bosques donde los árboles se erguían muy por encima de las cabezas de los hombres y que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Había cantado sobre esos lugares y, aun así, no conocía nada que no fuera esa isla. Conocía los largos inviernos y los veranos cortos, las granjas pero no las ciudades, el mar pero no el desierto. Ahora iba a tener la oportunidad de ver el mundo que había más allá.

Volví la vista hacia las montañas, coronadas de nieve e imponentes sobre las pálidas colinas. Pensé en el largo invierno que se avecinaba, en los hombres que esperaban para matarme y en su anhelo de sangre, esa sensación que se parece más que un poco al amor.

Oí pasos en el sendero y vi que Ragnar caminaba hacia mí, con paso ligero y alegre, y supe por su sonrisa que había llegado el momento de partir, que no veía la hora de hacerse a la mar, de estar en el único sitio que sentía como su hogar.

Me miró y vi cómo la sonrisa se desvanecía de su cara.

Los remos golpeaban el agua; la vela extendida como el estandarte de guerra de un gigante. El mar lamía el casco y la madera gemía como una amante.

Eso fue lo que vi y oí, mientras observaba el barco alejándose.

Me quedé en aquel mismo saliente de roca, contemplando aquel mismo islote, mientras cargaban el barco, cortaban amarras y zarpaban. Una y otra vez vi que Ragnar me miraba mientras se movía por la cubierta, pero no crucé la mirada con él. Tampoco me moví de aquel sitio hasta que el barco estuvo lejos, mar adentro.

Mientras esperaba, por un momento me horroricé al pensar en lo que había hecho. Sentí el impulso de correr hacia el muelle y tirarme al agua, de gritar que me esperasen y me llevaran con ellos. Pero para alcanzarlos a esas alturas hubiese tenido que ser uno de esos cambiaformas que pueden metamorfosearse en foca o pez. Ya se estaban acercando al horizonte. Ya era demasiado tarde.

Fue una sensación pasajera, como una brisa fría que sopla una vez, nos pone la piel de gallina y luego no vuelve a notarse. Después de eso, dejé de sentir miedo, aunque sabía que en un momento dado llegaría. No sentía nada en absoluto.

Cambié el primero de mis aros de plata por comida que no se echase a perder. Vacilé solo un instante antes de entregar el segundo, el que Gunnar me había regalado, a cambio de un caballo resistente. Me dirigía a un sitio donde la plata y el oro no significaban nada. De ahora en adelante solo el hierro y la carne tendrían valor para mí.

No sé si aquellos mercaderes sabían quién era yo o la sentencia que estaba a punto de entrar en vigor; que aquel día podía comerciar con ellos como cualquier otro hombre, pero que al siguiente sería un proscrito. Tal vez fueran hombres de mar como Ragnar, que no sabían nada de los pleitos de las personas varadas en

tierra. Tal vez pensaran que iba a embarcar más tarde, que compraba víveres para la travesía. O tal vez, simplemente, les diera lo mismo.

Salí a caballo de Borg y puse rumbo al este. Sabía que pronto irían a por mí.

El proscrito

Fue al quinto día cuando los vi. Unos puntos negros en el horizonte, lo bastante pequeños para tomarlos al principio por un efecto de la luz. Pero la verdad quedó clara enseguida. Jinetes en la lejanía, siguiéndome.

Pensaba que llegarían antes. Sin duda habían creído que huiría, que no sería lo bastante estúpido para quedarme como proscrito. Debió de llegarles de Borg la nueva de que no había ocupado mi plaza en el barco, de que el sol de mi último día como hombre libre se había puesto.

Habían sido cinco días de paz. Todavía me quedaba comida y no había tenido que cometer la deshonra de robar del cobertizo de algún granjero. Viajaba de día, cantando mis canciones para hacerme compañía. De noche dormía con la cabeza apoyada en el costado de mi caballo, arrullado por el suave movimiento de su pecho y el poderoso latido de su corazón. Por última vez, fui un viajero feliz y me engañé diciéndome que seguía disfrutando de una especie de libertad.

El día en que desperté y avisté aquellas figuras en lontananza, clavé los talones en los ijares de mi caballo. La persecución empezaba en serio.

Fueron muchas las ocasiones en las que creí haberlos despistado. Busqué valles y estrechos desfiladeros para que me perdieran de vista, espoleé mi caballo tanto como pude. Si el día de mi exilio hubiera llegado un mes más tarde, tal vez lo hubiera logrado. Podría haber viajado de noche para esconderme de día, y no habrían sido capaces de seguirme de ninguna manera. Pero los días de finales de verano seguían siendo largos y las noches, demasiado cortas. No podía viajar tan deprisa como un hombre libre, pues debía escoger caminos que bordearan las lindes de todas las granjas por las que pasábamos o atravesar

terrenos rocosos e inhóspitos que frenaban mi avance. Cualquier hombre con el que me cruzara podía estar al tanto de mi situación. Cualquier hombre con el que me cruzara podía decidir matarme.

Algunos días lograba escapar de mis perseguidores durante un tiempo. Una mañana entera cabalgando a buen ritmo, un valle oculto con bifurcaciones del camino, y aquellas figuras del horizonte desaparecían durante un rato. No sé a qué rastreador habían convencido para que los acompañase, pero conocía bien su oficio. Si había un atardecer en que los perdía de vista, a la mañana siguiente sin falta me levantaba y avistaba a aquellas figuras en el horizonte una vez más. Y mi caballo empezaba a cansarse.

¿Durante cuánto tiempo me seguirían? ¿Hasta dónde llegarían? Eran hombres con granjas, familias y un invierno para el que prepararse. ¿Estarían dispuestos a arriesgar todo eso por dar caza a un fuera de la ley?

Todo dependía de quién fuera con ellos, de lo firme que fuera su lealtad. Bjorn debía de liderarlos, con Snorri al costado y todos aquellos parientes a los que hubiera movilizado para la persecución. También habría otros hombres, motivados por tentaciones distintas de la venganza y el parentesco. A algunos los habrían reclutado con plata y siempre estarían los que cazaban por el placer de matar. Hombres a medio civilizar con ansias de asesinato que cogían las armas para perseguir a cualquier proscrito, con independencia de quién fuera.

Yo tenía mis esperanzas puestas en las montañas, pues el invierno, el hielo, la nieve y la piedra eran los únicos aliados que podían acudir en mi ayuda. Y así, dirigí a mi montura hacia el corazón de nuestra isla, una tumba de hielo y nieve donde ningún hombre podía sobrevivir durante mucho tiempo.

Apreté la marcha hacia las montañas, rezando por que nevase.

No sabría decir qué día llegué al río. Una semana después de empezar a correr, o tal vez más, porque las jornadas ya se confundían unas con otras y dormía poco.

Era bravo, de corriente rápida y orillas rocosas y escarpadas por ambos lados,

infranqueable durante buena parte de su curso, aunque yo conocía un vado, porque había pasado por allí hacía tiempo, cuando viajé del sur al oeste. Más al sur había un meandro donde la corriente perdía velocidad y un hombre valiente podía obligar a su caballo a cruzar el vado antes de que el frío le robara la fuerza. Mi única esperanza era que mis perseguidores no conociesen ese punto.

Encontré el tramo donde el río se hacía menos profundo. Lo había atravesado seis años antes, huyendo de una parte del país a la que ya no podía considerar mi hogar. Lo crucé de nuevo, otra vez huyendo, y dirigí mi caballo hacia el norte.

Las montañas cobraban altura por delante de mí, y me adormilé en la silla mientras cabalgaba, porque hacía sol y no se movía brisa.

—Kiarán.

Me estremecí al oírlo, tomándolo por una palabra soñada.

—¡Kiarán!

Mi nombre, repetido. Alcé mi cansada cabeza, miré al otro lado del río y allí estaban. Una docena de hombres a caballo, la partida que me daba caza.

Me enderecé en la silla y estiré la mano hacia la espada que llevaba en el costado, mientras notaba un sabor a hierro en la boca. Aun así, estaban al otro lado del río. Por mucho que me tuvieran casi a tiro de arco, tardarían media jornada, forzando la marcha, en llegar hasta mi posición. No me lo acababa de creer; parecía imposible tener el peligro tan cerca, y a la vez tan lejos.

Había sido Bjorn quien me había llamado, aunque no parecía saber qué decir a continuación. La gente sale de caza para matar a un asesino, no a un jinete cansado que da cabezadas sobre la silla. Bjorn montaba uno de los caballos más grandes que yo hubiera visto nunca y, aun así, se diría que iba a grupas de un potro, por lo pequeño que parecía debajo de él. No era tan alto como Hrolf el Caminante, el gran vikingo cuyo peso ningún caballo podía soportar, pero aun así resultaba algo absurdo ver que casi arrastraba los talones por el suelo al cabalgar.

Se encaramaron a la orilla y vi que uno de ellos examinaba el agua para ver si podía cruzarse. Yo sabía que lo esperaba un torrente que ningún hombre podía

aspirar a vadear y salir con vida, y unas piedras afiladas y húmedas por las que ningún hombre podía escalar.

—Ven aquí, Kiarán —dijo Bjorn—. Hablemos.

No vi ningún arco entre ellos, pero me acerqué con cautela. Algún miembro de la partida podía tener un buen brazo y una lanza a mano, y no hacía falta que me alcanzasen a mí para matarme. Les bastaba con herir a mi caballo, y pronto sería suyo. Así que no llegué hasta la orilla como ellos y me limité a acercarme lo suficiente para hablar.

Aun así, no dijimos nada durante un rato. Nos contentamos con mirarnos, mientras ellos no se acercaban más ni yo me alejaba, acompañados por el único sonido del agua y el viento. Me asaltó el pensamiento, descabellado y esperanzado, de que de alguna manera podríamos quedarnos todos allí. Encontrar un lugar donde acampar a cada orilla del río, siempre vigilantes, incapaces de hacernos daño. Nos haríamos viejos mirando hacia el otro lado de la tierra dividida.

—O sea que vas al norte —dijo Bjorn—. ¿Piensas bordear las montañas?

—Eso es —repliqué. Miré detrás de él, hacia los hombres que le seguían—. ¿Hasta dónde pensáis llegar por un pleito ajeno? —pregunté, y vi entre ellos a Ketil Haakonsson—. Lamento verte aquí, Ketil. Te tenía por mejor hombre.

Ketil negó con la cabeza.

—No tendrías que haberte quedado, Kiarán. ¿Por qué no te fuiste cuando aún podías?

No respondí. No estaba seguro de poder hacerlo.

—Es algo vergonzoso, huir de esta manera —señaló Bjorn.

—Es algo vergonzoso —contraataqué— perseguir a un hombre con una docena.

—No deberíamos hablar con él —observó Ketil.

Bjorn se volvió hacia él, con la cara roja de ira.

—¡Hablaré si me da la gana!

Ketil negó con la cabeza y bajó la vista al suelo.

—No deberíamos hablar con él.

—Tiene razón —dije—. No deberíamos hablar. Marchaos a casa. No hay honor en todo esto.

—No —reconoció Bjorn—. Pero hay venganza. —Se volvió hacia los otros guerreros—. Quiero hablar con él a solas. Quiero hablar con el hombre que mató a mi hermano.

Los demás dieron media vuelta a su caballo y se alejaron un poco. Bjorn desmontó, desenvainó su hacha y su cuchillo y los puso en el suelo.

Fue hasta la orilla con las manos vacías.

—Hablemos. Voy desarmado.

—Sigues teniendo tu espada.

Escupió al suelo.

—¿Crees que te la lanzaré?

Tiré de las riendas de mi caballo, le hice volverse e hincé los talones en sus costados.

—Quiero hablarte de Gunnar.

Tendría que haber seguido cabalgando. No debería haber hablado más con él, pero ya había detenido mi caballo y él sabía que sus palabras habían dado en el blanco. Así pues, desmonté y caminé hasta la orilla.

—¿Qué quieres decirme?

Entonces me sonrió, porque sabía que me había encontrado un punto débil.

—Vigdis me contó la verdad —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Mentiste en el Althing. Sé que no fuiste tú quien mató a mi hermano.

Vacilé.

—Entonces ¿por qué perseguirme?

—Tuviste un papel; no hay clemencia para los de tu calaña. Pero mataré a Gunnar.

—Puedes matarme a mí. Si no logro evitarlo, que así sea. Pero no puedes derrotar a Gunnar. Y es posible que yo no sea tan fácil de matar.

Desenfundé una parte de la espada, el regalo de Gunnar, lo justo para que viera el color del metal y los familiares grabados de la hoja. Echó la cabeza atrás como si aquella visión lo sobresaltara, y me pregunté si no la temería. Había matado a dos de sus hermanos. Quizá aún creyese en el destino y las maldiciones.

—Me parece que tú también morirás atravesado por esta espada —dije.

—No. —Negó con la cabeza—. Todavía crees que morirás como un guerrero, como un poeta. Que morirás bien. Cuando te atrapemos, te descuartizaremos como a un animal de caza.

—Es posible. Pero Gunnar vengará mi muerte.

—No. No lo hará.

Me dio la espalda, se diría que decepcionado. No sé qué esperaba de mí, pero no lo había obtenido. Mientras se alejaba, busqué en mi cabeza algo más que decirle. Alguna palabra capaz de aplacar su odio o insuflarle miedo. Pero no se me ocurrió nada.

Subí a mi caballo y cabalgué hacia el norte, mirando por encima del hombro de vez en cuando para verlos avanzar rumbo al sur hacia mi vado, hasta que los perdí de vista.

Cuando llegó la mañana, volvían a estar allí.

Había llegado el momento, pues, de jugármela. De quitarme de encima a mis perseguidores o morir en el empeño.

Llevaban semanas pisándome los talones, y apenas habíamos puesto a nuestros caballos al trote alguna vez. Tengo entendido que se producen muchas persecuciones parecidas al final de las batallas, cuando los hombres están demasiado cansados para correr. Los guerreros caminan a trompicones detrás de otros, arrastrando los pies. Porque la persecución de un hombre a caballo no se resuelve gracias a la velocidad del galope, sino a base de pura persistencia. Son

cosas como el caballo que tropieza y se rompe una pata o lanza a su jinete contra las rocas las que deciden cómo se salda una persecución por tierra.

Pero aquella mañana rompí con la tradición. Aguijoneé a mi caballo y arrancamos a galopar.

Cuando miré hacia atrás, vi que las figuras del horizonte se alejaban un poco. Ellos también habían espoleado a sus caballos, pero se resignaban a perder algo de terreno, sabedores de que yo estaba exigiendo demasiado a un animal exhausto. Sin duda creerían que había sucumbido al pánico, que solo tenían que esperar a que mi caballo se agotase. No tenía montura de repuesto y nadie cambiaría caballos con un proscrito. Esperarían y me atraparían en un visto y no visto. Pero no entendían mi propósito.

Cabalgué a ese ritmo hasta llegar a la falda de las montañas. Al norte había un valle que llevaba hacia tierras verdes, pobladas por hombres que me eran desconocidos, y delante se alzaba una masa de piedra grande y anónima; ¿quién iba a perder el tiempo en ponerle nombre a esa clase de cosas?

Me bajé de la silla y mi caballo pareció dar una boqueada de alivio. Bajó la cabeza, escupiendo gotas de flema rancia y sudando a mares. En el último trecho había cargado menos el peso en una pata, y vi en ese momento que apenas se sostenía sobre ella. Aun así, aguantó en pie; era tan valiente que no quería tumbarse hasta que le diera permiso.

Apreté la cabeza contra la suya y le abracé el cuello con ambos brazos. Sentí que se inclinaba hacia delante, contra mí, como un anciano cansado se apoya en su hijo, como si esperase poder cargar parte de su peso en mí.

—Gracias —dije. Saqué el cuchillo, le rajé la garganta y dejé que cayera al suelo. Le abracé mientras moría.

No tenía tiempo de descuartizarlo como era debido. Solo me llevé los filetes del lomo, que eran los más fáciles de cortar, y envolví la carne sanguinolenta en un trapo. Luego me puse en marcha, corriendo por el pedregal de la ladera tan

rápido como me permitían las piernas, clavándome en los pies aquellas piedras sueltas. Tres veces caí y me llené las palmas de arañazos, mientras hincaba las rodillas y los codos para no seguir resbalando hacia abajo. Una rodilla torcida, un hueso roto... cualquiera de esos contratiempos sería mi ruina, pues me dejaría a merced de mis perseguidores. Pero tenía que arriesgarme. No podía permitir que me sorprendieran en aquella ladera.

Me pareció oír un grito a lo lejos, que me transportó el viento. Miré hacia atrás y vi que las figuras en lontananza se movían más deprisa. Espoleaban a sus caballos, porque al fin habían comprendido mis intenciones. No volví a interesarme por ellos hasta llegar a la cima, jadeando y presa de arcadas, cuando miré hacia abajo para ver a la partida de guerra arremolinada al pie de la montaña, discutiendo a gritos entre ellos.

No me hacía falta oírles para saber lo que se estaban diciendo. No habían pensado que estaría lo bastante desesperado para escalar las montañas. ¿Me seguirían hasta allí? ¿O confiarían en que el hielo y la piedra resolvieran el pleito por ellos? Pues no hay hombre que pueda aspirar a pasar tres años en semejante lugar.

—Marchaos a casa —susurré, deseándolo de todo corazón, como si fuese una plegaria sincera.

Y, aun así, pareció que me hubieran oído... y hubieran decidido contravenir mis deseos. Porque descabalaron de un salto, sacaron de las alforjas sus armas y sus víveres y emprendieron el ascenso por la ladera.

Me volví y miré hacia el este, hacia el corazón de nuestro país. Y fue allí donde vi una amenaza más peligrosa que un ejército de conquista, una flota de buques de guerra o una montaña escupiendo fuego.

Vi... la nada. Vi una tierra donde nada vivía y nada podía vivir. Y me adentré en ella, rompiendo la nieve virgen bajo mis pies, y avancé tan deprisa como pude sobre un terreno que ningún hombre había hollado durante cien años.

No andarían muy atrás.

Hay viajeros que arriban a Islandia —recién llegados, mercaderes de tierras lejanas— sin haber visto nunca nuestro país. Si al llegar encuentran un espeso manto de niebla marina, es posible que solo vean las ricas granjas que jalonan la costa, los ríos cargados de salmones y los pastos verdes de las colinas bajas y onduladas. Quizá se pregunten cómo este país adoptó un nombre tan severo al nacer. Cómo alguien pudo poner la vista en este lugar y llamarlo «tierra de hielo».

Luego el viento sopla desde el mar, la niebla se despeja y esos viajeros ven las grandes montañas que ocupan el corazón del país. Los interminables campos de nieve y hielo, la roca negra, la tierra yerma. Y es entonces cuando lo entienden. Vivimos en los bordes de esta isla, aferrados a cualquier extensión de tierra verde que podamos encontrar. El resto se lo dejamos al hielo y la nieve, a las fieras, los monstruos y los proscritos.

Vigilamos el centro con atención, como si temiéramos que un día las montañas y el hielo fuesen a marchar sobre nosotros como un ejército de conquista para consumir los pastos, congelar los ríos y expulsarnos al mar.

Nada puede vivir en ese lugar. Nada crece. Un mundo de hielo y nieve, que solo los desesperados, los perseguidos, pueden llamar hogar.

Me siguieron hasta ese laberinto de piedra y hielo. Sus efectivos habían menguado: solo quedaban ocho de los doce originales, pues los demás debían de

haber regresado a casa con los caballos. Ellos no debían de haber sacrificado a sus monturas como yo; eran hombres que aún tenían algo que perder.

Antes, nuestra persecución había sido casi a ciegas. Motas en el horizonte que seguían a otro puntito en la lejanía, cruzando un territorio vacío con los caballos al paso. Pero en aquella montaña íbamos a pie, sobre un terreno donde hasta una escasa distancia podía exigir una jornada de camino.

Cuando gritaban, los oía con claridad, y a veces ni siquiera tenían que hacerlo. Las retorcidas paredes de piedra llevaban sus voces hasta mí: conversaciones intrascendentes sobre ganado y cosechas, quejas rezongadas sobre el frío. Por la noche, a veces me sentía como si compartiera la hoguera con ellos, y tenía que contenerme para no responder a alguna observación.

No pasó un día sin que nos viéramos: ora estuviese avanzando por un sendero elevado y volviera la mirada para verlos en las rocas de debajo; ora acabase de atravesar un campo de nieve espesa y, con aquella blancura fría por los muslos, oyese el suave crujido de la nieve que se rompía a mis espaldas y avistara a mis perseguidores a un tiro de piedra.

No tenía tiempo para encender hogueras y no podía correr el riesgo, de modo que comía cruda la carne de mi caballo; como un lobo, con la sangre corriéndome por la barba y la carne blanda deslizándose gáznate abajo. Pensé que tal vez sería una enfermedad lo que me matase, en vez de los hombres que me daban caza, porque ya tenía la garganta irritada de tanto toser. Pero, en cuanto pareciera que ese iba a ser el desenlace, daría media vuelta para enfrentarme a mis perseguidores. Prefería morir peleando que sucumbir a la enfermedad; prefería el sabor del hierro que morir de hambre.

No conocía ningún camino a través del laberinto. En cualquier momento podía toparme con un muro de piedra infranqueable, sin tiempo para retroceder. Doblaba cada esquina con miedo, remontaba cada escarpadura esperando ver el lugar donde iba a morir. Pero los dioses fueron benévolos, o tal vez solo desearan jugar conmigo un rato más. Siempre encontré un camino para seguir adelante. Y aun así, en todo momento, les oía pisándome los talones.

Cada día más débil, mascando nieve a falta de agua, sentía que el frío calaba en mi interior como una flecha clavada, una herida profunda que no podía curar. En cuanto me quedé sin carne, empecé a raspar musgo y líquen de la piedra, con la esperanza de que aquella pantomima de comida aplacase mi hambre durante un rato. Esperaba que algo cambiase, que se me apareciera una vía de escape.

Entonces, una mañana, sentí un roce en la cara mientras dormía.

Fue un contacto delicado, como una mano de amante que pretende acariciar la piel del durmiente sin despertarlo. Me incorporé, buscando a tientas con una mano una túnica o una melena en la que hundir los dedos, y aferrando con la otra la espada que tenía al lado, pues allí no podía haber ninguna amante que me despertara. Mis manos no encontraron más que aire, y al principio pensé que debía de haber soñado ese roce, sin más.

Entonces volví a sentirlo. Un contacto frío y disperso, que parecía estar en todas partes a la vez. No lo comprendí hasta que abandoné del todo el mundo de los sueños: estaba nevando.

Dejé la espada, alcé las dos manos y sentí el frío contra la piel. Lo que había empezado como un levísimo roce ya estaba dando paso a algo más: una densa catarata de blanco que ya me tapaba las piernas y cubría el paisaje montañoso de mi alrededor, hasta el punto de volver invisible el resto del mundo. La contemplé y empecé a reír.

Fue una risa silenciosa, porque no podía arriesgarme a que me oyeran, sacudiendo los hombros mientras me mordía la membrana de piel que separa el pulgar del índice y la nieve caía a mi alrededor como si fuera la respuesta a una plegaria. Me levanté, ya tiritando aunque aún muerto de risa, y eché a caminar a trompicones por la nieve, haciéndome pantalla ante la cara con una mano.

Había llegado el momento. La cacería y la huida se iban a acabar. Aquel día los perdería en la ventisca o moriría en el intento.

Los tenía cerca. Les oía dar voces en la tormenta, tratando de no perderse de

vista unos a otros. Les quedaban más fuerzas que a mí, porque habían cenado bien y en torno a una hoguera todas las noches, por lo que se movían más deprisa que yo. Allá donde plantara el pie, dejaba una marca en la nieve. Allá donde fuera, les abría un camino que ellos solo tenían que seguir.

Y aun así, no nos veíamos; la ventisca era demasiado espesa. Éramos un ciego cazando a otro, guiándose por el tacto, el sonido, la voz, luchando contra la intensa nevada que hacía que cada paso doliera. De todas las maneras en que había imaginado que moriría, nunca había previsto esta.

Allí, en las altas montañas, llegué a una gran explanada de nieve, que tenía su propia belleza baldía. Era como un campo bien cuidado, como si los espíritus de la montaña hubiesen escogido aquel lugar para sembrar nieve y hielo.

Entonces la tormenta amainó por un instante y, al otro lado del campo nevado, divisé algo. Solo fue un atisbo, tan breve que podría haberse tratado de un espejismo, pero tenía que creer que era real.

Un paso que bajaba desde las montañas. Y más allá, un valle, campos verdes y ríos. Un lugar provisto de vida, a diferencia de aquella tumba al aire libre en la que me hallaba atrapado. La nieve ocultó aquella visión una vez más, pero yo sabía que estaba allí.

Seguí cruzando el campo, tan rápido como podía, en dirección a lo que había visto. Y no pasó mucho tiempo antes de que los oyera a mi espalda. El crujido de la nieve y las maldiciones de unos hombres cansados. Parecían estar muy cerca de mí y, aun así, era incapaz de verlos.

Avanzaba con esos movimientos trabados y lentos propios de los sueños. Sacaba las piernas de la nieve con la ayuda de mis manos ateridas y tomaba unas bocanadas de aquel aire gélido que parecían rajarme los pulmones; la punta de mi espada envainada se clavaba en la nieve a cada paso que daba, mientras esperaba sentir el contacto de una mano en el hombro o la sensación del acero bajo la piel.

Pero no llegaron. Sentí roca bajo los pies y volvió a aparecer ante mí la visión

que había tenido. Podía salir de aquel lugar, bajar con los vivos una vez más. Pero no sería por mucho tiempo.

Giré a la derecha y corrí a través de las rocas, agachado, con la capa raída ondeando a mi espalda como las alas de un cuervo. Cuando me pareció que estaba lo bastante lejos, di media vuelta de nuevo hacia el campo de nieve. Volví a meterme en él y empecé a caminar hacia donde había venido.

En esa ocasión avancé poco a poco, pues me interesaba más el sigilo que la velocidad, y esperaba a que el viento arreciase antes de dar cada paso. Les oía acercarse. Si avanzaban en formación abierta sobre la nieve, me atraparían. Vería la sombra de un hombre delante de mí y sabría que ya era demasiado tarde, que mi estratagema había fracasado. El hombre me vería y avisaría a sus compañeros. No se apresurarían, porque yo no podía huir con aquella nieve. Sería una ejecución paciente.

Pero no me topé con ningún hombre. Debían de haberse juntado, como una cuerda de esclavos cegados que se orientaran como uno solo. Oí su respiración profunda y rítmica y sus pesados pasos a mi derecha. Estábamos tan cerca que, si me hubieran hecho una pregunta, habría podido responderles sin alzar la voz. Luego pasaron de largo y sus sonidos se fueron desvaneciendo. A lo lejos, me pareció que uno daba una voz al llegar al extremo del campo de nieve y ver el sendero que bajaba de las montañas.

Un vuelco de alegría en mi corazón. ¿Cuánto tardarían en caer en la cuenta de su error? ¿En dar media vuelta y encontrar ese segundo rastro a través de la nieve? Lo bastante para que yo me desvaneciera en las montañas. Muy probablemente para morir de frío o de hambre, pero por el momento eso no me importaba. Solo sentía el júbilo del embaucador, la alegría de Loki. Pues muchas veces, en las historias, Loki engaña con un truco a sus parientes. Sabe que lo descubrirán y se enfrentará a tormentos y escarnio, pero le da lo mismo porque en ese momento no hay nada salvo ese gozo.

Entonces vi una sombra en la ventisca. La forma de un hombre que pasaba cerca de mí.

Me agaché y, en una pausa entre dos ráfagas de nieve, lo vi. Un hombre arrebujado en su capa, que, doblado hacia delante, contemplaba mis huellas en la nieve e intentaba interpretarlas. Solo durante un instante, porque luego desapareció.

Con cuidado y delicadeza, me puse a cavar en la nieve por debajo de mí. Abrí un hueco, como un loco que cavara su propia tumba. Después me metí dentro y me tapé con la nieve. Cogí el cuchillo con la mano izquierda y escuché.

Durante mucho tiempo no oí nada que no fuese el aullido del viento. Tenía la mano derecha apretada contra el pecho como si quisiera aquietar el latido de mi corazón, mientras la izquierda me ardía en la gélida superficie, con los dedos enroscados con fuerza en torno al mango del cuchillo. El dolor que me causaba el frío no tenía parangón con nada que hubiese experimentado, y mordí los pliegues de mi capa para no echarme a gritar. Entonces, de súbito, como el golpe del rayo contra el suelo, dejé de sentir nada.

Entonces le oí; la pesada cadencia de unos pasos que se acercaban. También una voz que gritaba, demasiado ronca para que la identificase.

—¡Bjorn! ¡Kari! ¿Me oís?

Se había perdido. Llamaba a sus compañeros, porque había confundido mis huellas con las de ellos.

¿Qué extraño capricho del azar lo habría llevado hasta allí? Un retortijón que le había hecho retrasarse respecto de sus compañeros; una piedra que se le había metido en la bota, por lo que había tenido que parar un momento para sacársela, y justo después había alzado la vista y se había descubierto solo.

Se fue acercando, más y más, hasta que estuvo tan cerca de mí que podría haber estirado el brazo para tocarle desde mi agujero en la nieve. Pero él no prestaba atención al suelo. Intentaba atravesar la ventisca con la mirada para distinguir a sus compañeros.

—¡Bjorn! —gritó una vez más, aunque el viento engulló el sonido. Después —: Kiarán.

No gritó mi nombre. Lo dijo con voz normal, para sí; había caído en la cuenta.

Entonces bajó la vista, y sus ojos se encontraron con los míos.

La nieve salió volando cuando me levanté, cargué con el hombro contra su rodilla y busqué y rajé su pierna con el cuchillo. Cayó, con el cuerpo tenso por el horror, moviendo los labios pero sin decir nada. Me subí a rastras sobre él como quien escala una montaña y le metí el puño en la boca antes de que acertase a gritar.

Era Ketil. Estaba allí para satisfacer una obligación contraída con Bjorn, alguna deuda que debía saldarse con sangre. No le movía el ansia de matar hombres, sino el mero cumplimiento de un deber. Y de todas las personas a las que podría haberme enfrentado, los dioses habían querido traerlo a él para que muriese a mis manos.

Rodé para salir de encima de él y retrocedí por la nieve correteando a gatas. Él se me quedó mirando con incredulidad e intentó ponerse en pie, mientras buscaba con la mano el hacha que llevaba al costado. Probó a levantarse, y la pierna destrozada cedió bajo su peso. Yo había notado cómo la piel se separaba hasta muy hondo bajo el corte que le había hecho, pero él no había sido consciente de su herida hasta ese momento. Vi el blanco del hueso y los tendones de su pierna expuestos como gusanos cortados.

Se abrazó la extremidad, colocando y recolocando los brazos una y otra vez sobre las heridas que le había causado, porque eran demasiadas para tapanlas todas. Se perdió por un momento en su propio dolor, con los ojos cerrados y los dientes a la vista. Luego pareció acordarse de mí.

—No me deshonres —dijo.

Miré detrás de él, hacia la ventisca. Me pareció oír sonidos a lo lejos que se acercaban. Los otros regresaban.

—¡No me deshonres! —repitió a gritos.

Pero yo le di la espalda y arranqué a correr por la nieve. Volvía hacia los senderos rocosos del corazón de las montañas y dejaba atrás a un hombre moribundo. Antes de que el viento apagara el sonido, oí que me suplicaba una última vez.

Oí que me suplicaba que lo matase.

Deambulé perdido en la tormenta, buscando un lugar donde morir.

Con cada paso sentía que la vida escapaba a chorro de mí, como si fuera la sangre causada por una herida profunda y terrible. Lo único que deseaba era dormir, tumbarme en la nieve y dormir.

Hay un anhelo que siente cualquiera que afronta una batalla perdida. Es el afán de matar por lo menos a un hombre, de no morir sin derramar la sangre de quien ha venido a por ti. «Has matado a uno —parece que diga la mente—, y con eso basta. Han pagado tu vida por lo menos. Túmbate y muere, si te apetece, porque ya has hecho suficiente.»

Tal vez por eso había dejado a Ketil con vida. No por piedad, ni para ralentizar a quienes quisieran seguirme, sino para negarme esa satisfacción. Para proporcionarme un motivo a fin de dar otro paso más: la esperanza de vengarme, de hacer que mi muerte no fuera en balde.

La nieve caía cada vez más espesa y el recuerdo de la sangre era el único calor del que disponía. Cuando avancé dando otro traspié, se desprendió una roca y la oí rodar y repiquetear hacia mi izquierda. Seguí el sonido y, bajo la nieve y la piedra, vi algo. No era un sendero, sino una quebrada que parecía descender hacia la falda de la montaña.

Bajé a trompicones, con pasos descuidados y torpes que quedaban enterrados en la nieve, y resbalé al pisar la piedra cubierta de hielo. Caí una y otra vez. Al desplomarme sobre el manto blanco del suelo, cerraba los ojos para disfrutar de un exquisito momento de descanso, pero luego volvía a levantarme.

—Un paso más —me susurraba. Un paso más.

En un momento dado descubrí que había bajado de la montaña. El terreno se nivelaba ante mis ojos y la ventisca fue perdiendo fuerza hasta que pude ver con claridad el camino y comprendí adónde me habían llevado los dioses.

Era otro mundo de piedra negra. Un valle yermo y vacío, sin cobijo ni hierba a

la vista. Ningún hombre había pisado aquel lugar desde hacía por lo menos cien años.

Caí y fui incapaz de levantarme. Lo intenté una y otra vez, pero sentía un peso enorme e invisible sobre el pecho. Fui consciente de que no iba a llegar más lejos. Por lo menos no moriría en las montañas. Por lo menos no moriría a manos de mis perseguidores.

Miré la mano que sostenía el cuchillo, la que había mutilado a un hombre al que otrora había considerado un amigo, y no la sentí en absoluto. Me tumbé en la nieve a esperar la muerte.

Fui alternando entre la vigilia y el sueño, una y otra vez. Mi esperanza era soñar de nuevo con Sigrid, pero no soñé nada en absoluto. Solo una penumbra silenciosa, como estar sumergido en aguas profundas y quietas.

Desperté una vez más y ante mí había una figura en la oscuridad. No era una jugarreta de la imaginación, porque sentía sus pasos pesados sobre el suelo. Pensé, por un momento, que se trataba de uno de mis perseguidores, quienes contra todo pronóstico habían logrado seguirme hasta allí. Pero era un hombre al que no conocía.

Un fantasma, tal vez, de otro proscrito que había muerto en aquel lugar y acudía a defender su territorio de los vivos. Su ropa era un mosaico de retales, tenía los ojos desorbitados y en la mano llevaba un hacha mellada. Aun así, a la espalda cargaba con un animal muerto: un zorro, desollado y sanguinolento, y eso me hizo darme cuenta de que no era ningún fantasma, pues los muertos no necesitan alimento.

Se arrodilló a mi lado y destapó un odre de cuero que llevaba colgado del cuello. Me llegó el olor dulce del hidromiel. En ese olor estaba la vida, la poesía y el amor. La energía para levantarme y luchar otra vez. Ansiaba beberlo y estiré el brazo, pero él lo apartó de mi mano codiciosa.

Profirió un ladrido y un carraspeo; era un hombre que hacía memoria de cómo

se hablaba. Después dijo:

—¿Por qué tendría que salvarte?

No le entendí, y él no añadió nada. Me agarró de la barbilla y me sacudió la cabeza.

—¡Escucha! Dime por qué debería salvarte.

Moví los labios, pero no salió ninguna palabra. Él enderezó la espalda y se preparó para abandonarme en la nieve. Antes, con la voz cargada de pena, me habló una vez más.

—¿Qué sabes hacer?

Entonces supe lo que debía decir, lo que podía ofrecerle a este hombre, lo único de valor que yo tenía en aquel páramo de hielo y nieve.

—Sé cantar —dije.

Después de eso no recuerdo nada más.

Cuando desperté, no había cielo sobre mi cabeza ni montañas a mi alrededor. Solo sombras que danzaban en las paredes de una cueva y, cerca de mí, el sonido y calor del fuego.

Al principio me encogí ante esa sensación, como debió de pasarle al primer hombre que prendió una llama, asustado ante su propia creación, creyendo que iba a quemar el mundo con ese extraño don parpadeante.

Mi reacción duró un instante. Después quedó solo un ansia de fuego que hizo que me arrastrara todo lo cerca que pude de la hoguera. Estiré los brazos hacia ella y, a pesar de que olí a pelo quemado, no sentí el calor en los dedos.

Al cambiar de postura, capté un movimiento al otro lado del fuego. Una gran sombra avanzó a gatas hasta situarse a mi lado, porque era un hombre alto y el techo de la cueva estaba cerca de mi cabeza.

En ese momento lo vi mejor que en la nieve. Tenía el pelo del color del hierro mojado, y lo llevaba recogido y muy tirante contra la cabeza, pero en sus ojos brillaba la juventud, o la locura. Cuando volvió la cabeza para mirarme, a la luz del fuego vi que le faltaba una oreja; en el lado derecho de su cabeza solo quedaba un raído pegote de carne y cicatrices.

Me dio un sorbo de agua. Le pedí más por señas, pero me la quitó apenas me hube mojado los labios. Apoyó la cabeza en la palma de una mano y me observó durante un rato.

—Creo que morirás —dijo al fin—. De fiebre, lo más seguro. —Apartó la vista, atizó el fuego y luego volvió a mirarme—. Te daré un poco de comida y de

agua. No tengo mucha y no pienso malgastarla. Si sobrevives una semana, te daré más. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—No ensucies esta cueva. Avisa cuando sientas necesidad y te sacaré fuera. —Hizo una pausa—. Hace mucho que no comparto este sitio con nadie. Intentaré recordar. Pero no me pongas a prueba.

Me asaltó de nuevo la negrura, con la rapidez con que se rompe el hielo del río y uno se hunde en el agua fría y oscura. Cuando me desperté de nuevo, no daba la impresión de que mi anfitrión se hubiese movido.

—¿Eres un proscrito? —pregunté.

—¿Crees que un hombre libre escogería vivir en este lugar? Supongo que tú también lo eres.

—Sí.

Se inclinó hacia delante y se situó lo bastante cerca de mi cara para que oliese su aliento fétido.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

—No te conozco. ¿Eres del norte?

Se echó hacia atrás, con cara de satisfacción.

—Sí. ¿Y tú vienes del oeste?

—Viví en el sur, hace algún tiempo. Después en el oeste.

—Y ahora, aquí. —Apoyó la espalda en la pared de la cueva y siguió con los ojos el baile de las llamas—. Soy Thoris. Me llaman el Fratricida. —Hizo una pausa—. Ahora creo que sabrás quién soy.

—Mataste a tu hermano.

—Sí. Maté a mi hermano. Quería casarme con su mujer.

Después de eso calló. No había nada que añadir. Pues un hombre puede matar por muchas razones: para responder a un insulto, para vengarse, para evitar la vergüenza. Por plata, tierra o poder. En todos esos motivos puede haber honor, de una u otra clase. Pero matar por una mujer era un acto deshonesto. Nuestro pueblo no ve honorable matar por amor.

—Cuando te encontré, ¿de quién era la sangre que te manchaba? —me preguntó.

—De un hombre que me perseguía.

—Un enemigo, vamos.

—No. Yo no lo llamaría así.

—¿Le diste una muerte de guerrero?

—No. Lo dejé mutilado en la ventisca. —Aparté la mirada.

—No hace falta que te avergüences —dijo él—. Aquí no. Ese es el secreto que conocemos los hombres como nosotros.

—¿Qué secreto?

—Que no nos detendremos ante nada. Comerse a un hombre, matar a un niño. He visto a proscritos hacer todo eso y cosas peores. Para sobrevivir.

Me invadió el agotamiento y supe que pronto caería otra vez en el sueño. Alcé las manos hacia el fuego, no para calentarlas, sino para examinarlas.

Los dedos de la derecha presentaban un blanco puro. Los de la izquierda estaban grises, con las puntas negras. No sentía nada en ninguna de las dos.

Él las miró y dijo:

—Te ayudaré, cuando haya pasado una semana.

—Si sobrevivo.

—Si sobrevives. —Entonces, casi con timidez, preguntó—: ¿Cuándo podrás cantar?

—Pronto —prometí.

Por primera vez, vi asomar una sonrisa a sus labios. Solo por un momento, como una estrella fugaz, y luego desapareció.

Llegó la fiebre, como él había pronosticado. Días de locura en la vigilia y de pesadillas en la oscuridad. A pesar de sus instrucciones, me hice mis necesidades encima una y otra vez en la tiniebla. Y le recuerdo gritándome, dándome bofetadas y sacándome a rastras a la entrada de la cueva mientras usaba trapos y

nieve para limpiarla. La fiebre me llenó de un sentimiento parecido al odio, un odio loco y vociferante; pero no pudo matarme.

La superé tan escuálido como el ganado a finales de invierno, con el cuerpo hueco y los huesos clavándose contra mi piel. Vi que Thoris no parecía muy convencido cuando me miraba. Y, aun así, yo sentía en lo más hondo que mi hora no había llegado. He visto morir de enfermedad a hombres y mujeres, y siempre intuyen, antes del fin, que se acerca el momento. Yo sabía que deseaba vivir. Pensaba en Sigrid y sabía que sobreviviría.

Mi mano derecha había vuelto a la vida, aunque el dolor que había sentido era peor que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Aun sumido en lo más profundo de la fiebre y ajeno a todo lo demás, había sentido arder aquellos dedos que resucitaban. Sin embargo, en mi mano izquierda, la que había sostenido el cuchillo, no había nada. Los dedos se ablandaron, pero no recuperaron el tacto ni la capacidad de moverse. Habían pasado del gris al negro.

No sabía cuántos días habían transcurrido desde que me había encontrado en la nieve. Tal vez hubiera pasado una semana, quizá más. Pero aquel día, cuando Thoris volvió de su expedición matutina en busca de víveres, me dio un pedazo de su pan sin levadura. Solo un pedacito, pero hasta ese momento siempre se lo había comido entero sin ofrecerme nada justo antes de marcharse. Solo me había dado de comer por las noches, cuando también me dejaba un cubo de nieve que se fundiría durante el día para proporcionarme agua potable.

Aquel día, mientras el ardor de la fiebre se desprendía de mi piel, sentí una variedad distinta de calor. No había fuego encendido en la cueva, y a pesar de ello, debajo de mí, sentía que la piedra estaba cálida al tacto.

—¿Esto es un truco tuyo de magia? —pregunté.

—Puede que sea magia, pero no es obra mía. No poseo el arte. —Se agachó y extendió los dedos sobre la piedra—. Tal vez duerma algo ahí abajo. Un dragón u otra bestia. Y mientras duerma, podremos vivir. Y si despierta, moriremos.

—Hablaré en voz baja, pues, para no despertarlo.

—No. Cantarás bien alto. Que se despierte, ¿qué más da? —Hizo una pausa

—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera de la ley?

—Tres años.

Apartó la mirada.

—Me alegro por ti —dijo, pues yo había oído que a él le habían condenado a ser proscrito durante el resto de su vida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunté.

No respondió. Esperé, porque había aprendido que, después de pasar tanto tiempo solo, estaba acostumbrado al silencio. Muchas eran las ocasiones en las que le hacía una pregunta y no oía nada de él hasta que recibía una respuesta al cabo de unas horas o unos días.

—Ya van siete años.

—¿No pensaste en ir al extranjero? ¿Por qué te quedaste?

—Una mujer. La mujer por la que maté a mi hermano. Vino a reunirse conmigo a este lugar. Este era nuestro hogar.

Busqué indicios de ella en toda la cueva.

—Murió —explicó él—. De fiebre. Hace tres años. Por ella he sobrevivido más que cualquier otro. He visto ir y venir a muchos proscritos. Hombres más fuertes que yo, mejores cazadores, mejores ladrones. Y todos mueren. Pues ¿qué otra cosa puede hacer un hombre en un sitio como este? ¿Qué queda sino morir?

—¿Se suicidan?

—No. Pero se vuelven descuidados. No se preparan lo suficiente para el invierno. Se pasean sin disimulo por los campos de las granjas y los cazadores los encuentran. —Arrancó otro pedazo de pan y me lo dio—. Mueren sin saber que desean hacerlo.

—¿Todavía hay hombres que te dan caza?

—Siguen viniendo. Todos los veranos. Mi familia, cargada con el deber de la venganza. Me han visto de lejos. Supongo que algún día me encontrarán.

—Nunca había oído hablar de un proscrito que hubiese sobrevivido tanto tiempo como tú.

—Tiene su parte placentera: vivir, cuando todos los habitantes de una isla te

quieren ver muerto. —Esbozó una vez más aquella leve y temblorosa sonrisa—. Me siento poderoso.

Entonces me reí, con toda la fuerza que pude reunir, al oír sus palabras y contemplarnos a los dos: medio muertos de hambre, astrosos y sucios. Peores que animales, porque hasta un caballo o una oveja gozaban de más protección que nosotros bajo la ley y, aun así, él hablaba de poder.

—Ya lo verás —dijo—. Quizá lo sepas ya, pero prefieras no creerlo. Y ahora dime: ¿por qué no huiste tú? A lo mejor no tenías plata suficiente.

—Había un barco esperándome y un capitán para llevarme.

—Entonces ¿por qué no embarcaste?

No respondí.

—¿Tienes una mujer? —preguntó.

—Sí.

—Ya veo. Por eso no escapaste.

—No. Ella quería que me fuese. Le prometí que lo haría.

—Entonces ¿por qué?

Reflexioné durante unos instantes.

—Tengo un amigo —dije—. Él también está metido en el pleito. Mientras me cacen a mí, a él le dejarán en paz.

Escupió en el suelo.

—Lo dudo. A estas alturas deben de darte por muerto. —Me miró con detenimiento y vi que sus ojos empezaban a enfriarse—. O me dices la verdad o no dejaré que te quedes aquí.

Apoyé la mano muerta en la espada que llevaba en el costado. Busqué las marcas de las runas y las espirales del hierro. Sabía que estaban allí, pero no las notaba.

—No quería irme —dije—. No podía. Tiene que haber un mundo más allá de esta isla, pero es como si no pudiera creerlo. Hubiese sido como coger un barco hacia la nada. Para estar con los muertos. Y no ha llegado mi hora.

Asintió para sus adentros.

—Creo que dices la verdad. —Se puso las manos en los muslos y se sentó con la espalda recta, como un jefe en el asiento de honor—. Y ahora cantarás.

Entonces tuve miedo, más que el que había sentido durante la tormenta, o cuando había ido a cazar el fantasma con Gunnar o en cualquier ocasión en que hubiese ido a la batalla armado con espada y escudo. Pensé en las historias que había oído sobre escaldos que se salvaban gracias a sus canciones. Egil Skallagrímsson, el más grande de entre los míos, había pagado al rey de Inglaterra el rescate de su cabeza con un poema. Aquella cueva no era ninguna corte real, pero en ella Thoris ejercía como un monarca. No tenía verdugo para ejecutarme si fracasaba, pero tampoco lo necesitaba. El hielo y la nieve serían sus ejecutores, si optaba por expulsarme.

Me incorporé sobre la manta, bebí agua para suavizar una garganta irritada de tanto toser y me pasé un trapo mojado por la cara para aquietar mi nerviosismo.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había cantado, que estaba seguro de haber perdido el don, de que no me saldrían las palabras, de que el poeta que llevaba dentro había muerto en la ventisca. Quizá la Dama Blanca también acate la palabra de la ley. Tal vez los proscritos no pueden cantar.

Pero, al cabo de apenas un momento, sentí el contacto de la Dama Blanca sobre el hombro y supe que seguía conmigo. Me vinieron las palabras, como siempre había sucedido, y sentí que se avivaba el calor en mi corazón y mi garganta, sentí el anhelo del poeta y supe, en ese momento, que no podría haberme quedado callado aunque hubiese querido.

Y así, alcé la cabeza y cerré los ojos. Y canté.

Thoris había dejado que su cabeza se inclinase hacia delante y esa melena gris plomiza le cayera por delante de la cara. Había permanecido inmóvil y callado durante toda la canción, y no había sido un silencio que me dijera nada.

No tuve la oportunidad de mirarlo para observar su reacción, porque había necesitado todas mis fuerzas para cantar. La voz se me había quebrado muchas

veces, mi ritmo había sido irregular y mi respiración, débil. Aun así, por algún motivo, me parecía que nunca antes había cantado tan bien.

Al final, Thoris alargó una mano y me puso en el hombro las puntas de los dedos. Las dejó allí durante un rato.

—Bien cantado —dijo, con voz queda—. Te lo agradezco. —Tragó saliva—. Puedes quedarte.

—Me parece que hace bastante que no oyes cantar a un poeta.

—Gudrun. Mi mujer. Ella cantaba, pero no así. ¿Quién fue ese Cúchulainn del que has hablado?

—El gran héroe irlandés. ¿No habías oído hablar de él?

—No. Nunca he oído cantar a un irlandés.

—Me sé muchas canciones sobre él. Cómo vivió y combatió. Y cómo murió.

—¿Cantarás más sobre él?

—Sí —respondí—. Pero antes tienes que hacer algo por mí. —Levanté la mano izquierda y le enseñé los dedos.

Él vaciló.

—Deberíamos esperar —dijo—. Sigues estando débil.

Negué con la cabeza.

—No hay tiempo —objeté—. Que sea ahora.

Movió la boca, pero no llegó a hablar. Creo que tenía miedo; miedo de matarme, aunque su intención fuera salvarme. De quedarse sin más compañía que el recuerdo de una canción.

Cogió un cuchillo que llevaba al cinto. Era el mío, el más afilado que teníamos, porque su hacha y su cuchillo se habían embotado y oxidado hacía mucho. Probó el filo con el pulgar y asintió.

—Dame la mano —ordenó.

Me tumbé boca abajo y apoyé mi mano izquierda sobre la piedra con el dorso hacia arriba, los dedos negros sobre el gris de la roca. La otra la mantuve cerrada debajo de mi cuerpo, como si quisiera protegerla de él.

Apoyó el cuchillo en mi pulgar, donde acababa por abajo la piel negra. Por lo

que yo notaba, el filo podría haber estado sobre la mano de otro hombre.

—Hazlo —dije—. No siento nada.

—No —replicó él—. Tenemos que estar seguros.

Y bajó el filo un poco más, hasta apoyarlo sobre la carne blanca, y no la negra. Sentí el frío del metal contra la piel. Notaba a la perfección hasta la última muesca y marca de la hoja.

—Ahí —dije.

—No te muevas —ordenó, y colocó las dos manos sobre el mango del cuchillo, listo para apretar hacia abajo.

—Espera —le pedí.

Observé la mano una vez más. Había sostenido un escudo, había recogido cereales de la cosecha, había sostenido el rostro de la mujer a la que amaba mientras nos besábamos. Y con ella había matado a un hombre.

—¿Ya? —preguntó.

Cogí una tela mugrienta, hice una pelota con ella y me preparé para morderla. Luego volví la cabeza.

—Sí —dije—. Ya.

Y empezó a cortar.

Traté de verme como un prisionero, encadenado con grilletes. Y a Thoris como un amigo que había acudido a liberarme y que, con cada golpe de cuchillo, rompía un eslabón de la cadena.

Traté de creer que me habían encantado con un sortilegio y que Thoris era el sacerdote que venía a purificar mi cuerpo y librarlo de la maldición.

Traté de creer muchas cosas, mientras escuchaba el sonido de los cortes y me estremecía y temblaba contra el suelo. Ninguna de ellas sirvió para mitigar el dolor.

No fue hasta después, mientras sostenía mi mano mutilada pegada al pecho como si fuera mi hija, meciéndola atrás y adelante con un sabor a bilis en los

labios, concentrándome en hacer desaparecer el dolor; no fue hasta entonces, digo, cuando me invadió un júbilo enorme y terrible. El júbilo de saber que viviría. Y no hay tormento que no pueda superarse con ese júbilo.

Me obligué a inspeccionarla: cinco muñones húmedos y empapados de sangre. Y me obligué a sonreír, como sabía que Thoris deseaba.

—Ya me he ganado otro apodo —susurré—. Kiarán Mediamano.

—Hay nombres peores.

Me tumbé y pensé en todos los dioses a los que habían mutilado. Pensé en mi dios Odín, que había renunciado a uno de sus ojos a cambio del don de la sabiduría. ¿Cuál se me concedería a mí a cambio de lo que había sacrificado?

Sentí la mano de Thoris en el hombro; casi tierna.

—Descansa —me dijo—. Lo has aguantado bien.

—Mañana te ayudaré —le aseguré—. No me quedaré más tiempo tumbado en esta cueva como un anciano.

—Como desees. Pero mañana.

Me tumbé y dejé que el sueño se apoderase de mí.

Soñé con curaciones milagrosas, con que mis dedos estaban cosidos otra vez en su sitio y vivos de nuevo. Soñé que me ataban y me hacían cortes todas aquellas personas que conocía, que sangraba y gritaba pero no podía morir.

Después no soñé con Sigrid, ni con Gunnar.

Soñé con la venganza.

Pasaron tres días hasta que tuve fuerzas suficientes para levantarme. Desperté solo en la cueva y tardé mucho en ponerme en pie con gran esfuerzo. Pero una vez erguido, no sentí deseos de volver a tumbarme. Me apoyé en la pared de la cueva, respiré y sentí que mis fuerzas volvían.

Cuando regresó, Thoris no comentó nada al principio y se limitó a observarme con ojos de guerrero, en busca de puntos débiles. Cuando quedó satisfecho, me dijo:

—Tenemos que ponernos a trabajar. No falta mucho para que llegue el invierno.

Miré detrás de él, hacia el exterior de la cueva con su paisaje de piedra y nieve. Parecía imposible que alguien siguiera llamando a eso verano. No podía imaginar cómo serían allí los inviernos, cómo un hombre podía albergar esperanzas de sobrevivir en ese lugar.

Sin embargo, pronto descubrí que íbamos a ser lo que siempre habían sido los islandeses: granjeros y pastores. Porque Thoris tenía un pequeño rebaño en uno de los valles exteriores. Eran unas ovejas de un año, enfermas y débiles, que sacaban gusanos por las fosas nasales al respirar, pero aun así él las trataba con una ternura digna del mejor ganado de los pastos verdes, con el amor paciente y exhausto del pastor por su rebaño.

También teníamos una pequeña parcela sembrada, en un inopinado pedazo de tierra verde. Las plantas estaban mustias y la mitad habían sucumbido a la escarcha, pero aun así nos darían un poco de grano. Cuidamos de esa cosecha y de ese rebaño en una tierra desolada, y pensé en aquellos primeros colonos que habían llegado a Islandia siglos antes que nosotros. Tal vez habían vivido así, solos en el frío, luchando contra la tierra para sobrevivir, sin parientes en los que confiar si la cosecha les fallaba.

No era suficiente, hasta yo lo veía claro. La carne y el grano que tendríamos nos durarían con suerte unos pocos y escasos meses. Pero no bastarían para sobrevivir al invierno.

Cuando se lo dije, Thoris asintió.

—Perdí mucho tiempo cuidándote. Necesitamos más comida de lo que pensaba.

—Entonces ¿qué hacemos? —pregunté.

No contestó, pues la respuesta era demasiado vergonzosa para expresarla en voz alta. Se limitó a mirar hacia el oeste, hacia las tierras que eran propiedad de otros hombres.

Esperábamos a que pasaran las noches despejadas, a que llegaran las nubes, a que la luna menguase. De día cruzábamos caminando las montañas yermas, dormíamos un par de horas de sueño ligero mientras atardecía y, cuando caía la noche de verdad, salíamos de nuestro escondrijo y nos metíamos en los campos de unos hombres a los que no conocíamos.

Éramos los fantasmas que matan a las ovejas de un pastor, los duendes traviesos que roban el trigo y los granos de los cobertizos aislados, las sombras que hacen que los niños vuelvan corriendo a sus casas a través del brezal, gritando que han visto a un monstruo en la oscuridad.

Nunca había participado en una incursión vikinga pero, aun así, lo llevaba en la sangre. El pueblo de mi madre lo formaban cazadores y saqueadores, y mi padre había sido uno de los esclavos que se obtenían en esas incursiones. Así, me decía a mí mismo que no éramos ladrones, sino cazadores. Ellos nos habían dejado fuera de la ley y nos matarían si nos atrapaban. No les debíamos sentir ninguna vergüenza. Y así, noche tras noche, asaltábamos las granjas en busca de cereales y carne.

Siempre íbamos con cuidado de no repetir víctimas en nuestras correrías, y siempre nos llevábamos lo suficientemente poco para que los granjeros pudieran convencerse de que se habían equivocado al contar su rebaño o habían olvidado dónde habían dejado ese saco de grano. No querían creer en ladrones.

A veces veíamos a otros hombres ocupados con el mismo trabajo nocturno; solos, por lo general, aunque a veces en parejas como nosotros. Nos manteníamos alejados unos de otros, por el miedo a que nos descubriesen si éramos demasiados o a que una rivalidad desembocara en violencia, y por el miedo innombrable a otros proscritos. Pues aunque fueran como nosotros, los temíamos. Llevábamos el infortunio como si fuera un hedor; estábamos acostumbrados al nuestro, pero nos daba asco el de unos desconocidos.

Hicimos muchas incursiones, y llegué a esperar en ascuas esas noches negras. Caminar por unos campos cuidados, entre el ganado, en terrenos limpios de

nieve y hielo, se parecía un poco a ser un hombre libre otra vez. Pero sabía que no sería por mucho tiempo, que aquello no podía durar.

Caminábamos de vuelta una mañana, cada uno con una oveja cargada a hombros, cuando reparé en el cambio. Una ausencia que me hacía sentir incómodo, una sensación que había experimentado muchas veces, pero nunca como proscrito. No entendí de qué se trataba hasta que llegamos a las estribaciones de las montañas.

—No se oye a ningún pájaro cantar —dije.

Thoris asintió.

—Sí, se han ido. Pronto llegará el invierno.

Bajé la vista a mi mano destrozada; el frío se había llevado cinco dedos por delante, y había sido a finales de verano. No podía ni imaginar cómo sería el invierno en esas montañas; no se me ocurría cómo íbamos a sobrevivir a él.

Tengo entendido que, en otros países, el invierno no es tan cruel. Hay muchos que mueren en esos meses, pero son víctima de las muertes lentas: la tos persistente que se vuelve húmeda y asfixiante a lo largo de muchas semanas, la lluvia incesante que atraviesa el tejado y provoca una fiebre mortal, el moho que se extiende invisible por un almacén y echa a perder las provisiones para el invierno. Pero la gente sabe que se acerca su muerte mucho antes de que les alcance.

En mi país, el invierno es un asesino de hombres. No mata en cuestión de semanas o meses, sino de un momento a otro. Alguien sale al aire libre en invierno y siente el viento como si fuera unos dedos que se le cerrasen en torno a la garganta, una cuchilla fría sobre las muñecas. Nota cómo corta, cómo mata, y la gente vuelve corriendo a la hoguera, herida y derrotada.

Conocí a un hombre que salió al aire libre para recorrer cincuenta pasos hasta el retrete. Se alejó del fuego borracho y sonriente, diciendo en tono de broma que el viento a lo mejor le serenaría. Esperamos a que regresara, pero no volvió. Le buscamos, lo llamamos a gritos, hasta que el feroz viento nos hizo retroceder. Cincuenta pasos hasta el retrete, y se perdió en la tormenta. Y lo encontramos

meses más tarde, cuando la nieve se derritió. Los carroñeros se habían cebado en él; sin ojos ni labios, sonreía ciego hacia el firmamento.

El sol apenas supera el horizonte y desaparece tan pronto como hace acto de presencia. El mar se llena de témpanos de hielo a la deriva; si alguien decidiese hacerse a la mar para seguir a las aves rumbo al sur, su barco acabaría despedazado. La isla entera queda separada del mundo, y nadie puede entrar ni salir. Y así, nosotros también nos aislamos. Cantamos y bebemos, e intentamos no pensar en nuestras reservas menguantes de comida y combustible, en la fría muerte que llama a la puerta con cada ráfaga de viento, pidiendo que la dejemos entrar.

No hicimos ninguna incursión más en los campos. Sacrificamos nuestro ganado y salamos la carne, y cosechamos el grano que pudimos. Cavamos una fosa y enterramos buena parte de lo que teníamos, mientras que el resto lo llevamos a la cueva.

Antes de meter la comida, no podíamos ponernos de pie del todo sin chocar con el techo. Una vez introducidos todos los víveres, vi que tendríamos que entrar a rastras. Vivir reptando como serpientes, mientras nos abríamos paso comiendo hasta alcanzar de nuevo el suelo de la cueva.

—¿Cuándo sabremos que ha llegado el momento? —le pregunté al forajido.

—Lo sabrás —respondió.

Un día como cualquier otro. Estábamos enterrando nuestras últimas provisiones. El viento era más fuerte, más intenso de lo normal, pero no le di mayor importancia. Vi que Thoris parecía tenso, dubitativo, pero no supe por qué. Notaba algo que a mí se me escapaba, sabía algo que yo ignoraba.

Empezó a nevar. ¿Qué importancia tenía eso? Había pasado muchas veces en los días anteriores. Pero vi que Thoris había dejado de moverse y miraba fijamente el cielo. Volví a sentir el viento, ese viento familiar y homicida contra la piel.

Cayó la nieve, cada vez más deprisa, y vi que no iba a aflojar; que los dioses estaban dispuestos a ahogarnos en tierra firme si podían. Fue como si una de las montañas que se divisaban a lo lejos hubiera empezado a escupir fuego o como si en el horizonte hubiese aparecido una gran hueste invasora. Arrancamos a correr, por nuestras vidas.

Me apreté la capa contra el cuerpo con mi media mano, como si fuera una armadura contra la espada del viento. La otra la adelanté por instinto, porque la nevada era tan espesa que sentía el impulso de separarla, como si fuera una tela gruesa que dividiera una de nuestras casas.

Por tres veces, en nuestra carrera hacia las cuevas, nos perdimos en el laberinto de nieve. Perdidos en un terreno que habíamos recorrido en docenas de ocasiones, y no hay sensación más temible que la de extraviarse en suelo conocido. Aun así, cada una de las veces logramos elegir bien, hasta que avistamos aquella grieta negra en la ladera de la montaña. Nos arrastramos hasta el interior de la cueva y nos quedamos mirando cómo caía la nieve.

En un visto y no visto, se acumuló hasta llegar a media altura de la cueva. Me dispuse a adelantarme para despejarla, pero Thoris me indicó que retrocediera.

—Déjala —me dijo—. No sirve de nada luchar contra ella.

Observé cómo se acumulaba y cómo la cueva se iba oscureciendo por momentos. Me consumía el deseo enloquecido de correr hacia la entrada y huir a la tierra nevada, pues ¿qué hombre se deja enterrar vivo de buena gana? Era como si yacíramos en nuestra tumba viendo desaparecer el cielo mientras nos enterraban, con un puñado de tierra tras otro.

Al final la entrada quedó bloqueada por completo, y se hizo la oscuridad absoluta.

Guardamos silencio durante un rato, escuchando los alaridos del viento y sintiendo que el frío empezaba a calarnos y a adueñarse de nuestra piel.

Entonces una voz desde la negrura:

—Será mejor que cantes —dijo Thoris—. Pero haz durar tus canciones, porque tenemos tiempo de sobra para escucharlas todas.

Deja que te cuente un día de invierno.

Desperté en la oscuridad, aunque sabía que fuera era de día. Lo notaba, como lo sienten esos animales que viven bajo tierra y, aun así, son conscientes de que el sol ha salido. Debajo de mí, sacos de cereal y carne en salazón, odres de agua. En algún punto, más abajo, estaba el suelo de piedra de la cueva. Me daba miedo bajar la mano y topar con él, pues sabía que, si tocaba la fría roca, significaría que no nos quedaba comida. Ese contacto sería como la mano de un dios en el hombro para anunciarme que había llegado el momento de morir.

Repté hacia la entrada de la cueva, escuchando por si sentía los sonidos del viento y la nieve. No oí nada, de modo que cogí el pico de madera y empecé a golpear aquel muro blanco. Fui abriendo un hueco en la oscuridad hasta lograr que entrase un punto de luz, como una cuchillada en los ojos. La luz no desprendía calor alguno y, con ella, entró un aire frío que me dejó tiritando. Aun

así, me dejé bañar por ella como si me iluminase el sol de verano. Esa luz y ese aire limpio eran nuestros tesoros, regalos con los que los dioses nos tentaban hasta que cayera la siguiente nevada y volvieran a enterrarnos.

Había algunos días en los que solo se nos concedían unos breves instantes de luz antes de que regresaran las tormentas, el fuego blanco que caía del cielo. Había veces en las que la nevada no amainaba y vivíamos en la oscuridad y la inmundicia durante días seguidos.

Pero aquel no era uno de esos días. No nevaba y el cielo azul estaba despejado. Agucé el oído para ver si captaba algún sonido procedente de las montañas que nos rodeaban, porque a veces había música en ellas: el canto del viento, el crujido del hielo que se quebraba, el traqueteo de los desprendimientos de piedras. Ese día, no corría ni una gota de viento ni tampoco se oía ni el menor sonido. Un silencio absoluto e interminable.

A mi espalda, oí que Thoris se levantaba. Luego, su voz.

—¿Qué tal día hace? —preguntó.

—Precioso. —Y lo era.

Tiré fuera mantas sucias, sacos vacíos y huesos viejos. La ladera quedó cubierta de nuestra porquería pero, aun así, yo era consciente de que la siguiente nevada lo sepultaría todo como si nunca hubiera existido. Si vivíamos para ver el verano, tendríamos que ocuparnos de eso si no queríamos arriesgarnos a que nos descubrieran cuando la nieve se derritiera. Si vivíamos para ver el verano.

Hacía un día precioso como no recordaba otro, pero no saldríamos de la cueva. Me moría de ganas de caminar sobre esa nieve y subir a algún altozano para dirigir la vista hacia tierras lejanas, en dirección a mi casa. Pero sabía que no podía. Había visto días como aquel, despejados y hermosos, que cedían el sitio a una ventisca en cuestión de un instante. El invierno quería tentarnos a salir para matarnos, porque era tan taimado como cualquier asesino en un pleito.

Pero me atreví a alejarme más de lo que lo había hecho en meses: hasta el borde de la cueva, donde apoyé la espalda contra la piedra. Desde allí, contemplé el valle.

Daba lo mismo que el día fuera despejado y brillara el sol. No necesitaba luz para conocer ese paisaje, pues llevaba muchos meses contemplándolo y a esas alturas me conocía hasta el último vericuetto. Era como un prisionero de las antiguas leyendas, que solo ve un atisbo del mundo a través de los barrotes de una ventana.

Traté de recordar otros lugares, los sitios que me importaban. Las montañas que rodeaban Borg, el paisaje ondulado del valle del Río del Salmón, la ladera de Hildarendi donde vivía mi padre. Recordarlos tendría que haber sido sencillísimo, pero me resultó imposible. Se estaban desvaneciendo de mi cabeza; polvo y sueños. No había más lugar que ese.

Thoris salió para sentarse a mi lado. Me pasó un trozo de carne en salazón, que sería lo primero que comiese ese día, pues había aprendido a no tocar los alimentos a menos que él lo permitiese. Observábamos el mismo hábito que los lobos, los cuales no comen a menos que el líder lo permita.

Estuvimos sentados un rato juntos sin hablar. Contemplamos el movimiento del sol, que llevaba muy poco tiempo en el cielo pero, aun así, empezaba a descender.

Thoris rompió el silencio.

—Encenderemos un fuego —dijo.

—¿Estás seguro?

—Sí. ¿Por qué no?

Sentí el escozor de las lágrimas que afloraban a mis ojos y volví la cabeza para que Thoris no las viera.

Reunimos lo poco que teníamos para quemar, con toda la paciencia ritual de unos sacerdotes preparando un sacrificio. Colocamos con el máximo cuidado hasta el último retal de tela, cada fragmento de madera y pedazo de estiércol. No podíamos dejar nada al azar.

Esperamos a que el sol se pusiera y, cuando tocó el horizonte, saqué chispas del pedernal. Una docena de puntos de luz, cada uno de ellos visible solo por un

momento, y aun así me pareció distinguirlos todos a la perfección. Sentía un ansia enorme por ver ese fuego.

Vi las chispas que morían y las que prendían. Vi todos los puntos donde surgían las llamas, las vi parpadear y danzar, crecer y combinarse hasta formar una poderosa hoguera, cuyo siseo y crepitar era música para nuestros oídos. Tendí mi mano destrozada hacia el fuego, y el calor hizo que la volviese a sentir completa.

A nuestro alrededor la nieve se ablandó con el calor y empezó a derretirse y rezumar, como una mujer en una pira funeraria. Durante un rato, estuvimos ocupados poniendo comida en el fuego y cazos de nieve para que se derritiese y obtener agua caliente. Luego sentí el anhelo que siempre invade a hombres y mujeres cuando se sientan ante un fuego de invierno. El anhelo de compartir recuerdos e historias.

—Deja que te hable de la mujer a la que amo —dije.

—No —replicó Thoris—. No quiero oír esa historia.

—Pues te hablaré de mi amigo Gunnar; un gran guerrero.

—No. No me apetece.

—Entonces cuéntame...

—No —me atajó él, mientras removía un cazo con el cuchillo—. No deseo hablar.

—¿Por qué?

No dijo nada durante un largo rato. Después habló:

—No hay más mundo que este lugar. No hay más personas que nosotros dos. ¿Lo entiendes?

Deseé que el fuego fuera más fuerte, para así verle mejor la cara y saber qué quería decir. Pero tal vez le entendiese.

—Canta para mí —dijo. Y había pronunciado esas palabras en muchas ocasiones, pero nunca como lo hizo aquel día.

Me había ganado el derecho a vivir gracias a mis canciones, me había hecho merecedor de mi sustento con ellas. Siendo un tullido sin experiencia en las artes

del proscrito, era lo único que tenía para ofrecer. Él siempre había dado las órdenes y yo siempre había obedecido. Pero ese día, su voz era diferente. No me exigió que cantase; me lo pidió.

Le di la canción que sabía que quería, la que amaba por encima de todas las demás, la primera que le había cantado. Canté sobre la muerte de Cúchulainn, y en esas palabras él tal vez viera una muerte deseable. No por hambre o congelación, solo en las montañas, sino en batalla contra un enemigo muy superior.

Yo no pensé en mi muerte mientras cantaba. Tal vez esa fuera la única esperanza que le quedase a él, pero a mí no. Porque él había renunciado a soñar con quienes vivían más allá del valle, con las vidas no vividas y los caminos no tomados, pero yo no.

Entendía el peligro que entrañaba pensar en aquellos a los que tal vez envidiase. En Olaf, presidiendo su gran salón, bien provisto de calor y compañía. En Bjorn y Vigdis, que pasarían el invierno cómodos y victoriosos. Tal vez por eso Thoris no deseaba pensar en lo que había más allá del valle. Tal vez aquel fuera un camino que llevara a la locura, el de los celos. Pero no fue el que tomé ese día.

No pensé en mis enemigos ni en hombres afortunados a los que podía envidiar. Pensé en Gunnar y en Sigrid.

Le di a Gunnar cien vidas diferentes en mi cabeza e imaginé todos los caminos que podía recorrer. Le vi en el agua, capitán de barco una vez más. Le vi trabajando en sus campos y cuidando de sus cosechas. Le vi estrechando la mano de sus enemigos y jurando la paz. Le vi en el *holmgang*, despachando a sus enemigos uno por uno en duelos honorables. Le vi morir como un valiente en una batalla abierta, con la sangre de sus enemigos en la espada.

Le soñé cien vidas diferentes y traté de pensar cuál podía ser cierta.

Para Sigrid solo soñaba un destino; que me esperase. Soñaba en un pedacito de tierra en el valle del Río del Salmón, donde pudiéramos pasar el resto de la

vida. Soñaba con el amor en la oscuridad. Otros sueños intentaban encontrarme, pero no se lo permití.

Pensé en los callos de la mano de Gunnar cuando estrechaba la mía. En la finura del cabello de Sigrid al deslizarse entre mis dedos. En el fuego que parecía encenderse en sus ojos un momento antes de sonreír. En lo fuerte y orgulloso que parecía Gunnar cuando adelantaba un poco un pie por delante del otro y adoptaba la postura del guerrero. Estaba perdiendo esos recuerdos; los guardaba a buen recaudo como un avaro y, aun así, cada día parecían quedar menos que recontar. Pero esa noche, junto al fuego, los recuerdos parecieron cobrar fuerza en vez de debilitarse. Por un momento, mientras compartíamos nuestras canciones y soñábamos, volvimos a sentirnos vivos.

Las llamas empezaron a morir. Nos acurrucamos más cerca de ellas en silencio, con las manos estiradas hasta casi tocar las ascuas. Hasta que fue como si nuestros papeles se hubieran invertido, como si yo estuviese intentando entregarle mi calor al fuego, mantenerlo vivo. Y en el preciso instante en que las últimas brasas parpadearon y se enfriaron, empezó a nevar una vez más. Eran unos copos pesados y regulares, como puñados de nieve lanzados por un dios. Volvimos a rastras a nuestra tumba y esperamos a que nos enterrasen. Los vivos se convertían en muertos una vez más.

Como hacíamos todas las noches, nos abrazamos para compartir el calor, que era nuestro don máspreciado. Intenté refugiarme en el sueño, y los sueños, antes de que el frío apretase demasiado.

Podría haberte contado muchos otros días. Días en los que el invierno intentaba matarnos, como aquel en el que hizo tanto frío que los labios se me congelaron y se pegaron y una pátina de hielo cubrió el interior de nuestra cueva, en el que nos las vimos y nos las deseamos para encender un fuego con las manos temblorosas. O el día en que quedamos enterrados a tal profundidad que el aire de pronto se vició, y luchamos contra la nieve como duelistas en el *holmgang*, dando mandobles entre boqueadas y arcadas, hasta que entró el aire limpio y pudimos respirar otra vez.

Y aún podría hablarte de días peores. Los días vacíos, que fueron la mayoría. Tumbado e inmóvil en la oscuridad, mudo, temblando, sintiendo la comezón de la locura invernal en el pensamiento, tratando de no gritar.

Pero he querido contarte ese día.

Un buen día.

Cada invierno de mi vida había sabido lo que era estar atrapado en un valle. Las llanuras que rodeaban Hildirandi cuando era pequeño, el valle Hermoso, el valle del Río del Salmón. Aun así, incluso en los inviernos más crudos, era capaz de encontrar indicios de otra vida. El humo de una hoguera, una sombra lejana que caminaba por el monte, una voz entonando una canción, transportada por el viento. Pero no en aquel valle de los proscritos.

No había nadie más en el valle, ni tampoco se esperaba que llegase. Aunque nuestros enemigos hubieran estado lo bastante locos para perseguirnos en invierno, se habrían encontrado todos los pasos bloqueados por el hielo y la nieve. Ellos no podían entrar en las montañas y nosotros no podíamos salir. Estábamos solos.

Los dos nos pusimos enfermos, por turnos. Nos mantenía en vela la tos perruna del otro, demasiado cansados para compadecernos del otro, por lo que solo deseábamos que sanase o muriera de una vez. Porque la falta de sueño acarrea una especie de locura, y no pasó mucho tiempo antes de que la padeciéramos ambos.

Apenas comíamos. Jirones de carne seca, cuencos de gachas frías y nieve fundida. Nuestros cuerpos adelgazaron y nuestros huesos se aligeraron, hasta quedar reducidos los dos a un par de pulmones doloridos y un corazón que latía perezoso. Me pregunté si llegaría un momento en el que comprendiéramos que, en verdad, no había ninguna esperanza; en el que nos arrodillaríamos en nuestra minúscula cueva y buscaríamos el cuchillo con mano temblorosa; en el que

accederíamos a intentar darnos mutuamente una muerte de guerrero, en vez de esperar a morir de hambre como los cobardes o los animales.

La nieve perdió fuerza. La luz cobró intensidad. La estación empezó a transformarse. Aun así, para nosotros, nada cambió.

Al final, llegó el día en que nos quedamos sin nada que comer. Nuestras manos tocaron la roca pelada del suelo de la cueva, nuestros dedos palparon unos huesos recubiertos de señales de dientes y despojados de cualquier fragmento de carne.

Abrimos un agujero en la nieve, y la encontramos más blanda y húmeda que otras veces. Salí y tropecé, porque tras tanto tiempo sin usarlas, mis piernas temblaban como las de un cordero recién nacido. Ante mí, el mismo panorama que había visto tantas otras veces. El único sonido, el del viento cuando se levantaba un poco y el crujido de la nieve bajo nuestras botas. Cuando el viento amainaba o nosotros nos quedábamos quietos, no se oía nada.

En el río helado que surcaba el fondo del valle, el hielo fue fácil de romper. Llené un cubo y bebí de él a lametazos como hubiera hecho un perro, con cuidado de no meter las manos para coger el agua en las palmas. Thoris me había advertido que no lo hiciese, porque había visto a hombres quedarse mancos de esa forma: un poco de agua en la piel que se congelaba a causa de un cambio repentino en el viento. No tenía ningunas ganas de perder los dedos de la otra mano.

Fuimos al lugar donde habíamos enterrado nuestras provisiones, la emprendimos con el pico contra el suelo y desenterramos cereales, carne congelada y madera helada para intentar quemarla. Aprovechamos ese día para trasladar el máximo de víveres posible, porque ¿quién sabía cuándo iban a regresar las tormentas? Había aún tan poca luz, tan poco tiempo.

Esa noche, cuando al final nos tumbamos agotados en la cueva, Thoris me insistió más que nunca para que le cantase. Pero descubrí que no me veía con ánimos. Por primera vez desde que tenía uso de razón, no me venían las palabras, no era capaz de cantar.

—Ya te recuperarás —dijo Thoris—. El primer invierno es el más duro. Aprenderás. Y ya empieza a aflojar. Está terminando.

Oí sus palabras y supe que eran ciertas. Aun así, no las creí.

—Tendría que haberme ido al extranjero —dije—. Tendría que haber ocupado mi lugar en aquel barco. Quedarme fue una tontería.

Hay palabras que un hombre pronuncia, cuando hace frío y está oscuro, y que no dice en serio. El invierno puede apoderarse de un hombre como una fiebre y llenarle la boca de falsedades. Mientras no insulte a nadie de un modo que exija una respuesta en forma de sangre, se le perdonará. Pero yo creía mis palabras; no dije ninguna mentira, sino la verdad.

Allí, en la oscuridad, vi que Thoris se estremecía.

Llegó un día, como cualquier otro de los anteriores. De frío helador y hambre; de miseria y aburrimiento. Era un día más despejado, de modo que caminamos hasta una de nuestras reservas de víveres más alejadas. Enfermos, doblados por la tos, porque a ambos nos consumía la misma enfermedad.

Parecía imposible que el verano pudiera regresar, después de pasar tanto tiempo rodeados de frío y oscuridad. Hacía tanto que no veía a ningún hombre o animal aparte de Thoris que se me metió en la cabeza que a lo mejor no quedaba nadie más, que en todo el mundo solo nosotros habíamos sobrevivido a ese invierno, que el Ragnarok había llegado y pasado y hasta los dioses se habían perdido. Que éramos los únicos hombres que quedaban en el mundo y que pronto moriríamos.

Hasta mí llegó un sonido, mientras avanzaba por la nieve con paso cansino. Un sonido suave y frágil, como la primera nota que toca un músico inexperto. Al principio lo tomé por un producto de mi imaginación, porque en las noches invernales de insomnio me había acostumbrado a oír voces y sonidos que no existían. Volví a oírlo y no supe identificarlo. Sonó una y otra vez, aún tenue

pero insistente, porque el músico estaba adquiriendo confianza, iba recordando lo que era tocar.

Me volví hacia Thoris para ver si él también lo oía. Había dejado de caminar y estaba quieto en la nieve, con la cabeza ladeada y los ojos cerrados. Me di cuenta de que él también lo oía y al momento supe de qué se trataba.

Tenía que verlo. No me lo creería hasta que lo viese. Y aunque hasta ese momento no había sabido si tendría fuerzas para siquiera caminar, de repente empecé a correr a trompicones por la nieve, moviendo la cabeza de un lado a otro. Di palmadas y chillé maldiciones, con la esperanza de espantar a la fuente del sonido.

¡Allí! Un instante de movimiento pardo, un grito furioso, y lo vi. Un pajarillo marrón, que levantó el vuelo desde el esqueleto de un arbusto exhumado por el sol. El ave trazó un círculo sobre mí, me abroncó, aleteó y se marchó.

Era el primero, pero otros lo seguirían. Los pájaros habían vuelto, y la primavera regresaría con ellos.

Me hincé de rodillas en la nieve y di gracias a todos los dioses que pudieran oírme. Miré hacia Thoris y vi que me sonreía. Yo debía de parecerle un crío, pues él sabía que este momento llegaría. Encontrarse en lo peor del invierno, cuando no queda ninguna esperanza, y oír cantar a los pájaros.

Nos reímos juntos como si fuéramos un par de locos, aullando y gritando de alegría, peleando en la nieve como si fuéramos niños jugando. Si un dios me hubiera hablado en ese momento y me hubiese dicho que iba a morir al día siguiente, me habría dado lo mismo. Vivir para oír una vez más el trino de los pájaros era suficiente.

Cuando estuvimos agotados y nos sentamos en la nieve, ebrios con el recuerdo de aquella música, dije:

—Esta noche encenderemos otra hoguera.

—Desde luego. —Thoris se rascó la oreja mutilada—. ¿Todavía piensas que ojalá te hubieras subido a aquel barco? ¿No ha valido la pena sufrir tanto por esto?

Vacilé y me planteé mentirle, pero ya era demasiado tarde. Vio la verdad en mi rostro. Se puso en pie y se sacudió la nieve de la ropa con golpes bruscos y secos de las manos.

—Vamos —dijo—. Tenemos que volver a la cueva. —Arrancó a caminar, pero no había avanzado mucho cuando se volvió para hablarme una vez más—: Esta noche quiero una canción.

No lo dijo como una petición; era una orden.

—¿Le ves? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué hacemos?

—No sé decirte.

Alcé las manos para protegerme los ojos del sol y volví a mirar valle abajo. Hacía un día despejado, el sol estaba en lo alto y, aun así, no podía dar crédito a mis ojos. Había un hombre caminando por el valle. Un hombre solo, que se acercaba hacia donde estábamos tumbados en la nieve.

Era primavera; la primera que vivía como proscrito, y esa mañana nos dirigíamos a cuidar de las ovejas. Nuestro nuevo rebaño, porque habíamos robado unas hembras embarazadas aprovechando que las noches seguían siendo bastante largas. Y cuando íbamos hacia ellas, habíamos divisado movimiento en los confines del valle.

Al principio lo tomamos por uno de los otros proscritos, una de aquellas sombras que veíamos en las montañas de vez en cuando y rehuíamos a toda costa. Un ladrón que venía a arrebatarnos el ganado que habíamos robado.

Pero aquel hombre era diferente. Incluso desde lejos se notaba que iba bien vestido. Caminaba como un guerrero, en vez de con los andares pesados y exhaustos del proscrito, siempre hambriento y agotado. Y llevaba algo en las manos, algo largo y delgado. Un cayado, tal vez, aunque no lo usaba como apoyo para caminar.

—¿Será uno de los hombres que te dan caza? —pregunté.

—Necio —exclamó Thoris—. ¿Quién vendría aquí solo?

—Otro proscrito, entonces.

—Tal vez.

Se dirigía hacia el rebaño; pronto las vería. Media docena de ovejas, cada una de ellas marcada con el hierro de un hombre distinto. Nadie podría tomarlas por otra cosa que no fuera el trabajo de un ladrón.

—Si se lleva las ovejas, morimos —señalé yo.

—Da lo mismo si se las lleva, siempre que haya visto donde pacen. No puede marcharse. No podemos dejar que se vaya.

Nos quedamos inmóviles, con la panza pegada al suelo, y lo vimos caminar hacia su muerte.

Vio el rebaño, que debía de ser la primera muestra de vida con la que se encontraba en las montañas desde hacía días. Pensé que el hallazgo tal vez le haría huir o escudriñar las laderas en busca de los pastores que vigilaban aquel rebaño robado. Solo se detuvo un instante, con la cabeza ladeada, antes de dirigirse hacia los animales que había visto en el valle.

Esperamos hasta que hubo dejado atrás nuestra posición y estuvo bien metido valle adentro. Solo había una forma de entrar y salir de aquel lugar; por eso guardábamos allí nuestras ovejas. Si se adentraba más en el valle, quedaría atrapado, pues este terminaba en unos acantilados infranqueables. Si intentaba volver por donde había venido, tendríamos que recorrer la distancia que nos separaba con rapidez para cerrarle el paso antes de que pudiera escapar.

Sin embargo, en cuanto nos levantamos, pareció oírnos, pues se volvió hacia nosotros y no salió corriendo. Nos saludó con la mano, como si fuéramos amigos de otro valle, y caminó hacia nosotros.

Le esperamos, indecisos. No nos hubiera sorprendido que saliera corriendo o que desenvainase un arma. Aquella cortesía era algo a lo que no sabíamos cómo responder.

—Tendríamos que darle la bienvenida —dijo Thoris—. Que se relaje. Después podremos cogerlo por sorpresa.

—No pienso asesinar a un hombre de esa manera. Si debe morir, que lo haga

luchando.

Thoris me maldijo.

—Honor de insensatos —dijo—. Todavía hablas como un hombre libre; pero lo mataremos a tu manera.

Casi había olvidado el aspecto que tenían los hombres libres: mofletes, ropa limpia, aros de plata en los brazos. A él debíamos de parecerle un par de desesperados. Yo con mi media mano y Thoris castigado por siete años en las montañas: teníamos más en común con los lobos que con los hombres.

Llevaba un arma muy bella, una espada demasiado larga para colgarla del cinto, por lo que sujetaba la funda con las manos como si fuera un báculo, y guiaba sus pasos por entre las rocas con el filo envainado. En ese momento apoyó esa punta en el suelo y su barbilla en el pomo. Nos sonrió y vi que le faltaban la mitad de los dientes, todos en el mismo lado. El canto de un escudo, el borde plano de una espada, una coza de un caballo encabritado... algo le había dejado marcado con una sonrisa de monstruo.

—¿Ese rebaño es vuestro? —preguntó.

—Así es —respondió Thoris.

—No me lo parece. Las ovejas llevan la marca de muchos hombres diferentes.

—Ahora son nuestras.

Se tapó la boca con la mano.

—Ya veo —dijo mientras los hombros se le sacudían.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Me llamo Thorvaldur.

—¿Qué haces aquí?

—Soy un proscrito, como vosotros.

—Entonces vete, búscate otro sitio.

Alzó una ceja.

—¿Me dejaríais partir? —Y se tapó la boca de nuevo.

Llevé la mano a la empuñadura de mi espada.

—No podemos. Pero te concederemos una muerte de guerrero.

—Os agradezco que hayáis sido sinceros. —Hizo una pausa, antes de añadir —: Ya que no puedo irme, a lo mejor puedo unirme a vosotros.

—No necesito otro hombre que se coma mis ovejas y mi grano —dijo Thoris, que me señaló con un dedo—. Con un parásito es suficiente.

—Bueno, podría seros de utilidad —sugirió el desconocido.

—¿Cómo? —pregunté, y de pronto recordé las palabras que me había dirigido Thoris durante la tormenta—. ¿Qué sabes hacer?

—¿Qué sé hacer?

—¿Por qué deberíamos salvarte?

En ese momento se rio en voz alta, como si le hubieran contado un chiste que solo él pudiera oír.

—Puedo hablaros de Dios —dijo—. Del Dios verdadero.

—¿El Cristo Blanco?

—Algunos lo llaman así.

—Ya tenemos suficientes dioses con los nuestros —dije—. No necesitamos el tuyo.

—Cretino —dijo Thoris—. Los dioses no son nuestros amigos. —Volvió a mirar al desconocido—. Pero tu Dios no será distinto. No lo necesitamos.

—Muy bien. ¿Puedo conocer el nombre de quienes van a matarme?

—Yo soy Thoris el Fratricida y este es Kiarán el Desafortunado. Díselos a tu Dios, cuando lo veas.

El recién llegado volvió a ladear la cabeza.

—He oído tu historia —dijo—. Mataste a tu hermano.

—Sí. Eso hice.

—Mi Dios tiene una historia sobre lo mismo. Querrás oírla. —A continuación me miró a mí—. Tu crimen no lo conozco, pero tal vez también tenga una historia para ti. Las compartiría encantado con vosotros. —Agarró la espada con más fuerza—. O podemos matarnos entre nosotros. Me da lo mismo.

He oído soltar la misma fanfarronada a muchos hombres. Nuestros dioses solo honran a aquellos que mueren en la batalla, de modo que nadie debería temer

que el filo de una espada le arrebatase la vida. Aun así, de todas las bravuconadas que había oído a lo largo de mi vida, solo me había creído las de dos hombres: la de Gunnar y la del sujeto que teníamos delante en aquel valle.

Tenía entendido que los cristianos eran poco varoniles, que su Dios era un cobarde. Porque eso era lo que significaba el Cristo Blanco: el Cristo Cobarde. Y aun así, ahí lo teníamos, dispuesto a morir.

—Espera —dijo Thoris.

El silencio se prolongó. Tal vez estuviera pensando en los peligros que entrañaba un combate. Éramos dos, pero estábamos débiles. Quizá le bastara con herirnos para matarnos; la fiebre o el hambre rematarían lo que él hubiera empezado. Tal vez Thoris solo pensara en las probabilidades, y en que no estaban de nuestra parte.

Pero no creo que fuera eso.

—¿Dices que te llamas Thorvaldur?

—Sí.

—Thorvaldur —repitió Thoris, como si la palabra contuviera un hechizo. Puede que fuera así, porque no me esperaba ni por asomo lo que dijo a continuación—. Puedes venir con nosotros. Oiré historias de tu Dios.

De inmediato, el desconocido se relajó. Clavó en la nieve la punta de la espada y se adelantó para abrazarnos, como si fuéramos sus hermanos.

Podríamos haber acabado con él en ese momento; quizá hubiera sido lo mejor. Pero él sabía que no lo haríamos. Ya estábamos bajo el extraño embrujo que parecía irradiar.

Y así fuimos tres. Un granjero, un poeta y un sacerdote.

Lo llevamos al fondo de la cueva y encendimos una hoguera, la primera desde hacía muchos días. Me hizo gracia ver cómo la encendía Thoris. Incluso allí, lejos de todo, quería impresionar a su invitado, como si fuera un jefe venido a

menos que prefiriese regalar su último aro de plata a un visitante antes que confesar su pobreza. Porque es mejor morir de hambre que sentir vergüenza.

Comimos, compartimos un poco del hidromiel que Thoris guardaba en el frasco que llevaba al cuello y nos sentamos juntos en silencio. Esperé a que Thorvaldur hablase y compartiera las palabras de su Dios, pero no parecía tener prisa. Aguardaba a que nosotros se lo pidiéramos.

—¿Cómo has acabado fuera de la ley? —pregunté.

Thoris torció la boca con ademán desdeñoso. Yo sabía lo mucho que odiaba hablar del mundo que había fuera de aquellas montañas.

—Viajaba con un obispo —respondió el cristiano.

—¿Qué es eso?

—Un gran hombre de Dios, del otro lado del mar. Viajábamos juntos, visitando a un jefe tras otro. Después fuimos al Althing, para difundir la palabra de Dios. —Se calló. Era la primera vez que lo veía vacilar, evidenciar dudas.

—¿Qué pasó?

—Se rieron de nosotros. Le llamaron afeminado. —Me sonrió—. Y por eso maté a dos de ellos. Fue un combate justo.

—Y, aun así, te declararon fuera de la ley.

—Quieren que los cristianos nos acobardemos. A cualquier otro hombre le habrían hecho pagar el precio de sangre por responder a un insulto como ese. Pero querían librarse de mí.

Eso hizo intervenir a Thoris.

—Se diría que lo han conseguido.

Thorvaldur se encogió de hombros.

—Durante tres años. Después volveré.

—¿Por qué no te fuiste al extranjero? —Thoris me señaló—. Este mentecato tuvo la oportunidad de hacerlo, pero renunció a ella. ¿Tú también eras demasiado orgulloso para marcharte? ¿O demasiado pobre?

—Ninguna de las dos cosas. He venido aquí a encontrar a hombres como vosotros.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Los hombres de ahí fuera no están preparados para oír la palabra de Dios. A lo mejor vosotros sí.

—¿Por qué te importamos?

—A mí me importan todas las almas. Pero esa historia es para otro momento.

—Extendió las manos y dijo—: Ahora os hablaré de mi Dios.

—Adelante, pues —le animó Thoris—. Entretenos con tus historias.

—¿Y si no os entretengo? ¿Me mataréis?

Thoris se encogió de hombros. La pregunta no merecía respuesta.

—Al menos moriré bien alimentado —dijo Thorvaldur, y vi reflejada la luz del fuego en sus dientes cuando sonrió—. Es una larga historia. Llevará mucho tiempo.

Thoris extendió los brazos.

—Somos ricos en tiempo, aunque no lo seamos en nada más.

—Muy bien —dijo Thorvaldur, y cruzó las piernas y enderezó la espalda—. Dejad que os explique cómo se hizo el mundo.

Y empezó a hablar, con palabras que no eran suyas.

Al principio, poco de lo que contó se me antojó nuevo. Habló de la creación del mundo, pero nosotros teníamos una historia muy parecida. Habló de un árbol sagrado del conocimiento, muy semejante a Yggdrasil, el árbol del que se colgó Odín en su búsqueda del saber. Contó historias de un dios embaucador que adoptaba la forma de una serpiente; Thorvaldur lo llamó Satanás, pero yo lo conocía como Loki. Empecé a aburrirme mientras hablaba. Por lo poco que sabía del Cristo Blanco, esperaba que los hombres murieran por él. Como fe por la que morir, no me parecía gran cosa.

Pero después habló de un hombre y una mujer expulsados de un paraíso. Exiliados; quizá hasta podría llamárseles proscritos. Y sentí que un escalofrío me trepaba por la columna, pues allí es donde una historia deja su marca cuando sabemos que es cierta.

Thorvaldur habló de dos hermanos. De su rivalidad y de cómo, llevado por los

celos, uno asesinó al otro. Un pleito entre hermanos, un pleito entre un hombre y su Dios. E incluso en la oscuridad, vi que Thoris temblaba un poco.

Thorvaldur hizo una pausa. Le cambió la voz, dejó de hablar con las palabras de un Dios y empezó a usar las suyas.

—Creo que esta historia te resulta familiar, ¿verdad?

Un movimiento en la oscuridad. Unas manos que buscaban y encontraban. Una sombra encima de otra, y la luz del fuego reflejada en el filo de un cuchillo. Y Thoris con la cara pegada a la de Thorvaldur, mientras aquel hombre de Dios le sostenía la mirada, impasible, con un reguerillo de sangre bajándole por la garganta.

—¿Te burlas de mí? —dijo Thoris.

—Te he dicho que mi Dios tenía una historia parecida. No pretendía burlarme.

—¿Y qué dice tu Dios que le pasó a aquel?

—Fue maldecido a errar por la tierra, separado de su gente. —Los ojos de Thorvaldur parpadearon mientras miraba la oreja destrozada de Thoris—. Y quedó marcado, para que todo aquel que lo viese lo reconociera.

—Esa historia ya me la sé. ¿De qué me sirve?

—Pero no sabes cómo acaba.

Thoris volvió a sentarse, con el cuchillo aún en la mano.

—Cuéntamelo.

—Quedó marcado para toda la vida —explicó Thorvaldur—. Odiado por los habitantes del mundo. Sufrió, pero Dios lo perdonó.

—¿Por qué?

—Dios perdona las malas acciones que cometen los hombres.

—¿A qué precio?

—No existe más precio que la fe. Pues el mío es un Dios de amor.

Se hizo el silencio. ¿Qué respuesta había a eso?

Odín, Thor, Freyr... nuestros dioses son nuestros jefes, nuestros reyes. Los honramos y ellos nos protegen. Les hacemos enfadar y nos destruyen. Morimos bien y nos recompensan. Pero ¿cómo podía un Dios amar a un hombre?

Thoris torció los labios; rabia, quizá incluso asco. El cuchillo seguía en su mano, aunque no lo sujetaba con fuerza.

—Ya basta de esto —dije—. Cantaré un poco, si te apetece.

—No —replicó Thoris—. No quiero tus canciones. —Señaló a Thorvaldur—. Habla. Cuéntame tu historia. Cuéntame cómo acaba.

¿Qué importan las estaciones en un lugar como aquel valle de los forajidos? ¿Para qué sirve el verano en una tierra donde nada crece y nunca desaparecen el hielo y la nieve? ¿Donde el principio y el fin del invierno lo marcan las aves y el sol, pero no otro hombre o mujer?

A veces soñaba que existía un segundo mundo secreto dentro de aquellos valles muertos. Una congregación de proscritos, tal vez incluso una sombra del Althing. Un lugar donde, en el apogeo de un verano helado, los fugitivos nos reuníamos en un valle gélido, junto a un lago muerto. Allí podíamos comerciar e intercambiar historias, sentirnos parte de algo más grande.

Nuestros antepasados habían llegado a este país un siglo antes y habían forjado un nuevo pueblo en una tierra vacía. ¿Podíamos nosotros retirarnos una vez más y fundar un país dentro de otro?

Pero no existía nada semejante. Aquella no era una segunda sociedad, oculta para la gente de la costa. No éramos pioneros, colonos del hielo. No había mujeres ni niños. No éramos hombres, sino fantasmas.

Pasábamos las estaciones temblando en la cueva, mientras trabajábamos para que entraran fragmentos de luz diurna. En algunas de las noches largas, yo todavía cantaba, aunque lo hacía ya más que nada para Thorvaldur, que aplaudía y aclamaba todas las canciones como si estuviéramos en el salón de un jefe. Thoris escuchaba sin prestar mucha atención, rascando el suelo de la cueva con su cuchillo embotado. Estaba esperando otra cosa; pues los días en que yo no cantaba, Thorvaldur continuaba con la historia de su Dios.

Yo escuchaba como hace un niño con los desvaríos de un anciano

cascarrabias: con toda la atención, pero poco interés. Ya tenía los dioses de dos pueblos, los islandeses y los irlandeses, Odín y la Dama Blanca, padre y madre de mi poesía. No necesitaba nada de él.

O eso creía, al principio.

Llegó un día a finales de verano, en el que Thorvaldur y yo estábamos sentados ante una pequeña hoguera, preparando una de nuestras poco habituales comidas calientes. Thoris había salido, para cuidar del rebaño o buscar agua, no recuerdo la razón. El caso es que estaba a solas con el cristiano, al menos por un momento.

—¿Volverás a hablar de tu Dios esta noche? —pregunté—. ¿O canto yo?

—Haremos lo que mande nuestro jefe.

—Entonces creo que oiremos tus historias. Me apostaría algo, si tuviera alguna posesión que jugarme.

—¿No te agradan mis relatos de Cristo?

—No me molestan. Algunos dan para una buena historia.

—Pero no te conmueven.

—Ya tengo bastantes dioses a mi lado; no necesito otro más.

—A lo mejor puedo contarte otras cosas. ¿Qué es lo que quieres oír?

Vacilé.

—Hay un hombre sobre el que me gustaría tener noticias —dije—. También una mujer, aunque dudo que hayas oído hablar de ella.

—Dime sus nombres. A lo mejor los conozco.

—Gunnar Karlsson.

Caviló durante un rato, haciendo memoria o pergeñando una mentira. Pero si intentaba engañarme, lo sabría. Me pregunto si le habría rebanado el pescuezo por mentirme. Pero al final asintió poco a poco y, cuando habló, le creí.

—Lo vi en el Althing —dijo—. No conversé con él en persona, pero hubo otros que me hablaron de él.

Sentí un dolor en el pecho.

—¿Estaba bien?

—No estaba mal; aunque parecía estar peleado con mucha gente.

—Él es así.

Me observó durante un rato.

—Le vi ir a donde los poetas —añadió—. Para oírles cantar. Supongo que pensando en ti.

—Siempre le ha gustado oír cantar a los poetas —expliqué—. Yo no soy más que uno de tantos.

Esbozó una sonrisa.

—Allí había una mujer con la que hablé.

Cerré los ojos.

—Descríbemela —pedí.

—Alta, de piel pálida. Demasiado delgada. Pero creo que sabes de quién te hablo.

«Un año más —pensé—. Espera solo un año más. Por favor.»

—Vale —dijo Thorvaldur—. Esa es una mujer a la que amas.

—Sí, lo es. Háblame más del Althing.

—¿Qué es lo que deseas saber?

—Todo.

Se rio, y me habría contado más cosas, pero oímos los pasos contundentes de Thoris, que volvía a la cueva.

Se plantó en la entrada, con las manos apoyadas en la piedra que había encima de su cabeza. Se inclinó hacia delante, escudriñando la penumbra y mirándonos a uno y luego al otro.

—¿De qué habláis?

—De nada importante.

—Eso es mentira. Hablabais de mí, ¿verdad?

—No —aseveró Thorvaldur—. Hablamos del Althing. De viejos amigos.

Thoris escupió en el suelo.

—No quiero saber nada de eso. Los chismorreos de los granjeros, las conspiraciones de los jefes... ¿Qué me importan a mí? Si vais a hablar de esas cosas, no lo hagáis en esta cueva. —Se sentó a nuestro lado, cogió una cuchara tallada en hueso y la metió en el puchero—. Háblame más de tu Dios.

Thorvaldur se puso en pie y me tendió la mano.

—No hemos acabado de hablar —dijo—, de modo que saldremos de tu cueva. Caliéntate junto al fuego; no tardaremos mucho en volver.

Thoris movió la boca pero no le salió ninguna palabra, y nos miró como si fuera un amante despechado.

—Pues salid. Por mí, como si os congeláis.

¿Cuánto hacía que no paseaba solo por placer? Al principio fui incapaz de recordarlo, porque llevaba demasiado tiempo siendo un proscrito o atrapado en un pleito donde cada movimiento respondía a un propósito.

La última ocasión había sido la noche en que Gunnar y yo habíamos salido a cazar el fantasma. Una caminata invernal emprendida por el puro placer de la caza, el disfrute de la buena compañía, y nada más que eso. A lo mejor por eso había perdido las ganas de caminar porque sí.

Cuando Thorvaldur y yo salimos de la cueva, no lo hicimos como proscritos, sino como si fuéramos jefes contemplando nuestras tierras, o amantes que buscaran la paz de un valle recóndito. Y aunque tiritaba de frío y me daba la impresión de que arrastraba mis débiles piernas a cada paso, me alegré de alejarme de Thoris, al menos por un momento.

—¿Te parece que eso ha sido prudente? —pregunté.

—No consentiré que ese hombre me haga callar. —Me observó durante un instante—. Pero tal vez no ha sido prudente. Me parece que he abierto una brecha entre vosotros dos.

—No. Cualquiera que sea la brecha, estaba allí antes de que tú llegaras.

—¿Ah, sí? Háblame de ella.

—¿Qué interés puede tener para ti algo así?

—Es pura curiosidad. Habla, o calla; como desees.

Caminamos en silencio durante un rato, contemplando cómo nuestro aliento se enroscaba y escarchaba en el aire, mientras pensaba qué decir.

—No tenemos nada —expliqué—. Y aun así, nos peleamos por todo. Me pregunto si será así el día en que mueran los dioses, cuando el lobo engulla el sol. Cuando solo queden dos hombres en el mundo, cuando no se tengan más que el uno al otro. ¿Se acurrucarán juntos para hacerse compañía o se agarrarán el uno al otro de la garganta con las manos? ¿Sentirán amor o será odio? Creo que será odio. No sé por qué no me ha echado.

—Te necesita, por supuesto —dijo Thorvaldur.

—Y yo no sobreviviría sin él.

—Entonces ¿se trata de un pleito?

—Un pleito entre dos hombres solitarios, que se lucha con palabras.

—Sin sangre.

—Todavía no. Creo que nos habríamos matado, si no hubieses llegado tú.

Ladeó la cabeza.

—¿En serio? Así que ¿me debes la vida?

—No. Te la debe él.

—¿Ganarías la pelea? —preguntó Thorvaldur, con la vista puesta en mi mano destrozada.

—A mí me queda algo por lo que vivir. A él, no.

—Eso quizá fuera cierto en el pasado. Pero ya no lo es. —Exhibió su espantosa sonrisa—. Es el regalo que le he hecho.

—¿Y qué hay de tu regalo para mí? ¿Qué otras noticias me traes del Althing?
Se encogió de hombros.

—La verdad es que poco más. Pasé allí menos de un día, antes de que empezara la matanza y me dejaran fuera de la ley. —Tropezó, porque un tramo más profundo de nieve se había tragado su pie. Lo agarré por el codo, y me dedicó su sonrisa de media dentadura en señal de agradecimiento—. ¿Qué

piensas hacer? —preguntó—. ¿Qué harás cuando termine tu condena y dejes de ser un proscrito? ¿Volverás con tu amigo? ¿Te casarás con tu amada?

—Sí. Y resolveré el pleito.

—¿Con plata o con sangre?

—Todavía no lo sé. ¿Y qué harás tú, Thorvaldur?

—Bueno, intentaré predicar otra vez. Hablaré una vez más con los jefes, a ver si me hacen caso.

—¿Y de lo contrario los matarás?

—No, a menos que ellos me obliguen. Pero espero otra cosa.

—¿De qué se trata?

—¿Te acuerdas de mis historias? ¿La tierra donde nació el Cristo Blanco?

—Tú la llamas Jerusalén.

—Vaya —dijo—, o sea que escuchabas. Por lo menos un poco.

—Me acuerdo de esa clase de detalles. ¿Qué pasa con ese sitio?

—Ahora lo gobiernan unos infieles. Sirven a un Dios más nuevo que mi Cristo.

—Eso te debe de parecer vergonzoso.

—Así es, pero no durará mucho. Dios no lo consentirá. —Miró hacia el otro lado del valle, pero yo sabía que ya no lo veía. Tenía la imagen de un país lejano, un lugar de tierra roja, donde el sol pegaba como el martillo sobre el yunque. Un sinfín de lanzas que se mecían como árboles en un vendaval. El centelleo de las espadas, sostenidas en alto contra la luz. Y sangre en la arena, un nuevo mar derramado sobre una tierra seca como el hueso—. Habrá una gran guerra —dijo—. Los cristianos se unirán. Olvidaremos nuestras mezquinas desavenencias y recuperaremos esa ciudad. Solo espero vivir lo suficiente para verlo.

—Entonces ¿se trata de un pleito?

—Sí. —Me sonrió—. ¿Lo ves? Mi Dios sí que tiene cabida entre tu gente. Un pleito por un pedazo de tierra. ¿Puede haber algo más propio de los islandeses?

—Cierto. Muy cierto.

—Pero sigues sin estar convencido.

—No. Pero me gusta oír cómo lo intentas.

Movió los hombros, como un luchador antes de agarrarse a su rival.

—Venga —dijo—. Debemos regresar.

Thoris había dejado que el fuego se enfriase y solo quedaban las brasas. Al principio pensé que se había ido, porque no vi ni rastro de él. Pero entonces capté un movimiento al fondo de la cueva y, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi a Thoris sentado, encorvado sobre las mantas, trono mísero de aquel rey.

—Quiero más historias de tu Dios —dijo.

—Y las tendrás —replicó Thorvaldur, que se sentó, metió un dedo en la sopa tibia y se lo limpió de un lametazo—. Pero antes tienes que darme algo.

—Ya te doy techo y comida. Te permito vivir. Eres un desagradecido y un...

—No, te estoy agradecido. —Estiró la mano hacia mí, con la palma vuelta hacia el cielo—. Pero Kiarán canta. —Recogió la mano y la apoyó en su pecho—. Yo hablo de Dios. —Tendió la misma mano hacia Thoris—. ¿Qué sabes hacer tú?

—Ten cuidado —le advirtió Thoris. Las palabras fueron suaves como la nieve y cortantes como la espada recién afilada. Pero Thorvaldur no se amilanó.

—Tienes que contarme tu historia —dijo el cristiano—. Cuéntame cómo te convertiste en proscrito.

Una vacilación en la oscuridad.

—Ya conoces esa historia.

—Sé lo que cuentan otros hombres. Que mataste a tu hermano y le robaste a la mujer. Pero quiero oírte lo narrar a ti.

Thoris no respondió. Habían sido muchas las ocasiones en las que había pensado en preguntarle eso mismo, durante aquellas noches de invierno que parecían interminables. Una o dos veces había llegado a pronunciar la primera palabra de esa pregunta, pero Thoris me había mirado con cara de saber lo que

estaba a punto de decir, del mismo modo en que un gran guerrero parece predecir cada movimiento de tu acero y cada paso de tu juego de pies un momento antes de que lo lleves a cabo. No has asestado un solo golpe, pero ya estás derrotado. Y había tenido la impresión de que las que formaban esa pregunta habrían sido las últimas palabras que pronunciase.

—No —respondió Thoris.

—Entonces no oirás ni una palabra más de mi Dios. Y no sabrás cómo termina la historia.

Thoris se inclinó hacia delante, como si se doblara sobre una herida en la barriga, de esas que matan a un hombre de forma lenta e inexorable. Abría y cerraba los dedos, tensos sobre la tela de su capa, y en cualquier momento pensaba que los vería moverse hacia un arma, que empezaría una matanza. Pero se quedaron inmóviles, y él empezó a hablar.

—Se llamaba Kjartan —dijo—. Mi hermano. Le llamaban Kjartan el Fuerte, y lo era. No había hombre que pudiera hacerle frente en la batalla. —Me miró—. Ni siquiera tu Gunnar, del que siempre estás cantando. No hubiera podido aguantar contra mi hermano. Y se casó con la hija de un jefe; se llamaba Freydis.

»Oí rumores sobre lo que pasaba en aquel lugar. Susurros, chismorreos, a los que no di ninguna importancia. Era mi hermano y le quería. —Sumergió su cuerno en un cubo de nieve derretida, y dio un trago hondo.

»Estaba en su casa —prosiguió—, un verano. Había ido a visitarle, pero él había salido a cazar focas con sus hombres, de modo que me senté a esperarle. Su mujer me dio pan y cerveza, y estuvimos sentados un rato juntos delante del fuego. Hablamos; no recuerdo de qué. Después se volvió hacia mí y me preguntó si la ayudaría a morir.

Volvió a beber agua y pensé en esos hombres que están malditos con una sed insaciable, primero de agua, luego de sangre.

—Le dije que acudiese a su padre, que solicitase el divorcio. Estaba en su derecho. Pero mi hermano era un hombre poderoso. Se había ganado el favor de

su suegro, que no quería ayudar a su hija. De modo que volvió con mi hermano. Y ninguno de sus parientes se ofreció a ayudarla.

Alzó los ojos hacia nosotros.

—No quiero hablar más de esto.

—Sigue hablando —le dijo Thorvaldur, con delicadeza—. Ya has llegado hasta aquí.

Thoris asintió, como si estuviera medio dormido.

—Hubo entre los familiares de ella quien habló de matarle, pero eran palabras vacías. Yo sabía que no harían nada. No tenían valor. Y mi hermano contaba con muchos hombres que le eran leales. Los animales como él siempre los tienen. Son los hombres buenos los que se quedan solos.

Dejó el cuerno en el suelo y vi que le temblaba un poco la mano. La derecha, la de matar.

—Pero a mí me dejaría entrar en su casa por la noche. Confiaba en mí. ¿Y por qué no iba a hacerlo?

Me arriesgué a aportar una observación.

—Podrías haberlo retado al *holmgang* —dije.

Pensé que me gritaría, que tal vez hasta se me tiraría encima, cuchillo en mano. Pero asintió y replicó:

—Hubiera sido lo más honorable; pero ¿y si hubiese perdido yo? Él era un *berserker*; era mejor guerrero que yo. Entonces ella se habría quedado sola, sin nadie que la ayudase.

Temí que se le escapara una lágrima, porque estaba seguro de que nos mataría si le veíamos llorar, para no dejar testigos de su vergüenza. Pero respiró hondo y siguió hablando.

—Esperé hasta que todos se durmieron y fui a su habitación. Era rico y tenía un dormitorio propio. Era demasiado orgulloso para compartir el salón con los demás hombres. —Llevó una mano al arma que tenía al cinto—. Tenía este cuchillo en la mano.

»Pero, cuando abrí la puerta, descubrí que alguien se me había adelantado. —

Se estremeció—. Noté la sangre a través de un agujero de mi bota, todavía caliente contra mi piel. La olí flotando en el aire, como el hierro recién forjado. Y en la cama, mi hermano y su mujer.

»Vi que él tenía la garganta rajada. Desgarrada, como si alguien hubiera dejado suelto un lobo en la habitación. También tenía tres heridas en el pecho, aunque ninguna de ellas lo habría matado. No eran obra de la mano de un guerrero experto. Quienquiera que fuese el responsable, había aprendido a matar en ese mismo momento.

»Ella estaba tumbada a su lado. Tenía tanta sangre encima que parecía que la hubieran despellejado. Pensé que había llegado tarde, que una magia oscura había penetrado en aquella habitación y los había despedazado a los dos.

»Pero ella se movió. Qué blancos parecían sus ojos entre tanta sangre. Y entonces me di cuenta de lo que había hecho. Tenía un mordisco en la mano izquierda; le llegaba hasta el hueso. Porque había tenido que mantenerlo callado, para que no la oyésemos.

»No hablamos. No podía arriesgarme a decir nada. Me senté a su lado y noté que la ropa se me empapaba de sangre. Le cogí la mano. —Y unió las dos suyas; imaginando, tal vez, que la tenía a su lado una vez más.

»¿Qué le habrían hecho? —dijo, hablando solo para sí—. No lo sé. Nuestras leyes no dicen nada de una mujer que mata. Habría quedado fuera de la ley, como lo estamos nosotros ahora. Y a una persona en esas circunstancias puede hacersele cualquier cosa.

»De modo que la saqué de allí y dejé que los hombres hablasen. Dejé que la historia se fuera agrandando, hasta convertirse en lo que es hoy. Y la parte que falta ya la sabéis.

—¿Qué fue de ella? —preguntó Thorvaldur.

—Vino a vivir conmigo. A este lugar. —Estiró el brazo para tocar las paredes de la cueva, para tocar cualquier recuerdo de ella que todavía pudiese vivir allí.

»Le pedí que fuese con sus parientes o que viajara a otra parte. Que viviera

como criada, como esclava, antes que ser la esposa de un proscrito. Cualquiera cosa parecía mejor que eso.

»Pero no quiso irse. Duró tres inviernos. En cada uno de ellos fue poniéndose más débil y enferma. Pero no quiso marcharse.

Miró más allá de nosotros, hacia la entrada de la cueva y la nieve que caía fuera.

—Está enterrada en este valle —dijo.

Ese era el final de la historia. Si yo la hubiese cantado o narrado en forma de saga, ese habría sido el punto en que mi voz habría enmudecido.

—Hay algo más —dijo Thorvaldur—. Algo que no nos estás contando.

—Os lo he contado todo.

—No. Hay más. Y creo que deseas hablar de ello.

Thoris echó la cabeza hacia atrás y torció el cuello para alejarla de nosotros, tal y como un hombre con fiebre se contorsiona, como si de alguna forma quisiera escapar de su cuerpo, ese cuerpo que le tortura.

—No sé qué clase de mujer era —dijo, extrayendo las palabras como si fueran el veneno que se chupa de una herida para luego escupirlo en el suelo— para ser capaz de hacer algo así. O qué clase de hombre soy yo para amar a la asesina de mi hermano.

Thorvaldur asintió, satisfecho. Ese, al parecer, era su final. El final cristiano que buscaba.

—Te doy las gracias —dijo.

En Thoris no se apreciaba absolución alguna ni alivio por haber contado la verdad. Solo tenía el aspecto mohíno de quien se siente engañado.

—Hala —dijo—, ya tienes tu historia. Ahora, dame la tuya.

Thorvaldur empezó a hablar otra vez. De Dios, del perdón, de la redención. No le escuché. Contemplé el valle, escuché la llamada del viento y me pregunté dónde estaría enterrada.

Siempre me había preguntado cómo podía saber un proscrito cuándo llegaba el día de su regreso. Los que huyen al extranjero o son lo bastante ricos para convertir sus casas en fortalezas saben muy bien cuál es la fecha, pero ¿qué pasa con los hombres que escapan al hielo y establecen su hogar en los valles muertos?

Para la mayoría de ellos, da lo mismo. Mueren mucho antes de que llegue el día de su libertad; de hambre, de frío o atravesados por las lanzas de sus perseguidores. Pero ¿y los que sobreviven a sus tres años? En ninguna de las historias que he oído se dice nunca que un proscrito vuelva un día tarde.

Tal vez había proscritos que habían contado o marcado cada día, para llevar la cuenta del tiempo transcurrido con suma precisión. ¿O tenían otro arte? He oído hablar de que en tierras lejanas hay hombres capaces de adivinar la fecha a partir del movimiento de las estrellas.

Nadie querría permanecer fuera de la ley más tiempo del necesario y, aun así, volver antes de tiempo supondría la muerte. ¿Habría regresado algún proscrito con un día de adelanto para morir atravesado por la espada del primer hombre con el que se cruzase, oyendo su error a la vez que se sumía en la oscuridad?

No, antes de ser proscrito no sabía cómo esos hombres podían conocer cuál era el momento de su regreso. Y aun así, cuando llegó el mío, lo supe sin la menor duda.

Sentí el cambio de las estaciones y supe que estaba a finales de verano de mi tercer año. Había pensado que tendría que esperar a las primeras nevadas para

estar seguro de la fecha, que perdería un mes sumido en el tormento de la espera antes de poder estar seguro. Pero reconocí el día mismo en cuanto llegó.

No fue una mera suposición ni había llevado la cuenta de los días. Tampoco fue pura suerte, ni creo que fuese obra de un dios. Fue la simple memoria la que me dijo que podía volver a casa.

Había olvidado tantas cosas en aquellos tres años fuera de la ley, había habido tan poco que recordar... Aun así, me acordaba de hasta el último detalle del día en que me había convertido en proscrito. La curva precisa que el sol había trazado en el cielo; el dibujo del sol sobre el mar; la madurez exacta de las cosechas en los campos, hasta el punto de que podría haber distinguido una espiga de trigo de aquel día entre otras cien cosechadas al día siguiente. Pues cuando un hombre o mujer añora un día con tanta entrega, conocerá cuál es cuando llegue de nuevo.

Y así, desperté en la cueva un día de finales de verano y sentí que caían al suelo las cadenas invisibles. Volvía a ser un hombre libre.

Podía volver a casa.

Los otros no dijeron nada mientras me preparaba para partir. Thoris se sentó en el suelo de la cueva, rodeándose las rodillas con sus largos brazos, con la cabeza gacha y la oreja destrozada vuelta hacia mí. Thorvaldur me observaba con una leve sonrisa en la cara.

Cogí un poco de comida y un solo odre de agua, porque no necesitaba más. Volvía a ser un hombre libre; podía parar en cualquier granja del país y la ley de la hospitalidad les obligaría a hospedarme por una noche. Podía cantar para ganarme la comida, segar trigo y cuidar del ganado, a cambio de pan y cerveza. Ellos, que seguían siendo proscritos, los necesitaban más que yo.

Me pasé la capa de piel por los hombros y pasé ciertos apuros para cerrar el broche con una sola mano; tres años de práctica, y aún no lo dominaba. Guardé en el cinto mi cuchillo, mi arma de ejecutor, que tenía el filo casi embotado. En

último lugar, me acomodé la espada sobre la cadera. La espada de Gunnar, un arma de héroes, que no había abandonado su funda en todo el tiempo que había durado mi exilio. La hoja seguía afilada.

—Entonces ¿ha llegado el momento? —dijo Thorvaldur.

—Así es.

Thorvaldur asintió.

—Te acompañaremos; por lo menos un trecho. Vamos, Thoris. Tenemos que llevarlo hasta el camino.

Pensaba que no nos seguiría. Apenas me había dirigido la palabra en los últimos meses, pues cuanto más se acercaba el día de mi libertad, menos deseos tenía de hablar conmigo. Contaba los días más que ninguno de nosotros, aunque su paso no le aportaba el menor alivio. Y a veces me despertaba en plena noche y lo descubría observándome con los ojos fríos.

Pero se levantó sin mediar palabra y salimos los tres caminando juntos.

Bajamos al valle, el lugar que conocía como podría llegar a conocer el cuerpo de una amante. La roca alta y lisa que se curva como un cuerpo de mujer; el punto donde el hielo del invierno sobre el río era más fino, y que habíamos perforado un centenar de veces para echar un trago de agua gélida; el peñasco que parecía una cara de gigante, el agujero oculto por los matorrales que amenazaba con que el tobillo se torciera o rompiera.

Fuimos hasta donde el valle se ensanchaba, donde las tierras libres de Islandia se extendían ante nosotros. A lo lejos, el movimiento de los rebaños, la danza de las cosechas mecidas por el viento. Un mundo diferente, en el que yo podía entrar y ellos no.

—Hasta aquí podemos llegar —señaló Thoris.

Por un momento no me atreví a mirarlos, pues me pregunté si no pretenderían dejarme saborear la libertad por un instante antes de rajarme la garganta. No nos unían lazos de parentesco o de lealtad. Yo podía procurarme un gran renombre llevando conmigo la cabeza de aquellos dos proscritos. Tal vez no quisieran arriesgarse a dejar libre a un hombre que conocía tan bien el valle.

Pero, cuando volví la cabeza para mirarles de cara, me topé con plata, y no con acero.

Thoris dio un paso al frente y me tendió un brazalete de plata, el doble de grande que el que había cambiado en Borg. No se lo había visto puesto en los tres años que habíamos pasado juntos. Debía de mantenerlo escondido, un último tesoro; una reliquia de la vida que había perdido. Tal vez el regalo de un amigo, como lo había sido el mío.

—Cógelo —me dijo—. Lo necesitarás más que yo.

—No puedo aceptarlo.

—¿Para qué quiero yo la plata? No la gastaré nunca.

En aquella cueva había sido un tirano y yo había aprendido a odiarlo. Ahora me veía libre de él y podía dar rienda suelta a mi odio. Aun así, no sentía necesidad de hacerlo.

—¿Por qué me lo regalas? —pregunté.

—Cantas bien —dijo él. Pareció que quisiera añadir algo, pero no encontró las palabras adecuadas.

Desvié la mirada y la dirigí al valle congelado que había sido mi hogar. La cárcel de la que él no podía salir.

—Esto dará para una buena canción —observé.

—¿Tres años en este sitio, y crees que sacarás una buena canción?

—A todo el mundo le gustan las historias de proscritos.

Unió las manos, como si fuese a pronunciar una plegaria cristiana.

—¿Cantarás sobre mí?

—Sí.

—¿Qué clase de canción? —preguntó, y me pareció captar miedo en su voz.

A lo mejor temía que le dedicasen un insultante *flyting*, por extraño que pareciese. Aquel hombre iba a permanecer exiliado para siempre de su gente y, aun así, temía que se rieran de él a sus espaldas. Tal vez fuera eso lo único que oía cuando cerraba los ojos por la noche. Hombres que se reían de él, el idiota que había matado a su hermano por amor.

—Has sobrevivido aquí más que cualquier otro proscrito. ¿Qué tiene eso de risible?

Me dio la espalda y empezó a caminar, poco a poco y sin rumbo, como un anciano que no sabe lo que hace.

—No fue un acto deshonesto —dije, y él se volvió para mirarme.

—¿Qué has dicho?

—No hay vergüenza en lo que hizo. La mujer a la que amabas.

—Gracias —dijo él. Después se fue, remontando con grandes zancadas la pendiente de la colina, en dirección a la cueva.

Thorvaldur le agarró el hombro cuando pasó a su lado y le susurró unas palabras que no pude oír. El cristiano se adelantó, me cogió la mano y me mostró esa espantosa sonrisa suya medio desdentada.

—Buena fortuna, Kiarán. —Volvió la vista hacia Thoris—. Has sido muy amable al decirle eso.

—Era lo que deseaba oír —repliqué—. Es lo mismo que le dices tú, con esas historias de tu Dios.

Se encogió de hombros, desenmascarado.

—A lo mejor nos volveremos a ver en tiempos mejores —dije.

—No deseo tiempos mejores. Estoy donde debería.

—No me lo creo.

—Me parece que sientes celos. De que le gusten más mis palabras que tus canciones.

—Viniste aquí a encontrar hombres desesperados. Hombres desesperados que necesiten a tu Dios.

No pareció sentirse insultado por mis palabras. Ladeó la cabeza, sopesando lo que había dicho.

—No me parece tan mala idea llevar a Dios primero a quienes más lo necesitan. Pensaba que debía llevar la palabra de Dios a los jefes de este país, pero creo que esa no es la manera. La humillación que sufrí, el exilio... Dios me está diciendo que esa no es la manera.

—Entonces, llevarás tu Dios a unos hombres que pronto estarán muertos. Hombres que no engendrarán hijos. Tu palabra morirá con ellos.

—Es posible. Pero yo digo que será un tiempo bien invertido. He dedicado dos años a salvar una sola alma, y no lo lamento.

—¿De verdad crees que se unirá a tu Dios?

—Está cerca de hacerlo.

—Sí. Quiere que lo perdonen.

—¿Y tú qué?

—Yo no. No hay nada que perdonarme.

—Mi Dios te amará.

—Tengo una mujer que me ama. ¿Qué necesidad tengo del amor de un Dios?

—Eso cambiará con el tiempo. Cuando suceda, vuelve a mí.

—No lo hará.

—Entonces espero que no volvamos a vernos —dijo.

Aprecié una frialdad en sus ojos donde antes no se veía sino alegría. Me pregunté si no sería eso lo que aquellos hombres habían visto en él, aquellos hombres que se habían mofado de él en el Althing, hacía varios años. ¿Habían vislumbrado esa expresión en sus ojos antes de morir?

—No me malinterpretes —añadió—. Haré un cristiano de ti o te daré una muerte de guerrero. No puede haber otra cosa entre nosotros. —Alzó las manos y señaló el valle—. Aquí existe una tregua entre los dos. Tú me hospedaste y te lo agradezco. Me agrada bastante tu compañía y te tengo por un buen hombre, pero soy un guerrero metido en un pleito. Un pleito de dioses. Y fuera de este valle, eres mi enemigo. —Posó las dos manos sobre su corazón—. Pero espero que un día seas mi amigo.

—Sé amable con Thoris —dije.

—Mi Dios será amable —replicó él. Y luego se fue.

Observé cómo se alejaban, uno detrás del otro. Los pasos lentos y torpes de Thoris, y la zancada desenfadada de Thorvaldur. Como un anciano cuya muerte está próxima y el hijo que lo sucederá.

Regresé a las tierras libres como un viajero procedente de otro mundo. Caminé con la cabeza alta y a plena luz del día, avanzando sin miedo por el terreno elevado, disfrutando del calor del sol sobre mi piel. Podían haberme visto hasta el último hombre y mujer, y no me habría importado. La ley era de nuevo mi amiga, y me sentía como si todos los habitantes de la isla caminaran a mi lado.

No tenía caballo, ni plata que me sobrara para comprarlo, ni amigos por aquellos lares que pudieran prestarme uno. Y así, fui caminando de una granja a la siguiente, siempre hacia el oeste, avanzando en dirección al mar. Cuando el sol estaba bajo, buscaba la casa más cercana y seguía el humo ascendente como el marinero que persigue una estrella. Llamaba a esas puertas y pedía un sitio donde pasar la noche.

La mayoría no sabían mi nombre, pero reconocían mi condición. A nadie podía escapársele el significado de la ropa raída que vestía o el cuerpo hueco de quien ha pasado hambre. Porque el proscrito envejece como si estuviera maldito y se convierte en anciano antes de tiempo. Aquellos tres años en las montañas me habían robado la juventud.

Hubo algunos que me miraron con miedo; me dejaban pasar y me daban pan, y me permitían cantar una o dos canciones, pero no me dirigían ni una palabra y me abrían la puerta nada más amanecer. Pero la mayoría de mis anfitriones me recibieron con amabilidad, me regalaron prendas viejas para reemplazar mis trapos de proscrito y compartieron conmigo hidromiel sin aguar. Y por las noches, ellos y sus hijos se reunían frente al fuego y escuchaban mis historias. Porque a todo el mundo le gustan los relatos de proscritos.

Así que les conté que en el valle vivía un gigante y que debajo de él dormía un dragón. Que nunca veíamos el sol, que luchábamos contra monstruos y hechiceros. Y todo era mentira, y todo era verdad.

Les pedí que me contaran sus historias. Y les pedí que me contaran historias de Gunnar el Ejecutor.

La mayoría de ellos no habían oído nunca ese nombre. Algunos lo conocían y estaban al tanto del pleito. Unos pocos hasta afirmaron haber estado presentes en el Althing cuando me habían declarado fuera de la ley. Ninguno pudo decirme nada de utilidad, porque todavía estábamos muy lejos del valle del Río del Salmón. Aun así, hallé consuelo en su silencio. Si hubiera acaecido alguna desgracia, si se hubiera derramado sangre, sin duda se habrían enterado.

Uno de ellos me regaló un caballo; estaba medio ciego, temblaba y se estremecía de forma incontrolable, pero aún le quedaba algo de vida. La suficiente, quizá, para llevarme hasta casa.

Llegué a Borg a lomos de aquel caballo, contemplé una vez más las montañas que me habían insuflado el deseo de quedarme y escuché la llamada del mar por primera vez en tres años. Busqué con la mirada el barco de Ragnar en el puerto, pero no lo encontré. Estaría navegando, o en algún punto más al norte de la costa.

Al norte, pues. A través del profundo valle, dejando atrás acantilados y cascadas, elevándome sin parar en dirección al valle del Río del Salmón. A esas alturas avanzaba con más cuidado, pues me acercaba a tierras de hombres que podían conocerme. Ya no era un proscrito, pero eso quizá le importase poco a Bjorn y los suyos, que se expondrían a quedar fuera de la ley ellos mismos con tal de verme muerto. No estaría a salvo hasta que no estuviera con Gunnar.

Las colinas se abrieron y ante mí aparecieron el mar y el valle, mi hogar. El gran arco de la bahía, la gran montaña de Helgafell a mi espalda, el terreno ondulado de las cañadas por delante. Me dije que no me iría nunca más de allí, que nada podría obligarme a hacerlo. Ni el señuelo del Althing, ni el susurro del mar. Ni otra condena como proscrito, ni una maldición o un sortilegio. Viviría y moriría en ese lugar.

Y, de repente, sentí miedo.

No me preguntes cómo, pero lo olí, lo saboreé, mucho antes de que fuera posible. Alguna cruel broma de los dioses me traía desde lejos aquel olor, aquel sabor. Y entonces me apresuré y espoleé a aquel caballo viejo y moribundo para

arrancarle una postrera carrera. Y él fue valiente, porque alzó la cabeza y, por última vez, casi pareció que echara a volar.

Cruzamos al galope las granjas, por entre los rebaños que pacían y los restos de la cosecha. Hasta que volvieron ese olor y ese sabor, más fuertes que nunca. El fuego en la nariz, la ceniza en la lengua. Y vi elevarse el humo.

No quería creérmelo, al principio. Me susurré que debía de tratarse de algún otro lugar, de otro pleito en el valle. De que Olaf el Pavo Real habría hecho enfadar a algún jefe vecino que había reducido a cenizas el gran salón de Hjardaholt. Que la prolongada disputa de Bolli con Bjarni a propósito de unas tierras se había resuelto al final a sangre y fuego. Había tantos pleitos y rencillas que no tenía por qué ser el que conocía tan bien. Aun así, en algún lugar de mi interior, donde los hombres sienten el odio, el amor y todos los sentimientos puros y verdaderos, ya sabía lo que debía de haber pasado.

Remonté el promontorio que había junto a la granja de Gunnar y contemplé desde arriba lo que quedaba de ella.

Lo primero en lo que me fijé fue en los detalles. Los fragmentos de madera quemada que bailaban al viento como luciérnagas. La tierra, removida por el paso de un centenar de pies, que habían labrado un gran círculo en torno a la granja. Las pequeñas esquirlas de hierro, arrancadas en el choque de espada contra espada, que centelleaban en el suelo a la luz del sol bajo.

Entonces estuve listo para contemplar el resto. La casa chamuscada por el fuego y abierta al cielo. El viento que cincelaba la gran pila de ceniza, de tal modo que parecía que debajo de ella se agitase invisible una gran criatura monstruosa. Y la sangre en el suelo. Tanta, que parecía que allí hubieran matado a un gigante.

Pero no. Allí no había muerto ningún gigante ni se había cazado a una gran fiera. Solo a un hombre y a su familia.

Tendí mi mano mutilada hacia la casa reducida a cenizas y sentí que de ella emanaba un poco de calor. La habían quemado la noche antes. Había regresado un día tarde.

La venganza

No. Para. Espera un momento y déjame pensar.

Sí, tienes razón. Estoy cansado. Y sí, el hidromiel me ha nublado un poco el entendimiento. Y sí, a lo mejor no deseo hablar de esto. Este es un recuerdo que he enterrado tan hondo como si fuera el cuerpo de un gran rey, cuyas tumbas son como ciudades. Pero este recuerdo es como un fantasma. Una y otra vez, cavo su sepultura en la tierra, y aun así se levanta, y aun así camina.

Te lo contaré. Tengo miedo de que, si no lo digo esta noche, nunca tendré valor para volver a hacerlo. No quiero vivir como un cobarde.

Pero antes deja que te cuente una historia distinta. Otra historia de Gunnar.

Muchas ya te las he contado. Cómo nos conocimos en casa de Olaf el Pavo Real, cómo le embrujé con una canción. Pronto te contaré la historia de cómo murió.

Pero ahora deja que recuerde esto.

Fue a finales de nuestro primer invierno juntos. Era el Día del Traslado, a principios de verano, cuando los vagabundos como yo deben marcharse a sus nuevos hogares. Aquel día hacía un sol poco normal y del cielo caía un calor que parecía acariciar la piel. Nos sentamos uno al lado del otro delante de la puerta, con el muro de tierra de la casa contra la espalda, y disfrutamos tomando ese sol, mientras compartíamos un vaso de agua.

—Un buen invierno —dijo él.

—¿Eso es posible?

—Yo creía que no, pero resulta que sí. —Hizo una pausa—. Cantas bien.

—No canto mal.

—Es más que eso.

—Tú has sido amable conmigo.

—No he sido malo —dijo, haciéndose eco de mi tono, con una sonrisilla en los labios—. ¿Adónde irás ahora?

—Buscaré otro sitio. A lo mejor Olaf el Pavo Real me honra con su hospitalidad. Tiene debilidad por las canciones de un irlandés.

—Solo eres medio irlandés —señaló él.

—Bueno, no creo que haya un cantor irlandés en todo Laxdaela. Puede que se conforme con un mestizo como yo.

Pasó el pulgar por el borde del cuerno, recorriendo los cortes y los nudos con la uña.

—¿Y si no encuentras un lugar donde te acojan? —preguntó.

—Siempre hay sitio para un poeta.

—Pero ¿y si no lo encuentras? —insistió.

—Moriré, supongo. Si no encuentro un hogar para el invierno.

Gunnar miró hacia el mar lejano, más allá de los campos.

—No me gustaría tener que depender de la amabilidad ajena.

—No parar quieto tiene sus ventajas —dijo. Pero sentí ese dolor en el corazón que se experimenta cuando uno debe abandonar el sitio donde ha hallado un hogar, o dejar a la mujer con la que ha encontrado el amor. Cuando destino y deseo divergen, como suele pasar, y tenemos que dejar atrás lo que más nos importa.

Me puse en pie y bostecé bajo el calor del sol. Me volví hacia Gunnar, le tendí la mano y dije:

—Buena fortuna, Gunnar. Nos vemos en el Althing.

No me respondió. Se limitó a contemplar ese cuerno como si le hubiera hechizado y, al principio, pensé que le había ofendido. Parpadeó, alzó la vista hacia mí y dijo:

—¿Te quedas otro año?

—Pensaba que no me lo ibas a pedir.

—¿Querías que lo hiciese?

—Sí. —Reflexioné durante unos instantes—. Durante otro año. No puedo alargarlo más.

Estiró el brazo y asió mi mano durante un momento, y lo hizo con una delicadeza que no entendí. Después recordó que debía aferrarla con la otra mano, con un gesto rápido y marcial, y me condujo de vuelta a su casa.

Ya está, eso es todo. Es una breve historia, pero para mí tiene una gran importancia.

Ahora te contaré el resto. Lo haré con rapidez, porque el sol no va a dormir mucho más. Y cuando salga, tenemos muchas cosas pendientes que hacer.

¿Lo sabían los asesinos? ¿Habían esperado al día de mi regreso? ¿Para darme la bienvenida a casa con sangre y cenizas aún calientes?

No podían saberlo. Era como si un dios se lo hubiera susurrado, les hubiera dado una voz de aviso esa noche.

Durante aquellos años de exilio, es posible que pronunciara alguna palabra en contra de Odín o de Thor. Tal vez formulara un deseo silencioso que luego Loki había tergiversado en mi contra, como tiene por costumbre. O quizá mi error fuese mucho más antiguo, de cuando era niño; tal vez le había lanzado una maldición o un desafío a alguno de ellos. ¿Cuánto tiempo había esperado ese dios para vengarse de mí? Porque los dioses no olvidan. Y los nuestros, los viejos dioses, no saben perdonar.

Avancé poco a poco, porque no parecía haber motivo para las prisas. La calma era total, a excepción del humo que bailaba a manos del viento. Crucé la tierra mojada, porque la noche antes había llovido, cubierta de muchas huellas; los pasos circulares y arrastrados de los hombres preparados para la batalla. La casa incendiada eran cuatro muros negros bajo un cielo abierto.

Los vi, tendidos en el suelo, pero necesité mucho tiempo para acercarme a donde yacía él. Antes fui a la entrada de la casa, donde otrora una cabeza de dragón remataba la puerta.

Dos formas negras, enroscadas en el suelo, enterradas una en la otra. No parecían personas, por lo menos al principio. El fuego crea efectos extraños en la piel. Aun así, al cabo de un momento, distinguí la curva de un pie o la blancura de unos dientes; por encima de todo, resultaba inconfundible su manera de

abrazarse. Dalla y Freydis, aovilladas juntas en las cenizas de su hogar. A Kari no lo veía, pero estaba seguro de que también se encontraba allí. Me imaginaba por qué no habían huido.

Después retrocedí, caminando despacio, muy despacio, hasta el lugar donde Gunnar yacía en el suelo.

Me senté junto a él durante un rato y esperé a que se levantara. A que la piel cortada se suturase, a que la sangre se filtrase hacia arriba desde el suelo y regresara a su cuerpo, a que las atroces heridas se cerrasen. Esperé un milagro que no iba a llegar.

Alcé su cabeza del suelo y vi qué le habían hecho en la cara. Cómo lo habían marcado, para luego dejarlo insepulto.

Iba descalzo y sin camisa. Había un hacha rota a su lado, y toqué la espada que llevaba sobre la cadera, envainada e inútil. ¿Qué habría podido hacer con esa arma de héroe a su costado? No lo bastante para salvar la vida, pero habría tenido una muerte mejor. Una de la que podría haber estado orgulloso.

Sentado a su lado, cogí su mano fría y la froté con la palma de la mía, la mutilada, para intentar insuflarle algo de calor. Sentados juntos, contemplé cómo el sol caía del cielo.

No sé durante cuánto tiempo esperé allí, pero, al cabo de un rato, capté un sonido, uno tan débil que al principio lo tomé por un truco del viento. Volvió a sonar detrás de mí: una inhalación. Una pequeña boqueada de dolor. Volví la cabeza poco a poco, dejé la mano de Gunnar en el suelo y alcé la espada.

Algo se movía entre las cenizas de la casa. Al principio pensé que sería un espíritu, un fantasma, pues se antojaba que ningún hombre o mujer podría haber sobrevivido a semejante incendio.

Entonces empecé a moverme, entre las arcadas y la tos que me provocaban el humo que seguía elevándose y el intenso olor a piel quemada. Con los ojos inservibles, me puse a cavar en la ceniza con las manos, buscando, apartando trozos de madera carbonizada, hasta que mis dedos toparon con un tipo diferente de calor.

Medio enterrado, apenas respiraba. Kari, el hijo de Gunnar.

El sol caía del cielo, y no tenía mucho tiempo. Por encima incluso del chapoteo de los cascos sobre la tierra y el aullido del viento, oía los estertores y boqueadas del niño moribundo.

Había intentado reptar por aquel túnel. El agujero en el muro por el que, tres años antes, había escapado de noche para buscar a un caballo perdido. Pero no había podido recorrerlo por completo. Se le habían ensanchado demasiado los hombros, era demasiado hombre para usar aquel túnel de niño. Y así, había quedado atrapado mientras su familia ardía a su alrededor.

Al sacarlo, descubrí que el fuego también le había alcanzado ahí dentro. Tenía la ropa quemada y la piel roja y supurante. Lo cogí en brazos y escuché los estertores de su respiración, cada uno más débil que el anterior. Entonces lo tendí sobre mi caballo reventado, me subí a la silla y lo puse al galope por última vez. Cabalgamos hacia la costa.

Viajamos hacia el mar; en dirección a una pequeña casa que yo había visto de lejos pero nunca visitado. Porque era un sitio desafortunado, donde vivía un hombre desafortunado. Y cualquiera con dos dedos de frente evitaba esa clase de lugares.

El caballo sucumbió en las lindes de la granja, y cayó al suelo de forma tan silenciosa como un hombre al que una lanza le ha atravesado el corazón. Cogí en brazos al niño y corrí tanto como pude.

La casa era pequeña. No era el hogar de un gran jefe; ni siquiera la residencia de un granjero próspero. Era la morada de un hombre solitario, un pedacito de tierra para quien no se ha ganado el derecho de poseer nada más.

Golpeé la puerta e intenté gritar, pero de mi boca no salió ningún sonido. Tragué saliva, escupí e intenté gritar otra vez, y en esa ocasión mi voz sonó.

Oí los pasos de un solo par de pies en el interior, no la carrera de una partida

de guerreros hacia la puerta. Esta se entreabrió mínimamente y fue Ragnar quien me miró desde el otro lado, con ojos temerosos. Ragnar el Cobarde.

En la mano sostenía un hacha con un agarre flojo, inexperto. Me miró y vi que no sabía quién era yo. Levanté al niño en brazos un poco más en alto, igual que si le estuviera ofreciendo al niño como regalo.

—Es el hijo de Gunnar —dije.

Vi que palidecía y le temblaban las manos. Porque entonces me reconoció.

—¿Los demás? —preguntó.

—Están muertos. —Sentí que el niño se agitaba en mis brazos. Tal vez, incluso en lo más profundo de su sueño, oía mis palabras; que su padre, su madre y su hermana habían fallecido—. ¿Puedo pasar?

Sentí una mano en el hombro que me guiaba. Vi que la otra acunaba la cabeza del niño que yo cargaba, para asegurarse de que no la golpeaba contra una pared o el marco de la puerta.

A la luz del fuego, vi que no había nadie más en aquella casa. Por todas partes había recuerdos de sus viajes. Un trozo de vela remendada, pequeñas reliquias de tierras lejanas, monedas, cuchillos y trozos gastados de hueso de ballena. Era el hogar de un capitán y parecía añorar el mar tanto como el propio Ragnar.

—Sé que aquí no tienes ninguna mujer, pero no conozco ningún otro sitio adonde ir.

—Ahora tengo esposa —me dijo con voz queda.

—¿De verdad? Me alegro.

Hizo una mueca al oír la palabra.

—Vamos —dijo—. Tenemos que hacer todo lo que podamos.

Las llamas de la hoguera estaban altas, aunque no hubiera nadie cuidando de ella.

—¿Dónde está tu mujer? —pregunté.

—En el cobertizo.

—¿Sabes algo de quemaduras?

Ragnar observó al niño que tenía en brazos y acercó una mano vacilante a las

marcas rojas y la piel que supuraba.

—No es el primer quemado que veo —dijo—. Tenemos que darle agua fría. Solo un poco. Pero debemos mantener su garganta fresca y despejada.

Me pasó un cuerno de agua, que yo incliné hacia la boca del niño. Unas gotitas cada vez, paciente y constante, como el agua que al caer labra dibujos en la piedra.

—Más tarde, tenemos que limpiar la piel —añadió Ragnar—. Le dolerá de manera horrorosa, pero es necesario. Y eso es todo lo que sé.

—¿Crees que sobrevivirá?

Vaciló y movió la boca en silencio. Después negó con la cabeza.

—Los quemados mueren casi siempre —dijo—. Lo siento, Kiarán.

Bajé la vista hacia el chico y observé cómo mis lágrimas caían sobre su cara. No sentía vergüenza. Parecía que estuviese viendo llorar a otro hombre.

—Debes contarme lo que ha pasado.

—Las cosas han cambiado mucho desde que nos dejaste —explicó Ragnar, que pareció encogerse mientras hablaba.

—Háblame del pleito.

Metió el cuerno en un barril de agua y, en esa ocasión, me lo tendió a mí. Me lo acerqué a los labios y sentí la gelidez del agua como si fuera una cuchillada en los dientes. Me lo bebí de un trago y lo tendí para que lo rellenase. Bebí una y otra vez, sin que Ragnar dijera nada. Cuando al fin quedé saciado, hablé.

—Volvieron de las montañas. Bjorn y sus parientes. Contaron que te habían atrapado y te habían matado. Y traían con ellos a Ketil, cojo de una pierna, como prueba de lo que decían.

—¿Ketil está vivo?

—Si a eso lo llamas vivir.

—Y tú les creíste.

—Gunnar no; pero sí, el resto les creímos.

—¿Y luego qué?

—Nada. Gunnar juró venganza, pero no tenía seguidores suficientes para

cobrársela. Ningún bando podía actuar contra el otro.

—Hasta hoy.

—Hasta hoy.

—No había seguidores con él —señalé—. ¿Crees que huyeron de la pelea?

—No —respondió él con voz queda—. Se fueron antes de la pelea.

Silencio durante un rato, mientras ardía el fuego; mis lágrimas habían dejado de caer.

—Cuéntame eso —dije.

—No hay mucho que contar. Le fueron dejando, uno a uno. Creo que a algunos los compraron. Con plata y promesas de tierras. A otros los echó el propio Gunnar; se peleaba con ellos y les acusaba de traicionarle, de traicionarte a ti. Hacia el final estaba medio loco, creo. Y los últimos se fueron cuando entendieron eso, porque no veían honor en morir a su lado. Así fue, hasta que se quedó solo en el pleito. —Respiró hondo y agachó la cabeza—. Sabíamos que pasaría esto, tarde o temprano. Nadie puede aguantar solo mucho tiempo.

—Tú no estabas a su lado. ¿Tenías miedo?

—No quería ni verme. Me maldijo por permitir que huyeras a las montañas. —Alzó la cabeza y apreció las marcas que la tristeza había dejado en su cara—. Tienes que creerme.

—Te creo.

Desvió la mirada hacia el niño que llevaba en brazos.

—¿Incendiaron la casa?

—Sí; los muy cobardes. Diez contra uno, y no se atrevieron a enfrentarse a él como hombres.

—Era un guerrero de los de antes —dijo—. No debían de atreverse a plantarle cara. —Cogió la mano del niño con las suyas—. ¿Dónde lo has encontrado?

—El chico se escondió. Fue lo que le salvó la vida. Parece que alrededor de Gunnar no había sino cobardes.

Ragnar se encogió de nuevo.

—¿Qué sabes de Olaf? —pregunté.

—Intentó imponer la paz. Sus tierras quedan entre las de Vigdis y las de Gunnar, y no pensaba tolerar que hubiese partidas de guerra cruzando sus campos. —Se frotó las manos—. Pero no creo que lamente enterarse de que el pleito ha terminado.

—¿Qué pleito ha terminado?

Agachó la cabeza y bajó la voz hasta reducirla a poco más que un susurro.

—Hasta tú debes ser consciente de que no puede continuar. Mataste a Erik, y lo pagaste quedando fuera de la ley. Gunnar mató a Haakon y lo ha pagado con su propia vida. La deuda está saldada.

—¿Qué pasa con su mujer y sus hijos?

—Tienes que saber que eso ha sido un accidente. No matarían aposta a una mujer y una niña. Sería algo deshonroso.

—Tal vez. Tienes razón.

—Has sufrido mucho, pero el pleito tiene que terminar. Lo sabes, ¿no?

Cerré los ojos.

—Sí. Lo sé.

—Te ayudaré en lo que haga falta; pero Kiarán, hay algo más que debes saber.

—Pues cuéntamelo.

—No sé cómo decirlo.

—¿Qué daño va a hacerme a estas alturas nada de lo que puedas decir? Ya estoy por encima de cualquiera de esas cosas.

Se pasó la lengua por los labios.

—Te creíamos muerto —dijo.

«Creíamos.» No lo habría adivinado, de no haber sido por ese plural. Si hubiera dicho «te creía», habría vivido en la ignorancia un poco más de tiempo. Pero no dijo eso y entonces me di cuenta.

Oí el sonido de una puerta al abrirse. Al cabo de un momento, entró ella.

No pude mirarla a la cara, al principio. Ver la cara que tanto había luchado por recordar en aquel laberinto de hielo y nieve, sus facciones marcadas, la luz que danzaba en sus ojos... Supe que no tenía valor suficiente para mirar ahí. En

lugar de eso, contemplé sus manos y recordé cómo una vez me había acariciado la cara con ellas, con un tacto suave y ligero como la nieve. Recordaba la curva de su cintura bajo mis manos, pero ahora de ella colgaba la llave de la casa, como le correspondía por derecho. En la firmeza de su postura reconocí la fuerza de la ama de casa que camina muchos pasos ante su telar todos los días; ya no era una doncella, ni una sirvienta. No se le adivinaban trazas de una criatura en el cuerpo, y aun así, de alguna manera, presentí que había una. Lo supe con una sola mirada.

Agaché la cabeza y acaricié el pelo del niño moribundo que tenía en el regazo. Oí que Sigrid se sentaba. Después oí hablar a Ragnar.

—Volvieron de las montañas. Bjorn y los demás. Volvieron llevando a un tullido y contando que habías muerto.

—Y tú les creíste.

—Sí.

—¿Tú también creíste lo que contaban? —pregunté, mirándola por primera vez.

Me sostuvo la mirada con sus extraños ojos, y no había dolor en ellos; solo cierta cólera fría, los ojos de quien está inmerso en un pleito.

—No —respondió—. Pero ¿qué importa eso?

—Puedes quedarte todo el tiempo que sea necesario —dijo Ragnar.

Hice un gesto con la cabeza que podría haber sido un asentimiento, si querían tomarlo por eso.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Ragnar.

—¿Cuidarás del niño? —le pedí a Sigrid—. Yo tengo que volver a casa de Gunnar.

—¿Qué harás allí? —preguntó ella.

Pero yo ya me había levantado, ya estaba en otra parte.

Por encima de mí, nubes dispersas y una luna hueca. Por debajo, la tierra

mojada, inundada de lluvia. Y pronto, el olor a ceniza en la nariz, su sabor en mi lengua.

Había oscurecido para cuando volví a la granja. Era un trabajo más apropiado para la noche, pues los muertos casi parecen vivos en la penumbra. Se diría que, en vez de tumbas, cavé refugios, camas labradas en la tierra, para que descansaran y volvieran a levantarse.

A los más grandes de entre los hombres y las mujeres se les concede un barco lleno de tesoros para que los lleve al otro mundo, cargado de armas, objetos preciosos y esclavos con la garganta recién cortada, porque su servicio no termina con la muerte. ¿Qué regalos podía entregar yo al gran guerrero Gunnar, contra cuya espada nadie podía defenderse? ¿Qué presentes para su esposa y su hija? Un puñado de piezas de ajedrez talladas, un caballito de madera que de algún modo había sobrevivido al incendio, la cadena de piedras engarzadas en un alambre de plata. Lo que no había ardido se lo habían llevado, y esos fueron todos los tesoros que pude dejarles para la otra vida.

Antes de echar el primer puñado de tierra encima de Gunnar, observé la espada que tenía sobre la cadera.

—No puedo devolvértela —dije—, porque todavía reluce y está limpia de sangre. Antes la mancharé por ti. —Y creí ver cómo su cara destrozada me sonreía desde la tumba.

Sentía la locura tan cerca que podía tocarla. Era como la mano que ofrece una chica sonriente durante un baile: basta con estirar el brazo y agarrarla. Y me prometí que lo haría, porque esa sería mi recompensa. Pero todavía no.

Cubrí de tierra a los muertos y después me tumbé encima de ella. No había fuego verde bailando en el cielo, porque el año era aún demasiado joven. Fue una noche corta, propia de finales de verano. Unas pocas horas de oscuridad, durante las cuales no dormí.

Contemplé una vez más lo que quedaba de la casa, los campos, los montes de alrededor, la tumba que había a mis pies. No observé aquel lugar para grabarlo en mi memoria. Lo miraba y quería olvidar.

Me fijé en las huellas, que se apreciaban con claridad en el terreno mojado, pues el agua aún no las había borrado ni nadie había pisado encima. Allí se había producido la matanza, se leía a las claras. Vi dónde habían rodeado la casa los hombres, hasta qué lugar habían avanzado para lanzar sus antorchas y retroceder con la misma rapidez. Vi el rastro individual de huellas que había dejado Gunnar al adelantarse para luchar en solitario contra ellos. Vi que había llegado hasta un punto y después había girado en todas las direcciones, rodeado por todos lados. Y vi otro conjunto de huellas, que salían de la casa y luego volvían a ella. Vi esas huellas y vi la historia escrita en ellas. Me di cuenta de lo que se había hecho.

Después de una noche en vela, todo parecen sueños. Aquella mañana, volví a cruzar el valle como si recorriera uno de esos sueños, atravesando un mundo que ya no tenía sentido para mí. Y así, cuando vi a Sigrid sentada fuera, al sol, delante de una pequeña casa como la que había soñado que podría poseer algún día, la visión pareció completarse. ¿Cuántas veces había soñado con esa misma escena durante aquellos años de exilio?

Fue solo al acercarme más y ver que estaba cosiendo dos lienzos de vela para el barco de su marido cuando la fantasía se hizo añicos. Alzó la vista cuando llegué hasta ella y vi que cerraba los puños al verme.

—Si siguiéramos viviendo en una época en que las mujeres aún blandieran espadas —dije—, habrías sido toda una guerrera.

—¿Crees que hubo una época así? A los poetas os gusta cantar sobre ella, pero me parece que no os creo.

—No lo sé. Tal vez.

Me miró de arriba abajo, en busca de algún indicio de dónde había pasado la noche. Alguna mancha de tierra o de sangre.

—¿Adónde fuiste anoche? Te faltó valor para quedarte y hablar conmigo. Diría que me merecía al menos eso.

—Fui a enterrar a Gunnar y su familia —expliqué, y vi que sus ojos perdían brillo por un momento.

—Eso estuvo bien hecho —dijo.

Me senté en el suelo delante de ella y no repliqué nada.

—¿Una batalla? —preguntó Sigrid, mirando mi mano izquierda mutilada.

—No —contesté—. El frío.

Recapacité durante un momento.

—Deseé a menudo que sufrieras —dijo en voz baja—. Ahora me arrepiento.

—¿Cuál de los tres inviernos que han transcurrido lo pasaste aprendiendo a odiarme?

—El primero —respondió ella.

—¿Tan temprano? Veo que nuestro amor no significaba gran cosa para ti. Un devaneo de verano, supongo. Pero para mí significó algo más que eso.

Eso le hizo echar la cabeza hacia atrás.

—¿Cómo te llamaba Gunnar? Kiarán el Amable.

No respondí.

—Yo también lo pensé, en un tiempo. Después conocí a un hombre que era amable de verdad.

—Y un cobarde.

—Me da lo mismo. Y a ti también, creo.

—Le tengo mucha estima a Ragnar.

—No creas que es una especie de matrimonio por compasión —aclaró—. Es mejor hombre que tú. —Soltó un reniego y tiró su labor al suelo. Esperé hasta que se volvió hacia mí—. Quieres preguntarme por qué, o sea que ¿por qué no lo preguntas?

—¿Me dabas por muerto?

Pensó durante unos instantes.

—No lo sabía. Siempre había pensado que, si te mataban, lo sabría. Cuando mataron a mi padre, me dio la impresión de saberlo antes de que me lo contasen. Un roce de su fantasma en el hombro, un susurro en mi oído, que enseguida desapareció. Pero a ti nunca te oí hablarme. —Recogió los dos trozos de vela y empezó a coser una vez más—. Y lo tenía decidido antes de que volvieran, antes de que anunciaran tu muerte.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me dijeron que no habías zarpado con Ragnar. Que habías

decidido quedarte.

—¿No pensaste que me quedaba por ti?

—¿Fue por eso?

—No.

Torció la boca.

—¿Lo ves? No soy tan tonta como te crees. Cuéntame por qué te quedaste.

No pude responder durante mucho tiempo. Cuando al fin hablé, dije:

—Miré las montañas y el mar, y me parecieron bellos. Pensé que mi país era demasiado hermoso para abandonarlo. De modo que no fue por amor a ti, sino a esta isla. —Me miré las manos, con las palmas vueltas hacia el cielo—. Supongo que te parecerá una estupidez.

Sigrid tardó un rato en responder.

—A menudo me maravillan las mentiras que los hombres se cuentan a sí mismos. Veo que tú no eres una excepción.

—¿Crees que te miento?

—Lo creo.

—Explícame, pues, por qué me quedé, ya que parece creer que lo sabes mejor que yo.

Cerró los ojos, negó con la cabeza y, al principio, dio la impresión de que no iba a responder.

—Por orgullo —dijo al fin—. Fuiste demasiado orgulloso para huir.

Descubrí que no tenía respuesta para eso.

Ella acabó de coser y enrolló la vela.

—¿Te quedarás con nosotros este invierno? —preguntó con cierto tono de desafío.

—¿Tú quieres?

—Sí.

—Entonces me quedaré. Porque no tengo otro sitio adonde ir.

—Y si lo tuvieras, te irías.

—Sí —aseguré, aunque al mirarla capté el dolor que esa palabra provocaba—.

Pero te agradezco tu amabilidad. Me quedaré con vosotros.

Se inclinó hacia delante, de tal modo que la melena le cayó por delante de la cara y me la ocultó.

—¿Qué harás ahora?

—Esperar a que el niño muera.

—¿Y después?

—¿Qué quieres que haga?

—Creo que, te pida lo que te pida, harás lo contrario. No volveré a decirte esa clase de cosas.

—Después de que el niño muera... —Se me cerró la garganta por un momento, pero con un esfuerzo la obligué a abrirse de nuevo—. Le pediré a Ragnar que me acepte en su barco. No sé qué trabajo habrá para un marinero manco, pero debe de haber algo que pueda hacer.

—¿No seguirás con el pleito?

—No. Han ganado.

—¿Acaso Gunnar no te susurra que le vengues?

—No. Le oigo, pero no es eso lo que me dice.

—¿Y qué le oyes decir?

—Desea que te ame. Y desea que viva y cante. No puedo hacer una de esas dos cosas, pero a lo mejor la otra sí.

Su mano se acercó a mi hombro por un momento, antes de que la retirase de nuevo.

—Haz lo que debas —dijo. Vaciló, y luego añadió—: ¿Cantarás para nosotros? Me gustaría oírte cantar.

Pensé en todas las veces en que me habían pedido lo mismo. Tal vez eso fuera lo único que quedaba de mí. Un par de pulmones doloridos, una lengua, unos labios y una cabeza llena solo de canciones. Y respondí como siempre hacía:

—Sí. Todavía puedo cantar.

—Me alegro de ver que estás vivo.

—¿Eso es verdad?

—Eso es verdad —dijo ella. Y a lo mejor fui un estúpido, pero la creí.

Me levanté, contemplé el valle y escuché la llamada del mar. Entré en la casa y me puse a esperar a que el niño muriera.

Había tenido la esperanza de que Kari no volviese a despertar, de que abandonara este mundo tranquilamente, en paz. Pero no había visto nunca morir a un hombre por quemaduras; no sabía lo que se avecinaba. Pues no tardó en despertar y ya no volvió a dormir.

Todos los días, Sigrid y yo le restregábamos la piel muerta con arena, aunque él gritaba y nos suplicaba que parásemos. Le echábamos en la boca gotas de leche y miel, porque tenía la garganta demasiado cerrada para tomar cualquier otra cosa. No dormía y, por lo tanto, nosotros tampoco. Todas las noches, uno de nosotros se iba al cobertizo, pues allí podíamos conciliar el sueño. Los otros dos nos quedábamos como centinelas montando guardia, esperando a que pasara la noche para poder dormir. Esperando a que muriese.

Empecé a desearlo y parecía que nunca hubiese querido nada tanto. Por las noches, cuando no podía dormir, cuando le escuchaba chillar de dolor, rezaba a los dioses para que le dejaran morir. Sentía que mi mano bajaba hacia el cuchillo, y hacerlo hubiese sido un acto de bondad, el mayor regalo que podría haberle ofrecido a ningún hombre. Pero Kari era todo cuanto quedaba de Gunnar en el mundo. Sabía que no podía destruirle. Me habría pasado el cuchillo por mi propia garganta antes de clavárselo a él. Y así, esperamos a que lo llevase la muerte lenta, mientras la combatíamos con todas nuestras fuerzas.

Fue una mañana, cuando el verano empezaba a dar paso al invierno, mientras volvía del cobertizo, en la que llegó el cambio. Caminé hacia la casa y dentro capté un extraño silencio. Escuché contra la puerta durante un rato, esperando a

que los gritos ahogados empezaran de nuevo. Pero no oí nada y empezó a invadirme un espasmo de alegría.

Pensaba que encontraría a Sigríð junto al cuerpo del crío, pero era Ragnar quien estaba sentado al lado de Kari, con una captura de salmón todavía goteando en su red. Pasaba buena parte de su tiempo trabajando en los ríos, durmiendo en el cobertizo o en su barco. Participaba poco en los cuidados del niño; no por cobardía, creo, sino llevado por un peculiar sentido de la cortesía. Sabía que yo no quería tenerlo por ahí.

Se sobresaltó cuando entré, como si hubiera sorprendido a alguien conspirando.

—Sigríð me ha pedido que lo vigile un rato —explicó—. Volverá pronto. — Miró con el rabillo del ojo al niño acostado.

—¿Está muerto? —pregunté.

—No. Duerme.

—Entonces ¿qué te preocupa?

—Da lo mismo.

—Cuéntame.

Vaciló y luego me indicó que me adelantase.

—Escucha cómo respira.

Me acerqué y vi que, en efecto, el chico dormía. Eso ya suponía un cambio de por sí, porque el dolor siempre lo mantenía en vela. Puse mi oreja sobre la de Kari y escuché los estertores de su respiración trabajosa. No oí nada diferente.

—¿A ti te parece que respira mejor? —preguntó Ragnar.

—Creo que son imaginaciones tuyas.

—Es posible.

Se sentó a su lado y estiró hacia él una mano dubitativa. El más leve contacto podía hacerle daño al niño, de modo que Ragnar se limitó a extender un dedo para acariciar suavemente el pelo de Kari, quien no reaccionó.

—No quiero que muera —dijo Ragnar.

—Yo sí. Quiero que deje de sufrir.

Hizo una pausa y volvió a hablar.

—Pensaba que me ibas a matar cuando te vi volver. Cuando te conté lo de mi... lo de Sigrid.

—No. Ya he visto muertes suficientes.

—Sigrid me ha dicho que, después del invierno, te marcharás al extranjero. Que estás pensando embarcarte conmigo.

—Si me aceptas.

—Por supuesto.

—Tendría que haber partido contigo hace tres años. Ahora es demasiado tarde, pero no puedo hacer nada más.

—No es demasiado tarde.

Un acceso repentino de cólera me nubló la vista durante un instante y, cuando la recobré, vi que Ragnar se tapaba la boca con la mano y me miraba con los ojos desorbitados. Supongo que debía de haberseme puesto cara de asesino por un momento.

—Perdona —dije—. Pero es algo sencillo de decir para un hombre como tú.

—Sí. —Se puso en pie de golpe y se dirigió a la puerta, mientras dejaba el pescado junto a la cazuela. En el umbral hizo una pausa y me dijo—: No son imaginaciones mías.

—¿El qué?

—Estoy seguro. —Se volvió hacia el muchacho, y después me miró a la cara con una confianza impropia de él—. El niño se está recuperando.

—Ojalá fuera cierto —dije.

No podía fiarme de la palabra de un cobarde; es lo único que nos enseñan, que los valientes dicen la verdad y los cobardes mienten. Pero Ragnar nunca me engañó. En eso, por lo menos, era valiente.

El niño empezó a volver, despacísimo y arrastrándose, a la vida, de aliento en

aliento. Aguantaba las curas de su piel con siseos en vez de gritos. Dormía días enteros del tirón sin emitir un sonido.

No me permití creerlo durante mucho tiempo, pero recuerdo una noche en la que Ragnar, Sigrid y yo nos sentamos juntos. Estuvimos así durante horas, sin hablar, observando cómo Kari dormía y respiraba, y fue como si presenciáramos un milagro.

Ragnar me miró y sonrió.

—Es obra de los dioses —dijo.

—Tal vez —contesté. Y eso fue todo lo que se habló aquella noche.

Nuestros dioses no levantan a los muertos. Les dan la bienvenida, les ofrecen banquetes, luchan con ellos, pero no los traen de vuelta. Pues si un hombre ha muerto bien, en la batalla, y luego ha llegado al Valhalla, ¿qué dios cruel lo mandaría de vuelta a la tierra para sufrir otra vez? Y si ese hombre muriera sin honor, ¿qué motivo tendrían los dioses para concederle el retorno a la vida? De Thor o de Odín no puede esperarse caridad; solo deber. Recordé entonces una historia que me había contado Thorvaldur sobre un hombre al que llamaban Lázaro, tocado por el Cristo Blanco y resucitado. Pero me la quité de la cabeza enseguida.

Iba a tener un aspecto monstruoso, pues parecería más una talla en madera de un hombre que alguien de carne y hueso; pero el niño viviría.

Pasó mucho tiempo sin pronunciar una sola palabra, pues el dolor parecía habérselo llevado a algún lugar más allá del lenguaje. Así pues, incluso después de que se cerrasen las heridas de su piel, pasó mucho tiempo antes de que me hablara. A veces me parecía oír que le susurraba algo a Sigrid, pero ella nunca quiso repetirme sus palabras.

En cuanto estuvo lo bastante fuerte, le hicimos caminar alrededor de la estrecha casa, una y otra vez, como se hace con una mujer a punto de dar a luz para que llegue su niño. Debíamos devolver la fuerza a unas piernas que habían

olvidado cómo se caminaba, que se habían creído innecesarias y se habían preparado para la muerte. Y él aún seguía sin hablar.

Hubo una tarde de principios de invierno, en la que yo estaba sentado a solas junto al fuego. Sigrid y Ragnar habían salido, no recuerdo adónde. Pero mientras contemplaba la danza de las llamas, pensé en el verano siguiente e intenté imaginar el sonido del oleaje, la visión de unos países lejanos. Traté de imaginar ese futuro, pero no me venía. Solo veía el fuego.

—Kiarán. —El sonido fue tan suave como el susurro del viento, pero lo oí. Había esperado muchos meses para oírle hablar.

Me volví y vi el brillo de sus ojos a la luz del fuego.

—Sí. Aquí estoy.

—Agua —dijo, y se la di. Me disponía a verterla en su boca, pero me quitó el odre y, con manos temblorosas, se echó el líquido a la boca.

—¿Más? —pregunté.

—No.

Vacilé por un momento y vi que sus ojos se desviaban hacia mi mano mutilada y que torcía sus labios deformes asqueado por lo que veía. Es extraño ver horrorizarse a un tullido por el aspecto de otro, pero él no sabía qué apariencia tenía ahora.

—¿Te lo hicieron ellos? —preguntó.

—No, fue el invierno.

Se llevó las manos a la cara y notó la piel alterada bajo los dedos. Apartó la vista de mí y hundió el rostro en las pieles y mantas que tenía debajo.

Al cabo de un momento, oí que hablaba de nuevo.

—¿Qué vamos a hacer?

Al principio no respondí. Escuché los estertores que emitía al introducir aire en sus maltrechos pulmones. ¿Cuántos años le quedaban antes de que una fiebre invernal se lo llevara por delante? Porque la nuestra es una tierra donde los débiles no viven mucho tiempo. ¿De cuánto dispondría él antes de empezar a

morir poco a poco, ahogándose en tierra firme? ¿Antes de morir en la cama, sin una espada en la mano?

—Nos quedaremos aquí —dije—. No hablaremos con nadie más. Es mejor que nos den por muertos. A ti, sobre todo. El pleito continúa contigo. Tienen que matarte para ponerle fin.

Alzó la cabeza y asintió.

—Kari —dije—, necesito que me digas una cosa.

—¿Sí?

—Quiero que me hables de la noche del ataque. Quiero que me cuentes cómo murió Gunnar.

—No —dijo él.

—Debo saberlo.

—Por favor.

—Debo saberlo.

—Más tarde. Te lo contaré más tarde.

—No. Tienes que hablar ahora.

Hizo falta mucho tiempo. Una y otra vez, me miró en silencio, con expresión de súplica, esperando a que retirase la pregunta, a que le liberase de mi exigencia. Pero no lo hice. Me limité a mirarle, con una mano en la espada que su padre me había regalado, y esperé.

Al final, empezó a hablar.

¿¡Sumardil!?

Qué poco te mueves en la oscuridad. Por un momento he creído que dormías. Estás tan inmóvil, que podría tomarte por un cadáver.

Sumardil. No nos queda nada fuerte de beber pero, aun así, tengo tu nombre, que es dulce como el hidromiel en los labios cuando lo pronuncio.

Ya estoy preparado para contar esa historia. La primera vez la oí de labios de su hijo, pero ahora es mía. Ya estoy preparado para contarte cómo murió Gunnar.

Consideramos la muerte en un pleito como si fuese algo que sucede en un momento. Un tajo que raja una garganta, demasiado rápido para distinguirlo. ¿Y cuánto tarda la sangre en manar de ese corte? Cuenta una docena de latidos, y la víctima estará muerta antes de que pronuncies «doce».

Pero es cosa lenta morir en un pleito. Es una muerte palmo a palmo, a medida que el favor ajeno se te escapa de las manos y las lealtades se ponen a prueba y se quiebran. Todos los días hay un hombre menos con el que contar. Otra noche en vela, vigilando por si hay enemigos a la puerta. Las cosechas que no se recogen, el ganado que va desapareciendo. ¿Cuántos han sucumbido en un pleito al hambre y la enfermedad, en vez de a una espada? Demasiados para contarlos. Y es después de incontables meses de enfermedad, insomnio y soledad cuando llega por fin la partida de guerra. De noche, armados con fuego, decididos a poner fin al pleito antes de que salga el sol.

Piensa en Gunnar, la noche en que fueron a por él. Por primera vez en mucho tiempo duerme. Al no quedarle ningún compañero no se ha atrevido a

descansar, siempre atento a la posible llegada de los verdugos. Pero esa noche está cayendo un aguacero, y no hay luna; no es una buena noche para el asesinato.

Pero la lluvia cesa mientras duerme. Se abren las nubes y brilla la luna. Unos hombres se visten de negro, el color de la matanza, y salen con sigilo de sus casas, en respuesta a una señal u otra que tienen acordada. Cruzan el valle; primero uno, luego dos, y pronto una docena o más, equipados con armas y antorchas. Saben que ha llegado el momento, pero Gunnar no. Sigue durmiendo.

¿Qué le despierta primero? ¿Es el sonido de unos pasos en el tejado? ¿El repiqueteo de las flechas en una aljaba cuando el arquero saca una? ¿O el crepitar del fuego de la primera antorcha que se acerca a la casa? No puedo saberlo pero, nada más despertar, sabe que no hay nada que hacer. Sabe que ha llegado su hora.

Tiene el hacha en la mano, ha entreabierto un poco la puerta. Espera que cometan la imprudencia de abalanzarse contra la entrada, donde pueda enfrentarse a ellos uno a uno, pero es una esperanza vana. Los fuegos ya están prendidos, la casa arde. Los hombres de fuera solo tienen que esperar. Saben que Gunnar acudirá a ellos, con la misma seguridad con que un marinero conoce los cambios de las mareas. Es igual de inevitable. Una vez incendiada una casa, los hombres que hay dentro de ella saldrán a luchar, y a morir. Pues no pueden hacer otra cosa.

¿Piensa en mí en ese momento? Espero que sí. Pero ¿y si en ese momento recuerda que fueron mis palabras las que empezaron todo esto? ¿Que fui yo quien le envié a dar caza a un hombre muerto? Tal vez no piense en mí y, antes de morir, me maldiga.

Habla con ellos; con calma, sin prisas ni ira, como saludaría a un viajero en la carretera, o a un granjero que estuviera trabajando en sus campos. Les hace una pregunta y no recibe respuesta.

Sale de su casa, con el hacha baja al costado y el escudo bien pegado al

cuerpo. Siente el borde metálico del acero, frío contra el pecho desnudo. Nota la blandura del barro contra sus pies descalzos y, por instinto, dobla las rodillas y carga el peso en las yemas de los dedos, aunque su esmerado juego de pies no le servirá de nada. A la luz del fuego los ve a todos con considerable claridad. Hombres que siempre han sido sus enemigos, hombres a los que otrora conociera como amigos. Les sonrío a todos para que recuerden que fue valiente, que recibió bien a su muerte.

Esto no es una canción, en la que un hombre es capaz de hacer frente a un centenar. No es un cuento en el que el guerrero mata a su enemigo jurado a la vez que muere. Ni siquiera ve a Bjorn cuando este le asesta el primer corte, porque le rodean por todos los lados, y los filos bailan contra su piel.

Lanza un hachazo a ciegas y recibe otro tajo. Está rodeado de hombres por todas partes, los tiene tan encima que huele su fétido sudor, la peste de su aliento. Pero cada vez que acomete, pese a lo rápido que es, su hacha no encuentra carne. No corta sino el aire, hasta que se atasca en los listones de un escudo y la punta se parte y se separa del mango cuando la retuerce para intentar liberarla.

Cae al suelo y le arrancan de la mano el hacha rota. No ha sentido dolor hasta ese momento y, de repente, no nota otra cosa. Espera el golpe de gracia: la estocada en el lateral de la garganta que luego la desgarré hacia fuera, la que se clava entre las costillas o la que desciende desde el hombro hasta el corazón. Pero no llega. Las manos le agarran con más fuerza y ve que se acerca Bjorn, y sabe la muerte lenta que piensan darle. Y en el último momento siente miedo de verdad.

Los cuchillos inician su trabajo lento sobre él, que intenta no gritar durante el mayor tiempo posible.

Así es como murió mi amigo.

Dejé hablar a Kari, sin hacerle ninguna pregunta. Se trababa en su narración, como si estuviera volviendo a aprender las palabras a medida que las pronunciaba. En varias ocasiones, cuando sus vacilaciones se alargaban, parecía a punto de dormirse, y cuando eso pasaba, estiraba la mano y le agarraba la muñeca. Mantenía los dedos alejados de la carne quemada, pero el mío no era el contacto de una madre. Quería dejarle claro que no le permitiría descansar hasta que hubiera acabado su historia.

Cuando terminó, vi que se le cerraban los ojos y su respiración se volvía suave y uniforme. Pensé en la historia que no me había contado, la que yo conocía demasiado bien; la historia de cómo debían de haber muerto su madre y su hermana.

—¿Tendría que haber muerto con él?

La voz me sobresaltó.

—Pensaba que dormías —dije—. Deberías descansar. Te lo has ganado.

—Dímelo, Kiarán. Por favor.

¿Tendría que haberle dicho la verdad? Quizá. Pero no me vi capaz.

—No —respondí—. Es mejor que estés vivo.

—¿No hay vergüenza en ello?

—¿Debería avergonzarme yo, que no estuve allí?

—Tú no eras su hijo.

Para eso no tenía respuesta. Me senté a su lado y contemplamos el fuego. Al cabo de un rato, sentí un roce vacilante en la mano. Eran sus dedos, que me

buscaban, como hacía Gunnar. Le agarré la mano y pensé en el amigo que había perdido.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó.

—Podríamos irnos de Islandia. Buscar otro país donde vivir.

—No podemos huir.

—Es lo que Gunnar hubiese querido.

—Eso no importa. —Negó poco a poco con la cabeza, como un borracho adormilado o un hombre sumergido en el agua—. Es una deshonra dejarlo sin vengar.

—Lo es. Pero es lo que Gunnar hubiese querido.

—¿Qué pasa con mi madre? ¿Y mi hermana?

—Bjorn debió de matarlas. Tenía más honor que eso.

—Pero yo oí...

—No sabes lo que oíste.

Luego calló y pensé que había ganado. Pero entonces lo sentí, del mismo modo en que un herido no lo sabe al principio, no siente dolor; y un momento después se lleva la mano al pecho y descubre que lo han matado.

Pensé en Dalla y supe lo que ella hubiese querido. Podíamos irnos de aquel sitio, buscar un nuevo hogar. Yo quizá podría sobrellevar la vergüenza de la muerte de Gunnar; pero dejar a un padre sin vengar... qué sería para él vivir con semejante peso encima.

—Creo que tienes razón —dije poco a poco.

Me miró y sus ojos cobraron vida una vez más.

—¿Los mataremos a todos? —preguntó, con voz esperanzada.

—Sí.

Sonrió, y por un momento fue un niño otra vez, lleno de esa alegría que inspiran los sueños a los críos.

—¿Cómo lo haremos?

—Sé paciente. El esclavo se venga enseguida...

—Pero el cobarde nunca —dijo él, concluyendo el proverbio.

El primer día de primavera, me levanté antes del amanecer. Me moví con sigilo por la oscuridad, pero también con confianza, como un ciego en un sitio que conoce bien. Encontré a tientas las cosas que había dejado preparadas la noche anterior. Un saco de pescado en salazón, varios odres de agua, una manta gruesa con manchas de tierra y de hierba. Dejé la espada de Gunnar envainada y tendida junto al fuego. Un regalo de despedida para Kari. Y cuando estuve listo, puse la mano en el hombro de Ragnar y lo desperté con delicadeza.

—Habla bajo —le susurré— o no hables.

Asintió y esperó.

—Voy a estar fuera una temporada —dije.

—¿Adónde vas?

—Es mejor que no lo sepas.

—Kiarán...

—No hables. Escucha. Existe la posibilidad de que no vuelva.

—¿Qué debemos hacer nosotros?

—Convencedle de que se vaya al extranjero, si podéis.

—¿Y qué más?

Miré a Sigrid, tumbada a su otro lado. Estaba inmóvil, de espaldas a mí, con apariencia de estar dormida. Creo que solo fingía no haberse despertado, pero no puedo estar seguro.

—Educa bien a tus hijos y sé amable con ella —dije. Y mientras pronunciaba esas palabras, creo que la vi estremecerse.

Entonces me fui atravesando el valle. A pie, sin caballo que me acompañase; un mero relincho en la oscuridad podría haberme delatado. Caminé y corrí, tropecé y me volví a levantar, sin parar mientes a los charcos y piedras que esperaban para zancadillearme. El invierno acababa de terminar y las noches seguían siendo largas, pero tenía que encontrar un sitio antes de que saliera el sol.

Vi lo que buscaba: una sombra en la ladera de una colina, achaparrada y fea, como un gran monstruo que acechara en la oscuridad. Me moví hacia la derecha trazando un círculo, con las manos por delante, hasta que sentí que se me enredaban ramitas en los dedos y noté hojas nuevas bajo las palmas. Me tumbé entre los matorrales y los arbolillos. Me envolví con la manta y, con la mano buena, me eché encima tierra y ramitas.

Salió el sol, lento y reacio, todavía medio dormido después del invierno, e iluminó una construcción entre los montes. No era una morada, sino un pequeño cobertizo, situado en los buenos pastos de las tierras altas. Confié en que fuera cierto lo que había oído.

Durante días, esperé y observé.

Al principio parecía abandonado: el techo, desatendido, estaba medio hundido, y había una pared combada y agujereada como un *drakkar* en un arrecife. Era un momento demasiado temprano en la estación para que un hombre estuviera alojado allí. No tardarían en llevar a pastar a aquellas tierras elevadas a las pocas ovejas que hubieran sobrevivido al invierno, pero aún era temprano y, al principio, creí que aquella construcción estaba abandonada. No era sitio para que viviera un hombre.

El primer mediodía, llegó a la puerta un esclavo cargado con pan y se fue con las manos vacías al cabo de poco. Más tarde, vi que salía un hombre, un tipo de barba poblada y sin aros de plata en los brazos. Un criado, o un esclavo, porque no tenía aspecto de poseer tierras. Cortó leña y la llevó al interior del cobertizo, pero se fue antes de que anocheciera. La leña que había cortado no era para él.

Transcurrió un segundo día, y un tercero, y los pasé tumbado en el suelo, sin moverme salvo por la noche. Si hubiesen salido a buscar leña, me habrían descubierto y matado, pero los dioses me habían otorgado su favor, o quizá fuera pura suerte, y ningún hombre fue al bosque. Hubo un ir y venir de esclavos y criados, pero no vi a ningún personaje importante; ni a Bjorn, ni a sus parientes

ni a ningún otro miembro de la partida de guerreros. Tampoco vi nunca al hombre que vivía dentro. Veía el humo de su fuego y olía la carne que cocinaba. A veces creía oír un sonido procedente del interior, el de alguien que cantaba para sí con voz suave; pero nunca salió del cobertizo.

Tomé nota de las idas y venidas, haciendo arañosos en el suelo para contar a los hombres que llegaban y partían. Pero tuve que esperar muchos días para asegurarme de que el ocupante estaba solo. Tenía que cerciorarme de que el hombre al que buscaba estaba dentro.

Fue el cuarto día, y ya empezaba a sentir arder una fiebre por debajo de la piel, cuando lo vi. Solo por un instante, en el umbral, asomado hacia fuera, con la cara pálida y mugrienta. Era Ketil: el hombre al que había herido y abandonado a su suerte en la nieve durante la ventisca.

Al quinto día, hice y rehíce mis marcas en el suelo, hasta que me convencí de que Ketil estaba solo en el cobertizo, de que no llegaría nadie para molestarnos. Cayó la noche y el viento empezó a susurrar, transportando voces de mi memoria. Las voces de Gunnar y sus hijos. Me levanté de los matorrales, arranqué a caminar hacia el cobertizo, sin el menor disimulo, y abrí la puerta.

Había un pequeño fuego encendido, una hoguera de un palmo, hecha de virutas de estiércol y ramitas, que solo servía para calentar al hombre solitario que estuviera junto a ella. Ketil estaba sentado allí, con la pierna lisiada estirada hacia delante y un palo de madera mal tallado junto a él, para ayudarle a caminar. Alzó la cabeza poco a poco al oírme entrar y me miró con ojos mortecinos. Al verme, los abrió por un momento, pero después asintió para sí mismo y apoyó la espalda contra la pared del cobertizo.

Tenía un hacha a su lado, pero no acercó a ella la mano. Todavía no.

—No eres un fantasma —dijo con tono neutro, tras un instante de silencio.

—¿Estás seguro?

—Habrías muerto demasiado lejos para llegar vagando hasta aquí. Por lo que

sé de fantasmas, al menos. Habrías encantado esas montañas para siempre. —Se pasó el pulgar por los labios cuarteados—. Además, si yo sobreviví a aquella ventisca, ¿por qué no ibas a hacerlo tú?

—No soy un fantasma.

Arrugó la nariz.

—Hueles a muerto, eso sí. La peste llega hasta aquí.

—Llevo días escondido entre los matorrales. Tendrías que arrancarlos, si no quieres que te vigilen.

—A Gunnar no le sirvió de mucho —comentó. Se frotó sus sucias manos con parsimonia—. Entonces estabas esperando para pillarme a solas. ¿Has venido a matarme, Kiarán? No es muy honorable asesinar a un tullido.

Al principio no respondí. Notaba que el agua me caía encima por las goteras del descuidado techo y sentía los dedos del viento que se colaban por las paredes rotas para rozarme la piel.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. Tienes una granja en las tierras bajas. Y estoy seguro de que Bjorn o uno de los demás te acogerían. —Eché un vistazo a su pierna. Incluso por debajo de la ropa se apreciaba lo marchita que estaba, el ángulo extraño en el que colgaba—. Te lo has ganado.

—No quiero vivir de la caridad de unos hombres de esa calaña. —Escupió en el suelo a su lado—. No soporto cómo me miran mi mujer y mis hijos. Es mejor que viva aquí. —Alzó la mano izquierda y movió los dedos con gesto burlón—. Creo que puedes entenderlo. Ya no somos hombres.

De forma instintiva, escondí la mano mutilada detrás de la espalda y él se rio.

—Si hubieras vuelto ileso, te habría matado, por cojo que esté. —Vaciló, y la sonrisa desapareció de su rostro—. No me has llegado a responder. ¿Vienes a matarme, Kiarán?

—No.

—Entonces ¿qué es lo que quieres?

Me senté a su lado y estiré una mano, la buena, hacia el fuego.

—¿Recuerdas el banquete que organizó Gunnar?

Dejó de mover la mano con la que se estaba frotando y palmeando la pierna herida.

—Yo no estuve —dijo.

—No te sentaste a la mesa, pero estuviste allí. Vigilando desde las sombras, con Bjorn y los suyos.

—Sí —reconoció.

—Sacrificasteis al caballo y clavasteis su cabeza en un poste de escarnio.

Esa vez, no respondió enseguida.

—Sí —dijo al cabo.

—Pero hubo alguien que os llevó el caballo. Un hombre que participó en el banquete con Gunnar y conmigo. Un hombre que se hizo pasar por nuestro amigo y nos traicionó. Quiero que me des ese nombre.

Apartó la mirada.

—¿Sabes lo que más desprecio de todo? De ser un tullido, quiero decir.

—Dime.

—Me ha vuelto un cobarde.

Incluso después de todo lo que había visto y oído, la palabra hizo que me estremeciera. Oír que un hombre se confesaba lo peor que se puede ser. Sentir aquella cobardía en la habitación era equiparable a verse atrapado con un leproso o un moribundo de tifus.

—Estuve al borde de la muerte, allí en la montaña, cuando te fuiste. No se puede estar más cerca.

—Yo pasé por lo mismo. Después, en la tormenta.

—No quiero volver a vivir aquello. Ni el siguiente paso. No me gustó lo que vi aquel día. Aun así, todos los hombres hacen ese viaje y yo lo emprenderé pronto. El invierno que viene me liquidará enseguida. Como tendría que haber hecho tres años atrás. Como tendría que haberte matado a ti.

Volvió a mirarme y capté en sus ojos una especie de hambre extraña, una suerte de locura ansiosa.

—¿A ti te ha pasado lo mismo?

—No —respondí—. Yo no tengo miedo.

El dolor le cambió la cara, y también la vergüenza. Pero asintió, resignado.

—¿Por qué no me mataste? ¿Por qué no ahorrarme esta vergüenza?

—Sabía que entorpecerías a los demás. Que no te dejarían tirado. Eso fue todo. Te habría matado, de no ser por eso. —Vacilé—. ¿Qué les dirás a los otros? —pregunté.

—¿A Bjorn? ¿Y a sus parientes? A lo mejor si vinieran alguna vez por aquí les hablaría de ti, pero no lo hacen. No hablaré de tu regreso. Me da lo mismo quién más muera en este pleito. Pero sería de necios que continuaras con la matanza.

—Y de cobardes si no hiciera nada.

—Y en eso radica la trampa. Nuestro pueblo llegó a esta isla para ser libre. De reyes, tiranos, hombres que nos manden qué hacer. Y aun así, aquí estamos; con menos libertad que un esclavo.

Recogió un palo y atizó la pequeña hoguera.

—Déjalo correr, Kiarán —dijo—. No soy un hombre acaudalado, pero estoy dispuesto a darte plata; el doble del precio de sangre por Gunnar y su familia. Lo bastante para concluir el pleito de forma honorable. Puedes marcharte a otra parte de Islandia y volver a empezar tu vida. O te doy el nombre; ¿qué es lo que quieres?

—Debo saber el nombre.

Esperó un momento, con los ojos clavados en los míos. Me dio todo el tiempo que pudo para que cambiase de idea.

Dejé el cobertizo y arranqué a caminar a través del valle. No orienté mis pasos al oeste, hacia el mar y Ragnar, Kari y Sigrid, sino en dirección al sur, por el camino conocido. Y falté a la promesa que me había hecho de que nunca volvería a dejar aquel valle.

Atravesé el paso de las montañas y, en la primera granja que me encontré al otro lado, cambié mi último brazalete de plata, el que me había regalado Thoris, por un buen caballo. Cabalgué hasta que Borg apareció ante mis ojos, las montañas y el mar. Así supe que había llegado el momento de desviarme hacia el este, para recorrer el camino de los exiliados y los proscritos.

Tenía miedo de no recordar el camino, pero mis temores eran infundados. Hasta el último detalle de aquella travesía estaba grabado en mi memoria. No había contorno de piedra, ladera de risco, río u ondulación del terreno que no recordase.

El viaje fue más llevadero esa vez. Estábamos a principios de verano y la nieve había desaparecido de las tierras bajas. Aun así, al acercarme a las cumbres me encontré que la nieve seguía en el suelo, porque es un lugar que no conoce el verano.

Cobraba fuerza el miedo del cobarde, pues todos mis instintos me empujaban a alejarme de aquel lugar. El caballo sintió mi miedo, como sucede con los animales, más sabios que los hombres pero malditos con el silencio. Pero al corcovear y relinchar por debajo de mí, me recordó que fuese valiente. Lo espoleé con los talones y seguimos cabalgando.

Volvía a tenerlo ante mis ojos: el valle en el que había pasado tres años como

proscrito. Un lugar sin nombre, pues ¿quién se lo pondría a una tierra a la que ningún hombre desearía ir, donde solo escogen vivir los olvidados?

No vi el rebaño de ovejas robadas que debía de rondar por el valle; tal vez Thorvaldur y Thoris no hubiesen salido aún de incursión en fechas tan tempranas del año. Até el caballo en la vaguada y me llamó con un relincho cuando lo dejé allí. Porque él también intuía que aquel era un sitio donde nada debería vivir y nada podía crecer; al caballo le daba miedo quedarse allí a solas.

Emprendí el lento ascenso por la ladera de la colina, abriéndome paso entre la nieve fangosa y medio derretida. Me dirigía hacia la cueva y me daba miedo lo que podría encontrarme en ella.

Quizá me recibieran a cuchilladas; yo era un hombre libre y ellos seguían fuera de la ley. Pero no tenía nadie más a quien acudir. Y así, remonté esa ladera, recordando todos los pasos del camino, todas las pequeñas trampas de tierra y piedra que acechaban para romperme el tobillo, destrozarme la rodilla y dejarme muriendo en el suelo. Hasta la tierra misma parece ansiosa por matar en un lugar como ese.

Olí la cueva antes de verla: el hedor caliente a aire viciado al que me había acostumbrado. Y vi la estrecha ranura, en la ladera del monte, situada sobre el lugar donde dormía un dios o un dragón. Acerqué la mano al cuchillo que llevaba sobre la cadera mientras me acercaba.

Estaba vacía. Esperé a ver si algún proscrito asomaba la cabeza entre las mantas y la porquería, como un hombre maldito que se levantara de su tumba, pero no había nadie. Me arrodillé junto a la entrada y pasé la mano por la ceniza de una hoguera reciente, en la que encontré unos huesos roídos en una tierra donde no hay más carnívoros que los hombres. Habían estado allí, de modo que me senté a esperar sobre la familiar piedra caliente del fondo de la caverna, donde, en lo más profundo, un dragón seguía dormitando en el corazón de la montaña.

Recordé los días que había pasado tumbado en aquella cueva, pudriéndome de fiebre, con la mano izquierda muerta al tacto. Recordé que Thoris me había cuidado como habría hecho con un niño. Recordé la llegada del cristiano, la paulatina quiebra de nuestra amistad. Recordé que había jurado no volver nunca; otra promesa incumplida. Entonces oí unos pies aplastando la nieve, y ya no hubo tiempo para más recuerdos.

Una sombra en la entrada, con el sol bajo a la espalda. Al principio no supe de quién se trataba. Hubo un tiempo en el que habría distinguido a aquellos dos hombres solo por el olor, pero había perdido ese don.

—Bienvenido, Kiarán. —Fue la voz del cristiano la que habló.

—Thorvaldur —saludé.

Una pausa.

—No sé si me alegro de volver a verte.

—¿Dónde está Thoris?

Al principio Thorvaldur no respondió. Descolgó lo que llevaba a la espalda; un odre lleno de agua, recién sacada del río helado. Me lo ofreció primero, como me correspondía por derecho en cuanto a invitado. Llevé la mano desde el cuchillo hasta el agua, pero al beber la noté gélida y cortante contra la lengua. Me estremecí, porque había perdido la costumbre a esa clase de cosas, y se la devolví al cristiano. Este soltó una risilla y bebió poco a poco, sin que el frío le incomodase.

—Thoris murió este pasado invierno.

—¿Lo mataste tú? —pregunté, sin levantar la voz.

Volvió a reírse.

—No, no. Se lo llevó una fiebre. Rápida y mortal. —Se inclinó hacia delante y juntó las manos—. Y ahora dime: ¿qué te trae de vuelta aquí?

No respondí.

—¿Nos echabas de menos? No me pareció que te fuera a pasar. ¿O has cometido alguna temeridad y han vuelto a declararte fuera de la ley? —Tamborileó con los dedos de una mano en el pomo de la espada—. ¿O has

venido a cobrar una recompensa por la muerte de un proscrito? Creía que no eras lo bastante tonto para venir solo, si esa es tu intención.

—Dijiste que, cuando nos volviéramos a ver, podría elegir. Entre tu Dios y una muerte en combate.

—Es cierto que lo dije. ¿Estás preparado para elegir?

—Sí —contesté—. Deseo escoger ambas.

Me miró fijamente durante un instante, escudriñando mi rostro. A lo mejor creía que me mofaba de él, un insulto al que respondería con sangre. Pero cuando vio que hablaba en serio, soltó una carcajada ronca y puso los ojos en blanco como un *berserker*, mientras se daba palmadas de júbilo en los muslos.

—Oh, Kiarán —exclamó—, no sabes cuánto tiempo hace que espero oír una respuesta como esa. La respuesta verdadera. Les he hecho a muchos esa pregunta, y ninguno ha hablado como tú. —Ladeó la cabeza—. ¿Por qué hacerlo?

—Hay hombres contra los que tengo que combatir. Demasiados para que me enfrente solo a ellos. ¿Me apoyarás? ¿Lucharás y morirás conmigo, contra ellos, si juro creer en tu Dios?

—¿Tu pleito?

—Sí.

Tamborileó de nuevo con los dedos sobre la espada, arriba y abajo, como si fuera un instrumento con el que tocara una melodía inaudible.

—Esos hombres contra los que vas a combatir... ¿son cristianos?

—No.

Hizo una pausa reflexiva.

—Entonces sí —contestó por fin—. Pero tienes que convertirte en cristiano de inmediato. No hay tiempo que perder.

—¿Qué debo hacer?

Me miró con aquella sonrisa de media dentadura, propia de un cadáver.

—Acompáñame —dijo.

El agua helada no guarda silencio. Gime como un moribundo; ladra como un perro rabioso. Y cuando el viento la cruza, se oye una especie de rascar de dedos, como si todos los muertos que el agua ha engullido suplicaran que los dejasen salir.

Estábamos a principios de verano y, aun así, el río seguía congelado. Coloqué ambos pies con cautela, buscando los puntos donde el hielo parecía más grueso, mientras lo oía gemir bajo mi peso. De pequeño había visto cómo esa clase de hielo se tragaba a un hombre. Un chasquido, y desapareció bajo el agua. Para cuando llegué hasta él, patinando y deslizándome sobre el hielo mientras corría, el agua ya se había vuelto a congelar sobre su cabeza. Le vi golpear ese hielo una vez, dos, tres, pero yo sabía ya que era demasiado tarde.

Thorvaldur avanzaba por delante de mí con paso firme, confiando en que el Dios guiara sus pasos; solo paraba de vez en cuando para mirar hacia atrás y burlarse de mí con una sonrisa.

—¿Tienes miedo de morir? Te tenía en mayor consideración.

—Todavía me queda mucho por hacer.

Se encogió de hombros.

—Hala, aquí mismo —dijo—. Ya hemos avanzado suficiente. —Y sacó una hachuela que llevaba al cinto, me la entregó y me pidió que rompiera el hielo.

Me han contado historias de casos en los que, durante los pleitos más enconados, una partida guerrera con ansias de venganza tiene a un hombre a su merced pero se niega a concederle una muerte honorable, una muerte en batalla. En vez de un arma, le entregan una herramienta, para obligar al condenado a cavar su propia tumba.

Cabe preguntarse por qué un hombre iba a hacer semejante cosa. Por qué no negarse de plano y exigirles una muerte limpia. Sobre eso las historias guardan silencio. Quizá sea la amenaza de tortura lo que le obliga, o la promesa de entregarle un arma si hace lo que le piden, para que tenga una oportunidad de morir bien. Sea como fuere, parece ser que el hombre condenado siempre hace

lo que le piden. Luego los asesinos se retractan de cualquier trato relativo a una muerte honrosa que hayan ofrecido. Lo meten en esa tumba y lo entierran vivo. Dejan que se ahogue bajo la tierra.

Mientras trabajaba en el hielo, bajo la silenciosa mirada de Thorvaldur, que estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el hielo, me vinieron a la mente aquellas historias. Y aun así, parecía incapaz de parar.

Corté un círculo en el hielo; un agujero de pescador, aunque en aquella agua muerta no había nada que pudiera capturarse. Y Thorvaldur pronunció unas palabras en una lengua que yo no entendía, con las manos unidas en oración.

—¿Un hechizo? —pregunté cuando acabó.

—Aquí no hay brujería. Solo palabras; y agua; y Dios. —Señaló el hielo—. Arrodíllate conmigo.

Sentí su mano en la nuca, oí otras palabras y el crujido del hielo bajo mis rodillas. Después el mundo dio un bandazo hacia arriba y sentí que el agua se cerraba a mi alrededor. Y, de mi boca, el sonido apagado de unos gritos sumergidos.

Me había convertido en un sacrificio, en un regalo para su dios desde el agua. Y así, luché contra él, intenté agarrarme a los bordes del hielo y sacar la cabeza. Pero él era más fuerte que yo, porque cargaba su peso sobre mí para mantenerme bajo el agua negra. Y sentí el desquiciado anhelo de respirar esa agua.

El mundo regresó, y cambié el agua por el cielo; tumbado sobre el hielo, boqueando y viendo cómo el aliento se me escarchaba ante los ojos. Intenté hablar, pero el frío acalló mi voz, y Thorvaldur se inclinó sobre mí, apoyando las manos sobre mis hombros. Se rio como los lobos parecen hacerlo cuando están de caza, aullando de alegría, con los dientes a la vista y los ojos desorbitados.

—Oh, cómo me alegro de que estés conmigo. ¿Lo sientes ahora? ¿Sientes sobre ti las manos del nuevo Dios?

—Sí —dije, y así era.

Más tarde, junto al fuego. Habían pasado muchas horas desde el ritual sobre el hielo, y todavía parecía incapaz de calentarme. Mi corazón latía a veces muy despacio y a veces amenazaba con salirse por la boca, y me sentía más débil por momentos. Me quedé quieto, sin hablar, esperando a ver si moría o vivía.

Thorvaldur estaba tan activo como yo inmóvil. Atizaba el fuego y miraba el cielo, deseando que acabara la noche, rezando por la llegada del alba.

—¿A cuántos —preguntó— tenemos que matar?

—Los que importan son dos hermanos. Bjorn y Snorri. Con ellos hay tres parientes; Bersi, Harald y Svein.

—¿Solo cinco?

—Hay más. Siempre hay más para seguir adelante con el pleito, ¿verdad? Pero son esos cinco los que importan.

—Muy bien. ¿Y a quién tenemos de nuestro lado?

—Solo a uno. Kari Gunnarsson.

—¿El hijo de Gunnar? ¿Un niño?

—Ya es casi un hombre, y luchará como tal.

—¿Y qué hay de esa mujer? Vigdis, dijiste que se llamaba.

—¿Qué pasa con ella?

—¿También debe morir?

—¿Tu Dios permite que se mate a las mujeres?

—A veces sí. —Juntó las manos de una palmada y se inclinó hacia mí—. Dime una cosa, si tengo que luchar en este pleito tuyo.

—Pregunta.

—¿Por qué haces esto? Y no me mientas, porque me daré cuenta de ello.

—Por venganza, claro está.

Me estudió durante un momento y luego movió un dedo de lado a lado, como si yo fuera un crío y me estuviera riñendo.

—No —dijo—. Esa no es la respuesta, pero da igual. Me contarás la verdad, a su debido tiempo. —Sin pronunciar otra palabra, me dio la espalda, se envolvió en sus mantas y cayó dormido en cuestión de un instante.

Yo también dormí, mejor que ninguna otra noche desde que había empezado el pleito. Y no soñé.

Avanzábamos de noche, porque Thorvaldur seguía siendo un proscrito y que nos sorprendieran juntos significaría la muerte para los dos. Atravesamos el país a oscuras, durmiendo de día en pantanos y lechos de río, y los relatos empezaron a difundirse a nuestro paso.

Los escucharía más tarde: granjeros que oían nuestros pasos por la noche y nos tomaban por fantasmas; pastorcillos que nos entreveían desde sus cobertizos, recortados contra el cielo, y nos confundían con gigantes, engañados por su vista y la distancia. Dioses y monstruos, que avanzaban hacia el valle del Río del Salmón.

Cuando le mostré el valle a Thorvaldur por primera vez, estábamos en las colinas del sur, arriesgándonos a que nos vieran a la luz del amanecer. Recorrí con la mirada los ríos y las cañadas, las montañas y el mar. Asintió y dijo:

—Una buena tierra. Pero no moriría por ella.

—No tienes que morir por este lugar.

—No tengo que morir y punto. Para eso has venido tú aquí, ¿no?

No respondí, y él gruñó.

—Vale —dijo—, ese tampoco es tu secreto. Pero lo descubriré, no te preocupes.

—Ya casi es de día. Tenemos que dormir. La gente saldrá a los campos dentro de poco, y no tienen que vernos.

—¿Adónde iremos mañana?

—A casa de un amigo —respondí, aunque las palabras me supieron a ceniza.

Cuando llegamos a casa de Ragnar, llamé con unos golpecitos a la puerta; suaves, con tacto de ladrón. Aun así, la puerta se abrió al momento, y fue a Sigrid a quien encontramos al otro lado. Supongo que sabía que sería yo.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo, y vi que los ojos le brillaban en la oscuridad. Su mano avanzó hacia mí, vacilante, como si sospechase que yo era más un espíritu que un hombre, y solo pudiera convencerse de lo contrario mediante el tacto. Después su mirada se deslizó por encima de mi hombro, hasta el hombre que esperaba detrás de mí—. ¿A quién traes contigo?

—A un aliado.

Asintió y recuperó la frialdad.

—Despertaré a los demás. Esperad aquí. —Escuché sus pasos, y unas voces quedas en el interior. Y después oí las palabras de Thorvaldur en mi oído.

—¿Quién es?

—Sigrid —respondí, y le oí soltar una risilla.

—Conozco ese nombre. Susurrado por la noche, en sueños, muchas veces durante el largo invierno. Y la reconozco. Esa mujer alta y pálida que tanto añorabas...

—Thorvaldur...

Me sonrió.

—No diré nada, no te preocupes.

Volví a verla, a la media luz que emitía la hoguera, indicándonos por señas que entrásemos. Tanto Ragnar como Kari nos esperaban junto al fuego.

—No tendrías que haberte ido sin mí —me reprochó Kari.

—Lo sé —respondí—. Pero ya está hecho. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Es posible —dijo Sigrid—, pero no disponéis de mucho tiempo. —No apartó la mirada de Thorvaldur, como si hubiese metido a un perro salvaje en su casa.

—¿Y eso?

—He oído hablar a la gente sobre un extraño que recorre las colinas.

—¿Me toman por un fantasma? Sería lo apropiado.

—Eso dicen algunos, pero estoy segura de que hay otros que imaginan la verdad. Están nerviosos.

Entonces habló Ragnar.

—He oído que Bjorn tal vez se vaya fuera de la isla. Él y sus parientes han hablado con varios capitanes; amigos míos. Buscan pasaje en un barco.

—¿Por qué?

—IncurSIONES. Comercio. Ahora es un hombre muy rico. Y quemar una casa es un acto vergonzoso. Tal vez tema que alguien lo lleve ante la ley. —Se miró las palmas de las manos—. Y tal vez haya oído los rumores. Quizá sepa que has regresado.

—Entonces tendremos que actuar con rapidez.

—Bien —dijo Thorvaldur—. No he venido aquí a esperar.

Kari pareció reparar en el recién llegado por primera vez.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Alguien que luchará.

—¿Conociste a mi padre?

—No, no. Solo las historias que Kiarán me ha contado.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—Me gusta matar. ¿A ti no?

—Thorvaldur —dije.

Inclinó la cabeza hacia mí.

—Para eso me has traído, ¿no es así?

—Nunca he matado a nadie —dijo Kari.

Thorvaldur formó un tejado con los dedos.

—Pero ¿quieres hacerlo?

Kari agachó la cabeza.

—Sí —respondió.

—Ya basta —interrumpió Sigrid con calma—. No habléis de matar en esta casa.

Thorvaldur miró a la chica y luego a mí, sonriendo como un imbécil.

—También he oído historias sobre ti.

—Yo sobre ti no he oído nada.

—¿Quieres oírlas?

—No. —Sigrid se volvió hacia mí—. ¿Quién es este hombre?

—Se llama Thorvaldur.

—Ese nombre lo conozco. Un proscrito.

—Sí.

Ragnar hundió la cabeza en las manos, pero no dijo nada.

—Esto es pedirnos demasiado —protestó Sigrid—. Hospedar a un hombre como este.

—No habrá ninguna necesidad de eso —aseguró Thorvaldur—. Dormiré en el granero y, si me encuentran, acusadme de intruso. No recaerá sobre vosotros culpa alguna. —Miró al niño—. ¿Quieres venir conmigo? Tenemos mucho de lo que hablar.

Sentí el contacto de unos dedos fríos en la piel; una advertencia de los dioses, eso es lo que habría pensado en el pasado. Pero no le hice caso; mi nuevo Dios no hablaba mediante acertijos ni presagios, ni ponía la mano encima a sus adoradores. Yo rezaba y le oía hablar. De modo que permití que Thorvaldur saliera y dejé que el niño le acompañase.

Al cabo de un rato, Ragnar suspiró y metió un cuenco de cuerno en el puchero de estofado que había en el fuego. Después me lo pasó.

—Come —dijo—. Debes de estar hambriento.

—Os he traído problemas, y lo lamento.

Ragnar negó con la cabeza.

—Tengo una gran deuda contigo. —Se pasó la lengua por los labios y añadió—: Creí que me matarías cuando te vi regresar.

—Pensé en ello.

—¿Por qué no lo hiciste?

Miré a Sigrid, que sostuvo la mirada sin temor.

—No habría conseguido nada —expliqué—. ¿Crees que estás en deuda conmigo por eso?

—Pensé que iba a morir, y no me dio miedo. Pensé que... que no cambiaría por nada esos años con mi mujer. Ni siquiera si el precio era la muerte. Nunca he tenido valor, pero entonces me di cuenta de eso. Y te lo agradezco.

No había nada que pudiera replicar a aquello. Dejé mi cuenco en el suelo, a medias, porque se me había quitado el apetito.

—¿Qué harás mañana? —preguntó Sigrid.

—Iré a ver a un viejo amigo. Es mejor que no sepáis nada más.

Entonces me llegó el cansancio, después de aquellas largas semanas de caminatas nocturnas. Sin decir nada más, me hice un ovillo bajo mis mantas y me dejé arrastrar al sueño. No me dormí del todo; esperaba oír los goznes de la puerta cuando Kari regresara. Pero no volvió. Y cuando desperté, entrada la noche, agitado por culpa de un sueño, con sabor a sangre en la boca y gritos de fantasmas en los oídos, vi que aún no había vuelto.

No le di mucha importancia.

A la mañana siguiente hacía un día precioso, pero vi que no iba a durar. El sol caía a plomo sobre nosotros, pero encima de las montañas del interior se estaban formando unos gruesos nubarrones que prometían lluvia. Aun así, pude disfrutar del sol durante un rato, sentado fuera de la casa de Ragnar con la espalda apoyada contra la pared. Sentí alegría por ello.

Oí la voz de Kari, que me llamaba por mi nombre. Y cuando me volví, le vi acercarse desde el granero, con unas pronunciadas ojeras.

—¿Has dormido poco? —le pregunté.

—Lo suficiente. ¿Vuelves a marcharte?

Asentí.

—¿Puedo acompañarte esta vez?

—No. Todavía no.

Le dio una patada a una mata de hierba.

—No pienso quedarme atrás por segunda vez.

—Pero lo harás. No habrá una tercera vez; eso te lo prometo.

Miró hacia atrás, en dirección al granero, y no supe interpretar su mirada.

—Me ha contado que te has convertido en cristiano —dijo—. ¿Es verdad?

—Así es.

—Dice que yo también debería hacerlo.

—No hagas caso de todo lo que te diga Thorvaldur.

Asintió con aire ausente.

—¿Cuándo empezaremos?

—¿A matar?

—Sí.

—Pronto. Debemos ser pacientes. Debemos esperar nuestra oportunidad.

—Me da miedo esperar.

—¿Por qué?

Sus dedos subieron veloces a las quemaduras de su cara; ese gesto se había convertido en un hábito para él. Cuando estaba absorto en sus pensamientos o no sabía qué decir, sus manos subían de forma inconsciente hacia aquella piel extraña, sin edad, arruinada. Yo había visto jugar a los hijos de los jefes con muñecas talladas procedentes de allende los mares. El rostro de Kari me recordaba a ellas: plano, inmóvil, no del todo humano.

—Hay otra cosa que debo contarte —dijo—. Sobre la noche en que...

—Cuéntame.

—Cuando padre salió... a luchar contra ellos... oí que me llamaba. Para que luchase a su lado. Y no lo hice. Corrí hacia el túnel, para escapar. Pero no pude recorrerlo.

—¿Y luego qué?

—Mi madre y mi hermana. Las oí llorar detrás de mí, noté que me tiraban de las piernas. —Alzó la vista hacia mí—. Bjorn las habría dejado libres, ¿verdad? ¿Por qué no huyeron?

—No lo sé —respondí. Era una mentira, pero necesaria.

Kari no habló. Me miró mientras esperaba un veredicto.

—¿Huiste de la batalla?

—Sí —susurró.

—¿Y por eso crees que debes morir?

Negó con la cabeza bruscamente.

—No, no. —Se secó los ojos—. No quiero morir. Pero no puedo soportar esta vergüenza. Tengo que... —Miró hacia el granero una vez más—. A lo mejor entonces se me concede el perdón.

—A todos se nos perdonará.

—No es eso lo que dice Thorvaldur. —Se volvió hacia mí—. ¿Adónde vas?

—Te acuerdas del caballo, ¿verdad?

Incluso en la oscuridad, vi cómo palidecía.

—Sé quién lo hizo —dije.

Entonces se echó en mis brazos y hundió la cabeza en mi pecho, como si quisiera enterrarse en él. Lo abracé como podría haber hecho con un hijo mío, en otra vida y otro mundo.

—Mátalos por mí —me pidió, con la voz ronca.

Después se apartó de mí con la misma brusquedad con la que me había abrazado y caminó con paso decidido hacia el granero, mientras se secaba las lágrimas.

«Que hablen —pensé—. Que se haga cristiano, si es lo que desea.» Quería mantener contento a Thorvaldur, nutriéndolo de conversos como quien hace sacrificios a un dios.

Yo seguía pensando según las viejas costumbres, en los viejos dioses. El Cristo Blanco aceptaba una clase distinta de ofrendas. Pero eso no lo sabía entonces.

Recorrí el país poco a poco, como un viajero ocioso. Había estado esperando aquello durante años y, aun así, el día había llegado y no parecía que tuviese prisa. Me detenía en los ríos y metía la mano izquierda destrozada en el agua fresca, como si esperase encontrar un enclave élfico que pudiera recomponerla. Buscaba huesos de oveja o guijarros alisados en matas y charcas, como el niño que registra el suelo en pos de amuletos.

Cuando el sol llegó a lo más alto del firmamento, dirigí mis pasos hacia el interior, siguiendo la parte elevada de las orillas del río, donde se colocan las mejores trampas. Atravesé un pequeño tramo boscoso, cortando matorrales con el cuchillo para pasar el rato, recogiendo ramitas y hojas mojadas, sintiendo la materia húmeda entre las palmas antes de esconderlas otra vez debajo de mi capa. No sabía a qué estaba esperando, pero llegó un momento en el que supe que había llegado la hora, y que estaba preparado.

Me dirigí hacia la casa de Kormák Bersisson. La casa de un traidor.

Dentro se oía ruido. Al acercarme a la puerta de la morada, caminando con sigilo sobre el terreno mojado, oí a varios hombres hablando. No muchos, dos o tres, a menos que los acompañara uno de esos que no pronuncian una sola palabra hasta que hay sangre que derramar.

Retrocedí un poco, colocando cada pie con cautela, aunque hubiese poca necesidad de semejantes precauciones. Los hombres implicados en pleitos están atentos al sonido de los cascos y los relinchos de caballo. No esperan los suaves

pasos de un único hombre que se acerca a pie. Además, estos hombres no tenían por qué estar pendientes de nada. El pleito había terminado; habían ganado.

Esperé a que saliera humo de la casa, a que la hoguera de dentro cobrara fuerza. Entonces fui hasta la puerta y empujé para abrirla, sin llamar. Lo hizo de par en par, porque estaba sin trabar, como corresponde a una casa abierta para amigos y vecinos. Oí un reniego en el interior, porque sin duda me habían tomado por una ráfaga de viento repentina. Luego unos pasos que se acercaban.

—Kormák —dije, y los pasos se detuvieron.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la voz de dentro.

—Un viejo amigo —respondí, pero estaba seguro de que debía doblar la esquina antes de pronunciar mi nombre. Quería verlos antes de concederles semejante advertencia.

Había dos hombres sentados junto al fuego, mirándome como si fuera un fantasma. Uno era Kormák, más viejo y gordo que la última vez que lo había visto. Al otro no lo reconocí al principio, pero luego caí en que era... Bjarni, así se llamaba; el hijo de Kormák. Lo había visto en el banquete de Gunnar tres años antes. Entonces era un niño, pero ya se había convertido en todo un hombre.

Incluso a la titilante luz de la hoguera vi que Kormák palidecía al verme y que sus ojos buscaban un arma. Pero yo le sonreí y le tendí la mano buena a modo de saludo. Él la estrechó, más por instinto que llevado por la amistad, y me senté sin esperar a que me invitaran a hacerlo.

—Atiza ese fuego —le dije—. ¿O no soy un invitado lo bastante digno para que gastes un poco de leña en mí?

—Todo invitado tiene ese derecho —comentó él con la voz pastosa, antes de echar leña al fuego, una pequeña fortuna en forma de yesca y ramitas, lo mínimo que exigía su honor.

El humo se espesó pero, aun así, lo veía a la perfección.

—Bjarni, te «acordarás» de Kiarán. —Enfatizó la tercera palabra, un hincapié que pretendía darle otro significado.

—Sí —dijo el joven—. Me acuerdo.

—Has estado mucho tiempo fuera, Kiarán. Al principio no te he reconocido.

—Sí.

—Había oído que estabas muerto.

Le sonreí, para demostrarle que no tenía miedo. Luego me incliné hacia delante y removí el puchero que había al fuego con el cucharón.

—Aquí hay guiso de sobras para dos hombres.

Él soltó una carcajada insincera y trató de sonreír.

—Ya me conoces. Tragón. Siempre quiero más.

—Sí, conozco esa faceta tuya.

Vi que la sonrisa vacilaba y acababa por desaparecer, y noté que lo roía la vergüenza, como si fuera una alimaña que viviera dentro de él. «Pero deja que le roa un rato más», pensé.

—Creía que a estas horas te encontraría en los campos. Es casi mediodía.

—Este año he cogido más sirvientes.

—Has prosperado desde la última vez que te vi.

—Sí —dijo, y agachó la cabeza.

—Te encuentras mal.

—Es posible. —Vaciló—. No tendrías que haber vuelto, Kiarán.

El hijo se movió y deslizó los pies por el suelo hasta acercarse medio paso. Ladeé la cabeza un poco para mantenerlo dentro de mi campo visual.

—¿Por qué lo dices?

Se encogió de hombros.

—Te quedan pocos amigos en este valle.

—Por eso vengo a verte.

Una luz en sus ojos. Cambió de posición en el banco y trató de sonreír.

—Bien pensado, bien pensado. Tendrías que contarme qué pretendes hacer.

—Mejor no. —Me incliné hacia delante y sentí que el calor del fuego me mordía el cuello y la barbilla—. Lo sé.

—¿Qué sabes? —preguntó, aunque en realidad fuese «¿Cómo lo sabes?» lo que quería decir.

—Todavía no has hablado de Gunnar —observé.

Emitió un leve suspiro, una tenue boqueada de remordimientos.

—No. Es verdad.

—Manda a tu hijo a los campos —le dije—. No debería estar presente cuando pronuncie las siguientes palabras.

—No creo que vaya a mandarlo a ninguna parte —replicó él.

—No pensaba que tuvieras tan poca vergüenza, pero no sé qué me esperaba de un hombre como tú.

—Puede que tengas razón. —Me pareció captar un poco de vergüenza en su voz; pero no era suficiente—. No creo que hayas venido a cruzar solo palabras.

Se hizo un silencio absoluto. Todo estaba preparado. Me concentré en mi respiración; dentro, y fuera, dentro, y fuera, dentro, y fuera. El aire nunca me había sabido tan dulce como en ese momento, cuando no sabía cuántas veces más iba a paladearlo.

Entonces llamaron a la puerta. El momento pasó, se rompió el hechizo. Kormák adoptó una expresión extraña: mitad miedo, mitad alivio. ¿Quién llegaba a aquella casa a mediodía?

Tendría que haber huido en ese momento. Hacia la puerta trasera, por delante de los barriles de suero de leche y pescado en salazón, hacia la luz. El hijo me hubiera clavado el cuchillo entre las costillas si no era cojo o estúpido, pero era menos arriesgado que quedarse. Y aun así, permanecí allí sentado, inmovilizado por una extraña fuerza. Un conjuro paralizador, aunque no supiera distinguir si la maldición procedía de una bruja o de mi propio corazón.

Se abrió la puerta y por ella no entró ninguna banda de hombres dispuestos a quitarme la vida ni un enemigo solitario que quisiera rebanarme el pescuezo. En el umbral había una mujer; una a la que hacía muchos años que no veía.

Vigdis. La que había empezado el pleito.

Nos miramos fijamente durante un rato, sin que ella apartase esos ojos fríos y

negros de los míos.

—¿Vienes sola? —le preguntó Kormák.

—Por supuesto —respondió ella, y se sentó junto al fuego.

—No sabía que Kiarán iba a venir. Tienes que creerme. No he dicho...

—Da igual —le atajó ella—. No te preocupes, Kormák. —Inclinó la cabeza hacia mí—. No pensaba que volvería a verte.

—Yo sabía que sí.

—¿Te concedió tu dios una visión? He oído que es algo que les pasa a los escaldos.

—Algo parecido —dije.

—¿Te concedió tu dios una visión de Gunnar? ¿De la forma en que murió?

—No. Pero sé lo que se hizo allí.

—Me alegro.

—¿Tu bebé está vivo?

—Así es. —Alzó la cabeza—. El chico tiene ya casi tres años y es fuerte como su padre.

—Entonces es un chico. Bien.

Sus manos dejaron de moverse.

—¿Dónde pasas las noches, Kiarán? Cuéntamelo; no puede haber ningún mal en ello.

—No pienso decírtelo. Todavía me quedan algunos amigos.

—Pero no aquí. —Vigdis se llevó el vaso a los labios, sosteniéndolo con ambas manos como una niña pequeña—. Te gustaría matarme, creo.

—No.

—¿No?

—Tú pusiste las palabras, pero no fuiste quien se ocupó de la matanza. Esa vergüenza recae sobre otros.

—Pero ¿Bjorn? —Alzó un dedo hacia Kormák—. ¿Y este hombre?

No respondí. Ella asintió, satisfecha.

—Ya me lo parecía.

—¿Te importa explicarme por qué? —dije.

Ladeó la cabeza.

—No te entiendo.

—Por qué has provocado este pleito.

—Yo no he matado a nadie.

—No. Pero ha habido muchas ocasiones en las que podría haberse acordado la paz. Y en todas ellas has pronunciado las palabras justas para impedirlo. Me preguntó por qué.

Vigdis recapacitó durante un rato, y observé cómo la luz de la hoguera danzaba sobre su piel y la sombra de las llamas acentuaba sus pómulos, el movimiento elegante de sus manos, la concavidad de su garganta. Era una mujer verdaderamente hermosa. Pero no lo bastante para morir por ella, o para matar por ella.

—No —replicó por fin—. No te daré ese gusto. Morirás en la ignorancia.

—Puede que muera —dije—, pero eso es algo que sabré antes de morir.

—No volveré a verte —contraatacó ella.

—Quizá.

—Quizá —reconoció ella—. Pero no lo lamento —añadió—. Recuérdalo. — Se puso en pie y se alisó la falda con las manos. Luego miró a Kormák—. Ya sabes lo que hay que hacer ahora.

Entonces se fue, de vuelta a la luz del mundo, y escuchamos unos cascos de caballo golpeando la tierra mojada.

—Ojalá no hubieras venido aquí —dijo Kormák.

—¿Matarías a un invitado en tu propia casa?

—No eres un invitado. No tendrías que haber venido.

—No debería sorprenderme. No sería la primera vez que matases como un cobarde.

—Yo no tuve nada que ver con lo que le hicieron a Gunnar. Eso lo hizo Bjorn por diversión.

—No me refería a eso. Sé lo que pasó con la mujer de Gunnar. Y con su hija.

Se puso blanco de vergüenza.

—No puedes saberlo —dijo—. Nadie te lo contaría.

—Y, aun así, lo sé.

Tembló por un momento, y luego se calmó y miró a su hijo.

—¿Qué haces aquí, Kiarán?

—Creo que ya lo sabes.

Me miró boquiabierto. Después emitió un pequeño suspiro de alivio.

—¿Has venido a morir?

Recogí las manos sobre el pecho y bajé la cabeza hacia el fuego, tal y como he oído que, en otras tierras, los condenados se arrodillan ante el verdugo.

—Ya he vivido suficiente —dije.

Con el rabillo del ojo, vi que su hijo ponía la mano en el cuchillo que llevaba enganchado en el cinturón.

—Dime una cosa —añadí.

—¿Qué quieres saber? —Vi que su hijo se acercaba todavía más.

—¿Por qué traicionaste a Gunnar?

—¿De verdad deseas saberlo?

—Sí.

Miró de reojo a su hijo.

—Se creía mejor que el resto de nosotros —confesó, con voz pausada, a regañadientes, aunque sus palabras dejaban el regusto de la verdad—. Creía que, por ser diestro con la espada y tener afición a matar, estaba por encima de nosotros. Lo único que tenía era ese pedacito de tierra y ese rebaño de ovejas agusanadas. Ni parientes ni el favor de su jefe. Y, aun así, creía que podía vivir sin los demás.

No me atrevía a cerrar los ojos, pero era lo único que quería: aislarme del mundo por un momento, creer que estaba soñando. No sé qué era lo que esperaba. Que hubiesen comprado a Kormák con plata o prometiéndole honores. Una vez conocida la mezquina verdad, deseaba no haberla oído.

—Es verdad —dije—. Fue un insensato al creer que podría vivir sin todo eso.

El hijo estaba aún más cerca, pero todavía tenía tiempo para hablar otra vez.

—En una cosa tenía razón —puntualicé—. Era mejor hombre que vosotros.
—Y una vez dicho eso, saqué la mano, la buena, de debajo de la capa.

Kormák estaba preparado, y enseguida se levantó y dio un paso atrás para esquivar una cuchillada, a la vez que movía la mano hacia su costado, en dirección a su propia arma. Pero quiso evitar una estocada que no se produjo, porque en la mano yo no llevaba hierro, sino un gran puñado de hojas, todavía mojadas por la lluvia que había caído la noche anterior. Las eché al fuego y, al instante, la casa se llenó de humo.

Una mano me agarró de la capa y tiró de mí hacia la punta de una espada, pero yo la llevaba desabrochada y se me escurrió de la espalda, mientras me adentraba en el humo tapándome la boca con la mano y con los ojos cerrados. Escuché.

Los otros dos tropezaban de un lado a otro entre boqueadas y arcadas. Busqué a Kormák guiándome por el oído y el tacto, como me han contado que los ciegos buscan venganza al final de su vida, tanteando la oscuridad con mano temblorosa a la caza de una garganta, un ojo, un corazón que late al que acallar. De ese modo me adentré en la humareda, adelantando la mano izquierda mutilada hasta que le toqué el pecho. Porque era la derecha la que sostenía la daga.

La hoja entró tres veces y en dos ocasiones volvió a salir, porque a la tercera cuchillada una trampa de hueso se cerró en torno a ella y la mantuvo allí. Entonces retrocedí y conté los pasos hasta la puerta. Oía moverse al hijo entre el humo, bordeando el fuego, llamando a su padre a gritos. Pero comprendió demasiado tarde que yo me dirigía a la entrada.

Salí a la luz cegadora del sol, perseguido por el humo, que era como un espíritu vengativo, con los ojos arrasados en lágrimas, tragando grandes bocanadas de aire fresco como bebe agua alguien que haya atravesado el desierto. Miré por encima del hombro mientras corría porque pensé que Bjarni me perseguiría, que iría tras de mí para luchar y morir al aire libre. Pero no lo

hizo. Mientras me alejaba de la casa, oí el sonido de un arma que caía al suelo a mi espalda, y se elevó un alarido agudo, el de un hijo por su padre, a la vez que empezaba a caer una blandísima nieve.

¿Qué augurio era aquella nevada veraniega? Porque las nubes habían entrado desde el mar, pero no iban cargadas de lluvia. Los copos blancos caían en un espeso manto a mi alrededor, mientras me alejaba corriendo y tropezando de la casa del muerto, de vuelta a la morada de Ragnar, al otro lado del valle. ¿Qué dios hablaba así? ¿El Cristo Blanco o los viejos dioses a los que había dejado atrás? ¿Tenía por objeto cubrir mi huida, o revelar mis huellas y no dejar a un asesino ningún escondrijo seguro?

En aquel momento no me importaba. Porque el júbilo de matar ardía como una fiebre y no podía saber cómo había vivido tanto tiempo sin él.

Entonces entendí el anhelo que sentía Gunnar, aunque me fuese imposible comprender cómo había intentado renunciar a él y cambiar la vida del guerrero por la del granjero. Qué entereza hacía falta para intentar colgar la espada una vez que se había conocido aquel júbilo terrible. En aquel momento le amé más que nunca; y amaba a su hijo, pues era lo único que me quedaba de mi amigo.

Me tomé mi tiempo para volver a casa de Ragnar. Di un rodeo por las tierras altas, esperando y atento a cualquier indicio de persecución, pues no podía arriesgarme a que me siguieran. De vez en cuando, paraba para sumergir las manos en la nieve y dejarla roja a mi paso, borrando las manchas de mi acto homicida. No encaminé mis pasos en dirección a la costa, hacia la casa de Ragnar, hasta que estuve seguro de que ningún perseguidor iba a encontrarme.

Sin molestarme en llamar, abrí la puerta de par en par y entré. Notaba la sonrisa que tenía en la cara, pero no podía desembarazarme de ella. Al entrar, me

encontré a Ragnar y Sigrid hablando de algo serio junto al fuego; Sigrid alzó la vista hacia mí y capté el miedo en sus ojos.

—La sangre no es mía —aclaré—. No estoy herido. —Pues tenía las manos limpias, pero mi ropa seguía manchada de sangre.

Sigrid caminó hasta mí, me puso las manos en la cara y me miró a los ojos. Fui incapaz de respirar durante unos instantes, transido de dolor. Aun así, vi enseguida que la había malinterpretado. No había ternura ni afecto en su contacto. Solo quería asegurarse mi atención.

—Thorvaldur se ha ido —dijo—. Se ha llevado a Kari.

Una vez más, aquel roce frío contra la piel: la advertencia burlona de un dios.

—Explícame qué quieres decir. Todo lo rápido que puedas.

Fue Ragnar quien tomó la palabra.

—He ido a ver a los capitanes y marineros para hacerme una idea de los rumores que corren por el valle. Para enterarme de lo que estaban haciendo Bjorn y sus parientes. Quería... quería ayudar. —Vaciló—. Hoy Vigdis se ha paseado por todo el valle a caballo. Y parece que Bjorn zarpará esta noche, cuando cambie la marea.

Por un momento me quedé sin respiración.

—¿Dónde? —pregunté.

—Hacia la costa norte, cerca de Cambness. Hay un barco que le espera allí.

—No me creo que alguien vaya a hacerse a la mar con esta tormenta.

—El viento es favorable y la tormenta pronto amainará. Es inevitable. —Tragó saliva—. Thorvaldur ha dicho que esperar sería la maldición de un cobarde. Que le tenderían una emboscada a Bjorn cuando se dirigiera hacia el barco.

—¿Cuántos acompañarán a Bjorn?

—No lo sé. Su hermano. Y un puñado más de hombres, diría yo.

—¿Por qué no los has detenido?

Entonces intervino Sigrid.

—¿Invitas a un lobo a nuestra casa y nos pides que le paremos los pies por ti?

Ragnar sonrió con pesar.

—Lo siento, Kiarán, ojalá hubiera podido impedir que se fueran. —Se pasó la lengua por los labios—. Me ha llamado... cobarde.

La palabra quedó flotando en el aire: una palabra que mataba. Un hombre o una mujer necesitan magia para provocar un derramamiento de sangre. Hay palabras que no precisan brujería para convertir en inevitable una matanza; se pronuncian y, entonces, mueren hombres. Vi que los labios de Sigrid se volvían blancos de ira y que las manos se le tensaban como si ansiaran empuñar un arma.

—Tendré que batirme con él, ¿verdad? —dijo Ragnar—. Retarlo al *holmgang*. —Se miró las manos, propias de un marinero. Me pregunté cuándo había sido la última vez que blandió un arma—. Sé lo que soy; pero no puedo tolerar que se diga.

—No —repliqué. Sentí que, en mi interior, el júbilo homicida daba paso a algo distinto: el impulso frío y medido de la venganza—. Si llegamos a eso, yo lucharé con él en tu lugar. Creo que, tal vez, eso es lo que quiere. ¿Cuánto hace que se han ido?

—Una hora. Se han llevado caballos.

—Yo también necesito uno.

—Han cogido los dos mejores que tenemos. Pero puedes llevarte a Snorri. Es viejo y está medio cojo, pero a lo mejor te lleva hasta allí a tiempo.

Una mentira; bondadosa, esperanzada, pero mentira a fin de cuentas. Cogí una lanza de una esquina de la habitación y la sopesé. También había un hacha y un escudo, que asimismo me llevé. Kari había cogido la espada de su padre.

No me dirigieron la palabra mientras reunía mis armas. Ni siquiera podían mirarme, ni yo a ellos. Con el rabillo del ojo vi que Sigrid le cogía la mano y se la acercaba al pecho, y tuve que cerrar los ojos para no ver más. «Se alegran de librarse de mí —pensé—. Y no les culpo.»

Aun así, cuando ya estaba en la puerta, oí una voz que me llamaba.

—Kiarán, espera.

Me volví y me encontré con Sigrid. Echó un vistazo hacia atrás, a Ragnar, que

estaba sentado junto a la hoguera y desvió la mirada hacia otra parte.

—¿Volverás? —me preguntó ella.

—No lo creo. —Me miré la mano, la buena, y vi que no temblaba—. Volveré a ver a Gunnar. Y salvaré a su hijo. Y eso bastará. —Al pronunciar esas palabras, pensé en el fuerte abrazo que Kari me había dado esa mañana. ¿Lo sabía ya entonces? ¿Había sido su manera de despedirse, a falta de las palabras apropiadas?

—¿Tienes miedo?

—No. —La miré a los ojos—. Es fácil marchar hacia la muerte cuando sabes que supondrá una alegría para alguien a quien quieres.

Ella no dijo nada durante un momento. Luego:

—Eso no es verdad. Porque sí te amé, en otra época.

—Pero ya no.

—No.

—Y nunca me amarás.

—No lo creo. Pero sí te amé una vez. De verdad, con todo mi ser. Y es posible que eso pueda significar algo para ti.

—Así es.

Me empapé del rubio de su pelo, del contorno de su mentón, que parecía una piedra de afilar, y de esos ojos con una pincelada verde en el centro. El tacto de sus caderas, aquella noche de hacía tanto tiempo. Entonces lo recordé todo y supe que no olvidaría.

Estaba cansado antes de empezar. La lujuria homicida me había abandonado y solo tenía ganas de descansar, de apoyar la cabeza, cerrar los ojos y dar por terminada la matanza al menos durante un día.

Una última cabalgata a la batalla, me dije. Una más, y luego todo se acabará. Luego no habrá sino descanso.

¿Qué debían de haber pensado aquellos hombres que cazaban a sus

semejantes? ¿Qué caminos habrían tomado? Irían por lugares donde la nieve hubiera cuajado y, en efecto, allí encontré huellas de caballo. Era un territorio desconocido para Thorvaldur, pero le guiaba Kari, y nadie conocía mejor los escondrijos de un lugar que un niño. Me dirigí hacia el norte, pasando por delante de la playa en la que Gunnar y yo habíamos encontrado la ballena y, por un momento, entre la espuma de las olas zarandeadas por la tormenta, me pareció ver una figura allí que levantaba una mano para saludarme.

«Espera —le dije—. Pronto iré contigo.»

Al norte se encontraba Laugar; tal vez Bjorn y sus hombres se detendrían en el manantial de aguas termales antes de zarpar. Para sentir el calor, reírse desnudos bajo la repentina nevada y alardear de valor. Y después irían al oeste, hacia el amarradero que había más allá de Cambness. Subirían a la cima de la colina y contemplarían el valle del Río del Salmón una vez más antes de embarcar.

Encontré los caballos sueltos al pie de la colina. Los habían dejado libres, porque sus jinetes no contaban con volver a montarlos. Cerca, en el suelo, huellas de pisadas en el barro y la nieve medio derretida: de un hombre y un niño. Como un padre y un hijo que caminasen juntos. Seguí el rastro a toda prisa, atándome el escudo a la mano mutilada mientras corría, entrelazando las tiras de cuero y de tela.

Llegué a la cima, con un fuego abrasador en los pulmones y odio puro en el corazón. Allí, delante de mí, una figura tendida en el suelo. Tan inmóvil que podría haberla confundido con una retorcida raíz con forma de hombre, una roca peculiar que creaba un efecto óptico o un hombre asesinado al que habían dejado insepulto. Pero la vista no me engañaba. Thorvaldur estaba tumbado en el suelo, con la mano sobre una lanza y la vista puesta en el valle de abajo.

Me adelanté, poniendo un pie delante del otro y con el escudo por delante, con todo el sigilo con el que podía caminar. Desplacé el peso y apoyé el astil de la lanza en el hombro, ahorrando fuerzas para el lanzamiento. Pese a mi cautela, me oyó acercarme.

—Kiarán —dijo Thorvaldur, y volvió la cabeza para mirarme. Si mi lanza

aprestada le causaba alguna preocupación, no se le notó en la cara—. Kari me ha advertido que vendrías, que nos encontrarías. No le he creído.

—¿Dónde está el niño?

—Ya no es un niño, sino un hombre. Porque luchará con nosotros en el pleito. Eso es lo que querías, ¿no? Por eso le devolviste la espada de su padre.

—¿Dónde está?

—Está cerca, donde tiene que estar.

—Te mataré —dije.

—A lo mejor. Pero te servirá de poco. —Señaló hacia abajo—. Mira.

En el valle de abajo vi a Kari erguido en toda su estatura. Tenía una mano apoyada en el canto del escudo que estaba derecho a su lado y arrastraba por el suelo la punta de la espada que llevaba al cinto, porque no era lo bastante alto para que colgara suelta. Vestía una túnica negra: el color de matar. Sus intenciones eran inconfundibles.

Entonces me vio a través de la cortina de nieve. Me sonrió y saludó con la mano, y volvió a convertirse en un niño.

Quería llamarle. Decirle que huyera, que se escondiese. Que me perdonase. Pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta porque vi, al otro lado de una curva del valle, más allá de la vista de Kari, a un grupo de hombres que se acercaban. Oí los relinchos de sus caballos y el parloteo lejano y familiar. No distinguía las palabras, pero incluso a esa distancia reconocí algunas de las voces. Los hombres que me habían dado caza a través de otra tormenta. Bjorn, sus hermanos y quienes los apoyaban.

Me tumbé en el suelo y bajé la cabeza, hasta sentir en la frente la hierba mojada, como una mano fresca que comprueba si tienes fiebre. Cuando volví a levantar la mirada, vi a Thorvaldur con las manos vueltas hacia arriba y las palmas hacia el cielo. Ladeó la cabeza y sonrió.

—La nieve nos bendice —susurró—. Es una bendición blanca del Cristo Blanco. A lo mejor hasta ganamos esta batalla. —Extendió un dedo hacia el grupo de guerreros—. Y mira. Solo son seis.

—Nos superan en número. Él es un niño. Yo estoy mutilado.

—Yo valgo por dos de esos hombres. Kari vale por dos de esos hombres. Pero ¿y tú?

—Tenemos que irnos de aquí.

—Es demasiado tarde para eso.

Sabía que Thorvaldur tenía razón.

—Podríamos haber esperado.

—¿Qué necesidad hay? Me prometiste muertes y tu fe. ¿Vas a cumplir solo la mitad del trato?

—Escupo sobre tu Cristo Blanco. Lo maldigo. Es un dios de cobardes.

—Y, aun así, yo soy el valiente y tú, el cobarde, si no estás dispuesto a luchar hoy. Puedes maldecir a mi Dios si te apetece. Pero si lo haces, no pelearé contra ti. —La sonrisa desquiciada desapareció de su rostro con la misma rapidez con la que había brotado—. Rézale, Kiarán. Hazlo ahora, porque no tenemos mucho tiempo. Él te dirá qué hacer.

Junté las manos, cerré los ojos y recé.

Sentía la proximidad de la muerte, como unas manos cerradas en torno a mi garganta, una frialdad aguda que se deslizaba entre mis costillas hasta tocarme el corazón. Había descubierto que la muerte tiene su propio sabor, seco, como el hierro sobre la lengua. No huele a nada; el sudor y la peste del mundo se desvanecen y no dejan nada atrás.

Recé al Cristo Blanco y a su padre para que me confiriesen fuerzas en la batalla y valor para destruir a mis enemigos, para que me concediesen la venganza de unos amigos muertos hacía mucho. Y solo tardé un instante en notar la mano fría de Dios sobre mi hombro.

Abrí los ojos. El mundo parecía un poco más luminoso. El sabor de la muerte se apagó en mi boca y fui capaz de apreciar de nuevo el olor de la tierra y el aire. Lucharía a mi lado, porque entonces me di cuenta de que era tal y como había dicho el sacerdote: aquel era un Dios de la venganza.

Entonces quise cantarle y pensé en ofrecerle un cántico suave que se perdiera

en el viento. Pensé en brindarle una canción nueva, pero no encontraba palabras. Busqué inspiración en las viejas canciones, las que había repetido un centenar de veces, y aunque las palabras se acercaban a mis labios, no llegaban a salir de ellos, como un río crecido que no acaba de desbordar sus orillas.

Mis canciones pertenecían a los viejos dioses y los había abandonado. A mi nuevo Dios se le adoraba en silencio. Nunca volvería a cantar.

Abajo, el grupo de guerreros dobló la esquina, y su charla y sus risas cesaron de golpe. Bjorn y los demás desmontaron, se adelantaron y se colocaron en silencio delante del niño. No creo que reconociesen a Kari al principio; le daban por muerto y su rostro quemado les dejaba poco que encontraran familiar.

Vi hablar a Kari, pero no distinguí lo que decía. Y vi que aquellos hombres se estremecían casi como uno solo, recorridos por una ola de vergüenza. Sin duda habían intentado olvidar lo que habían hecho.

Kari habló de nuevo y Bjorn negó con la cabeza. Luego señaló hacia el sur y apuntó con el dedo a la playa, la seguridad.

Kari habló una última vez, más alto en esa ocasión: una sola palabra. Por lo menos, yo solo oí una:

—Cobarde.

Entonces Bjorn asintió. Cogió el escudo que llevaba enganchado a la silla y el hacha que le colgaba del cinto. Otro hombre empezó a desenvainar su arma al ver esto, pero Bjorn le detuvo con una maldición y habló lo bastante alto para que yo lo oyera:

—¡No me deshonres!

La espada de Gunnar ya estaba a la vista; era demasiado grande para Kari, pero la sostenía bien. No había duda de que era un digno hijo de su padre. La postura que adoptó, la expresión de sus ojos... Incluso en su cara destrozada se adivinaba la sombra del amigo que había perdido.

Bjorn vaciló una vez más y contempló al chico que le plantaba cara. Visto desde lejos, a través de la cortina en movimiento de la nieve, casi parecía que estuviera presenciando una batalla salida de las antiguas historias. Como si no

fuera un niño oponiéndose a un hombre, sino un hombre enfrentado a un gigante.

El gigante se encogió de hombros y escupió en el suelo. Y el acero empezó a cantar.

Levanté medio cuerpo, agarrando la lanza con más fuerza, pero Thorvaldur me puso la mano en el hombro.

—Espera —dijo.

—¿A qué?

No respondió, pero en ese momento confiaba en él. No hay confianza comparable a la de los hombres que luchan juntos. Fuera cual fuese el juego que se traía entre manos antes, por mucho que le gustase hacerme bailar a su son, todo eso carecía de importancia en aquel instante.

Bjorn le tenía miedo a esa espada, porque había visto lo que podía hacer. Le vi esquivar retrocediendo más de lo necesario, para interponer su escudo con precisión en el camino de la hoja. Sus acometidas eran vacilantes, a pesar de toda la ventaja que tenía. Aun así, estaba claro cómo iba a terminar el combate. Era una espada hermosa, pero no compensaba un palmo y medio de brazo y dos arrobas de peso. Kari luchaba bien, pero no podía romper la guardia de aquel hombre más corpulento. Y Bjorn no tardó mucho en encontrar su coraje.

Empezaron a saltar astillas de madera del escudo de Kari, y le vi respirar a boqueadas mientras retrocedía. Apenas contraatacaba con algún que otro espadazo poco convencido, ya que volcaba todos sus esfuerzos en mantener en alto el escudo mientras Bjorn lo machacaba; no tenía ningún arte y andaba justo de habilidad, pero no los necesitaba. Solo necesitaba su peso, y tiempo.

Pronto Kari se quedó sin espacio para retroceder, y su escudo gemía y crujía con cada golpe. Vi que los otros hombres estaban absortos, con las manos medio levantadas, implorantes. Anhelaban que llegase la muerte y les diera su liberación. Perdidos en el baile que tenían delante, no tenían ojos para nada más.

—Ahora —dijo Thorvaldur. Pero yo lo adiviné antes de que hablara, y ya estaba en marcha.

Colina abajo, brincando de mata en mata con grandes zancadas. Con el rabllo del ojo vi que Kari había caído al suelo y sostenía el escudo en alto con las dos manos, y que había sangre sobre la nieve recién caída. Pero no podía mirarle, porque tenía la vista clavada en los hombres a los que debía matar.

Noté que en mi interior burbujeaba y bullía un gran sonido, que me rascaba los dientes y me atenazaba la garganta, desesperado por nacer, pero no le di rienda suelta. No hasta que mi lanza emprendió el vuelo, no hasta que hubo alcanzado su diana de carne y hueso, no hasta que hubo un hombre gritando en el suelo. Al oírle, dejé que el sonido surgiera de mi interior. No fue una maldición o un grito de guerra, ni una canción o un alarido, sino una carcajada. Porque a través de mí, en ese momento, habló una alegría; la alegría del *berserker*, que solo conoce la risa.

La batalla no era movimiento, sino quietud. Una sucesión de momentos en los que el mundo cesaba de moverse y todo podía verse. Entre dos de esos momentos se me nubló la vista. No podía hablar. No podía cantar. Pero podía reír; y podía matar.

En aquellos instantes de inmovilidad, lo vi todo con meridiana claridad. Los dientes blancos del hombre al que había alanceado, las espirales de tierra en la mano que sostenía en alto, el arco que trazó la sangre cuando hice caer mi hacha sobre su boca y le dejé convertido en un cadáver sonriente.

El siguiente hombre parecía petrificado en mitad de su ataque, porque su hacha se movía hacia mi cabeza con la lentitud del sol en el firmamento. Fue sencillísimo interponer mi escudo. Él no tuvo tiempo de levantar el suyo, de modo que alzó la mano por instinto para detener mi acometida. Ese escudo de carne desapareció con dos hachazos. Le toqué la barriga con la hoja y, aunque a mí me pareció una suave caricia, él cayó de rodillas en el acto y derramó sus secretos sobre la nieve.

Movió los labios, pero no oí lo que decía. No oía nada salvo la risa.

También vi a Thorvaldur. No tenía escudo en el brazo, solo esa espada

tremenda que blandía con ambas manos. Se movía como un bailarín y solo dejaba la muerte a su paso.

Y en la cúspide de mi furia vi a Bjorn. Tenía la pierna rajada y se veía la grasa amarilla separada limpiamente hasta el hueso. Su escudo había caído y él se sostenía sobre una mano vacía apoyada en el suelo. Con la otra mano, la que aún estaba ocupada, hacía descender su hacha una y otra vez sobre el niño que tenía a los pies.

Ya estamos cerca, ¿verdad? Cerca del amanecer, porque el sol saldrá reptando hacia el cielo muy pronto. Y cerca del final de mi historia. Nuestra historia, sería mejor decir.

Ah, veo que eso ha hecho que te muevas, Sumardil.

Lo sabrás todo, te lo prometo. Será el fin de todos los misterios. Te daré toda la verdad que puedas desear; demasiada, quizá, ya veremos. Pero debo entretenerme un poco más antes de llegar al final. Tengo que hablarte un poco más de Kari, el hijo de Gunnar.

Cuando era joven, nunca se me pasó por la cabeza tener un hijo. Sin tierras a mi nombre, hubiera sido esperar demasiado. A decir verdad, tampoco me importaba mucho. Lo único que quería era vagabundear y ser libre. Pensaba que mis palabras serían mi descendencia. Una buena canción vive más que un buen hijo, a fin de cuentas.

Cuando encontré a Sigrid y pensaba que nos casaríamos, sentí por primera vez ese extraño anhelo de ser padre. Entonces lo entendí como no lo había comprendido hasta entonces. Ese anhelo de traer al mundo algo más de mi amada, de encontrar una manera de lograr que el amor burle a la muerte. Y supongo que al final mi deseo se hizo realidad, aunque no del modo que había imaginado.

Kari era nuestro hijo, mío y de Sigrid. No lo criamos desde su nacimiento, sino desde su muerte. No había otro niño como él en el mundo.

He amado a una mujer. He amado a un amigo. A veces, creo que no he

*amado a nadie tanto como amaba a aquel niño.
Ni siquiera a ti, Sumardil.*

Me abandonó la furia de la batalla y recuperé el oído.

Oí la llamada del viento y el fragor del mar al otro lado de las colinas. Cerca de mí, los sollozos de un hombre. Oí mi respiración entrecortada y el latido de mi corazón, como un puño aporreando una puerta.

Pero había un sonido que ansiaba escuchar y no oía. Una palabra, un jadeo o un grito... el niño tendido en el suelo no emitía ninguno de ellos. E incluso a aquella distancia veía que la nieve estaba manchada de sangre.

Una risilla entrecortada y jadeante, cerca de mí. Porque Thorvaldur seguía vivo y estaba encorvado y apoyado en su espada como un anciano en un báculo. Yo también estaba doblado por la mitad, porque parecía que el combate nos hubiese convertido a los dos en ancianos. A Bjorn, por otro lado, lo había dejado hecho un niño, pues le veía alejarse a gatas, mientras dejaba tras de sí un reguero de sangre.

Era el único que quedaba. Sus hermanos, sus amigos... aquellos cinco hombres yacían muertos a mis pies, y no recordaba a cuáles había matado yo.

Un sonido blando y mojado, de barro y nieve, bajo mis pies, cuando me acerqué a Kari. Estaba tumbado boca arriba y con los brazos abiertos como si pretendiera abrazar el cielo. Le faltaba un ojo y el otro estaba oscuro, como una cuenta de cristal ennegrecido.

Un rasgido de hierba arrancada, el sonido de un cuerpo que se arrastraba por el fango. Bjorn intentaba escapar de nosotros reptando. Debería haberme invadido una sensación de urgencia al tener mi venganza tan a mano. Debería haber estado preocupado por si llegaban más hombres, pues el camino de la

costa era muy transitado. Pero no parecía sentir ningún apremio. Ya no había prisa por hacer nada. Mientras había durado el pleito, había tenido la sensación de que el tiempo se me escapaba de las manos. Ahora, me sobraba. Me quedaba demasiado tiempo por vivir.

Thorvaldur me puso la mano en el hombro y vi su cansada sonrisa de media dentadura.

—Vamos —dijo.

Bjorn no había llegado muy lejos. Observé la fea herida que tenía en la pierna, un gran corte de espada que le había rajado el muslo hasta dejar la rótula al aire como una sonrisa al cielo. Debía de habérsela hecho Kari desde el suelo. Exhausto, con el escudo roto y lleno de heridas. Podría haberse quedado quieto, hacerse el muerto como un cobarde y salvar la vida, pero había hecho acopio de fuerzas para una última estocada con la espada de su padre.

Bjorn rodó para ponerse boca arriba cuando oyó que nos acercábamos. Tenía el hacha pegada al pecho, como si le diera miedo que se la arrebatase. Parecía un niño temeroso de que le quitaran un juguete. Me miró y, en ese momento, me reconoció.

—¿Eres un fantasma? —preguntó.

—No.

—¿Mi hermano?

—Está muerto.

Sus ojos perdieron brillo, y relajó un poco la mano del hacha. Luego se puso a maldecirme, y yo esperé a que se cansara.

Cuando se le agotaron los insultos, dijo:

—Esto lo has hecho por Gunnar. Por lo que nosotros...

—No. No es por lo que le hicisteis a Gunnar.

—Entonces... —Lanzó una exclamación ahogada de dolor y volvió la cabeza —. Entonces ¿por qué?

Me arrodillé a su lado, fuera del alcance del hacha.

—Las huellas —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando llegué a la granja de Gunnar, vi las huellas. Dos pares. Unas grandes, las otras pequeñas. Salían de la casa. Después daban la vuelta y volvían hacia el incendio. —Vi la vergüenza escrita en sus ojos—. Eran de su esposa y su hija, ¿verdad? Dalla y Freydis.

—Sí.

—Dime lo que hicisteis.

Miró hacia ambas direcciones del sendero, con la cara cenicienta y recubierta de sudor espeso, como un caballo reventado tras una larga galopada. Pero vio que no llegaba nadie a rescatarlo, que estaba solo con la nieve que caía y los dos hombres que lo miraban desde arriba.

—Nosotros... —empezó, y luego dejó esa frase en el aire, con una boqueada—. Salieron cuando incendiamos la casa. Yo quería dejarlas marchar, lo juro. Pero... —Hizo una pausa y me miró. No sé qué esperaba encontrar en mis ojos, pero no lo halló.

»Fue Vigdis. Me dijo... dijo que sería un cobarde si permitía que se fuesen. Que mis hermanos se avergonzarían de mí. —Cerró los ojos al recordarlo, y no añadió nada más.

Entonces me lo imaginé. Un círculo de hombres, una muralla de escudos. Una casa pasto de las llamas, altas y rugientes. Una mujer y su hija que golpean los escudos, suplicando por su vida. Y esos hombres que avanzan, paso a paso, obligando a las mujeres a regresar al fuego. ¿Habían apartado la vista mientras las empujaban hacia las llamas? ¿Habían llorado de vergüenza detrás de sus escudos?

¿Había muerto Gunnar viendo aquello?

—Lo que hicimos fue vergonzoso. —Eso ya lo dijo susurrando; temblaba y tenía la cara pálida como un hueso salido del océano. Las manos que rodeaban el

mango del hacha empezaban a estar flácidas—. Sé cuáles fueron las últimas palabras de Gunnar. Sé lo que dijo. Promete que me matarás bien y te las diré.

Miré a Thorvaldur.

—Tú eliges —me dijo.

Cerca, oí el borboteo de un arroyo. Entonces supe qué hacer.

—Suelta el hacha —ordené. Bjorn asintió, sin pensar, y dejó que le quitase el arma.

—Dame el brazo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, con los dientes castañeteando de frío.

Sin decir nada, lo levanté hasta cargar su peso sobre un hombro. Thorvaldur se colocó al otro lado y, juntos, le ayudamos a llegar hasta el río; dos hermanos ayudando a un anciano padre a llegar hasta su cama.

Allí lo tumbamos, y él formó un cuenco con la mano y la metió en el agua, para luego llevársela a los labios. Sin embargo, cuando tuvo el líquido en la mano, pareció olvidar lo que deseaba. Abrió los dedos y el agua cayó otra vez en el río.

—¿Sabes cómo se hace cristiano a un hombre? —pregunté.

—No.

—Renacemos en el agua. Yo te haré cristiano y tú me contarás las palabras de Gunnar.

—¿Me dejarás vivir?

—Cuéntame lo que dijo Gunnar.

Bjorn contempló el agua. Al hablar, fue como si las palabras surgieran de otra persona.

—Gritó tu nombre. Como si... como si fueras una mujer a la que amase. Eso fue lo único que dijo mientras moría. Tu nombre, una y otra vez.

Entonces intenté oír a Gunnar. Había pronunciado mi nombre al morir; tal vez su espíritu aún lo estuviera diciendo y me lo estuviera susurrando.

No oí nada. Pensé en lo que sabía, en las palabras que un moribundo debe pronunciar. Entonces conocí a mi amigo, por primera y última vez.

—Mete la cabeza en el agua —dije.

Bjorn se arrastró hasta la orilla misma del río y me miró una vez, con aire dubitativo, temeroso. Después introdujo la cabeza con cuidado en la corriente de agua.

Le puse una mano en la nuca. La otra, mi pedazo de carne sin dedos, la enrosqué en torno a su brazo, y luego cargué todo mi peso sobre su espalda. Entonces supo lo que pretendía hacerle y se revolvió tanto como pudo, pero no le quedaban fuerzas; las había derramado todas sobre la nieve.

No tardó mucho. Cuando quedó inmóvil una vez más, Thorvaldur me dijo unas palabras, pero fue como si no las oyera. Descubrí que me encontraba de nuevo al lado de Kari, con el cristiano tras mis pasos. Me senté, y él se acomodó a mi costado, aunque fue lo bastante prudente para no decir nada.

Thorvaldur tenía sangre en los dientes, y un reguerillo le salía de la boca y le llegaba hasta la barbilla. Pero me sonrió, y supe que no estaba malherido. Se había llevado un golpe en la boca con el umbo de un escudo o el mango de un hacha, pero no era una herida mortal.

—¿Qué será de él? —pregunté.

—¿De Kari?

—Sí.

—Ha muerto como un guerrero de Cristo. Sus pecados han sido perdonados. Ahora está en el Cielo.

—¿Y qué pasa con sus padres?

—Murieron como paganos. No volverá a verlos nunca.

—Es una justicia dura, esa que ofrece nuestro Dios.

—Corren tiempos duros. Es una guerra por las almas de los hombres; una guerra que debemos ganar.

Recogí la espada, que estaba en el suelo junto a Kari, y empecé a limpiarla de sangre con la capa.

—¿Todavía quieres matarme? —preguntó Thorvaldur.

—No. No has sido tú quien ha matado al niño. —Envainé la espada, con un

roce de metal contra el cuero—. He sido yo. Tendría que habérmelo llevado lejos de aquí.

—Ahora ya está hecho. Los espíritus de los muertos descansan en paz. Deberías sentirte agradecido.

—No me siento agradecido.

—Ha sido un buen combate. Has peleado bien. No te tenía por un *berserker*, pero he oído que los poetas a menudo luchan de esa manera. —Volvió a exhibir su espantosa sonrisa mellada—. Un buen combate —repitió.

Mi escudo estaba tirado por allí cerca, y lo recogí y lo puse sobre la cara del chico, para no tener que mirarla más.

—Ha plantado cara a Bjorn todo el tiempo que ha podido —señaló Thorvaldur—. No se ha venido abajo. —Escupió sangre en la nieve—. Ha sido una buena muerte.

No respondí. Cogí la mano del niño, como había hecho una vez con la de su padre.

Cuando alcé la vista de nuevo, me encontré con que el cristiano me observaba, con la cabeza ladeada y una sonrisa en los labios.

—¿Qué te hace gracia? —pregunté.

—Ha sido por el niño, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Todo esto. El pleito. Lo has hecho por él, ¿verdad? Tú habrías huido, pero has luchado por él.

—Sí —reconocí—. Ha sido por él.

Dio una palmada, alborozado y aún sonriendo como un loco.

—Ese amor que le tienes a los secretos ajenos —dije— algún día va a hacer que te maten.

—No lo dudo —replicó él—. Pero no hoy.

—¿Qué harás ahora? —pregunté.

—Volveré a Noruega. Me van a dar caza por esto. A ti también te perseguirán.

—Besó la cruz que llevaba al cuello y me tendió una mano—. Ven conmigo. Predicaremos juntos, lucharemos juntos.

—No.

—¿No?

—Nunca dejaré esta isla.

Esperó un momento más para ver si cambiaba de opinión. Luego se levantó, me apretó el brazo y le vi desaparecer entre la nevada, cantando en voz baja para sí mismo. Un hombre feliz.

Bajé la mano y me toqué el costado por debajo de la capa, hasta sentir el tacto de la humedad caliente. La herida no me dolía; solo notaba una sensación fría, ausente. El dolor llegaría más tarde, estaba seguro. Sentí un acceso de náusea y creí que iba a tener arcadas, pero luego se me pasó.

El sol descendía del cielo para cuando volví caminando al valle. La nieve caía con más fuerza, y yo iba dejando gotitas de sangre en ella como si fueran bayas rojas que se caían de una cesta mal tejida.

No tardó mucho en oscurecer del todo, y las nubes cubrieron la luna y las estrellas. Aun así, descubrí que conocía el camino. Si me hubieran vendado los ojos y me hubiesen soltado en un punto al azar del valle, de todos modos habría encontrado el camino hasta ese lugar.

La vi alzarse ante mí: una casa, como cualquier otra. Del agujero de la chimenea salía humo y olor a comida. No se oía ningún ruido dentro, pero yo sabía que había vida en el interior. Y muerte también, quizá.

Llegué hasta la puerta y llamé. Me abrió una mujer, que me miró fijamente durante un momento y, por primera vez que yo recordase, capté miedo en sus ojos. Pero solo por un instante.

—Entra —dijo Vigdis—. Hace frío.

Dentro no había ninguna trampa. No me esperaba ningún pariente cuchillo en mano. En una esquina de la habitación, bien envuelto en mantas, vi a un niño durmiendo. Aparte de eso, estábamos solos.

Me indicó por señas que me sentase, y así lo hice. Nos colocamos delante del fuego y, al principio, no hablamos. Tal vez, en aquel silencio, nos conocimos de verdad por primera vez. Ella estaba inmóvil, como si estuviera hecha de hierro forjado en vez de carne. Emanaba una fuerza innata o aprendida con los años, y no se captaba un atisbo de miedo en su cara. Ni tampoco en su voz cuando habló:

—Entonces están muertos.

Asentí y busqué en su rostro algún indicio de tristeza. No vi ninguno.

—Y ahora has venido a por mí —dijo.

—Sí.

—Es algo vergonzoso, matar a una mujer.

—A Dalla la mataron, ¿o no? Y a Freydis. ¿Por qué no ibas a responder tú por eso?

—Pero fui yo quien las mató. Las mujeres pueden matar a otras mujeres, del mismo modo que los hombres pueden matar a otros hombres. Pero no debemos matarnos entre nosotros. Es una blasfemia.

—Yo creo que tú también has matado a hombres.

—Yo no blandía la espada.

—Pero los has matado. Y quiero saber por qué.

—Sí —dijo ella—. Lo sabrás. Te lo has ganado.

Se sirvió un vaso de agua con pulso casi firme; se detectaba un ligero tembleque, como el que sufre la mano de quien maneja la espada antes del *holmgang*. A mi pesar, sentí un leve acceso de miedo. Había contemplado a grandes guerreros en otras ocasiones; a Gunnar, a Bjorn y a otros más. En ese momento tenía a otro más delante.

—¿Conociste a mi marido, Hrapp? —preguntó.

—Poco. Lo vi una o dos veces.

—¿Qué te pareció?

—Un hombre cruel. Y estúpido.

—Sí, lo era. Pero también fuerte. Todos los hombres le temían.

—¿Y tú?

—Sí. Yo también le temía. —Hizo una pausa y contempló el fuego. Me pregunto si todavía lo veía allí. Porque el temblor de su mano desapareció, como le pasa a la del guerrero cuando asesta el primer golpe.

»Él no quería hijos. No sé por qué. Pero no era estéril y yo tampoco. Tuve muchos hijos.

En un acto reflejo, paseé la mirada por la habitación, en busca de alguna prueba de lo que decía. Pero, aparte de la criatura de la esquina, no había ninguna más.

—Los abandonamos a la intemperie —explicó ella—. Nadie lo supo nunca.

El bastardo indeseado que deshonra a una familia, el hijo de esclavo que solo morirá de hambre si se le deja vivir... esos son los niños a los que se abandona en la oscuridad. Si no hubiesen liberado a mi padre de su esclavitud, sin duda es allí donde yo habría encontrado la muerte, a las pocas horas de nacer, llorando en mitad de la noche mientras la nieve caía sobre mí. Pero era algo secreto, algo vergonzoso. Sentí una oleada de frío al oírsele decir con tanta calma.

—Pero estoy agradecida por eso —añadió mientras jugueteaba con una mano con su trenza—. La primera vez, pensé que iba a morir de pena. Pero no fue así. Y esta clase de cosas te hacen más fuerte. Creo que lo entiendes. Tienes que ser así, para haber hecho todo lo que has hecho.

—¿Por qué hablas de Hrapp? ¿Crees que voy a compadecerte?

No pareció oírme.

—Pensé que iba a morir hace mucho tiempo —dijo—. Hubo una vez en la que Hrapp se enfadó más de lo normal. Después de eso me convencí de que pretendía matarme.

—Podrías haberte divorciado. Haber vuelto con tu familia.

—A un hombre como Hrapp no se le deja. Salvo por la muerte. Además, yo no quería.

—¿Por qué?

—Porque le amaba.

Escuché el crepitar del fuego e intenté comprender.

—Pensabas que te mataría.

—Amar es morir por lo que amamos. Gunnar te amaba, ¿o no? Y murió por ti. Yo aprendí a amar a Hrapp, porque él me enseñó la verdad del mundo.

—¿Y cuál es?

—Solo importa el poder. —Se inclinó hacia delante, cercana a las llamas, y vi reflejada la luz en sus ojos muertos—. Los hombres como tú llegan a este lugar creyendo que serán libres —dijo—. Pero nunca lo seréis. Siempre seréis esclavos de hombres como Hrapp.

—¿Y de mujeres como tú? —pregunté—. Eso es lo que crees.

—No me da miedo morir —dijo ella—. A lo mejor hasta soy como tú.

—¿En qué sentido?

—A lo mejor quiero morir —respondió. Observó la cruz de madera que colgaba de mi cuello—. Llevas la marca de Cristo.

—¿Qué sabes de él?

—Sé que perdona.

—Sí que perdona, en la otra vida. Pero es un Dios de la venganza, por encima de todo lo demás.

—¿Qué vas a hacer?

Pensé sobre ello durante un rato. Cansado y herido, y con el calor del fuego

delante, podría haber dormido. Ganas no me faltaban. Pero sabía que me quedaban cosas por hacer.

—No te mataré —dije—. Pero me llevaré a tu hijo.

Movió la boca sin decir nada, como si fuera la súplica de un mudo. Por fin se veía miedo en sus ojos.

—Por favor —rogó. Hizo ademán de detenerme, pero sostuve el cuchillo ante mí.

—Siéntate, o lo mataré ante tus propios ojos. ¿Es eso lo que quieres?

—Por favor —dijo.

Se hincó de rodillas y pronunció más palabras, pero no la escuché.

Me dirigí hacia las mantas de la esquina. Un niño de tres años, tantos como el pleito, durmiendo al calor del fuego. Un niño, con una sonrisa en los labios. ¿Con qué estaría soñando? ¿Soñaba con su madre? ¿Con el padre que no había conocido? ¿Con juegos en los campos y sobre el hielo? Muchas son las alegrías del niño, y qué rápido las olvida el hombre. Es un acto de piedad poner fin a una vida tan temprano, cuando solo conoce alegrías; eso fue lo que pensé. Eso fue lo que pensé, mientras cogía al niño en brazos.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

Y Vigdis susurró, tan bajo que apenas pude oírla por encima del crepitar del fuego:

—Sumardil.

Todavía dormías cuando te levanté de las mantas, pero despertaste un momento cuando te cogí en brazos. Te miré a los ojos y tú me observaste un instante sin asustarte ni reconocerme, antes de volver a tus sueños.

Esa fue la primera vez que nos miramos, Sumardil. Ese eras tú, hijo mío.

Mi intención era llevarte a algún sitio discreto y rajarte la garganta, porque no te habría abandonado perdido y asustado en la nieve. Tu muerte era un pago, el saldo de una deuda, no un acto en el que regodearse. Y pensaba que moriría

contigo ahí fuera, que me tumbaría en la tierra fría a tu lado y me permitiría dormir. Parecía que no me quedaba otra cosa que hacer.

Aun así, tampoco tenía prisa, si aquella noche iba a ser todo lo que me quedaba. Y así, vagué por el frío, en busca de un sitio hermoso para morir. Lloraba, aunque me dé vergüenza admitirlo, por la vida que podría haber tenido. Sentía tu aliento cálido contra el cuello mientras caminaba alrededor de todos aquellos campos vacíos, mientras remontaba las onduladas colinas y luego las bajaba hacia el susurro del mar.

No pude encontrar un sitio, porque aquella tierra contenía demasiados recuerdos para mí. Me pareció que un meandro del río serviría, pero al sacar el cuchillo caí en la cuenta de que estábamos demasiado cerca de donde Sigrid y yo habíamos hecho el amor. Caminé un poco más, en dirección al terreno elevado, para que pudieras ver todo ese precioso valle antes de que te degollara. Pero ya estábamos cerca de la piedra y la laguna donde Dalla y yo habíamos hablado sin guardarnos ningún secreto. No podía hacerlo allí.

Una y otra vez creí haber encontrado un lugar propicio para la muerte, solo para que cada vez me detuviera un recuerdo. Era como esos grandes héroes de los viejos relatos que se han cansado de la vida; todos sus amigos han muerto, han perdido a sus mujeres. Y así, deambulan por el campo de batalla, buscando un guerrero lo bastante valiente para concederles la paz. Pero nadie quiere enfrentarse a ellos, pues su reputación los precede y, así, encuentran que no pueden morir. Yo no era un gran héroe, pero tal vez compartiera ese don con ellos.

Al fin, me descubrí delante de la casa de Gunnar, o de lo que quedaba de ella. Me senté en el suelo renegrido, apoyado en uno de los pilares rotos. Pensé que oiría que los cuerpos me llamaban desde debajo de la tierra, suplicando que derramase tu sangre. Pero los muertos guardaban silencio.

No te habías despertado. Pegaste la cara a mi cuello, acurrucado bajo mi capa, sin moverte ni llorar. Te abracé y quise unirme a ti en el sueño, uno del que no despertaríamos. Pensé que dejaría que el frío nos llevase a los dos al otro mundo.

Sin embargo, no pude conciliar el sueño. No te despertaste. En algún momento de la noche me descubrí cantando.

Bajito, para no despertarte, porque deseaba que mis palabras te llegaran en sueños. Tenía la garganta irritada de tanto llorar, seca y oxidada. Aun así, intenté cantar y algunas de las viejas canciones volvieron a mi memoria. No las gestas grandiosas de héroes, reyes y dioses, sino las cancioncillas que reservaba para los niños. Poemas absurdos, cuentos de embaucadores y elfos. Entonces supe que no quería morir.

La noche siguió su curso y el cielo empezó a iluminarse. Me levanté por fin, con los músculos doloridos de tanto temblar, tropezando con mis piernas entumecidas. Ya no sentía ningún dolor procedente de la herida de mi costado.

Al movernos, te despertaste. Me miraste y no había asomo de miedo en ti. Te frotaste los ojos y dijiste:

—Tengo hambre.

En ese momento me entró la prisa y empecé a correr por el valle, riendo y cantándote para que no captases mi miedo. Entonces volví a la casa donde habías nacido.

Quería devolvarte a tu madre; eso fue lo que me dije. Y yo me entregaría para que me juzgasen por las muertes. Volverían a declararme fuera de la ley y en esa ocasión no habría nadie que me concediese pasaje en un barco. Moriría en esta tierra y con mi muerte concluiría por fin el pleito.

De regreso en la casa abrí la puerta con una mano. El fuego reducido a ascuas en el hogar, la puerta trasera batiendo con cada ráfaga de viento.

Había vuelto demasiado tarde. Vigdis ya no estaba.

¿Recuerdas aquellos días de espera?

Transcurrió un día, y luego un segundo y un tercero, mientras esperábamos a que Vigdis volviera. Regresaría acompañada por los parientes que le quedasen, en busca de venganza. Yo se la concedería sin luchar. Lo único que deseaba era que os reunierais, deshacer lo que había hecho.

Me preguntaste cuándo iba a volver y te dije que no lo sabía. Pero no lloraste; yo sí, pero tú no. Tenías tal fuerza que era toda una lección de humildad para mí.

¿La habías heredado de Vigdis? Seguramente. ¿Recuerdas los días que pasaste con ella? ¿No? Cómo te sujetaba las manos y te hacía caminar de un lado a otro de la casa para enseñarte a andar, a la vez que planeaba mi asesinato; cómo talló un caballito de madera para ti, cómo se le anegaron los ojos en lágrimas al verte sonreír, antes de pronunciar las palabras que aguijonearon a aquellos hombres para que quemaran vivos a mis amigos.

Ella destruyó todo lo que yo quería; casi todo, por lo menos. Aun así, contigo, se convirtió en lo que tenía que ser. Y yo se lo arrebaté.

Ahora veo que tus ojos preguntan lo que tus palabras no se atreven a plantear, Sumardil. Quieres saber qué fue de ella. Y eso no puedo decírtelo.

Se perdió en la tormenta o se tiró al mar por un acantilado. Quizá huyera a otra parte de la isla o a una tierra remota, lejos de estas orillas. Nadie lo sabe, y debes creer lo que quieras.

Pero llegó un momento en el que los dos supimos que no iba a volver. Te pregunté si tenías algún pariente más en el valle, y nombraste a los hombres a los que yo había matado.

No sabía qué hacer. Lo único que se me ocurrió fue esperar un poco más, a que llegara algún visitante a aquella casa. Ellos sabrían adónde llevarte. Te arrebatrían de mis manos y luego me quitarían la vida. Y al cabo de un tiempo, ese hombre llegó.

Me desperté por la noche, rodeándote con los brazos. Pues aunque eras valiente de día, por las noches tenías miedo, y no te dormías si no te abrazaba. Desperté y vi a un hombre que me observaba desde el umbral.

Al principio lo tomé por un fantasma. Después pensé que sería un asesino que venía a quitarme la vida. No fue hasta que el sueño me abandonó por completo cuando lo reconocí; un hombre al que hacía muchos años que no veía. Olaf Hoskuldsson, el hombre al que llamaban el Pavo Real.

—Kiarán —dijo. No llevaba sus mejores galas ni iba escoltado por sus *thingmen*. No parecía el jefe que era, sino un simple viajero; un proscrito, incluso.

Me llevé un dedo a los labios. Bajé la vista hacia ti, pero no te habías despertado. Me aparté de ti con cuidado y te tapé bien con las mantas.

Olaf y yo nos sentamos juntos frente a los rescoldos del fuego, y hablamos en susurros.

—Cuentan en el valle que hay un fantasma en esta casa. Un fuego encendido, pero no entra ni sale ningún hombre, salvo por la noche. He venido a ver si era cierto.

—Es bastante cierto —dije.

—Enterramos a los muertos hace muchos días. A Bjorn y sus parientes. — Paseó la mirada por la casa—. ¿Vigdís se ha ido?

—Sí.

Asintió.

—O sea que solo quedáis tú y el niño.

—Así es.

—Podría haber hecho muchas cosas para impedir esto. Debería haberlos declarado fuera de la ley por el incendio. Ojalá... —Olaf dejó la frase en el aire.

—Esta carga no te corresponde a ti. Es solo mía.

—Puede ser. Pero creo que los dioses recordarán esto. Y llegará un momento en el que pague por lo que no hice.

—¿Otra de tus visiones?

Intentó sonreír, y vi el reflejo del fuego en sus dientes por un instante, pero lo que le dije a continuación le arrebató la sonrisa.

—Tienes que llevarte al niño.

Negó con la cabeza.

—No puedo quedarme a Sumardil. Daría demasiado que hablar. Si se sabe que estás vivo, no sobrevivirás.

—Me da lo mismo.

—A mí no. —Vaciló—. ¿Por qué no vuelves con Ragnar? ¿Y Sigrid?

—No pueden protegerme. Y es mejor que crean que me he ido —expliqué.

Me puso una mano en el hombro y me miró en silencio durante mucho tiempo. Recordé cómo había mirado yo a Sigrid cuando me la había grabado en la memoria por última vez. Y luego se fue.

Llegaron regalos en los días que siguieron. Cereales, pescado en salazón, que nos trajo en los brazos un esclavo sin lengua; un hombre de la casa de Olaf, que no podía hablar para contar lo que había visto. Tal vez no hubiese importado que hablara, pues pocos le habrían creído.

Así fue como vivimos aquel primer año. Y todos los posteriores, hasta que fuiste lo bastante mayor para trabajar en los campos.

Hice un trato contigo en aquellos primeros días. Te criaría y protegería lo mejor que pudiera. Podías considerarme un padre si lo deseabas, pero no esperaba de ti ni amor ni amabilidad, aunque yo te ofreciera ambos de buena gana. Pero, aun siendo niño, me miraste a los ojos y aceptaste ese pacto.

Eso lo recuerdas, ¿verdad?

La que te he dado es una vida dura, pero la has vivido bien. Te has hecho un

hombre y yo me he hecho viejo.

La soledad conlleva seguridad y por eso te he enseñado a vagar como un fantasma por las tierras encantadas que son tu legítima herencia. El resto de hombres del valle te rehúyen y te tachan de loco: el hijo loco de un fantasma, que merodea sin rumbo ni descanso. Y en esa locura estriba tu seguridad. Te has criado casi sin palabras, con unos ojos azules y salvajes, como un lobo.

El Lobo, te llamo, porque no hay otra fiera capaz de vivir como tú lo has hecho. Y por eso creo que al menos debes de ser medio lobo. No eres tan rápido o fuerte como otros depredadores, ni tan astuto. Pero tienes aguante. Morirías por tu manada. Eres como yo, ¿verdad?

Nunca has preguntado por tu pasado. ¿Cuestiona el lobo su linaje? ¿Hereda la venganza, como nosotros? Ni él lo hace ni tampoco lo has hecho tú. Te he criado para que estuvieras libre de pleitos. En este lugar, a nuestra manera, hemos vivido como los primeros colonos creían que podríamos vivir. Estamos solos en la tierra, libres de reyes, libres del pleito, compartiendo el amor de un padre y su hijo. Esperando que el resto de islandeses se unan a nosotros, a que la gente aprenda a vivir como nosotros.

Por la noche te cuento historias. Interminables relatos y canciones, de héroes, dioses y monstruos. Pero esta historia no te la había contado nunca ni tú me la habías pedido.

Te preguntas por qué te la cuento ahora. Es porque necesito algo de ti. Es porque hay algo que debes hacer.

Ahora ve y mira fuera. Es posible que mis ancianos ojos me estén jugando una mala pasada, pero creo que veo asomar el sol; unos dedos de luz que reptan por debajo de la puerta, que nos llaman. Ve a ver si tengo razón.

¿Ha salido el sol? Bien, bien. Deja que muera el fuego, pues. Ya no hace falta malgastar leña. Acabaremos justo a tiempo.

Te he contado muchas historias, ¿no es así? Y eres amable, porque escuchas con paciencia y me das las gracias por la narración. Pero tal vez me hayas superado en esto, como parece hacerlo en todo. Pues la historia que tú me has contado... no creo que pueda igualarla. No me la creería si viniera de cualquier otro.

Han pasado ya diez siglos desde el milagro de Cristo, un milagro de muerte. Ahora, en nuestra isla, tú me hablas de otro milagro.

Pues la palabra del Cristo Blanco se ha ido difundiendo. Hombres como Thorvaldur han llegado para predicar la Palabra, y muchos de los que navegan al extranjero —grandes hombres que buscan el favor en las cortes de reyes lejanos— vuelven bautizados y con cruces al cuello. A lo largo y ancho de las viejas tierras, Noruega y Suecia, la población se arrodilla ante el Cristo Blanco. Solo aquí los hombres se han aferrado a las antiguas creencias, como cobardes escondidos tras un fuego moribundo. Nos hemos convertido en un pueblo dividido por los dioses. Y en esta isla, por primera vez, me has traído rumores de guerra.

Thorvaldur ansiaba esa guerra, entre un dios y los otros. Pero nosotros no nos

comportamos así. Cuando había hombres preparándose para la batalla y reyes lejanos sopesando una invasión de la isla, me cuentas que nuestro pueblo se reunió en el Althing y decidió lo que había que hacer.

Un encuentro en un campo, manos alzadas, argumentos expuestos y escuchados. Me cuentas que la Voz de la Ley se retiró a su tienda de campaña, se cubrió la cara con la capa y meditó ensimismado durante todo un día y una noche. Al final, tomó una decisión. Así, se ha rechazado a los viejos dioses y aceptado al Dios verdadero. En otras tierras, Dios ha entrado a espada, por el capricho de un tirano o mediante sobornos en oro y amenazas al alma. Pero aquí no. En nuestro país no. Nunca he estado tan orgulloso de nuestro pueblo como ahora.

Y, aun así, sé que debemos partir.

Ya sabes que amo a nuestro Dios. Te he enseñado sus historias, te he enseñado sus palabras. Aun así, sé que destruirá este lugar, esta tierra frágil donde no hay reyes. Ese único Dios nos enseñará a amar a un solo gobernante. Desearemos tener un hombre ante el que arrodillarnos, y no solo un Dios. Pronto tendremos rey. Seremos un país como cualquier otro. Se perderá el sueño de la tierra libre, y no quiero quedarme para ver cómo sucede.

¿Adónde iremos, preguntas? Lejos de aquí, pero no a las viejas tierras. Iremos a las nuevas.

Ya has oído hablar de Groenlandia, esa supuesta tierra verde cuyo nombre era un ardid para embaucar a los colonos incautos que poblaron un país inhabitable. Ese no es el lugar que quiero para ti. Quedará destruido por una plaga o una hambruna, o se convertirá en otra tierra sometida a un rey. Tenemos que llegar más lejos, hasta una tierra virgen.

Hay otro país al oeste, más allá de ese mar que creemos ilimitado. He oído las historias que traen a puerto los marineros: desviados de su rumbo por las tormentas, con las chispas de Thor lloviendo a su alrededor como flechas, han avistado una tierra nueva a poniente. Vinlandia, la llaman. Una tierra de bosques

que se extienden durante días. Un lugar donde el sol sigue en lo alto durante el invierno. Un país con tierra suficiente para todos los hombres.

He querido vivir como un hombre sin tierra y he visto cómo eso me convertía en un esclavo. De modo que tú debes ir a un lugar donde la tierra de un hombre carezca de valor, donde haya espacio suficiente para todos. Tienes que ir allí para empezar una nueva vida, un nuevo mundo. A lo mejor allí nos sale bien.

Sí, hijo mío, irás allí. Pero tienes que hacerme un último favor. No te he criado para que rehúyas tus deberes, y tienes una deuda que saldar antes de tu travesía.

Sal fuera conmigo. Sal al sol. Lleva contigo tu espada, el regalo que te hice cuando te hiciste hombre. La espada de Gunnar; la espada de Kari; la espada que mató a tu padre.

Salimos parpadeando al sol, que nos hace daño en los ojos después de tanta oscuridad. Y al principio no lo ves. Miras hacia el mar, te vuelves en dirección a las pálidas colinas de detrás y te preguntas qué es lo que tengo que enseñarte. Mira mejor. Fíjate ahí, en el suelo.

Ahora lo ves, ¿no es así? Una piel de buey que he tendido sobre el suelo. Las esquinas están marcadas con varas de castaño. No está en una isla como debería, pero lo reconoces. El cuero de un *holmgang*. El lugar donde los hombres se batían en duelo.

Una sonrisa de lobo en tu cara y miras a tu alrededor una vez más. Me preguntas quién es el que nos ha agraviado, con quién debes combatir. Estás ansioso por batirte, como corresponde, y no piensas dejar un insulto sin respuesta. Pero ya veo que tu sonrisa se desvanece, pues creo que empiezas a entenderme.

Somos los últimos eslabones del pleito: tú y yo. De la gente de Gunnar no queda

nadie salvo yo. Bjorn y sus parientes están todos muertos menos tú. Y por lo tanto, recae en ti: el deber de la venganza, el mayor regalo de todos.

Yo maté a tu padre y dejé que su tumba quedase sin marcar. Maté a lo que quedaba de tu parentela. Empujé a tu madre a la locura y ahora yace insepulta en alguna parte. Te robé de tu gente.

Calla, no hables. Me dirás que me perdonas, pero eso carece de importancia. Es a nuestro Dios a quien le ofrezco la restitución. Comparado con Su perdón, ¿qué me importa el tuyo?

Ahora, coge esa espada. Agarra un escudo y entra en el cuero conmigo. Y sabes que lucharemos de acuerdo con la vieja ley. El duelo no termina con una gota de sangre, sino con toda ella.

Me dices que me quieres. Y yo te quiero a ti, pero eso no cambia nada. No puedo acompañarte a las nuevas tierras, pues ningún barco aceptará a un lisiado, un proscrito como yo. ¿Qué me quedará cuando hayas partido a las tierras nuevas? Me veo solo delante del fuego, llorando como un necio, durante días incontables. El resto de mi vida, y lo pasaré solo. ¿Me condenarías a eso? ¿Aceptarías tú esa vida si te la ofrecieran? Creo que no.

Das un paso adelante, un último paso. Porque ahora estamos los dos sobre la piel de buey, y no podemos abandonarla; serías un cobarde si lo hicieras, y sé que no puedes soportar esa vergüenza. Debemos luchar, y que ni se te ocurra tener miramientos conmigo. Porque te quiero, pero lucharé en serio. Te mataré o me matarás. Pues prefiero verte muerto que vivo y cobarde.

Es el destino de los poetas, que debemos morir sobre el cuero en un *holmgang*, manchándolo de sangre, pronunciando el nombre de la persona a la que más amamos. Dame la muerte que anhelo. Dame la oportunidad de pronunciar ese nombre. Ya he vivido suficiente.

No será el nombre de Sigrid. Ni el de Gunnar, el de Kari o el del Cristo Blanco. Será tu nombre, Sumardil, si me quedan fuerzas para un último aliento. Presta atención. Estate atento para oír tu nombre.

Ha llegado el momento. Se acabaron las palabras.

Venga. Empecemos.

Agradecimientos

Esta es una obra de ficción, inspirada en el universo de las sagas islandesas. Como novelista, me he tomado muchas libertades mientras escribía, pero he procurado ser fiel al espíritu de esas historias extrañas, trágicas y extraordinariamente hermosas. A quienes quieran adentrarse en ellas, les recomiendo que empiecen con la saga de Kormák, la saga de Nial y la saga de Laxdœla. Espero que disfruten con ellas tanto como yo.

Un libro es obra de muchas manos, ojos y corazones. Quiero dar las gracias a Mònica Tusell y a todos los colaboradores de Grijalbo por la atención y el amor que han puesto en esta novela, a Barbara y Rosie de Andrew Nurnberg Associates, y a Michele y Caroline y todos los demás de Felicity Bryan Associates. Estoy especialmente agradecido a Gabriel Dols por su traducción, y a Mario Arturo Hernández y Yolanda Artola por la hermosa cubierta.

También quiero agradecer a mis primeros lectores —Claire, Sara, Ness, Sholeh, Petia, Thom, Gill y Michael— su entusiasmo, apoyo y ojo crítico.

Quiero dedicar esta novela a mi agente, Caroline Wood. A los escritores nos gusta pensar que estamos en el negocio de hacer realidad los sueños, pero ella ha hecho mi sueño realidad, en contra de todo. Ha sido mágico. Gracias, Caroline.

Glosario

Althing: parlamento nacional islandés, creado en el siglo x.

berserker: tipo de guerrero vikingo que entraba en un estado de trance semisalvaje y violento que lo hacía casi invulnerable al dolor.

drápa y *flokkr*: la *drápa* y el *flokkr* son dos clases de poemas típicos de la antigua poesía islandesa, que se diferencian porque el primero de ellos tiene estribillo y el segundo carece de él y es más breve.

flyting: composición poética que consiste en una competición de insultos entre dos poetas.

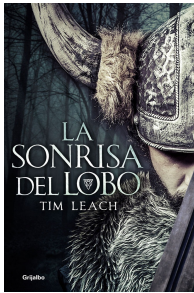
holmgang: un combate a duelo para asentar disputas.

Noches de Invierno: período específico del año para los escandinavos, los tres días que dan inicio al invierno, donde solían realizarse una serie de sacrificios determinados.

Pueblo Oculto: en el folclore islandés, los elfos.

thingman: miembro de la guardia personal de un rey o un jefe.

wergild: costumbre habitual en la sociedad vikinga, una compensación de un crimen, por lo general de carácter económico, debido a un asesinato.



«Tengo una buena historia que contarte. De duelos y traiciones. De exilio y de venganza. Ninguna otra historia importa si se olvida esta.» Una novela épica de amistad y de honor en la Islandia del siglo x d.C., tierra de hielo y nieve, de vikingos y poetas, donde la única ley era la venganza.

Tim Leach se graduó en la Universidad de Warwick, donde vive y enseña escritura creativa. Su primera novela, *The Last King of Lydia*, fue finalista al premio Dylan Thomas de 2013.

Título original: *The Feud*

Edición en formato digital: octubre de 2017

© 2017, Tim Leach

Publicado por acuerdo con Felicity Bryan Associates, representados por Andrew Nurnberg Associates

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Gabriel Dols Gallardo, por la traducción

Diseño de portada: © Mario Arturo

Fotografía de portada: © Fernando Cortés

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5578-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La sonrisa del lobo

Capítulo 1

El asentamiento

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

El pleito

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

El proscrito

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

La venganza

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Agradecimientos

Glosario

Sobre este libro

Sobre Tim Leach

Créditos